América Latina en la geopolítica del imperialismo

Atilio A. Boron

Premio Libertador al Pensamiento Crítico



Atilio A. Boron
América Latina en la geopolítica del imperialismo. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Luxemburg, 2014.
312 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-1709-32-8

1. Imperialismo. 2. Geopolítica.
CDD 327.1

América Latina en la geopolítica del imperialismo
1° Edición 2012
2° Edición, marzo de 2013
3° Edición, julio de 2013
4° Edición, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, noviembre de 2014

Ediciones Luxemburg
Tandil 3564 Dpto. E, C1407HHF
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
Email: edicionesluxemburg@yahoo.com.ar
Facebook / Ediciones Luxemburg
Twitter: @eLuxemburg
Blog: www.edicionesluxemburg.blogspot.com
Teléfonos: (54 11) 4611 6811 / 4304 2703

Edición: Ivana Brighenti / Laura Kaganas
Diseño editorial: Santángelo Diseño

Distribución
Badaraco Distribuidor
Entre Ríos 1055 local 36, C1080ABE,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
Email: badaracodistribuidor@hotmail.com
Sitio Web: www.badaracolibros.com.ar
Teléfono: (54 11) 4304 2703

ISBN 978-987-1709-32-8

Los mapas incluidos en esta publicación se ajustan a la cartografía oficial establecida por el PEN a través del IGN y corresponden al expediente número GG12 2369/5 de noviembre de 2012.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Impreso en Argentina

Para Andrea y Sophia Luna,
estímulos distintos pero continuos
en la interminable tarea de comprender y
transformar el mundo.

Para las y los antiimperialistas de todos
los partidos y movimientos, cuyas luchas
han cambiado la correlación mundial de
fuerzas en Nuestra América.

Sumario

Prefacio
a la cuarta edición argentina

Una nueva edición de este libro, la cuarta, no puede ver la luz pública sin el añadido de algunas pocas páginas destinadas a pasar revista a las vertiginosas transformaciones que han conmovido al sistema internacional desde el momento en que concluyera su redacción original, en agosto de 2012.

Aspectos de la transición geopolítica global

El presidente ecuatoriano Rafael Correa sintetizó elocuentemente este conjunto de fenómenos al decir que "no vivimos una época de cambios sino un cambio de época", algo totalmente distinto. Un cambio de alcance global, que desencadena desajustes y reacomodos en las turbulentas aguas del sistema internacional, en donde el injusto y anacrónico (des)orden mundial y las anquilosadas jerarquías y prerrogativas construidas por el imperialismo son desafiadas por la proliferación de inéditas coaliciones y nuevos actores globales –estatales y no estatales– y por los antiguos anhelos de los pueblos de la periferia que irrumpen con fuerza inusitada en el escenario de la historia. Épocas, como lo recordaba Antonio Gramsci en sus estudios sobre la realidad política italiana, en las cuales lo viejo no termina de morir y lo nuevo no acaba de nacer y que por eso mismo pueden dar origen a toda clase de aberraciones. Una sobria lectura de los acontecimientos mundiales en curso comprueba lo cierto en que estaba el fundador del Partido Comunista Italiano al formular sus observaciones acerca de las monstruosidades que pueden ocurrir en esas fases de rápido viraje histórico, especialmente en el siempre inestable, ferozmente hobbesiano, terreno de las relaciones internacionales.

Desde la publicación de la edición original de este libro una vertiginosa serie de cambios acentuó la volatilidad y, peor aún, la peligrosidad del sistema internacional. De modo sintético y a los efectos de proponer algunos ejes argumentativos, plantearemos dos tesis

principales: primera, la constatación del irreversible debilitamiento del poderío global de Estados Unidos como centro organizador del imperio. Segunda, y corolario de la anterior, la ratificación histórica de que en su fase de descomposición los imperios se tornan aún más agresivos y sanguinarios que durante sus períodos de ascenso y consolidación.

En relación con la primera proposición, un dato insoslayable es el evidente debilitamiento de la otrora incontrastable primacía de los Estados Unidos en el sistema internacional, reconocido no sólo por los pensadores y luchadores antiimperialistas sino, incluso, por algunos de los más encumbrados intelectuales orgánicos del imperio como Zbigniew Brzezinski y, en menor medida, Jospeh S. Nye Jr.[1].

El derrumbe de la Unión Soviética y la construcción de un orden unipolar hicieron que algunas mentes afiebradas cercanas a la Casa Blanca (y sus epígonos en América Latina y el Caribe) creyeran que nos hallábamos en los umbrales de un "nuevo siglo americano". Ese ingenuo "superoptimismo", como tiempo después lo caracterizaría Zbigniew Brzezinski, era una mezcla de arrogancia e ignorancia que estaba llamada a durar por muy poco tiempo, tal como antes le ocurriera a las disparatadas tesis del "fin de la historia" predicadas por Francis Fukuyama[2]. Pero los atentados del 11 de setiembre de 2001 derrumbarían al unipolarismo norteamericano tan estrepitosa e irreparablemente como a las Torres Gemelas. En el período abierto a partir de esa fecha el sistema internacional presenta un rasgo absolutamente

1 La literatura sobre el "declinismo" estadounidense ha crecido de manera extraordinaria en los últimos años. Entre los que sostienen esta tesis ver, aparte de las obras ya citadas en nuestro libro, a Immanuel Wallerstein, "The Curve of American Power" en *New Left Review*, Nº 40, jul-ago, 2006, pp. 77-94; Dilip Hiro, *After Empire: The Birth of a Multipolar World* (Nueva York: Nation Books, 2010) pp. 147-185; Paula Cerni, "Imperialism in the Twenty-First Century" en *Theory and Science*, Vol. 8, Nº 1, 2006; Alfred W. McCoy, "The Decline and Fall of the American Empire: Four Scenarios for the End of the American Century by 2025" en *Huffington Post*, 6/12/2014; Steve Chan, *The US and the Power-Transition Theory: A Critique* (Londres: Routledge, 2008); Michael Mann, "The First Failed Empire of the 21st Century" en *Review of International Studies*, Vol. 30, Nº 4, 10/2004, pp. 631-653; Emmanuel Todd, *After the Empire: The Breakdown of the American Order* (Nueva York: Columbia University Press, 2003); Francis Shor, *Dying Empire: US Imperialism and Global Resistance* (Nueva York: Routledge, 2010). Entre los intelectuales orgánicos del imperio que plantean, a su modo, los problemas de la declinación norteamericana recomendamos muy especialmente Zbigniew Brzezinski, *Strategic Vision. America and the Crisis of Global Power* (Nueva York: Basic Books, 2012). Joseph S. Nye Jr., a su vez, no puede eludir el tratamiento del tema pero siempre lo hace desde una perspectiva optimista que, en realidad, se parece mucho más a un empecinado negacionismo de los duros e incómodos datos de la realidad contemporánea; ver especialmente su *The future of power* (Nueva York: Public Affairs, 2011) especialmente pp. 153-204.

2 Brzezinski, *Strategic Vision*, op. cit., pág. 3.

anómalo: un creciente policentrismo en lo económico, político y cultural coexistiendo, con progresiva dificultad, con el recargado unicentrismo militar estadounidense. En otras palabras: en los últimos años surgieron nuevos actores y nuevas realidades que hicieron del sistema internacional una arena más plural y equilibrada pero, paradojalmente, también más inestable que antes. Como respuesta a estos procesos, la Casa Blanca se olvidó de los "dividendos de la paz" –que según sus voceros se derramarían sobre el planeta una vez desaparecida la Unión Soviética– y en lugar de reducir su gasto militar lo acrecentó desorbitadamente, convirtiendo a las fuerzas armadas estadounidenses en una infernal maquinaria de destrucción y muerte que dispone de la mitad del presupuesto militar mundial. No existen antecedentes históricos de tamaña disparidad en el equilibrio militar de las naciones. No obstante, como lo ha señalado en más de una oportunidad Noam Chomsky, este aterrador poderío militar le permite a Washington destruir países pero no puede ganar guerras. Así lo demuestran la temprana experiencia de la guerra de Vietnam y, más recientemente, los fiascos de la Guerra de Irak (2003-2011) y de la aún en curso en Afganistán.

Factores endógenos de la decadencia

Según el ya aludido Brzezinski, hay seis nudos problemáticos que, desde Estados Unidos, explican su declive[3]. Uno, el imparable crecimiento de la deuda pública (que ya supera a la totalidad de su producto bruto interno) que según este autor colocaría a ese país en una situación de crisis financiera semejante a la que en su momento sentenció el destino del imperio romano y, más recientemente, en el siglo XX, del británico. Dos, la perniciosa gravitación del capital especulativo y del mundo de las finanzas en general, causante de la crisis estallada en 2008 cuyas consecuencias económicas y sociales –que aún hoy se sienten con fuerza– han sido profundamente deletéreas para el conjunto de la población norteamericana. Tres, la creciente desigualdad económica y el estancamiento del proceso de movilidad social ascendente, que junto al factor antes mencionado deteriora el consenso democrático que garantiza la estabilidad del sistema. El coeficiente de Gini, que mide la desigualdad en materia de ingresos, sitúa a Estados Unidos en un nivel similar al de los países subdesarrollados, y en una situación más desventajosa que Rusia, China, Japón, Indonesia, India, Reino Unido, Francia, Italia y Alemania. Cuatro, la obsolescencia de la infraestructura nacional: caminos, líneas férreas, puentes, puertos, aeropuertos y energía son otras tantas áreas fuertemente deficitarias y

3 Brzezinski, *Strategic Vision*, op. cit., pp. 46-55.

que comprometen seriamente la eficiencia global de la economía estadounidense en un mundo cada vez más competitivo. Un ejemplo, entre los muchos, es más que suficiente para corroborar este argumento: la "superpotencia" norteamericana no ha sido capaz de construir una sola milla de trenes de alta velocidad. China, en cambio, tenía construida al año 2012 una red de trenes de alta velocidad de 10.000 kilómetros de extensión, y espera llegar a 15.000 kilómetros hacia finales de 2015[4]. Cinco, y conviene tomar nota de esto, el alto nivel de ignorancia que el público norteamericano tiene en relación con el mundo. Una encuesta tomada en 2006 comprueba que un 63% de los entrevistados no podía identificar a Irak en un mapa; un 75% no hallaba a Irán y un 88% también fracasaba en su intento de localizar a Afganistán en momentos en que Estados Unidos se encontraba fuertemente involucrado en operativos militares en esa región y los medios de prensa nacionales reportaban a diario los episodios bélicos que tenían lugar en esos países. Lo anterior se explica –y también se agrava– por la ausencia de información confiable en materia internacional y accesible al público en general. Según Brzezinski sólo cinco de los principales diarios estadounidenses ofrecen algo de información sobre asuntos del exterior, y ni los periódicos locales ni la radio o la televisión brindan cobertura alguna de cuestiones internacionales. La desinformación generalizada favorece la parálisis del sistema de partidos, y este es el sexto factor, que impide adoptar políticas creativas y eficaces para, por ejemplo, reducir el enorme déficit fiscal o discutir temas urgentes y fundamentales como la reforma del sistema de salud, la cuestión de la inmigración o la legislación relativa a la venta de armas.

El peso de los determinantes externos de la decadencia

Va de suyo que esta declinación del poderío norteamericano no se explica tan sólo por aquellos factores endógenos. Hay un ambiente internacional que ha cambiado, y que acentúa la debilidad relativa de Estados Unidos en la arena mundial ante el creciente poderío de otros actores globales. Se han movido las "placas tectónicas" del sistema internacional, y a raíz de ello la posición relativa de Estados Unidos como potencia dominante se ha visto menoscabada. Sucintamente expresadas, las principales manifestaciones de este cambio epocal son las siguientes.

4 Ver Tomgram: "Pepe Escobar, Who's Pivoting Where in Eurasia?" en <www.tomdispatch.com/blog/175845/tomgram%3A_pepe_escobar,_who's_pivoting_where_in_eurasia/>.

a. El centro de gravedad de la economía mundial se ha desplazado del Atlántico Norte hacia el Asia Pacífico, y junto con él se ha producido un desplazamiento, si bien menos marcado del centro de gravedad del poder político y militar mundial.
b. Se reconfiguran alianzas y coaliciones que reemplazan, sólo en parte, a Estados Unidos como líder global. Washington se encuentra ahora con aliados más débiles, vacilantes o amenazados por fuertes impugnaciones "desde abajo" en Europa, Asia y Medio Oriente respectivamente. Y debe vérselas con rivales más numerosos y poderosos, con China y Rusia a la cabeza. Se trata de un listado cada vez más extenso de díscolos o rebeldes, entre los cuales no puede obviarse Irán, dada su enorme dotación de recursos energéticos de todo tipo; India, a su manera; Paquistán, dueño de un formidable arsenal nuclear provisto por Washington; Indonesia, Nigeria, Brasil y otras naciones que pugnan por lograr un nuevo lugar bajo el sol del sistema internacional.
c. A lo anterior hay que agregar las devastadoras consecuencias de la actual crisis civilizatoria del capitalismo y sus impactos sobre el medio ambiente, la integración social y la estabilidad del orden político en el mundo de los capitalismos desarrollados, todo lo cual ha contribuido a debilitar la primacía estadounidense.
d. Los avances en los procesos de resistencia al imperialismo en América Latina y el Caribe –la derrota del ALCA es emblemática en este sentido– y el lento pero inexorable despertar político del mundo árabe y, en general, de los pueblos de la periferia, cuestión esta que un astuto observador (¡y protagonista!) como Brzezinski observa con mucha preocupación porque constituye otro de los factores de desestabilización del precario orden mundial actual[5]. Un orden mundial profundamente injusto y predatorio que requiere cada vez más violencia para su sostenimiento en la medida en que se produce la activación política de grandes contingentes, sobre todo de jóvenes, que antaño mostraban una resignada aceptación del status quo.

5 Pocos le pueden disputar a Brzezinski el título de principal estratega del imperio, con la posible excepción de Henry Kissinger. Pero a diferencia del primero, su influencia en las últimas décadas ha disminuido sensiblemente. Junto con Samuel P. Huntington, Brzezinski fue uno de los principales animadores de la Comisión Trilateral, Chairman del Consejo Nacional de Seguridad en los años de James Carter y a partir de ese momento figura de consulta obligada y permanente miembro de diversas agencias, comisiones y grupos de trabajo de todos los gobiernos que se sucedieron en la Casa Blanca y sumamente activo en el mundo de los medios de comunicación, en los que su presencia es un dato cotidiano de la vida pública estadounidense.

Un documento del Departamento de Defensa de Estados Unidos revela claramente la percepción dominante sobre estos cambios al afirmar que "los Estados Unidos, nuestros aliados y socios enfrentamos un amplio espectro de desafíos, entre los cuales se cuentan las redes transnacionales de extremistas violentos, estados hostiles dotados de armas de destrucción masiva, nuevos poderes regionales, amenazas emergentes desde el espacio y el ciberespacio, desastres naturales y pandémicos, y creciente competencia para obtener recursos"[6]. En ese mismo año, el del estallido de la nueva crisis general del capitalismo, un documento del Consejo Nacional de Inteligencia admitía por primera vez en su historia que el poder global de Estados Unidos se hallaba transitando por una trayectoria declinante. En su informe *Global Trends 2025* afirmaba que "la transferencia de la riqueza global y el poder económico actualmente en curso, gruesamente desde el Oeste hacia el Este", algo "sin precedentes en la historia moderna" ha sido un factor principal en el declive del "poder relativo de Estados Unidos, aún en el terreno militar"[7]. No sorprende, por lo tanto, que un memorándum de la Henry M. Jackson School of International Studies elevado a la Casa Blanca afirme sin ambages que Estados Unidos está en guerra, y que seguirá estándolo por muchos años más. Ese documento sintetiza elocuentemente los ominosos alcances de la militarización de las relaciones internacionales promovidas por un imperio amenazado cuando propone arrojar por la borda la diplomacia e invertir el orden establecido por los usos y costumbres internacionales a la hora de enfrentar un conflicto que antaño establecían la siguiente secuencia: primero la diplomacia, diálogo hasta el final y, si no hay más salida, apelar al uso de la fuerza pero sin violar los convenios internacionales que, aun en un conflicto armado, deben ser respetados (como por ejemplo los relativos al tratamiento de los prisioneros o la población civil, el tipo de armas que pueden utilizarse, etcétera). El documento enviado a la Casa Blanca revierte esa secuencia al recomendar, en cambio, "usar la fuerza militar donde sea efectiva; la diplomacia, cuando lo anterior no sea posible; y el apoyo local y multilateral, cuando sea útil"[8]. Si observamos lo ocurrido en los últimos diez o quince años en Irak, Afganistán, Libia y ahora Siria, y el enorme despliegue de bases militares norteamericanas en América Latina y el Caribe –amén de la IV Flota– comprobaremos que los consejos del memorándum han sido seguidos al pie de la letra por la Casa Blanca[9].

Por supuesto, Estados Unidos conserva, aun en este complejo y amenazante escenario, una gravitación extraordinaria en la arena internacional, pero inferior a la que anteriormente gozaba. Sigue siendo la mayor economía del planeta, aunque China está a punto conquistar ese lugar en los próximos años; y a diferencia de cualquier otra gran potencia internacional, Estados Unidos tiene fronteras seguras, muy seguras, con Canadá y México, dos países en los cuales gracias al ASPAN (Acuerdo de Seguridad y Prosperidad de América del Norte) los aparatos de inteligencia y seguridad norteamericanos actúan abiertamente y sin ninguna clase de restricciones. Además su territorio está bañado por los dos mayores océanos del planeta, el Atlántico y el Pacífico. Ni Rusia ni China, sus dos principales contendores, pueden decir lo mismo: mantienen graves –si bien latentes– conflictos fronterizos con sus vecinos y su acceso a las rutas marítimas es mucho menos favorable que el que goza Estados Unidos. Por otra parte, este país dispone también de un formidable sistema científico-tecnológico, dueño de un enorme potencial a pesar de los signos que evidencian un claro retroceso en los últimos tiempos, y a diferencia de los europeos, la dinámica demográfica norteamericana se ha visto rejuvenecida por los torrentes migratorios del último medio siglo. Pero aún así los síntomas de la decadencia de su poderío en la escena global son inocultables.

Imágenes de la declinación

Si retornamos una vez más a Brzezinski –y lo hacemos porque es el pensador mayor del imperio– es debido a que en el libro ya citado este autor esboza un sugestivo paralelismo entre la situación de la Unión Soviética en las dos décadas inmediatamente anteriores a su derrumbe y la que prevalece en estos momentos en Estados Unidos[10]. En efecto, la Unión Soviética quedó prisionera de un sistema político incapaz de revisar y corregir sus políticas, y lo mismo ocurre hoy en Estados Unidos. Un ejemplo de los muchos: la obstinación con que se ha mantenido la política del bloqueo en contra de Cuba durante 55 años, pese a la incapacidad de dicha política para obtener el tan anhelado "cambio de régimen" en la isla.

Dos: Moscú se embarcó en una brutal expansión del gasto militar para competir con Estados Unidos cuando a comienzos de los años

6 Departamento de Defensa, *National Defense Strategy* (Washington) junio de 2008.

7 Ver National Intelligence Council, *Global Trends 2025. A Transformed World* (Washington DC: noviembre de 2008) pág. vi.

8 Ver <https://digital.lib.washington.edu/researchworks/bitstream/handle/1773/4635/TF_SIS495E_2009.pdf?sequence=1>.

9 El último recuento de bases militares estadounidenses en América Latina y el Caribe, en agosto de 2014, indica que su número ha ascendido a 78.

10 Brzezinski, *Strategic Vision*, op. cit., pp. 4-5.

ochenta Ronald Reagan lanzó la Iniciativa de Defensa Estratégica, más conocida como la "Guerra de las Galaxias". El resultado fue una interminable sangría financiera que debilitó irreparablemente a la ya alicaída economía soviética apresurando su derrumbe. No muy distinta es la situación de Washington en estos días, lanzado como está a una desbocada carrera armamentista que ha disparado su deuda pública y hecho que su presupuesto militar sea equivalente al del conjunto de las demás naciones del globo, habiendo superado una cifra considerada absolutamente inimaginable hace apenas una década: un billón de dólares, o sea, un millón de millones de dólares[11].

Tres, nuestro autor recuerda que a partir de la Tercera Revolución Industrial (microelectrónica, informática, telecomunicaciones, ingeniería genética, nanotecnologías, etc.) la economía soviética comenzó a perder competitividad en áreas tecnológicas clave, al igual que está ocurriendo en Estados Unidos hoy. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) creó un programa –PISA– para monitorear el aprendizaje de las matemáticas y otras disciplinas en distintos países. Si bien el PISA ha sido objeto de fundadas críticas, sobre todo cuando sus pruebas se aplican a las humanidades, en lo que hace a las matemáticas sus resultados son razonablemente confiables. En el estudio realizado en 2012 el puntaje obtenido por los estudiantes estadounidenses fue de 481, ¡por debajo del promedio a nivel mundial que fue de 494! Los cinco países cuyos estudiantes sacaron los mejores puntajes fueron todos asiáticos: China, Singapur, Hong Kong (también parte de China), Corea del Sur y Japón. Esto es apenas un indicio entre muchos otros (por ejemplo, que el famoso Silicon Valley deba gran parte de su éxito a la masiva incorporación de ingenieros e informáticos extranjeros; o que un número creciente de grandes empresas norteamericanas desplacen sus actividades hacia países asiáticos, que cuentan con una mano de obra tecnológicamente más sofisticada y barata). Datos más "duros" sobre esto proceden de un informe de la Harvard Business School que también confirma la pérdida de competitividad de la economía estadounidense y asegura que

11 Esta cifra surge cuando se suma al presupuesto del Departamento de Defensa una serie de gastos necesariamente relacionados con las actividades bélicas estadounidenses pero que no son tenidos en cuenta como "gastos militares" por los publicistas del imperio. Dos ejemplos de ello son el gigantesco presupuesto de la Administración Nacional de Veteranos, que tiene a su cargo la atención médica del personal militar herido en combate o desquiciado psicológicamente en el teatro de operaciones, y el destinado a las obras de "reconstrucción" de la infraestructura destruida por los bombardeos norteamericanos y cuya reparación es exigida por las autoridades militares en el terreno para viabilizar la ocupación del territorio por las tropas invasoras y la exacción de sus riquezas.

esto obedece, entre otras razones, a la ineficacia de su sistema político y a los graves problemas que afectan a su sistema educativo, "desde el jardín de infantes hasta la escuela secundaria", con excepción de un puñado de universidades de elite[12].

Cuatro, la precedente combinación de políticas produjeron, en el caso de la Unión Soviética, el deterioro en los estándares de vida de la población soviética ante la cínica insensibilidad de la nomenklatura, cada vez más enriquecida y que al producirse la desintegración de la URSS se apoderó de casi todas las empresas públicas de ese país. Esta polarización económica reaparece dramáticamente en Estados Unidos, con tanta fuerza que es motivo de reiterados lamentos presidenciales por las perniciosas consecuencias para la integración social y la estabilidad del consenso político. Un informe de las tendencias de casi treinta años relevadas por la Oficina de Presupuestos del Congreso concluye que "el ingreso neto (después del pago de impuestos) del 1% de hogares más ricos del país se incrementó en un 275% entre 1979 y 2007 [mientras que para] el 60% de la población que está en el nivel medio de los ingresos estos crecieron un 40%, al paso que para el 20% de los hogares más pobres el aumento de sus ingresos apenas fue del 18%". La conclusión del estudio demuestra que la distribución del ingreso en los hogares estadounidenses "era sustancialmente más desigual en 2007 que en 1979, y que el 1% más rico acaparaba el 17% de todos los ingresos frente al 8% de tres décadas atrás"[13]. Un par de años después, en julio de 2013, Obama se lamentaba al comprobar que "el estadounidense promedio ganaba [en 2013] menos que en 1999, mientras que las ganancias para un alto ejecutivo habían aumentado un 40% en cuatro años[14]. Se entiende muy bien la razón por la cual el movimiento 'Ocupa Wall Street', que conmovió a tantas ciudades de Estados Unidos, tenía como una de sus banderas la consigna "somos el 99%"[15].

Cinco, finalmente, la URSS experimentó un progresivo aislamiento internacional impulsado por Occidente desde que se produjera el asalto al Palacio de Invierno, en octubre de 1917. En realidad, fue una

12 Ver "US economy losing competitive edge: survey" en <www.reuters.com/article/2012/01/18/us-corporate-competitiveness-idUSTRE80H1HR20120118>.

13 Ver <www.ieco.clarin.com/economia/ricos-Unidos-triplicaron-ingresos_0_580142165.html>.

14 Ver David Usborne, "Obama promete el sueño americano", en <www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-225212-2013-07-25.html>.

15 La feroz concentración del ingreso y la riqueza producida en el seno de los capitalismos desarrollados es la tesis central del libro de Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2014). Ver asimismo David Harvey, *Seventeen contradictions and the end of capitalism* (Oxford: Oxford University Press, 2014) pp. 164-181.

abierta e implacable contraofensiva concebida para crear un "cordón sanitario" (en la elocuente terminología de la época) destinado a frenar la diseminación del virus revolucionario en Europa. El aislamiento se quebró en parte con el auge del nazismo y con el heroísmo soviético en la Segunda Guerra Mundial, pero renació con fuerza durante la Guerra Fría y, especialmente, luego de la invasión a Afganistán y la feroz arremetida lanzada por Estados Unidos en los años ochenta del siglo pasado. Esta contó con la indispensable colaboración del gobierno de Margaret Thatcher en el Reino Unido y el Papa Juan Pablo II, constituyendo junto a Ronald Reagan un tridente reaccionario de una virulencia pocas veces vista en la historia. Y no son pocos los ámbitos en los cuales Estados Unidos cae también en el aislamiento. Véase si no como pierde las principales votaciones en la Asamblea General de la ONU sobre temas acerca del bloqueo a Cuba, los derechos del pueblo palestino y tantos otros. Más recientemente, una iniciativa auspiciada por Washington y formalmente planteada por Panamá en el seno de la OEA, cuyo objetivo era ordenar a esta organización que interviniera en la situación política interna de Venezuela, fue derrotada de manera aplastante por 29 votos contra 3 (de Panamá, Estados Unidos y Canadá), otra muestra más del aislamiento político que la superpotencia padece en su propio hemisferio. Fuera de Nuestra América las cosas no son mejores: por ejemplo, pese a que en el año 2008 la Casa Blanca creó el AFRICOM, el Comando África de las fuerzas armadas estadounidenses (el equivalente de nuestro conocido Comando Sur), no ha habido hasta el momento de escribir estas líneas un solo país africano que se ofreciera para albergar los cuarteles generales de esa institución, por lo cual su sede actual está en una base estadounidense localizada en Stuggart, Alemania[16].

Esta analogía entre las realidades socioeconómicas y el clima cultural y político que precedió a la implosión de la URSS y el que en la actualidad predomina en los Estados Unidos es sumamente aleccionadora. El infundado "pesimismo" y el ingenuo "voluntarismo antiimperialista" con el cual muchas veces se descalifica a quienes desde Latinoamérica planteamos esta visión realista de la decadencia de la superpotencia difícilmente podrían ser atribuidas al ex consejero de seguridad nacional del presidente James Carter y miembro fundador de la Comisión Trilateral. Por supuesto, Estados Unidos seguirá siendo un actor fundamental del sistema internacional, pero sus poderes ya se encuentran recortados y cada día que pasa lo serán más. Las bravuconadas de la Casa Blanca se quedaron en eso. Repasemos unos pocos

16 Ver Nick Turse, "¿Qué diablos es el AFRICOM?" en <http://yahel.wordpress.com/2014/06/20/que-diablos-es-el-africom/>.

datos recientes. A principios del corriente año, Obama había amenazado con iniciar el bombardeo de Siria; bastó una enérgica advertencia de Moscú para que, afortunadamente, esos planes fuesen archivados. El asilo diplomático garantizado a Julian Assange y Edward Snowden por Ecuador y Rusia respectivamente habría sido impensable hace apenas una década. La reintegración de Crimea al territorio ruso, al cual había pertenecido durante casi dos siglos, desató un vendaval de protestas que en Washington y Bruselas no trascendieron al plano de la retórica o el de unas inefectivas sanciones económicas. Antes, las maniobras navales conjuntas llevadas a cabo en 2008 entre las armadas de Venezuela y Rusia en el Caribe, el *mare nostrum* del Pentágono, habrían sido objeto de duras represalias cuando no de una explícita y tajante prohibición. Nada de eso ocurrió. Ejemplos de este tipo, en asuntos menos cruciales, se multiplican por doquier. Japón, principal aliado de Estados Unidos en Asia, abandona el dólar en sus transacciones comerciales con Rusia y China al paso que Moscú, pese a las presiones en contrario de Washington, avanza en la recreación de un área económica euroasiática con las ex repúblicas soviéticas como Belarus, Kazakhstan, Armenia, Kirgiztan y Tajikistan, y aun de otras, como Siria. Ante todos estos cambios, el imperio sólo parece estar en condiciones de refunfuñar.

La extraordinaria importancia de América Latina y el Caribe

Llegados a este punto conviene preguntarse por el lugar que Nuestra América ocupa en el dispositivo económico, político, cultural y militar del imperio en esta etapa de transición geopolítica global. Cuestión esta tanto más importante cuanto más insisten gobernantes, funcionarios y académicos estadounidenses –y sus epígonos latinoamericanos y caribeños– que nuestra región carece de importancia en el tablero geopolítico mundial. Según esta opinión las prioridades del imperio serían, en primer lugar Medio Oriente, por su enorme riqueza petrolera y porque allí se encuentran su principal compinche regional, Israel, y quien hasta hace pocos meses era su declarado enemigo, Irán; luego vendría Europa, aliada incondicional, gran socia comercial y cómplice de cuantas aventuras imperialistas haya lanzado la Casa Blanca; en tercer lugar asoma el Extremo Oriente, por China, las dos Coreas y Japón; en cuarto lugar, Asia Central, importante por su potencial petrolero y gasífero, y como espacio privilegiado para crear un dique de contención del fundamentalismo islámico. Finalmente, disputando un intrascendente quinto lugar palmo a palmo con África aparecería Nuestra América, mendigando compasión, caridad y buenos modales. Tal como se demuestra en nuestro libro, este "relato oficial" del imperio constituye una de las más colosales falacias de la historia diplomática universal.

Porque si las cosas fueran como lo asegura esta torpe interpretación histórica, ¿cómo explicar la inquietante paradoja de que una región como América Latina y el Caribe, tan irrelevante según propios y ajenos, haya sido la destinataria de la primera doctrina de política exterior elaborada por Estados Unidos en toda su historia? Esto ocurrió tan tempranamente como en 1823, es decir, un año antes de la Batalla de Ayacucho, que puso fin al imperio español en América del Sur. Naturalmente, se trata de la Doctrina Monroe, que con sus circunstanciales adaptaciones y actualizaciones –entre ellas, el infame Corolario Roosevelt– ha venido orientando la conducta de la Casa Blanca hasta el día de hoy. Habría de transcurrir casi un siglo para que Washington diera a luz, en 1918, una nueva doctrina de política exterior, la Doctrina Wilson, esta vez referida al teatro europeo convulsionado por el triunfo de la Revolución Rusa, la carnicería de la Primera Guerra Mundial y el inminente derrumbe de dos imperios, el alemán y el austro-húngaro, que junto al derrotado zarismo eran el baluarte de la reacción en Europa. No es un dato anecdótico que esta doctrina para Europa haya sido elaborada mucho después de otra relativa a un área "irrelevante" como América Latina y el Caribe.

La tercera doctrina de política exterior que elabora Washington es la de la "contención", también conocida como la Doctrina Truman, aunque su creador no fue el presidente Harry Truman sino uno de los diplomáticos, politólogos e historiadores más importantes de Estados Unidos a lo largo del siglo XX: George F. Kennan. Fue Kennan quien en 1946 envió el célebre "Largo Telegrama" al presidente Truman en su calidad de embajador adjunto de los Estados Unidos en Moscú. En dicho documento, aconsejaba a la Casa Blanca adoptar una política para contener lo que a su juicio era un incontrolable expansionismo soviético, especialmente en las áreas de mayor importancia estratégica para Estados Unidos. Un año más tarde publicaría, sobre la base de aquel telegrama y con el título "Las fuentes de la conducta soviética", un artículo en *Foreign Affairs*, "la" revista del establishment norteamericano, que influiría profunda y duraderamente en el curso de la política exterior estadounidense. En 1948 Truman adopta las ideas de Kennan y las hace suyas, dando lugar a una nueva doctrina de política exterior: la "contención" y, su corolario, la Guerra Fría. Para erigir una barrera a la expansión soviética en áreas de interés estratégico para Washington, Truman apresura la firma de una serie de tratados militares en diversas regiones: lo hace en abril de 1949 con Gran Bretaña, Francia, Canadá y otros países europeos dando creación a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En 1952 firma el ANZUS, un tratado con Australia, Nueva Zelandia para garantizar la presencia de Estados Unidos en el Pacífico, mismo que, recargado, continúa en vigencia hasta el día de hoy; en 1954 lo hace con una serie de países del

Lejano Oriente, el SEATO (South East Asia Treaty Organization), disuelto en 1977; al año siguiente firma el CENTO (Central Eastern Treaty Organization) que nuclea a varios países del Medio Oriente, entre ellos Irán, Irak, Paquistán, Turquía e incluyendo asimismo al Reino Unido. El CENTO fue desahuciado en 1979. Y con América Latina y el Caribe, ¿no firmó Estados Unidos un tratado político-militar para contener al comunismo? ¡Claro que sí! Y como corresponde a un área tan poco prioritaria, como se dice corrientemente, ¡fue el primer tratado de todos cuantos firmara Washington! Lo dejó plasmado en 1947 y es el tristemente célebre Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) que en síntesis dice que cualquier ataque por parte de una potencia externa a un país de las Américas sería respondido solidariamente por todos ellos. Lo de "potencia externa" era un eufemismo para referirse a la Unión Soviética. Cuando ese ataque sobrevino, en 1982, con ocasión de la Guerra de las Malvinas, Washington se olvidó del TIAR y se puso del lado de Gran Bretaña, suministrándole apoyo logístico y de inteligencia que fueron cruciales para su victoria. Pero lo que prueba la secuencia de estos tratados es que Estados Unidos siguió la regla de oro de *first things first*, es decir, lo más importante se atiende primero. Y más importante que controlar la expansión del comunismo en Europa era impedir su propagación en América Latina y el Caribe. Por tanto, aseguraron primero entre nosotros su retaguardia y recién después se preocuparon por la suerte de Europa.

Desde el punto de vista militar uno podría agregar el ejemplo del Comando Sur de las fuerzas armadas de Estados Unidos: fue organizado en 1963 mientras que el CENTCOM, con jurisdicción en Medio Oriente, Norte de África y Asia Central, y especialmente Afganistán e Irak, fue creado recién en 1983 y que el AFRICOM recién, como ya se dijera, en 2008. Por último, cuando bajo el influjo de la inesperada y desafiante Revolución Cubana el Pentágono se decide a utilizar todos los recursos humanos e institucionales de las ciencias sociales para estudiar y prevenir conmociones sociales y revueltas populares en distintas partes del mundo con un multimillonario proyecto de investigación, la primera región escogida para el estudio es América Latina, con el Proyecto Camelot[17]. Es decir, en cada una de estas iniciativas en el terreno diplomático o militar América Latina y el Caribe invariablemente toman la delantera sobre cualquier otra región del mundo. Y esto por una razón bien sencilla: más allá de la retórica y de las argucias diplomáticas, América Latina es, para los Estados Unidos, la región más importante del planeta. Lo es por su valor estratégico, por su impacto

17 Ver Gregorio Selser, *Espionaje en América Latina, el Pentágono y las técnicas sociológicas* (Buenos Aires: Editorial Iguazú, 1966).

regional y por su extraordinaria dotación de recursos naturales. Es por ello que desde sus primeros años como nación la preocupación de sus gobernantes fue elaborar una postura política apropiada ante esa enorme masa continental que se extendía al sur de las trece colonias originarias. He ahí la génesis profunda de la Doctrina Monroe y de la política coherentemente seguida en relación con nuestros pueblos para perpetuar su sometimiento a los dictados imperiales.

Una hoja de ruta hacia nuestra segunda y definitiva Independencia

Dados estos antecedentes es evidente la necesidad de fortalecer todas las instancias de integración –y, como decía el presidente Hugo Chávez Frías, más que de la integración de la unión– de nuestros pueblos. Para ello será preciso que los gobiernos democráticos y los movimientos populares de la región sean conscientes de cuáles son los objetivos estratégicos de Estados Unidos en la coyuntura actual: primero, destruir a la Revolución Bolivariana y acabar con su gobierno apelando a cualquier recurso, como se hizo en Ucrania y como se está intentando hacer en Siria y, en Nuestra América, en Venezuela en estos días. Segundo, garantizar el control excluyente de la Amazonía. En relación con el primer objetivo, los estrategos del imperio pensaron que la prematura y muy sentida muerte del presidente Hugo Chávez Frías abriría rápidamente las puertas a una "reconquista" estadounidense de Venezuela. Sin embargo, el formidable apoyo popular con que cuenta la Revolución Bolivariana se ha erigido como un obstáculo hasta ahora insuperable para las ambiciones de la Casa Blanca. El chavismo triunfó por escaso margen en las elecciones presidenciales del 14 de abril de 2013 pero lo hizo por una diferencia de casi diez puntos y un millón de votos en las municipales del 8 de diciembre de ese año. Pese a ello la Casa Blanca todavía no reconoció el triunfo de Nicolás Maduro, alentando de este modo las estrategias violentas y sediciosas de un sector de la oposición que pretende instaurar un nuevo gobierno tomando el poder por asalto. Estados Unidos alienta todas estas maniobras y persistirá en su empeño porque sabe que la caída del chavismo significaría un durísimo revés para Cuba y un muy rudo golpe para los proyectos emancipatorios en curso –sobre todo en Bolivia y Ecuador– y para los anhelos de todos los movimientos populares de la región. Venezuela es, por lo tanto, en lo inmediato, un blanco estratégico fundamental y el primero que debe ser atacado, desde afuera tanto como desde adentro, echando mano a los enemigos históricos del pueblo venezolano que se desviven por convertirse en obedientes peones del imperio.

En cuanto al segundo objetivo estratégico, el control de la Amazonía, esto cae por su peso con el simple recuento de los enormes

bienes comunes que alberga la región: agua, minerales estratégicos, biodiversidad, etc.; y en la periferia de esa cuenca, petróleo. Los documentos oficiales del Pentágono, la CIA, el Consejo Nacional de Seguridad y el Departamento de Estado no ocultan que la segunda mitad de este siglo será caracterizada por cruentas guerras del agua. Se puede vivir sin petróleo pero no sin agua, y Nuestra América tiene una fenomenal cantidad de ese estratégico e irreemplazable elemento, amén de los otros que reseñáramos más arriba[18].

Por lo tanto, la unidad de América Latina es el único camino para nuestra sobrevivencia como sociedades civilizadas e independientes. Una unidad difícil, porque la región está lejos de ser homogénea y si bien están los países del ALBA hay otros que simpatizando con ellos aún no están integrados al proyecto, como Argentina, Brasil y Uruguay. Pueden colaborar con las iniciativas del ALBA pero, al menos hasta ahora, no forman parte del mismo. Y hay otros países, tanto en Sudamérica como en el resto del continente, que han sido ganados por el imperio y que en algunos casos podrían desempeñar el papel de dóciles *proxies* operando a favor de Washington al interior de esquemas de integración como la UNASUR y la CELAC.

De lo anterior se desprende la necesidad de consolidar los procesos políticos de izquierda y progresistas en marcha en la región, abroquelarnos en la defensa de Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador y detener la contraofensiva restauradora lanzada por Estados Unidos que, digámoslo claramente, pretende retrotraer la situación del hemisferio al status quo imperante antes de la Revolución Cubana. Esto se realiza a través de las técnicas del poder "blando" o "inteligente", que se materializa en golpes "judiciales o parlamentarios" (casos de Honduras

18 Un dato estadístico ilustra la importancia que Washington le asigna al control de la Amazonía: mientras que Venezuela está rodeada por 13 bases militares norteamericanas (o europeas, como las holandesas de Aruba y Curaçao pero alquiladas a los estadounidenses), Brasil está cercado por 26, si se cuentan las dos del Reino Unido y la OTAN localizadas en las Islas Ascensión y Malvinas, pero pertrechadas con equipamiento norteamericano y con presencia de militares de ese país. Entre ambas locaciones se encuentra, ¡seguramente que por casualidad!, el enorme yacimiento petrolífero brasileño del Presal. Recuérdese que esta ambición por apoderarse de Brasil viene de larga data: documentos recientemente desclasificados del presidente John F. Kennedy demuestran que el golpe militar de abril de 1964 en contra de João Goulart fue planeado, por lo menos con dos años de anticipación, por la Casa Blanca. Kennedy alentaba ese plan mientras recibía en visita oficial a Goulart en Washington. Luego de su derrocamiento, Goulart se exilió en la Argentina, y en diciembre de 1976 falleció supuestamente víctima de un infarto. Hay quienes aseguran que su muerte fue planeada y ejecutada en al marco del siniestro Plan Cóndor. Sobre las revelaciones de Kennedy consultar <www2.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB465/>.

y Paraguay) que sustituyen al viejo modelo del golpe militar[19]. O también apoyando la "modernización" de la derecha latinoamericana, reemplazando sus arcaicos discursos, estilos y liderazgos por otros que casi la convierte en una suerte de *aggiornada* socialdemocracia bajo la batuta de Mario Vargas Llosa y sus compinches; el enorme impulso dado a la Alianza del Pacífico, pérfido sustituto del ALCA que encuentra la complicidad de varios gobiernos de la región; la tremenda ofensiva mediática coordinada desde Washington por el GEA, el Grupo de Editores de América, en el entendido que la guerra antisubversiva de nuestros días se libra en el terreno de los medios; y, por último, mediante la instalación de bases militares –ya son 78 las que se encuentran en América Latina y el Caribe– que, junto con la IV Flota, cubren todo el espacio regional. Exigir el retiro de las bases debería convertirse en la voz de orden, lo mismo que la democratización de los medios de comunicación y la adopción de políticas muy estrictas de condena para los países en donde se viole la "cláusula democrática" contemplada en el MERCOSUR y la UNASUR.

Impedir o entorpecer la unión de las naciones sometidas ha sido siempre una regla de oro de los imperios. "Divide y vencerás" ha sido la norma invariable de todos ellos, y en el momento actual su vigencia es mayor que nunca antes. Por eso Washington sabotea sin pausa cualquier iniciativa integradora, sea directa como indirectamente, a través de algunos de sus "caballos de Troya" latinoamericanos. Nada podría ser más corrosivo para los intereses fundamentales del imperio que una UNASUR fuerte y con crecientes capacidades de intervención en los asuntos regionales; o una CELAC plenamente institucionalizada y dotada de eficaces mecanismos de defensa de los intereses nuestroamericanos en el ámbito hemisférico. De hecho, el gran debate, sordo todavía, al interior de ese organismo es si se debe o no institucionalizar y, en

19 Sobre este tema ver los trabajos de Eugene Sharp en el marco del Albert Einstein Institute, un *think tank* que elaboró una serie de manuales para desestabilizar gobiernos considerados hostiles al interés nacional norteamericano y, por lo tanto, satanizados como despóticos o totalitarios. Ejemplos de estos gobiernos son los de Bolivia, Cuba, Ecuador y Venezuela. Arabia Saudita, uno de los regímenes más despóticos y tiránicos del planeta, no entra en esta categorización. Se trata de un buen amigo de Estados Unidos. Uno de los principales teóricos del "poder blando" como complemento, mas no como sustitución, del "poder duro" basado en la fuerza militar es Joseph S. Nye. Jr. Ver su *Soft Power. The means to success in world politics* (Nueva York: Public Affairs, 2004) y su más reciente *The future of power*, op. cit. La ex secretaria de Estado de Barack Obama, Hillary Clinton, declaró en numerosas oportunidades que la "resolución" de la crisis libia, con linchamiento de Gadaffi incluido, era un ejemplo de "poder inteligente" (*smart power*). En resumen: se trata de un juego de palabras que pretende escamotear el carácter profundamente violento de las actuales estrategias de dominación imperialista.

caso de que así lo sea, hasta qué punto y cómo. Como simple foro de cumbres anuales a nivel presidencial la CELAC traicionaría el propósito con que la había investido su creador, el Comandante Hugo Chávez Frías. No son bellos discursos lo que necesitan América Latina y el Caribe sino agencias capaces de producir políticas que nos pongan a resguardo de los apetitos del imperio. Otro tanto ocurre con la UNASUR, que en su corta existencia ha tenido un papel sumamente valioso al desactivar tentativas golpistas en Bolivia (2008) y Ecuador (2010), aunque no pudo hacer lo propio en Paraguay, más por las vacilaciones del ex presidente Fernando Lugo que por la inacción o impericia de los funcionarios de la UNASUR. Pocos días después del frustrado golpe de estado en Ecuador, Chávez decía que "una vez más la UNASUR ha demostrado que no nació para hacer política simbólica: supo actuar, en esta difícil coyuntura ecuatoriana, con la misma voluntad política y la misma determinación que en septiembre de 2008 para abortar el golpe de estado que estaba en desarrollo en Bolivia. El hecho de que todos los presidentes nos reuniéramos en Buenos Aires en horas de la noche del mismo 30 de septiembre, para ofrecerle todo nuestro respaldo al gobierno de Correa, es una clara señal, para la derecha, de que el golpismo fascista ya no tiene vida en la América del Sur"[20]. La centralidad que la UNASUR le ha asignado al estudio y a la elaboración de propuestas concretas sobre la candente cuestión de los recursos naturales es otra prueba de la estratégica importancia que en poco tiempo ha adquirido esa institución sudamericana.

Para resumir: la unión de los pueblos y gobiernos de Nuestra América es condición *sine qua non* del éxito en las luchas por la autodeterminación y soberanía nacionales. Prueba de ello fue, como ya lo mencionáramos, lo ocurrido en el seno de la OEA al repudiar la iniciativa del gobierno de Panamá en nombre de Estados Unidos. Pero el imperio nunca descansa, y en ocasión del secuestro que sufriera el presidente Evo Morales durante su regreso de Rusia Washington movilizó sus peones regionales para impedir que se convocara a una cumbre extraordinaria de presidentes y jefes de estado para responder colectivamente a la agresión incitada por Estados Unidos y perpetrada por sus peones europeos. Esa reunión fue solicitada, en un gesto que lo enaltece una vez más, por el secretario general de la UNASUR, Alí Rodríguez. Pero quien debía convocar dicha reunión era el presidente pro témpore de la UNASUR, Ollanta Humala, y no lo hizo. ¿Razones? El incondicional realineamiento del Perú con Estados Unidos, iniciado

20 Comandante Hugo Chávez Frías, "Las líneas de Chávez: ¡Salve, oh Patria, mil veces! ¡Oh Patria!" en <www.cubadebate.cu/opinion/2010/10/03/las-lineas-de-chavez-salve-oh-patria-mil-veces-oh-patria/>.

por Alberto Fujimori, continuado por Alejandro Toledo, profundizado por Alan García, llevado al extremo por el actual presidente, que ha abierto de par en par las puertas de su país al Pentágono y al Comando Sur. En poco tiempo se instalaron en el Perú diez bases militares estadounidenses, y los puertos peruanos son los principales apostaderos donde se reabastece la IV Flota de los Estados Unidos. Una oportuna llamada telefónica de la Casa Blanca seguramente disuadió a Humala de hacer lo que estaba ética y legalmente obligado a hacer: convocar de urgencia una cumbre extraordinaria de la UNASUR para salir en defensa del presidente Evo Morales.

Para concluir: estamos en medio de una sorda pero importantísima batalla. Tal como se enunciara al principio, una tesis fundamental para entender la actualidad es la que sostiene que en estas fases de descomposición los imperios se tornan más violentos y agresivos. Sucedió con los imperios romano, otomano, español, portugués, británico y francés. No hay lugar para dudas ni excepciones: lo mismo ocurrirá con el imperio norteamericano[21].

Como ya se mencionó, el objetivo estratégico global de Estados Unidos es retrotraer las relaciones hemisféricas a la condición prevaleciente antes del triunfo de la Revolución Cubana: un continente totalmente sometido al mandato inapelable de Washington. La Casa Blanca, la burguesía imperial y sus peones latinoamericanos trabajan incansablemente en pos de esta restauración. Pero tropiezan con la creciente madurez política de nuestros pueblos, su creciente capacidad organizativa y la fortaleza de los gobiernos de izquierda de la región. Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador han dado muestras de resistir presiones de todo tipo tendientes a derrocar sus gobiernos y revertir sus procesos revolucionarios. Estados Unidos fracasó en ese intento. Esto demuestra la verdad contenida en el famoso discurso de Fidel en conmemoración del 60º aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana cuando dijo que la Revolución Cubana (y su reflexión alcanza también a los países arriba nombrados) no podrá ser destruida desde afuera, por sus enemigos externos. "Esta Revolución –continuaba Fidel– puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos; nosotros sí, nosotros

21 Las atrocidades de la Conquista española empalidecen cuando se las compara con las perpetradas desde la segunda mitad del siglo XVIII en el desesperado intento de la Corona para mantener en sujeción a sus dominios americanos. Los británicos exhibieron su máxima crueldad cuando la India se despertó de su sopor e intentó sacudirse el yugo colonial. Y nada iguala la violencia brutal del colonialismo francés como el baño de sangre practicado en Argelia, en la fase final del imperio francés en África, o la que aplicaran en Vietnam para reprimir las ansias de liberación de su pueblo. El genocidio de los armenios tuvo lugar precisamente cuando el imperio otomano entraba en su irreversible ocaso.

podemos destruirla, y sería culpa nuestra [...] de nuestros defectos, de nuestros errores, de nuestras desigualdades, de nuestras injusticias"[22].

Hoy, más que nunca, la unidad de los pueblos de Nuestra América depende de continuar y profundizar el impulso original que le diera el Comandante Hugo Chávez Frías a la UNASUR y la CELAC y la capacidad de los gobiernos que se encuentran a la vanguardia de este proceso para sortear los peligros a los que aludía Fidel. Esto significa un compromiso permanente para mejorar día a día la calidad, eficiencia, transparencia y honestidad administrativa de la gestión gubernamental y de las instituciones de la democracia participativa así como un compromiso igualmente fuerte para empoderar a las clases y capas populares, promoviendo su organización y estimulando su educación general y su formación política. Si así fuera, se garantizaría el logro de los tres atributos que, según Simón Bolívar, hacen a la perfección del gobierno: "la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política". Si fracasáramos en el logro de estos objetivos, nuestro triste futuro sería el de quedar para siempre sometidos al dominio de un país, Estados Unidos, que a juicio del Libertador, "parece destinado por la Providencia a plagar la América toda de miserias en nombre de la libertad". Confiamos en que los años venideros demuestren que ni Bolívar ni Chávez araron en el mar.

Buenos Aires, 29 de agosto de 2014

22 Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz en el sexagésimo aniversario de su ingreso a la Universidad, La Habana, 17 de noviembre de 2005. Reproducido en *Rebelión*, el 6 de diciembre de 2005.

Breve advertencia acerca de este libro

Este libro es el imprevisto resultado de dos actividades diferentes. La primera fue una invitación de la entidad cubana Casa de las Américas para participar en un evento que organizó esa prestigiosa institución, inconmovible baluarte de la cultura latinoamericana, a finales de 2010 con el propósito de pasar revista al bicentenario de los procesos independentistas en América Latina[23]. Para esa ocasión, preparé una breve ponencia que resultó ser la semilla de la cual luego, con el paso del tiempo, surgiría este libro[24]. La segunda actividad fue el dictado de un curso sobre el tema, en el segundo semestre de 2011, en el Campus Virtual del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED). El interés que suscitó entre alumnos, colegas y militantes sociales con quienes examinamos, en diversas apariciones públicas, ideas, hipótesis y datos de diverso tipo sobre la problemática geopolítica de la región nos convenció de la necesidad de transformar las clases del curso en un pequeño libro y, de este modo, facilitar una más amplia difusión de sus contenidos. Esto exigió un esfuerzo de adaptación del lenguaje, dado que una clase preparada para un curso a

23 A lo largo de este libro, cuando hablemos de América Latina o Latinoamérica estaremos refiriéndonos también al Caribe, tanto al hispanohablante como al francófono y al anglófono. América Latina o Latinoamérica serán, entonces, etiquetas a las cuales apelaremos por razones de practicidad y para evitar tener que recargar innecesariamente el texto. Por supuesto, cuando sea necesario establecer distinciones, estas serán oportunamente especificadas para evitar confusiones. Del mismo modo, al utilizar expresiones como Norteamérica y sus derivaciones, no nos estaremos refiriendo a la región geográfica formada por Canadá, Estados Unidos y México, sino, siguiendo un muy extendido uso coloquial, a los Estados Unidos de América.

24 "La coyuntura geopolítica de América Latina en 2010", reproducido en *Memorias del Bicentenario*, coordinado por Aurelio Alonso (La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2011) pp. 28-54.

distancia –donde un equipo de tutores trabaja en permanente contacto con el estudiante para aclarar dudas o profundizar algunos temas– tiene exigencias distintas que un libro, en donde el lector se enfrenta en soledad con el autor. Además, existen otras cuestiones formales, pero importantes: si en la clase es posible citar autores o fuentes con una cierta laxitud (no siendo imprescindible, por ejemplo, citar la editorial que publicó un libro, o el año exacto de su publicación, o la ciudad donde apareció, pues basta con dar a conocer su autor y su título), no ocurre lo mismo con un libro. En consecuencia, hemos procurado especificar las autoridades citadas o las fuentes que sustentan algunas afirmaciones pero cuidando de no perder el carácter coloquial de la clase y de asegurar una lectura ágil de un tema tan delicado como el que será objeto de análisis en las páginas que siguen.

Por otra parte, es preciso también decir que este libro es el corolario natural de otro, escrito conjuntamente con Andrea V. Vlahusic, en donde se analizaron las múltiples y reiteradas violaciones a los derechos humanos que Washington perpetra tanto dentro como fuera de sus fronteras. Ese libro, *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por Estados Unidos*[25], aporta buena parte del andamiaje teórico y empírico necesario para interpretar adecuadamente los contenidos más globales incorporados en este libro.

Unas palabras, precisamente, sobre la problemática geopolítica. Se trata de una cuestión que en general la izquierda ha demorado más de lo conveniente en estudiar por una serie de razones que no podemos sino apenas enunciar aquí: concentración en el examen de temas "nacionales"; visión economicista del sistema internacional y del imperialismo; y menosprecio de la geopolítica por la génesis reaccionaria de este pensamiento y por la utilización que de ella hicieron las dictaduras militares latinoamericanas de los años setenta y ochenta del siglo pasado. La generalización del concepto y las teorías de la geopolítica se encuentra en la obra de un geógrafo y general alemán, Karl Ernst Haushofer, quien propuso una visión fuertemente determinista de las relaciones entre espacio y política, y la inevitabilidad de la lucha internacional entre los diferentes Estados para asegurarse lo que, en un concepto de su autoría, calificó como "espacio vital" (*Lebensraum*). El desprestigio de esa teorización se relaciona con el hecho de que fue este concepto de *Lebensraum* el empleado por Hitler para justificar el expansionismo alemán que a la postre culminó con la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Haushofer fundó en 1924 la *Revista de Geopolítica* (*Zeitschrift für Geopolitik*) y en 1934 publicó su obra fundamental: *El poder y la tierra* (*Macht und Erde*) inspirado en la

25 Publicado por Ediciones Luxemburg en 2009.

obra de un geógrafo y político británico, Halfor John Mackinder, quien en 1904 escribió un muy influyente artículo: "El pivote geográfico de la historia". El término, en realidad, había sido acuñado en 1899 por un político conservador sueco, geógrafo y profesor de ciencia política: Johan Rudolf Kjellén. De allí pasó a Gran Bretaña y luego a Alemania. En todo caso, como asegura Gearóid Tuathail, su nacimiento tuvo lugar en un momento histórico signado por el predominio del pensamiento imperialista y racista de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Si hoy reaparece, completamente resignificado en el pensamiento crítico, es porque aporta una perspectiva imprescindible para elaborar una visión crítica del capitalismo en una fase como la actual, signada por el carácter ya global de ese modo de producción, su afiebrada depredación del medio ambiente y las prácticas salvajes de desposesión territorial padecidas por los pueblos en las últimas décadas. No debería sorprendernos entonces que dos de los principales pensadores de nuestro tiempo sean geógrafos marxistas: David Harvey y Milton Santos[26]. Es que la política y la lucha de clases, tanto en lo nacional como en lo internacional, no se desenvuelven en el plano de las ideas o la retórica, sino sobre bases territoriales, y el entrelazamiento entre territorio (con los "bienes públicos o comunes" que los caracterizan), proyectos imperialistas de explotación y desposesión y resistencias populares al despojo requiere inevitablemente un tratamiento en donde el análisis de la geografía y el espacio se articule con la consideración de los factores económicos, sociales, políticos y militares. En tiempos como los actuales, en los que la devastación capitalista del medio ambiente ha llegado a niveles desconocidos en la historia, una reflexión sistemática sobre la geopolítica del imperialismo es más urgente y necesaria que nunca. Tal como lo recordara el Comandante Fidel Castro en su profética intervención en la Cumbre de la Tierra –en Río de Janeiro, junio de 1992–, "una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre". Confiamos en que este libro se convierta, como lo aconsejaba el

26 Harvey es autor, entre otras obras, de *Los límites del capitalismo y la teoría marxista* (México DF: Fondo de Cultura Económica, 1990), *Espacios del capital: hacia una geografía crítica* (Madrid: Akal, 2007), *El nuevo imperialismo* (Madrid: Akal, 2004) y su más reciente *The enigma of capital and the crises of capitalism* (Oxford: Oxford University Press, 2010). Al igual que en el caso de Harvey, la producción de Milton Santos es enorme. Mencionemos apenas dos libros, entre los más sobresalientes: *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal* (Caracas: Convenio Andrés Bello, 2006) y *La naturaleza del espacio* (Madrid/Barcelona: Ariel, 2000). Para una discusión sobre los antecedentes y los contenidos tradicionales y actuales de la geopolítica ver, a modo de introducción, la antología compilada por Gearóid Tuathail, Simon Dalby y Paul Routledge, *The Geopolitics reader* (Londres: Routledge, 1998).

joven Marx, en "un arma de la crítica", un instrumento que al sensibilizar a los lectores y las lectoras ante estas ominosas realidades impulse a los explotados y los dominados de Nuestra América a involucrarse activamente en la crucial batalla de ideas de nuestro tiempo y asumir el protagonismo necesario para evitar que un sistema tan inhumano como el capitalismo termine sacrificando a la humanidad en el altar de la tasa de ganancia del capital.

Capítulo 1
La cuestión del imperialismo: pasado y presente

El objeto de este primer capítulo es analizar la situación actual del sistema imperialista para, posteriormente, examinar la realidad geopolítica específica en que se encuentra inmersa América Latina[27]. Esta necesidad de iniciar nuestra tarea con un relevamiento de los rasgos principales de dicho sistema se funda en la convicción de que en el mundo contemporáneo quien quiera hablar sobre cuestiones como la guerra y la paz, la preservación del medio ambiente, la justicia, la democracia, la libertad y la igualdad tiene obligadamente que hablar del imperialismo. Quienes se abstienen de hacerlo, bajo el manto de una supuesta

27 Sobre el tema de la geopolítica latinoamericana, ver Ana E. Ceceña, *El Gran Caribe. Umbral de la geopolítica mundial* (Quito: FEDAEPS, 2010) y de esta misma autora, "Geopolítica", en Ivana Jinkings y Emir Sader (comps.) *Enciclopedia Contemporánea de América Latina* (Madrid: Akal, 2009), y en colaboración con Rodrigo Yedra y David Barrios, *El águila despliega sus alas de nuevo. Un continente bajo amenaza* (Quito: FEDAEPS/Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, 2009). Un análisis puntual sobre un plan internacional de exterminio, el Plan Cóndor, pero que abunda en materiales interpretativos sobre la geopolítica de América Latina lo ofrece Stella Calloni en su notable *Operación Cóndor: pacto criminal* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2006) y en los numerosos artículos de esta autora sobre temas relacionados. Otra muy importante contribución se encuentra en la obra de Rina Bertaccini, *Militarización imperialista y búsqueda de alternativas* (Buenos Aires: Cartago, 2010) y, al igual que en el caso anterior, en sus notas periodísticas y la documentación contenida en el sitio web del MOPASSOL, el Movimiento por la Paz, la Soberanía y la Solidaridad entre los Pueblos <www.mopassol.com.ar/>. Una insoslayable referencia sobre este asunto se encuentra en la obra de Luiz Alberto Moniz Bandeira, *Geopolítica e política exterior: Estados Unidos, Brasil e América do Sul* (Brasilia: Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil/Fundación Alexandre de Gusmão, 2010). Cuando este libro estaba a punto de entrar en imprenta apareció un notable texto de Telma Luzzani, *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica* (Buenos Aires: Debate, 2012), el cual, aun cuando focalizado en la problemática de las bases militares (ver Apéndice), arroja una esclarecedora luz sobre la problemática geopolítica más amplia de nuestra región.

neutralidad de factura tecnocrática, son apologistas abiertos o encubiertos, conscientes o no, de un tipo de sociedad intrínsecamente perverso y de un sistema internacional incorregiblemente injusto, que empujan a la humanidad hacia el abismo. Comenzar por el análisis del imperialismo también es necesario si se quieren contrarrestar los discursos confusionistas con los cuales se bombardea permanentemente a nuestros pueblos, y en especial al campo intelectual latinoamericano, para fomentar el conformismo y la resignación ante un statu quo cada vez más peligroso e intolerable. Uno de tales discursos es el de la globalización, concebida como la interdependencia de todas las naciones, con desconocimiento de las asimetrías económicas y políticas que definen las relaciones entre ellas y las distintas posiciones que ocupan en el sistema; otro discurso, igualmente pernicioso porque en este caso se manifiesta con un lenguaje de izquierda, es el que se plasma en las tesis de autores como Michael Hardt y Antonio Negri que, víctimas de una impresionante confusión teórica, llegan a sostener en su libro *Imperio* que la edad del imperialismo ha concluido: hay imperio pero, en la alucinada visión de estos autores, ya no hay más imperialismo[28].

Imperio sin imperialismo parece ser un ingenioso e inocente juego de palabras. Sin embargo, es mucho más que eso, porque el efecto político de ese argumento ha sido nada menos que la desmoralización, la desmovilización y el desarme ideológico de las fuerzas sociales y políticas ante una elaborada construcción teórica que proyecta la falaz imagen de un imperio convertido en una entelequia, una inhallable y vaporosa abstracción que, por eso mismo, aparece como inexpugnable e imbatible, y que concibe al imperialismo como una reliquia del pasado, como algo que ya desapareció de la faz de la Tierra y sobre lo cual es en vano preocuparse. El único camino que quedaría abierto ante la omnipotencia de este inverosímil imperio no imperialista es el de la resignada adaptación, con la esperanza de que las multitudes nómadas invocadas por Hardt y Negri puedan encontrar en los entresijos del sistema la falla geológica que, algún día, provoque mágicamente su estallido.

Curiosamente, estos autores hacen pública su tesis en momentos en que el imperialismo redoblaba su agresividad. No por casualidad la publicación de su libro (en el año 2000 en Estados Unidos, con edición en lengua castellana en 2002) gozó de una extraordinaria repercusión en la

28 Ver sobre este tema nuestro *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO, 2004) (agotadas todas las ediciones; se puede bajar libremente desde la web en <http://bit.ly/uEqKhQ>). El libro de Hardt y Negri *Imperio* fue publicado en español por Paidós (Buenos Aires, 2002). La edición original, por la Harvard University Press, es del año 2000.

prensa burguesa de todo el mundo. El certero instinto de las clases dominantes les hizo percibir de inmediato que una obra de ese tipo fortalecería su dominación ideológica y su "dirección intelectual y moral" entre masas cada vez más confundidas. Y en cuanto a la renovada agresividad del imperio "realmente existente" –tema sobre el cual volveremos más adelante–, sólo basta con recordar antecedentes tales como la reactivación de la IV Flota; el enjambre de bases militares instaladas en América Latina; el desembozado apoyo a tentativas secesionistas y golpistas en Bolivia y Ecuador en 2008 y 2010 respectivamente; el golpe militar en Honduras en 2009 y su fraudulenta "legalización" a partir de la convalidación de las ilegítimas elecciones presidenciales del 29 de noviembre de 2009 y hace apenas unos meses, el golpe de estado "constitucional" en Paraguay en Junio de 2012; la intensificación del bloqueo integral en contra de Cuba y las permanentes amenazas y provocaciones de Washington contra Venezuela, Ecuador y Bolivia; los asesinatos selectivos de científicos nucleares iraníes y la imparable escalada de sanciones y agresiones en contra de Irán; la complicidad ante la genocida carnicería practicada por Israel en la Franja de Gaza y, más generalmente, contra los palestinos; el martirio interminable de Irak; la redoblada presencia militar norteamericana en Afganistán y la nueva "intervención humanitaria" en Libia, bajo el paraguas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en medio de la imparable revuelta que conmueve al mundo árabe y la perversa satisfacción con la que fue recibida la noticia del linchamiento de Muammar el Gadaffi por una turba criminal, al igual que la escandalosa operación librada contra Osama bin Laden, que terminó con su asesinato y desaparición[29].

Cabría preguntarse por las razones que impulsan a muchos autores a ignorar o desestimar la existencia del imperialismo. Sin ánimo de profundizar ahora en un tema harto complicado, podría decirse que dicha actitud refleja la crisis ideológica en que se debate la izquierda. Una izquierda que, sobre todo en el Norte, ha claudicado y renunciado a la lucha por la construcción de una buena sociedad. Basta con ver el deprimente espectáculo de intelectuales, partidos y sindicatos, otrora enrolados en la izquierda radical, hoy convertidos en ardientes defensores del ajuste salvaje propuesto por el Banco Central Europeo o el Fondo Monetario Internacional (FMI) para enfrentar la crisis en Europa. O, cuando esto no ocurre, constatar la incapacidad para siquiera

29 Poco antes de concluir este libro se filtró la noticia, que la prensa hegemónica procuró ocultar, de que el cuerpo de Osama bin Laden no había sido arrojado al mar, sino enviado desde Pakistán a una base aérea militar en Delaware. Esta y otras revelaciones forman parte de los e-mails de la empresa de inteligencia Stratfor, interceptados por los *hackers* de Anonymous y dados a conocer por WikiLeaks. Ver <www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-188870-2012-03-04.html>.

plantear una crítica al neoliberalismo rampante que se ha enseñoreado del viejo continente. Por supuesto, muchos también hicieron lo mismo en América Latina, pero la resonancia de los "conversos" y "renegados" del Norte es mucho mayor que la que tienen sus homólogos de esta parte del mundo. Hay gente que viene de un pasado de izquierda y que ahora dice que ya no hay más izquierda y derecha; según ellos, ahora sólo habría "realistas" y "dogmáticos", en donde los primeros serían quienes no creen necesario detener la locomotora que nos lleva al abismo, para usar la conocida metáfora de Walter Benjamin. Tampoco existe el imperialismo, y lo que supuestamente habría sería la "interdependencia de las naciones" y el definitivo ocaso del supuesto causante de todas las guerras: el Estado-nación y su excrecencia, el nacionalismo. Obviamente, para quienes sostienen tesis como estas el imperialismo es un anacronismo, un molesto recuerdo del pasado que hoy carece por completo de importancia.

Sin embargo, el imperialismo persiste más allá de las confusiones teóricas o las alucinaciones discursivas de estos sectores. ¿Por qué? Porque tal como precozmente lo señaló V.I. Lenin, se trata de un rasgo esencial del –e inherente al– capitalismo contemporáneo, y si algo ocurrió con la globalización neoliberal fue que la presencia del imperialismo se extendió a lo largo y a lo ancho de todo el planeta, y su accionar se tornó más opresivo y predatorio que nunca antes. Conviene recordar que desde finales de los años ochenta el imperialismo había desaparecido no sólo como teoría explicativa de la economía mundial, sino también como componente del discurso político. El término simplemente había sido enviado al ostracismo pòr los académicos, los comunicadores sociales, los políticos y los gobernantes. Recién se comenzó a hablar nuevamente de imperialismo a comienzo del siglo actual, sobre todo luego de la fulgurante aparición del ya mencionado libro de Hardt y Negri y de la desafiante reafirmación del carácter imperialista de Estados Unidos –se sobreentiende: un imperialismo benévolo– hecha por el tanque de pensamiento ultraconservador New American Century o Nuevo Siglo Americano[30].

La molesta y desagradable supervivencia del imperialismo, inmune a las modas intelectuales y lingüísticas, hizo que en los ochenta y los noventa aquel se ocultara tras un nuevo nombre: "globalización". Ahora bien, ¿qué es la globalización sino una suerte de nueva "fase superior" del imperialismo?[31]. La globalización no es el fin del

30 Información sobre el New American Century se puede obtener en <www.newamericancentury.org/>.

31 Ya en 1999, antes del resurgimiento de la cuestión del imperialismo, planteábamos esta tesis en nuestro "'Pensamiento único' y resignación política: los límites de

imperialismo sino un salto cualitativo del mismo, al cual nos referiremos a continuación. Representa la transición del imperialismo clásico hacia otro de nuevo tipo, basado en las actuales condiciones bajo las cuales se desenvuelve el modo de producción capitalista. La palabra "imperialismo" había desaparecido, pero los hechos son porfiados y tenaces, y a la larga este vocablo renació desde sus cenizas. La razón es muy simple: casi todo el mundo está sometido a los rigores de una estructura imperialista, y tal como persuasivamente lo argumentan Leo Panitch y Sam Gindin en un par de notables artículos publicados hace ya unos años, los Estados Unidos desempeñan un papel esencial e irreemplazable en el sostenimiento de esa estructura[32]. Nos guste o no nos guste, lo nombremos o no, el animal existe. Y por eso, como la cosa estaba y no había desaparecido, el hechizo de la palabra que pretendía ocultarlo, "globalización", se desvaneció y el viejo término reingresó triunfalmente en la esfera pública.

Ahora bien, alguien podría decir: "¿por qué había desaparecido la palabra imperialismo?". Lo hizo, primero, como producto de cambios muy significativos –económicos, políticos e ideológicos– que tuvieron lugar en la escena internacional, entre otras cosas porque en los años ochenta y noventa el avance del neoliberalismo fue arrollador. Esto quedó dramáticamente patentizado en 1989, cuando se derrumbó el Muro de Berlín, y un par de años después, al desintegrarse la Unión Soviética. Es decir, uno de los polos de la gran confrontación económica, política, ideológica, militar a lo largo de gran parte del siglo XX: la Guerra Fría, se esfumó sin dejar rastros[33]. A partir de ahí, se llegó a la conclusión de que una vez borrada del mapa la Unión Soviética, el imperialismo (que era, según la equivocada opinión de algunos autores, un fenómeno eminentemente militar) no tenía ya más razón

una falsa coartada" en *Theorethikos* (San Salvador: Universidad Francisco Gavidia) Año III, N° 3, julio-septiembre de 2000. Ver *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, compilado por Atilio A. Boron, Julio Gambina y Naúm Minsburg (Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA, 1999) pp. 239-242.

32 Ver "Capitalismo global e imperio norteamericano", de Leo Panitch y Sam Gindin, en *Socialist Register 2004* (Buenos Aires: CLACSO, 2005) y la continuación de ese trabajo, por los mismos autores, "Las finanzas y el imperio norteamericano", en *Socialist Register 2005* (Buenos Aires: CLACSO, 2005).

33 Sobre esta cuestión existe una inmensa literatura. Recomendaremos apenas, a modo de invitación a explorar el tema, a Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX* [curiosa traducción del título original: *Extremes. The short twentieth century, 1914-1991*] (Buenos Aires: Crítica/Grupo Mondadori, 1998); *Años interesantes. Una vida en el siglo XX* (Barcelona: Crítica/Grupo Mondadori, 2003) y *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011* (Buenos Aires: Crítica/Grupo Mondadori, 2011). Ver asimismo *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, de Naomi Klein (Barcelona: Espasa Libros, 2010), principalmente los capítulos 11 y 12.

de ser. Los hechos, en cambio, mostraron que sí tenía razón de ser y que, tal como correctamente lo había señalado Lenin, las raíces del imperialismo son económicas, si bien también se manifiestan en el terreno político, en el militar e incluso en el de las ideas, donde el éxito de la prédica neoliberal promovida por el imperialismo y sus aliados ha sido extraordinario. Se debe tener presente, como una nota adicional, que en el plano de las ideas el papel de los medios de comunicación es esencial, y estos se encuentran concentrados en manos de grandes oligopolios en una proporción aun mayor que la que encontramos, por ejemplo, en la banca internacional.

Revisión y actualización teórica

Decíamos más arriba que una serie de cambios en el proceso de acumulación capitalista puso en cuestión algunos preceptos de la teorización clásica del imperialismo desarrollada en la segunda década del siglo XX, época en que se escribieron los textos canónicos de V.I. Lenin, Rosa Luxemburgo, R. Hilferding, K. Kautsky y N. Bujarin sobre el tema. En primer lugar, porque según aquellos el imperialismo era un reflejo de la crisis que se abatía sobre las economías metropolitanas, que por eso mismo debían salir agresivamente a la conquista de mercados externos. Pero el período posterior a la Segunda Guerra Mundial puso en cuestión esa premisa, porque si algo caracterizó esta fase fue una tremenda expansión del imperialismo que se producía no como respuesta a la crisis sino como producto de un auge económico sin precedentes en la historia del modo de producción capitalista: el célebre "cuarto de siglo de oro" del período 1948-1973, todo lo cual sumía en la perplejidad a la teoría convencional. Segundo, las teorías clásicas pronosticaban que como resultado de la competencia interburguesa las guerras entre las potencias capitalistas serían inevitables. Nada de eso volvió a ocurrir luego de 1945. Hubo guerras, por supuesto, pero estas han sido del capital contra los pueblos de la periferia del sistema y no entre las potencias metropolitanas. Tal como señalan Panitch y Gindin en los trabajos ya aludidos, la penetración de los intereses de los oligopolios norteamericanos en todas las burguesías del mundo desarrollado abortó cualquier posibilidad de un enfrentamiento militar entre las mismas y lo volvió impensable, por lo menos hasta ahora. Tercero, las teorías clásicas sostenían que para la reproducción del imperialismo se requería la presencia de vastas regiones atrasadas ("agrarias", como se las denominaba en aquella literatura) o "precapitalistas", que proporcionaban el espacio para la acumulación que ya no se podía encontrar en las metrópolis. Fue Rosa Luxemburgo quien insistió fuertemente sobre este asunto. Sin embargo, una vez que esos espacios de la periferia fueron incorporados a las relaciones capitalistas de producción, el imperialismo siguió avanzando más allá de los límites impuestos por la geografía mediante la mercantilización de sectores de la vida económica y social antaño preservados al margen de la dinámica predatoria de los mercados, como los servicios públicos, los fondos de pensión, la salud, la educación, la seguridad, las cárceles y otros por el estilo. Esta es, en buena parte, la historia del último cuarto de siglo.

La respuesta de algunos autores ante los desafíos que planteaban todos estos cambios fue el abandono de la noción de imperialismo. De ahí el auge de teorías como la globalización, la interdependencia y, posteriormente, el imperio, entendidas como lo hacen Hardt y Negri, como un etéreo e inofensivo "régimen de soberanía global". Y en ese régimen, en el cual no hay centro ni periferia y las clases se difuminan en espectrales multitudes, no existe posibilidad alguna de relaciones imperialistas. A nivel conceptual, la ciencia política, ya en la década del ochenta, adoptó la categoría de régimen político para el estudio de las "transiciones democráticas", haciendo a un lado al Estado, las fuerzas políticas y la lucha de clases. El imperialismo fue concebido, por los diversos exponentes del "posmarxismo", como una perniciosa deriva del nacionalismo, pero como según ellos ahora los Estados-nación están en un irreversible curso de desaparición, el imperio se convierte en un espacio abierto en donde el imperialismo pierde su razón de ser. La antigua soberanía estatal, que se remonta a los tiempos de Maquiavelo, Hobbes y Bodino, se relocaliza rápidamente y se desplaza hacia grandes organizaciones supranacionales gubernamentales o privadas: la Unión Europea, el Banco Mundial (BM), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD), el Banco Central Europeo, el FMI, las grandes empresas transnacionales, etcétera. En su ofuscamiento, los posmarxistas (y los posmodernos en general) no alcanzan a visualizar que: (a) todas estas supuestas organizaciones "globales" lo son sólo en apariencia, pues responden en última instancia a los requerimientos de la "burguesía imperial" y los Estados nacionales que se encargan de proteger sus negocios; y (b) esos presuntos engendros posestatales reproducen la asimetría "inter-nacional" de los mercados mundiales, en donde un puñado de naciones (bajo la supremacía de Estados Unidos) domina a voluntad a aquellas organizaciones, mientras que el resto está sometido a su opresiva influencia. A quien tenga dudas al respecto le basta con ojear los diarios de los últimos meses para comprobar cuáles Estados nacionales salieron ganando y perdiendo de la crisis europea, sobre todo en países como Grecia, Irlanda, España, Portugal e Italia. Tampoco ven aquellos teóricos que las así llamadas empresas transnacionales lo son sólo por el alcance mundial de sus operaciones, pero que sus casas matrices se localizan en un pequeño número de naciones, donde tienen su domicilio legal, y hacia donde fluyen las

ganancias obtenidas en todo el mundo, para lo cual se aseguran la vigilancia de "perros guardianes" supuestamente internacionales, como el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI) o el Grupo de Acción Financiera en Contra del Lavado de Dinero (GAFI), cuya misión excluyente es defender los intereses del gran capital y garantizar que la plusvalía se dirija sin tropiezos hacia las casas matrices de las transnacionales[34]. En otras palabras, seguimos viviendo en un mundo de Estados nacionales.

Pero, además, el imperio tiene un centro, irreemplazable, que es Estados Unidos. Sin su estratégico papel, el imperialismo se derrumbaría como un castillo de naipes. Hagamos un simple ejercicio mental y eliminemos a los Estados Unidos del tablero de la política mundial: ¿de qué manera se sostendría una situación como la de Medio Oriente, en donde un rosario de regímenes retrógrados perdura gracias a la entrega incondicional de su riqueza petrolera a Estados Unidos? ¿Cuánto duraría el predominio militar de Israel sin el costosísimo sostén económico que le proporciona Washington? ¿Quién garantiza, en última instancia, el sometimiento y la expropiación del pueblo palestino? ¿Quién es el gran promotor de todas las políticas neoliberales en el Tercer Mundo, a través del manejo sin contrapesos de instituciones como el FMI, el BM o la Organización Mundial del Comercio (OMC)? ¿Quién domina a su antojo al Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), provocando la crisis de la organización? ¿Quién es, según la formulación de Samuel P. Huntington, el "sheriff solitario" de la política internacional? Sin el rol decisivo de Estados Unidos, no existe respuesta posible para todas estas cuestiones. El mundo de hoy, el sistema imperialista signado por el predominio del gran capital financiero, es impensable al margen de un Estado-nación muy poderoso, que dispone de prácticamente la mitad del gasto militar del planeta y que impone esas políticas a veces "por las buenas", haciendo uso de su fabuloso arsenal mediático y sus mecanismos de dominación ideológica y cultural; pero, si por las buenas no convence, lo impone por la fuerza de las armas. Tanto el *soft power* como el *hard power* están en manos de los Estados Unidos. ¿Quién podría reemplazarlo en el vértice del sistema imperialista a nivel mundial, con capacidad de intervención militar a escala planetaria: Alemania, Francia, Japón, China, Rusia? Ninguno de ellos. Desaparecidos los Estados Unidos, el sistema capitalista se desplomaría como un castillo de naipes.

Consciente de esa realidad, a finales del siglo pasado Huntington examinaba las responsabilidades de la superpotencia solitaria y se preguntaba quién estaría en condiciones de remplazar a Washington, que demostró haber sido capaz de "presionar a otros países para adoptar valores y prácticas norteamericanas en temas tales como derechos humanos y democracia; impedir que terceros países adquieran capacidades militares susceptibles de interferir con la superioridad militar norteamericana; hacer que la legislación norteamericana sea aplicada en otras sociedades; calificar a terceros países en función de su adhesión a los estándares norteamericanos en materia de derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación nuclear y de misiles y, ahora, libertad religiosa; aplicar sanciones contra los países que no conformen a los estándares norteamericanos en estas materias; promover los intereses empresariales norteamericanos bajo los eslóganes del comercio libre y mercados abiertos y modelar las políticas del FMI y el BM para servir a esos mismos intereses [...]; forzar a otros países a adoptar políticas sociales y económicas que beneficien a los intereses económicos norteamericanos; promover la venta de armas norteamericanas e impedir

34 El CIADI es una institución del BM, encargada de administrar un mecanismo para la solución de disputas entre gobiernos y empresas pertenecientes a otros Estados. No se trata, por lo tanto, de un tribunal arbitral regido por la legalidad internacional, sino que su marco normativo lo ofrecen los distintos tratados bilaterales de protección de inversiones (TBPI) firmados por los gobiernos. La radicalidad del experimento neoliberal en la Argentina de los noventa se confirma, entre otras cosas, también por el hecho de que este país es uno de los que más TBPI ha firmado y se encuentran en vigor (58), mientras que sólo tres aún no han entrado en vigencia. Casi todos (54 de los 58) fueron firmados durante la presidencia de Carlos Menem (1989-1999), mientras que los cuatro restantes lo fueron por el gobierno de la Alianza, presidido por Fernando de la Rúa (1999-2001). Prácticamente todos estos TBPI contemplan una duración de diez años y su prórroga es automática, pese a lo cual ninguno ha sido denunciado por los gobiernos que sucedieron al de Carlos Menem y continúan, por lo tanto, en vigor. Brasil, en cambio, sólo ha firmado 16 TBPI, pero ninguno de ellos se encuentra vigente. Este país, además, tampoco es miembro del CIADI. Una de las críticas fundamentales que se le hacen al CIADI es su abierta predisposición a favorecer los reclamos de las transnacionales en perjuicio de los países anfitriones. La existencia del CIADI y de los TBPI, por último, refuta las especulaciones de algunos analistas –no pocos de ellos de izquierda– acerca del carácter global, no nacional, de las empresas transnacionales. De hecho, todas ellas se encuentran protegidas por un tratado bilateral firmado por *sus gobiernos* con el gobierno del país anfitrión. Bolivia, Ecuador y Venezuela abandonaron el CIADI, en ese orden, no así la Argentina. El GAFI, a su vez, es una institución intergubernamental creada en el año 1989 por el G-7, cuyo declarado propósito es desarrollar políticas que ayuden a combatir el lavado de dinero y el financiamiento al terrorismo. El GAFI elaboró, en sus años iniciales, una serie de cuarenta recomendaciones, pero luego de los atentados del 11-S agregó otras más, que introdujeron controles muy estrictos sobre las transferencias electrónicas de dinero, remesas y financiamientos a organizaciones sin fines de lucro. En fechas recientes, el GAFI presionó y obtuvo de varios gobiernos, entre ellos el argentino, la sanción de una legislación antiterrorista supuestamente encaminada a prevenir el financiamiento del terrorismo internacional. Sin embargo, dada la laxitud de la definición de "terrorista", esa legislación puede ser aplicada –y en algunos países como Chile ya ha sido puesta en marcha– para legalizar la represión de la protesta social. Ver "Salir de la trampa", de Eduardo Lucita, en *Página/12* (Buenos Aires) 15 de abril de 2012.

que otros países hagan lo mismo [...]; categorizar a ciertos países como 'Estados parias' o delincuentes y excluirlos de las instituciones globales porque rehúsan a postrarse ante los deseos norteamericanos"[35].

La respuesta a la pregunta retórica de Huntington tiene una única contestación: nadie. Por eso Estados Unidos es, como lo recordara la secretaria de Estado de Bill Clinton, Madeleine Albright, "el país indispensable", aunque no para la democracia y la libertad, como ella cree, sino para sostener la estructura imperialista del actual (des) orden mundial.

Ahora bien, cabría preguntarse: ¿cómo es que algunas políticas del imperio continúan imponiéndose en nuestros países una vez extinguidas las antiguas dictaduras de seguridad nacional? ¿Cómo es posible dicha continuidad cuando la propia derecha se ha visto obligada a manejarse dentro de la institucionalidad democrática, si bien contando en muchos casos con presidentes surgidos de sus filas en países como Colombia, México, Costa Rica, Guatemala, Honduras, Panamá, Chile?

Esta aparente paradoja confirma que la eficacia práctica del imperialismo pasa inexorablemente por estructuras nacional-estatales de mediación. Nada más erróneo que suponer al imperialismo como un "factor externo", que opera con independencia de las estructuras de poder de los países de la periferia. Lo que hay es una articulación entre las clases dominantes a nivel global, lo que hoy podríamos denominar una "burguesía imperial" –es decir, una oligarquía financiera, petrolera e industrial que se vincula y coordina trascendiendo las fronteras nacionales–, que dicta sus condiciones a las clases dominantes locales en la periferia del sistema, socias menores de su festín, pero que tienen la importante función de viabilizar el accionar del imperialismo a cambio de obtener ventajas y beneficios para sus propios negocios. Pero más allá de la coincidencia de intereses entre los capitalistas locales –en realidad, una "burguesía autóctona", no nacional, como bien lo recordaba el Che Guevara– y la "burguesía imperial", lo decisivo es que los primeros controlan a los Estados de la periferia del sistema y es a través de esa prevalencia que establecen las condiciones políticas e institucionales que posibilitan el funcionamiento de los mecanismos de exacción de excedentes y saqueo de recursos que caracterizan al pillaje imperialista. Entre otros, el más importante es garantizar la eficaz labor de los aparatos legales y represivos del Estado para, con los primeros, someter a la fuerza de trabajo a las condiciones que requiere la superexplotación capitalista (precarización y flexibilización laborales, extensión de la jornada de trabajo, abolición de

35 Ver "The lonely superpower", de Samuel P. Huntington, en *Foreign Affairs*, Vol. 78, Nº 2, marzo-abril de 1999, pág. 48.

derechos sindicales, etcétera), y con los segundos, reprimir a los descontentos y los revoltosos y, de este modo, sostener un "orden social" escandalosamente injusto.

Como es evidente a partir de estos razonamientos, la realidad del imperialismo contemporáneo nada tiene que ver con la imagen divulgada por los teóricos de la globalización. El imperio tiene un centro, Estados Unidos, lugar donde se concentran los tres principales recursos de poder del mundo contemporáneo: Washington dispone de las armas y el arsenal atómico más importante del planeta; Nueva York, del dinero; y Los Ángeles tiene las imágenes y toda la fenomenal galaxia audiovisual. Más importante aún, los tres actúan sincronizadamente y en línea con las orientaciones estratégicas generales dispuestas por su estado mayor en la Casa Blanca. ¿O es que Washington no está siempre, invariablemente, detrás del mundo de los negocios, respaldando a cualquier precio a "sus" empresas, en cuyos directorios además se verifica una permanente circulación entre los funcionarios gubernamentales que reemplazan a los CEO, mientras estos pasan a ocupar elevados puestos en el gobierno de turno? ¿O alguien puede creer que Hollywood produce sus películas, series de televisión y toda clase de productos audiovisuales ignorando (para no hablar de contradiciendo) las prioridades nacionales dictadas por la Casa Blanca y el Congreso?

A modo de síntesis

Quisiéramos concluir este capítulo inicial planteando unas proposiciones que sintetizan nuestra visión del imperialismo a comienzos del siglo XXI y a partir de las cuales será posible elaborar un análisis de las condiciones geopolíticas que caracterizan a América Latina[36].

36 Remitimos a los lectores al examen de algunos textos entre la plétora de trabajos que examinan detalladamente los cambios y la conformación de un nuevo sistema imperialista: David Harvey, en el ya mencionado *The enigma of capital and the crises of capitalism*; Claudio Katz, *Bajo el imperio del capital* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2012); Leo Panitch y Sam Gindin, "Capitalismo global e imperio norteamericano", op. cit., y su continuación, "Las finanzas y el imperio norteamericano", op. cit.; Ellen Meiksins Wood, *Empire of capital* (Londres: Verso, 2003); Alex Callinicos, "La teoría marxista y el imperialismo en nuestros días" en *Razón y Revolución* (Buenos Aires, 2010) Nº 56; Theotonio dos Santos, *Economía mundial, integración regional y desarrollo sustentable: las nuevas tendencias y la integración latinoamericana* (Lima: Infodem, 2010), así como su texto clásico, con un nuevo estudio introductorio de Carlos Eduardo Martins: *Imperialismo y dependencia* (Caracas: Biblioteca Ayacucho de Clásicos Políticos de América Latina/Banco Central de Venezuela, 2012) y su *Del terror a la esperanza. Auge y decadencia del neoliberalismo* (Caracas: Monte Ávila, 2007); Carlos Eduardo Martins, *Globalização, dependência e neoliberalismo na América Latina* (San Pablo:

a) Pese a todos los discursos que pretenden negar su existencia, el imperialismo continúa siendo la fase superior del capitalismo. Una fase que por su insaciable necesidad de acrecentar el pillaje y saqueo de los bienes comunes y las riquezas de todo el mundo adquiere rasgos cada vez más predatorios, agresivos y violentos, colocando objetivamente a la humanidad a las puertas de su propia destrucción como especie. Criminalización de la protesta social; militarización de las relaciones internacionales y del espacio exterior; guerras, extorsiones y sabotajes por doquier; intensificación de la depredación medioambiental, y sometimiento de pueblos enteros de la periferia y en la propia "periferia interior" de las metrópolis son datos que caracterizan tenebrosamente la actualidad del imperialismo. La historia de los imperios precedentes demuestra que se tornan más agresivos e inmorales una vez iniciada su decadencia. El caso de los Estados Unidos en la actualidad confirma plenamente esa tesis.

b) Es posible por eso mismo afirmar que los cinco rasgos fundamentales identificados por V.I. Lenin en su clásico trabajo conservan su validez, aunque su morfología no necesariamente repita la que los caracterizaba un siglo atrás. Es decir: (i) la concentración de la producción y el capital, y los oligopolios que ese proceso precipita, continuó a ritmo acelerado, llegando a escalas inimaginables para el propio Lenin; (ii) perdura también la fusión del capital bancario con el industrial, generando un capital financiero cuyo volumen crece sin pausa hasta adquirir las descomunales proporciones que exhibe en nuestros días. Con toda razón se dice que uno de los procesos definitorios del capitalismo contemporáneo es la financiarización de la economía[37]; (iii) se confirma asimismo el predominio de la exportación de capitales sobre la exportación de mercancías, siendo la circulación de los primeros de una magnitud incomparablemente mayor que el comercio de mercancías; (iv) la puja por el reparto de los mercados a escala planetaria entre los grandes oligopolios, respaldados por sus Estados, prosigue su devastadora marcha. ¿Qué otra cosa si no es la ocupación militar de Irak y la expulsión de los rivales de Washington; o lo que acaba de ocurrir en Libia, para no citar sino los dos casos más flagrantes?; (v) por último, continúa también el reparto territorial del mundo entre las grandes potencias. Estados Unidos quiso apoderarse de América Latina y el Caribe mediante el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Como su empeño no tuvo éxito, ahora trata de hacerlo por otras vías: acuerdos comerciales de libre comercio (bilaterales, como los celebrados con Chile, Perú y Colombia; o multilaterales, como Centroamérica más República Dominicana) y los TBPI ya mencionados mediante los cuales Estados Unidos y los países desarrollados exigen a los de la periferia protección para las inversiones de las empresas de su país y a cambio garantizan la misma protección a las inversiones que pudieran hacer las "transnacionales" argentinas, paraguayas o bolivianas que inviertan en los capitalismos metropolitanos; o por la vía militar, apoyándose en su control de la infraestructura de comunicaciones y transporte a nivel global, la red de bases militares, la IV Flota y la política guerrerista impulsada por la administración Bush y profundizada por el inverosímil premio nobel de la paz y actual ocupante de la Casa Blanca, Barack Obama.

c) Al ser la globalización la fase superior del capitalismo, instituciones, reglas del juego e ideologías que el capitalismo global impuso a la salida de la Segunda Guerra Mundial permanecen en la escena. Lejos de desaparecer, acentúan su gravitación: el BM, el FMI, el Banco Central Europeo, la OMC, la OECD, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Organización de Estados Americanos (OEA), la OTAN y otros organismos por el estilo permanecen firmes en sus puestos, redefiniendo sus funciones y sus tácticas de intervención en la vida económica, social y política de los pueblos, pero siempre invariablemente al servicio del capital. Esto fue ratificado por el G-20 en su reunión de Londres, cuando les encargó, sobre todo al FMI, que cumplieran el papel de "guía" intelectual e ideológico para sacar al mundo de la profunda crisis en que se encuentra. Se debe observar el nefasto rol que el FMI y el Banco Central Europeo están desempeñando en la administración del "ajuste salvaje" al que varios países europeos fueron sometidos a partir de 2011 y en virtud del cual muchos de ellos se convirtieron en "protectorados" de aquellas instituciones, sin retener las más elementales atribuciones relativas a la soberanía nacional. El liberalismo global, en su versión actual "neoliberal" codificada en el Consenso de Washington, sigue siendo la ideología del sistema. La "democracia liberal" y el "libre

Boitempo, 2011); André Gunde Frank, *ReOrient: Global economy in the Asian age* (Berkeley: University of California Press, 1998); Samir Amin, *El hegemonismo de los Estados Unidos y el desvanecimiento del proyecto europeo* (Madrid: El Viejo Topo, 2001), *Más allá del capitalismo senil* (Barcelona: El Viejo Topo, 2003) y *La crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis* (Barcelona: El Viejo Topo, 2009); Jorge Beinstein, *Crónica de la decadencia. Capitalismo global 1999-2009* (Buenos Aires: Cartago, 2009); por último, Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI* (Madrid: Akal, 2007), *El largo siglo XX* (Madrid: Akal, 1999) y, junto a Beverly J. Silver, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno* (Madrid: Akal, 2001).

37 Algunos cálculos estiman en 370 billones de dólares (370 millones de millones de dólares) la circulación de los derivados financieros en los mercados mundiales, 28 veces más que los 13 billones que constituyen el producto bruto interno (PBI) de Estados Unidos –ver "Por una restructuración revolucionaria del sistema financiero estadounidense" en *El Argentino* (Buenos Aires) 16 de noviembre de 2011, pág. 4–.

mercado" continúan siendo los fundamentos ideológicos últimos al actual orden mundial. Pese a los esfuerzos retóricos de los "posmos", nada de esto ha cambiado. Las "recetas" que el FMI está administrando a Grecia, Irlanda, España, Portugal e Italia para salir de la crisis son las mismas que provocaron el holocausto social padecido por América Latina y están teniendo en esos países las mismas consecuencias.

d) Contrariamente a lo que ocurría en su fase clásica, el imperialismo actual tiene un centro indiscutido: Estados Unidos. Europa es un socio menor del sistema imperialista, sin capacidad política, económica o militar para impedir siquiera los abusos y los atropellos que Estados Unidos hizo, y continúa haciendo, en la mismísima Europa. Basta recordar lo ocurrido en los Balcanes con la ex Yugoslavia, o la aberrante "independencia" de Kosovo, o la absurda permanencia de bases militares en los principales países europeos (y también en Japón) más de sesenta años después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, para comprobar que Europa es apenas un nombre que designa a una zona geográfica de gran importancia económica pero sin unidad política alguna. Y algo muy semejante ocurrió en 2011 con ocasión de la intervención militar de los países europeos y Estados Unidos en Libia. Las políticas del imperialismo han sido muy efectivas en acelerar el desmembramiento de Europa en más de medio centenar de "naciones" independientes y autónomas, la mayoría de ellas impotentes e insignificantes, y convirtiendo a algunas, como Polonia y República Checa, en simples correas de transmisión de los intereses norteamericanos en la región. Y Japón, apretado entre Rusia y China, y amenazado económicamente por ambos e incluso por Corea del Sur y Taiwán, ha optado por refugiarse en el paraguas militar y político norteamericano, y de ninguna manera puede cumplir el papel de un socio principal en el sistema imperialista. Las reformas de diversos artículos de la constitución japonesa en 2005 –que prohibían las operaciones militares de sus fuerzas armadas fuera de su propio territorio–, exigidas por los Estados Unidos a cambio de su protección, demuestran fehacientemente los escasísimos márgenes de autonomía con que cuenta ese país dispuesto, aparentemente, a cumplir un papel bélico regional para mantener el "orden mundial" en el Sudeste Asiático. Pero las modificaciones en el tablero geopolítico global reducen cada vez más el margen de maniobra del imperialismo, como veremos más adelante.

e) Tal como se señalaba anteriormente, la concentración monopólica, uno de los rasgos centrales del imperialismo clásico, no sólo se ha mantenido, sino que se ha profundizado en la fase actual. Según plantea Samir Amin, son cinco los monopolios (en verdad, oligopolios) que caracterizan al funcionamiento del capitalismo contemporáneo: el

tecnológico; el control de los mercados financieros mundiales; el acceso oligopólico a los recursos naturales del planeta; el de los medios de comunicación y, por último, el de las armas de destrucción masiva. ¿Es concebible plantear el fin de las relaciones imperialistas ante la renovada vigencia y protagonismo de los oligopolios en estas cinco áreas estratégicas de la economía mundial?

f) En la etapa actual, el eje fundamental del proceso de acumulación a escala mundial se encuentra en la financiarización de la economía. Por algo se trata del sector en donde la desregulación y la liberalización han avanzado con más fuerza y penetrado más profundamente en la economía mundial. La gran crisis que estalló en 2008 es el resultado directo de la escandalosa desregulación del sistema financiero, propuesta e impulsada sobre todo por los Estados Unidos durante la "progresista" administración Clinton y ejecutada por sus dos secretarios del Tesoro, Lawrence Summers y Robert Rubin, actualmente asesores económicos de Barack Obama. Se debe recordar también que en los capitalismos desarrollados el liberalismo financiero se combina con el proteccionismo y la estricta regulación de los demás mercados mediante subsidios, aranceles, trabas al comercio, políticas de promoción de diverso tipo y, por supuesto, un muy estricto control de la movilidad de la fuerza de trabajo mundial, para lo cual la supervivencia de los Estados nacionales de la periferia es un elemento de decisiva importancia.

g) La financiarización acentúa los rasgos más predatorios del capitalismo al imponer una "norma" de rentabilidad que obliga a todos los demás sectores a incurrir en la superexplotación de la fuerza de trabajo y los bienes naturales. Un solo dato basta para confirmarlo: en el sistema financiero internacional, aproximadamente el 95% de todas las transacciones se realiza en un período igual o inferior a siete días, en donde además existen posibilidades de obtener tasas de ganancia muy significativas en un muy corto plazo. Esto hace que los sectores no financieros del capital deban extremar sus estrategias para succionar excedentes en la mayor cantidad y en el menor tiempo posible, para compensar lo que de otro modo podrían obtener en el sistema financiero. Este, por ser mucho más volátil, implica mayores riesgos, pero ejerce una influencia muy grande sobre las estrategias de inversión en todos los demás sectores de la economía. El capital ha ido transformando los más diversos aspectos de la vida social en meras mercancías, expandiendo su influencia hasta cubrir todo el planeta más allá de los avatares del ciclo económico.

h) La supremacía militar de Estados Unidos es incontestable pero no por ello deja de tener límites. Las experiencias recientes demuestran

que puede arrasar países enteros, como lo ha hecho en Afganistán, Irak y Libia, pero no puede llegar a normalizar el funcionamiento de sus víctimas para garantizar el eficaz saqueo de sus riquezas y el despojo de sus recursos. Ganar una guerra es algo más que destruir la base territorial del adversario. Significa recuperar ese territorio para provecho propio, cosa que no puede hacerse confiando tan sólo en la superioridad aérea o misilística en el terreno militar. Noam Chomsky ha planteado que hasta ahora Estados Unidos ha demostrado una fenomenal incapacidad para eso, algo que, por ejemplo, un déspota infame como Hitler supo hacer en las condiciones mucho más complicadas de la Europa ocupada de comienzos de la década del cuarenta. De ahí que la idea de un imperio invencible sea falsa en grado extremo: es cierto que puede arrasar con un territorio, pero no puede vencer militarmente más allá de un cierto punto muy elemental. Fue derrotado en Vietnam, en Cuba (Playa Girón), y está siendo derrotado por las milicias de Afganistán e Irak. De todas maneras, no se puede subestimar la importancia militar de los Estados Unidos: según los expertos norteamericanos, dispone de más de mil bases militares dispersas por los cuatro puntos cardinales del planeta y de un ejército imperial sin parangón en la historia que amenaza sin precedentes a la paz y la seguridad mundiales. Volveremos sobre este tema más adelante.

i) En el terreno económico, la situación del imperialismo es más complicada. No pudo imponer el Acuerdo Multilateral de Inversiones, lo que habría significado institucionalizar la dictadura del capital a escala mundial. En América Latina y el Caribe su proyecto insignia, el ALCA, fue derrotado bochornosamente en 2005, si bien trata de reflotarlo, metamorfoseado, como una inocente Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN), con la esperanza de extenderla hacia el sur. Las rondas de la OMC van de fracaso en fracaso, y la aparición de China como un gran actor de la economía mundial, unida a los avances de la India, plantea serios desafíos a la permanencia del sistema imperialista tal cual lo conocemos. Los teóricos neoconservadores del New American Century, que soñaban para los Estados Unidos con una hegemonía mundial de larguísimo plazo, manifiestan ya su desilusión ante lo que perciben como claros signos de una decadencia. Lo ocurrido con el dólar, cuya depreciación está llegando a niveles impensados hasta hace apenas pocos años, y la incontenible escalada de la deuda pública de Estados Unidos son apenas algunos de los componentes de esa decadencia. Es más: Washington ha perdido autonomía también para manejar las políticas económicas que desee aplicar en el plano doméstico. Si las dos gigantescas firmas especializadas en créditos hipotecarios, Fannie Mae y Freddie Mac, no quebraron en septiembre de 2008, fue porque China era tenedora de bonos

de esas empresas por un valor de 595 mil millones de dólares, y las autoridades de Beijing hicieron saber a Washington que de no ocurrir un rescate que preservase las inversiones del gigante asiático se verían obligados a tomar severas represalias financieras en contra del dólar norteamericano[38].

j) En el sistema político internacional, el imperialismo se encuentra aún más debilitado. Sus gobiernos amigos están cada vez más desprestigiados, cuando no irreparablemente deslegitimados: caso de las dinastías teocrático-feudales del Golfo Pérsico, o las del norte de África (dos de las cuales, la de Mubarak en Egipto y la de Ben Alí en Túnez, ya fueron derrocadas por masivas insurrecciones populares), de Álvaro Uribe en Colombia durante los años finales de sus presidencias y Felipe Calderón en México, para no hablar de Porfirio Lobo en Honduras; o debe acudir a personajes como Silvio Berlusconi en Italia, Alan García en Perú, José M. Aznar en España, o Hamid Karzai en Afganistán para sostener sus "esferas de influencia". El surgimiento de vigorosos movimientos de la alterglobalización, si bien todavía no articulados a escala mundial, es otro ejemplo de una oposición que crecientemente toma más cuerpo y que erige nuevos límites a la dominación imperialista. El incendio que está abarcando toda África del Norte y Medio Oriente está llamado a producir profundas y duraderas modificaciones en el tablero geopolítico mundial, al igual que la impetuosa aparición de China y la presencia cada vez más amenazante de la India. Todo lo cual conduce hacia una espiral en donde el imperio acude más y más a la represión, que a su vez potencia la resistencia de los pueblos, lo que a su turno requiere incrementar la dosis represiva en una sucesión creciente de acontecimientos que no tiene otro destino que el derrumbe final del sistema.

Terminamos este primer capítulo reafirmando que el sostenimiento del gigantesco, planetario "desorden mundial" que provoca el capitalismo en su actual fase imperialista exige la muerte prematura por enfermedades perfectamente curables y prevenibles, o simplemente a causa del hambre, de 100 mil personas por día, en su mayoría niños. Sostener este sistema, en donde unos pocos miles de multimillonarios disponen de un ingreso equivalente al del 50% de la población mundial; en donde mientras la quinta parte de la población mundial derrocha energía de origen fósil y no renovable, el 20% más pobre prácticamente no tiene posibilidad de consumir algún tipo de energía y sobrevive al borde de

38 Ver "El poder mundial se desplaza", de Martine Bulard, en *Le Monde diplomatique* (Buenos Aires) mayo-junio de 2012, pp. 6-8.

la extinción; en donde los avances científicos y tecnológicos se concentran cada día más en un puñado de naciones. Toda esta auténtica barbarie, con sus ganadores y perdedores claramente identificados sólo es posible porque el imperialismo sigue teniendo su capacidad de aplastar a sus adversarios y cooptar, engañar, chantajear a los dóciles o acomodaticios[39]. No se trata de un benévolo imperio virtual, sino de un sistema de una infinita crueldad en donde el sacrificio de las dos terceras partes de la población mundial se realiza, día a día, en la más absoluta impunidad y a plena conciencia de sus perpetradores.

39 Estos datos están disponibles en numerosos sitios web. Un resumen de los mismos se encuentra en nuestro “Sepa lo que es el capitalismo”, en <www.atilioboron.com.ar/2010/05/sepa-lo-que-es-el-capitalismo.html>.

Capítulo 2
La crisis general del capitalismo y la situación del imperio americano

Han transcurrido ya más de cuatro años del estallido de la nueva crisis general del capitalismo y no se perciben todavía señales de sosiego. Es más, un balance, por somero que sea, sobre lo acontecido a lo largo de 2011 y comienzos de 2012 pondría en evidencia la acelerada profundización y extensión de la crisis. Ya no son sólo las regiones marginales del capitalismo metropolitano (Grecia, Islandia, Irlanda, Portugal) las que padecen sus consecuencias, sino que sus efectos se sienten, amenazadores, en el corazón del capitalismo metropolitano. Alemania y Francia hacen esfuerzos desesperados por evitar el contagio y para salvar a sus banqueros, mientras en el Reino Unido los estallidos sociales del pasado verano boreal adquirieron una intensidad no vista en los últimos cincuenta años. Italia y sobre todo España, dos de las principales economías de Europa, crujen bajo el peso de la crisis. Pulcros “golpes de mercado” concebidos, no ya por rústicos militares, sino por sofisticados y perversos tecnócratas al servicio del capital se suceden por doquier, desplazando del poder a gobiernos, sean de izquierda (con todas las limitaciones que tiene este término en el contexto europeo: caso de los gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero en España, Sócrates en Portugal o Georgias Papandreu en Grecia) o de derecha (el inefable Silvio Berlusconi en Italia). En Islandia, en cambio, la población tomó el destino en sus manos y desahució la deuda pública generada por la estafa de los banqueros. Los burócratas advirtieron desde Bruselas que si no modificaban su postura se convertirían en la Cuba de Europa; los islandeses replicaron que si lo hacían se convertirían en la Haití de Europa, y que preferían lo primero. Cruzando el Atlántico, Estados Unidos contempla asombrado la proliferación en más de cincuenta grandes ciudades de grupos unidos bajo la consigna de “*Occupy Wall Street*” o sus sucedáneos, a la vez que se arrogan el derecho de representar al 99% de la población víctima de la inagotable voracidad del 1% más rico.

Pese a los reiterados mensajes supuestamente tranquilizadores de los aparatos de “manipulación de masas” de la burguesía imperial y

sus representantes políticos, los porfiados hechos siguen proclamando a viva voz la inusitada gravedad de una crisis que estalla en el corazón mismo del sistema imperialista mundial. A diferencia de las anteriores, que se desencadenaban en la periferia del sistema (como la crisis de la deuda de los años ochenta en América Latina; o la del tequila en México en 1994-1995; la del Sudeste Asiático en 1997; Rusia en 1998; Brasil en 1999; el colapso de la convertibilidad en Argentina en 2001), la actual nace nada menos que en Wall Street y desde allí reverbera sobre el conjunto de la economía mundial. La recuperación, cuando y donde se produjo, ha sido esporádica, intermitente y, en todo caso, siempre muy débil. No obstante, Ben Bernanke, el *chairman* de la Reserva Federal de los Estados Unidos, hace ya tres años que viene anunciando la supuesta aparición de "brotes verdes" en la economía mundial que, según él, auguran la inminencia de la retomada del crecimiento económico. Sin embargo, sus rosados pronósticos no se cumplen; los "brotes verdes" demoran en aparecer, y la situación –sobre todo en Europa– empeora a medida que pasan los días.

Veamos algunos datos: en Estados Unidos la tasa de desempleo real –no la que suele informarse– se sitúa alrededor del 20%, si se toman en cuenta (cosa que no hacen los comunicados oficiales de Washington) los desocupados que abandonaron la búsqueda de empleo; los que trabajando a tiempo parcial quieren hacerlo a tiempo completo; los estudiantes que deciden prolongar sus estudios (especializaciones, doctorados, posdoctorados, etcétera) ante la falta de oportunidades de empleo, y los trabajadores indocumentados, llegando así a un nivel de desocupación desconocido desde los tiempos de la Gran Depresión. Para una economía como la norteamericana, dependiente en un 70% del poder de compra de sus consumidores, tal nivel de desempleo asociado, además, con una caída tan prolongada como profunda en los salarios reales no puede sino presagiar escenarios económicos cada vez más pesimistas. Se argumenta, a menudo, que la moderada suba en el valor de las acciones registrada por el índice Dow Jones sería un síntoma claro de la recuperación del crecimiento económico. Pero no es así: lo que hace ese número es identificar el destino de los miles de millones de dólares que Estados Unidos y la Unión Europea destinaron al salvataje de las empresas acosadas por la crisis y que, ante la escandalosa ausencia de instancias efectivas de regulación económica, terminaron en gran medida alimentando las operaciones especulativas del mercado financiero internacional y solventando el pago de los fabulosos sueldos de los CEO y gerentes de las grandes firmas financieras. Por ejemplo, el pago total a Thomas Montag, CEO del Bank of America en 2009, fue de 29.930.431 dólares; uno de los CEO de Goldman Sachs, principalísimo responsable de la crisis económica actual, fue penalizado y sólo recibió como sueldo anual, en ese mismo

año, la suma de 9.862.657 dólares. A título de comparación: según la oficina de censos de Estados Unidos, el ingreso medio de una familia norteamericana es de 50.740 dólares anuales. Es decir que nuestro ejecutivo del Bank of America gana un equivalente a 600 veces más que el hogar medio de Estados Unidos, y el especulador de Goldman Sachs, "apenas" 200 veces más que el norteamericano medio[40].

En línea con lo anterior hacemos nuestras las tesis esbozadas por Edgardo Lander en un trabajo reciente cuando, al hablar de la desigualdad económico-social en Estados Unidos, afirma, con base en datos oficiales del gobierno de ese país, que "el ingreso familiar promedio del 90% de la población se mantuvo constante durante los últimos cuarenta años. Todo el aumento de la riqueza nacional desde el año 1970 ha quedado en manos del 10% más rico de la población. Se ha producido una creciente concentración de la riqueza en manos de las oligarquías ultra ricas". Esto queda de manifiesto sobre todo en los últimos años, cuando se comprueba que entre los años "2002 y 2007, el 65% del incremento de la riqueza nacional de los Estados Unidos quedó en manos del 1% de la población. De acuerdo con la Oficina de Presupuesto del Congreso de los Estados Unidos, la brecha entre el ingreso después de los impuestos del 1% más rico de la población y el de los quintiles medios e inferiores de la distribución del ingreso se multiplicó por más de tres entre los años 1979 y 2007, con lo cual la concentración del ingreso en los estratos superiores es la mayor desde el año 1928", lo que explica la razón que le asiste a los "ocupantes" de Wall Street cuando decían, en sus pancartas, que "somos el 99%". Como consecuencia inevitable de estas tendencias, concluye Lander, "de acuerdo con los datos de la Oficina del Censo de los Estados Unidos, el número de pobres de dicho país pasó de 25 millones en el año 1970 a 46,2 millones en el año 2010"[41].

Estas cifras confirman lo que numerosos autores –de izquierda, como François Chesnais, o de derecha, como Peter Drucker– vienen denunciando desde hace por lo menos treinta años, en los albores de la contrarrevolución neoliberal: el casi absoluto desacople entre la economía real y las finanzas mundiales. Por lo tanto, la prosperidad de estas y la bonanza que pueda mostrar el índice Dow Jones no son síntomas de la salud de la primera. Nuevas bancarrotas y quiebras sacuden día a día a las economías capitalistas, invariablemente tergiversadas y

40 El dato sobre los sueldos de los gerentes de la banca se encuentra en <www.aflcio.org/corporatewatch/paywatch/>. Ver también "Wages in America. The rich get richer and the rest get less", de Jack Rasmus, en <www.kyklosproductions.com/articles/wages.html>.

41 Ver Edgardo Lander, "Un nuevo período histórico", Ponencia presentada en el Foro Social Temático, Porto Alegre, enero de 2012.

distorsionadas por los grandes medios de comunicación para ocultarlas ante los ojos de la opinión pública y crear una falsa sensación de normalidad. En lugar de decir: "Quebró el banco X", la prensa miente diciendo que "el banco X fue absorbido por el banco Y". En suma, nos encontramos ante una crisis que está muy lejos de haber sido resuelta y cuya forma nada tiene que ver con la de una "V" (caída e inmediato rebote al crecimiento) sino con una "L" (caída y muy lenta recuperación, como en Japón, a lo largo de los últimos veinte años). Los acontecimientos que conmueven a Grecia en los últimos meses y la profunda crisis en que se encuentran países como Portugal, Irlanda, España e Italia –caracterizados con una abierta dosis de racismo como PIGS por la revistas y periódicos especializados como *The Economist*, *Financial Times* y *Wall Street Journal*– comprueban lo que venimos diciendo acerca de la "larga duración" que habrá de tener esta crisis[42].

Los "brotes verdes", por lo tanto, cuando aparecen, son pocos y de escaso vigor. Los indicios de la crisis, en cambio, proliferan por doquier y con fuerza: el dólar continúa su declinación impactando fuertemente el desempeño exportador de China, Japón y Alemania e induciendo a la recesión en estas economías. Los déficits gemelos de la principal economía del mundo, Estados Unidos, parecerían ser intratables. Es posible, sin embargo, que ante la crisis que golpea a varios países europeos, el euro se desvalorice considerablemente, inclusive podría hasta llegar a desaparecer, según algunos analistas. En Estados Unidos, la deuda pública que ascendía en 2009 a unos 13 billones de dólares (o sea, 13 millones de millones de dólares), es decir, un 90% del PBI, prosiguió creciendo y en 2011 alcanzó una cifra equivalente a la totalidad del PBI, obligando al presidente Barack Obama a obtener –luego de una laboriosa negociación en el Congreso– una autorización para elevar el monto de endeudamiento permitido que en 2012 deberá volver a renegociarse hacia el alza. La deuda externa del Reino Unido, según el especialista Eric Toussaint, equivale a poco más de un 400% de su producto bruto; la de Grecia, 162%; España, 169%; Portugal, 233%, y la de la otrora perla más brillante del neoliberalismo europeo, Irlanda, a un 1.100%. Cifras como estas –todas oficiales y sobre las cuales se basan los análisis del FMI y el Banco Internacional de Pagos de Basilea– tienen una contundencia inigualable a la hora de caracterizar la extrema gravedad de la

42 Ver "Esta crisis mundial va a durar una o dos décadas", de Eric Toussaint, en <www.cadtm.org/Eric-Toussaint-Esta-crisis-mundial> 20 de agosto de 2011. Del mismo autor, consultar *La crisis global* (Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2011). También *¿Crisis o Big Bang? La crisis sistémica del capital: qué, cómo y para quién*, de Luciano Vasapollo y Joaquín Arriola (La Paz: CIDES/UMSA, 2010), y nuestro *Crisis civilizatoria y agonía del capitalismo. Diálogos con Fidel Castro* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2009).

crisis que hoy sacude al capitalismo y, por extensión, al sistema imperialista en su conjunto[43].

La excepcionalidad de la crisis actual

La crisis actual, por lo tanto, es única y sin precedentes. No es una crisis capitalista, sino, como bien anota Samir Amin, una crisis del capitalismo, una crisis del sistema capitalista. Esto quiere decir que no habrá solución para ella dentro del sistema sino saliéndose del mismo, estableciendo una nueva organización económica y social de carácter resueltamente poscapitalista. De ahí la creciente importancia del socialismo del siglo XXI como alternativa ante un sistema cuyos daños son irreparables dentro de sus propios parámetros y cuyas contradicciones son insolubles. Lo que ha entrado en crisis, irreversible, es la civilización que creó el capital y su modelo de producción, circulación y consumo. Una civilización que desintegra sociedades, deslegitima democracias y destruye el medio ambiente.

Una crisis que aún no termina y que, probablemente, no ha desplegado todavía todos sus rasgos más virulentos, aunque sus proyecciones en el sistema internacional exhiben algunas aberraciones (asesinato y posterior desaparición de Osama bin Laden; invasión de Libia y linchamiento de Muammar el Gadaffi; asesinato serial de científicos nucleares iraníes; holocausto del pueblo palestino en la Operación Plomo Fundido, en Gaza; etcétera). En lo estrictamente económico, no cabe ninguna duda de que la actual es mucho más grave que la crisis que afectó al sistema capitalista en 1929, y cuya resolución se extendió hasta finales de la Segunda Guerra Mundial; y que también es de una escala incomparablemente superior a la llamada Larga Depresión de 1873-1896. Estamos pues en presencia de una crisis integral, civilizatoria, multidimensional, cuya duración, profundidad y alcances geográficos el tiempo se encargará de demostrar que son de mayor envergadura que todas las que le precedieron. Poco después del

43 Ver "Crisis internacional y desafíos de la deuda en el Sur y en el Norte", de Eric Toussaint, en *Rebelión*, 8 de noviembre de 2011. La enorme deuda externa británica, pública y privada, no ha estallado, principalmente, por dos razones: primero, el Reino Unido tiene moneda propia (la libra esterlina), mientras que otros países, como España, por ejemplo, poseen una deuda menor que el Reino Unido, pero está amarrada al euro, como en su momento la Argentina de la convertibilidad lo estaba al dólar. Segundo, el Banco de Inglaterra, como la Reserva Federal de Estados Unidos, otorga créditos al gobierno británico, mientras que el Banco Central Europeo no lo hace con los gobiernos de la zona euro. Esto explica por qué países con una relación deuda/PBI menos desfavorable que la del Reino Unido entren en crisis mientras que este país no. Existen también otros factores, pero estos dos son los principales.

emblemático derrumbe de Lehman Brothers, Immanuel Wallerstein sentenciaba en Madrid que el capitalismo había entrado en una crisis terminal: una situación totalmente descontrolada y caótica que había superado el punto de no retorno, porque era inimaginable el hallazgo de un nuevo punto de equilibrio para un numeroso conjunto de variables que fluctúan locamente. Por eso, concluía, el capitalismo se acerca a su ocaso, aunque el derrumbe definitivo podría todavía insumir veinte o treinta años más, pero no más que eso[44].

La actual, además, es la primera crisis realmente mundial del capitalismo. Tanto la Larga Depresión de 1873-1896 como la Gran Depresión que estalló en 1929 afectaron a muchos países, pero en aquellos tiempos el capitalismo estaba lejos de haber cubierto con sus relaciones de producción la totalidad del globo terráqueo. En la primera de las nombradas, la subsunción real del trabajo al capital se concentraba en las Islas Británicas, Estados Unidos y Canadá; algunos países de Europa Occidental, dado que todavía persistían modos de producción precapitalistas en la mayor parte de España y Portugal, el Mediodía italiano e inclusive el este de Alemania, para no hablar de Grecia y lo que luego sería Yugoslavia; algunas pocas áreas integradas a la economía mundial de América Latina –en su calidad de enclaves minero-exportadores, plantaciones o regiones de clima templado productoras de alimentos–, amén de un número reducido de pequeños enclaves costeros localizados en África y Asia, algo más en la India pero no mucho; y un poco en Japón. Ese era el mapa del capitalismo cuando se inició la crisis de 1873. No podía, por lo tanto, hablarse de una crisis mundial, porque su ámbito de existencia era geográficamente muchísimo más acotado: todo el este europeo y la enorme extensión asiática, así como el Medio Oriente, África y gran parte de América Latina y el Caribe estaban fuera de su alcance, regiones estas sumidas en una diversidad de formas precapitalistas de producción[45]. Ya en 1929, el panorama había cambiado: el desarrollo del capitalismo en América Latina y el Caribe había registrado importantes avances, así como una vigorosa consolidación en Japón y algunas regiones costeras en África y Asia. Pero la presencia de la Unión Soviética, el débil y localizado impulso capitalista en China y en India, y la persistencia de antiguas formaciones económico-sociales en gran parte de Asia y África eran formidables

44 "El capitalismo no existirá en 30 años", entrevista a Immanuel Wallerstein de Carlos Prieto, en *Público* (Madrid) 31 de enero de 2009, en <www.publico.es/dinero/196245/el-capitalismo-no-existira-en-30-anos>.

45 Un dato bien significativo lo ofrece el hecho de que Max Weber dedicase largos años de su vida al estudio de la persistencia de formas precapitalistas de organización económica y social en el este alemán.

obstáculos a la expansión del capitalismo. Por eso, una vez más, la Gran Depresión de los años treinta sólo en un sentido muy limitado pudo ser considerada como "mundial". En cambio, uno de los principales rasgos de la crisis actual es que su cobertura es, por primera vez, planetaria: afecta, si bien de distinto modo y con desigual intensidad, a todos los países, desde la China regida por el Partido Comunista Chino hasta los Estados Unidos de Barack Obama, pasando por todas las gradaciones intermedias. Una crisis que afecta a la totalidad de las naciones porque los arrolladores avances de la globalización neoliberal hicieron que ninguna región de la Tierra estuviera exenta, en nuestra época, de los influjos del ciclo capitalista. En nuestro tiempo, finalmente, el capitalismo se convirtió en un sistema universal tal como lo pronosticaron Karl Marx y Friedrich Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Por ese motivo, la crisis es también universal y no tan sólo regional. Y las clásicas recetas para revitalizar al capitalismo mediante su expansión a regiones precapitalistas (que en el terreno del pensamiento marxista encontró en la obra de Rosa Luxemburgo su más acabada formulación) no funcionan, porque si algo logró la globalización neoliberal fue llevar la ley del valor hasta el último confín de la Tierra.

Otros rasgos también tipifican con características muy marcadas la crisis actual. A diferencia de las anteriores, esta se conjuga con una profunda crisis de la matriz energética predominante basada en el uso irracional y predatorio del combustible fósil, un recurso finito y no renovable, lo que requiere imperativamente su reemplazo[46]. La superposición del ineluctable agotamiento del petróleo (como la fundamentalísima fuente de energía sobre el cual se construyó la civilización del capital) con la crisis general del capitalismo agrava las cosas al tornar impostergable el inicio de una onerosa y difícil transición hacia una matriz energética alternativa basada en fuentes no fósiles y renovables. Tarea enormemente costosa que, en condiciones normales, es sumamente difícil de realizar; mucho más ahora, cuando urge hacerla bajo condiciones tan desfavorables como las que imperan en nuestros días.

46 Algunas estimaciones dadas a conocer a mediados de 2011 (por la *British Petroleum Statistical Review of World Energy*) indican que las reservas probadas de petróleo se agotarían en 46 años y las de gas, en 59. Claro está que existen dos incógnitas de difícil resolución: (a) el pronóstico supone que el nivel de demanda de petróleo y gas permanecerá constante a lo largo del tiempo, supuesto completamente equivocado, ya que lo que se corrobora es el sistemático aumento del consumo de ambos combustibles; (b) el nivel real de las reservas, manipulado por gobiernos y empresas por igual a los efectos de regular el precio de esos productos. En todo caso, es claro que esos recursos no renovables se encuentran ante un horizonte de agotamiento que, en términos históricos, es breve.

Un tercer componente de esta crisis, habiendo ya señalado su carácter mundial y las restricciones que impone el progresivo agotamiento del petróleo, es el cambio climático, cuyas catastróficas consecuencias recién ahora comienzan a ser percibidas por la opinión pública. Al concebir a la naturaleza como una mercancía más, útil para explotar y obtener una ganancia, el capitalismo ha depredado ecológicamente al planeta. Degradado al rango de mercancía, el medio ambiente se convirtió en un "recurso natural", al igual que el trabajo se convirtió en fuerza de trabajo o "recurso humano". Por eso la agresión a la naturaleza se llevó a cabo con una total irresponsabilidad, creando condiciones que colocan a la humanidad al borde mismo de un cataclismo de fenomenales proporciones. Entre otras cosas porque, tal como lo revelan estudios recientes, el cambio climático puede ocurrir con rapidez e impedir la puesta en marcha de mecanismos de adaptación a los nuevos desafíos. Hoy se están derritiendo los casquetes polares y Groenlandia, pero no ya como producto de una causalidad natural, propia del planeta, sino como consecuencia del efecto invernadero provocado por el capitalismo. Un ascenso apenas moderado del nivel del mar producto de este derretimiento bastaría para anegar gran parte de la península de Florida, el enorme golfo de Bengala, habitado por 70 millones de personas de la India (Calcuta, principalmente) y Bangladesh, gran parte de las zonas bajas de la ciudad de Shanghai, en China, y el gran delta del Nilo y sus zonas aledañas, donde está situada El Cairo, además de la desaparición de parte del territorio de Holanda (por algo también conocida por el nombre de Países Bajos) como producto de esta verdadera hecatombe. En pocas palabras: el cambio climático amenaza la supervivencia de la vida en el planeta y los grandes cambios políticos, económicos y sociales que se requieren para revertir esta situación implican significativos ajustes en la estructura económica que decretarán la obsolescencia de algunas gigantescas empresas y promoverán el surgimiento de nuevas unidades productivas. Esto acelerará y profundizará la pugna interburguesa en el seno de las clases dominantes del sistema imperialista para determinar quiénes ganan y quiénes pierden con este nuevo arreglo. Por lo visto, era inevitable que la Cumbre de Copenhague de 2009 terminara en un fiasco, ratificando una vez más la inmoralidad e irresponsabilidad de los gobiernos capitalistas para nada dispuestos a actuar con la firmeza que se requiere para hacer frente a los extraordinarios desafíos que plantea el cambio climático. Tal como decía en un grafiti escrito en las paredes de esa ciudad, aludido en su brillante discurso por el presidente Hugo Chávez Frías, "si el clima fuera un banco, ya lo habrían salvado"[47].

47 Le cabe al comandante Fidel Castro haber sido el primero, con su habitual lucidez, en advertir en la Cumbre de Río sobre la grave amenaza que significaba el cambio

Sin ánimo de exhaustividad, debemos agregar, para delinear con total realismo el escenario de la crisis actual, dos nuevos componentes. Por un lado, la crisis del agua, escasamente percibida por el gran público, pero que se manifiesta en el hecho de que ya el 20% de la población mundial carece de acceso a este elemento (y la proporción se incrementa a diario) y una de cada tres personas no dispone de sistemas de saneamiento adecuados, todo esto en el contexto de una feroz ofensiva destinada a "privatizar" el agua poniéndola bajo el control de grandes oligopolios transnacionales[48]. Por otro lado, la crisis alimentaria, agudizada por el empecinamiento del capitalismo en mantener un irracional patrón de consumo que ha llevado a reconvertir tierras aptas para la producción de alimentos en campos destinados a la elaboración de agrocombustibles. El efecto de esta política ya ha sido puesto de manifiesto en los grandes aumentos experimentados por algunos ítems básicos de la canasta alimentaria de América Latina, como el maíz, que provocaron una descontrolada alza de precios de la tortilla en México y otros países. Son muchos los analistas que afirman que el estallido de las revoluciones en el norte de África está íntimamente vinculado al acelerado incremento en el precio de los alimentos en esa parte del mundo. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), en la primera década de este siglo los precios de los alimentos se duplicaron entre los años 2000 y 2010, pero en el caso de los cereales, los precios prácticamente se triplicaron[49].

En síntesis: estamos ante una crisis cualitativamente distinta a todas las que le precedieron. Muchísimo más profunda y estructural y, para colmo, articulada con otras: la del petróleo, cambio climático, agua, alimentos, más allá de los aspectos propiamente económicos y financieros, en una letal combinación que jamás antes se había presentado en la historia del capitalismo. Todo esto habla de una resolución

climático. Su breve discurso, de apenas siete minutos (que era lo establecido para ese cónclave), comenzó con esta frase: "Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre". Por su excepcional importancia, lo hemos incluido en el apéndice al final de este libro.

48 Sobre la crisis del agua, ver *Las guerras del agua (I). Un recurso escaso en peligro* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2008); y *Las guerras del agua (II). América, el objetivo más codiciado* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2008), de Elsa Bruzzone. También "Water crisis", de World Water Council, en <www.worldwatercouncil.org/index.php?id=25>.

49 Ver *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo*, de FAO (Roma: FAO, 2011) y "La FAO alerta sobre una crisis alimentaria" en *El Universal* (México DF) 6 de enero de 2011, en <www.eluniversal.com.mx/finanzas/83858.html>. Sobre la supuesta "alternativa" de los agrocombustibles, ver *Tanques llenos, estómagos vacíos*, de Fidel Castro Ruz (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2008).

que, si se mantiene el sistema actual, sólo podrá ser un parche, lenta y, sobre todo, insatisfactoria. La vieja alternativa socialismo o barbarie reaparece en el horizonte con una sorprendente claridad, toda vez que la perpetuación de un agonizante capitalismo requiere la implacable destrucción de logros y conquistas civilizatorias logradas por las fuerzas populares en los últimos 150 años. Es por eso que el capitalismo actual conforma un mundo crecientemente violento, militarizado, excluyente, polarizado, inestable, cruel y predatorio: en suma, la barbarie en toda su expresión. No hace falta demasiada imaginación para comprobar en él los rasgos definitorios de un sistema que se encamina, demencial e irresponsablemente, hacia su propia destrucción. La gran pregunta, que sólo la historia resolverá, es si la única alternativa posible, el socialismo, reúne las condiciones objetivas y subjetivas requeridas para, como decía Marx, acabar con la prehistoria de la humanidad y comenzar a escribir la historia de la emancipación humana. Por supuesto, para este crucial interrogante no hay respuesta posible desde la teoría. La respuesta la dará la praxis histórica de los pueblos en su lucha por la autoemancipación.

Lo que sí sabemos es que será imposible enfrentar seriamente esta crisis sin destruir al casino financiero internacional o manteniendo en la intangibilidad a gigantes del mismo –Goldman Sachs, por ejemplo, entre los más poderosos– que expresan como pocos los intereses dominantes en la burguesía imperial y son los agentes concretos sobre cuyas actividades se asienta el primado del neoliberalismo global. En fechas recientes se ha descubierto que la mencionada empresa, de casi un siglo y medio de vida, está involucrada en una gran cantidad de actividades fraudulentas de la peor especie. L. Randall Wray, uno de los mayores especialistas en el estudio de las corporaciones norteamericanas, ha escrito que la *Securities and Exchange Commission* (SEC, un organismo como la Comisión Nacional de Valores de la Argentina) presentó una demanda civil contra Goldman Sachs, acusándola de complicidad con las multimillonarias estafas que se practicaban ante la vista y paciencia de los reguladores de la SEC, y cuyas dimensiones son de un orden varias veces superior al conocido cuando estalló el escándalo de los *savings and loans* en la época de Ronald Reagan, que culminó con casi un millar de gerentes y corredores de Bolsa en la cárcel. Más importante aún: si el presidente Barack Obama tiene intenciones serias de enfrentar la crisis debería desembarazarse cuanto antes de los gerentes y altos funcionarios de Goldman Sachs que pasaron a ocupar importantísimos cargos en su administración: Timothy Geithner, como secretario del Tesoro; Mark Patterson, como jefe de personal de la Secretaría del Tesoro; Robert Rubin y Lawrence Summers, como sus principales asesores económicos. Goldman Sachs, entre otras cosas, colaboró con las autoridades griegas en "dibujar" los números de su

contabilidad nacional que estafaron a los ahorristas y precipitaron la crisis en que hoy se debate Grecia. No obstante, tal como lo prueban los acontecimientos recientes, dicha empresa logró colocar a dos de sus ex funcionarios o gente de confianza en las primeras magistraturas de Grecia e Italia: los nuevos primeros ministros surgidos de los "golpes de mercado" descargados sobre esos países, Mario Monti y Lukás Papademos[50].

Dados estos antecedentes, ¿qué grado de viabilidad tienen propuestas como la del megaespeculador George Soros o el economista de Harvard Jeffrey Sachs, que recomiendan moderar el afán consumista del ciudadano norteamericano, reducir el poder de los grandes *lobbies* vinculados a las industrias del petróleo y el automóvil y, además, regular estrictamente al capital financiero que hegemoniza al conjunto de la clase capitalista y que sale fortalecido luego de cada crisis, como un parásito que vive a expensas del cuerpo sobre cuyas energías se desarrolla? ¿Todo esto no implica acaso ampliar extraordinariamente las capacidades de participación y gestión directa del Estado y cambiar la orientación y el propósito de sus intervenciones, poniendo límites a la tiranía de los mercados? ¿Cuál será la base social y política desde la cual la Casa Blanca y sus homólogos europeos podrían impulsar proyectos como los arriba enunciados?

Lamentablemente, ni en Europa ni en el caso norteamericano esa base social existe: detrás de él, Barack Obama no tiene casi a nadie, y su situación es incomparablemente más débil que la de Franklin D. Roosevelt, con quien demasiado a menudo se lo compara, sin tener en cuenta sus múltiples disimilitudes. A diferencia de Roosevelt, que arrasó en las elecciones que siguieron a su ascenso a la presidencia en 1933, las primeras de medio término que Obama tuvo que enfrentar, en noviembre de 2010, fueron un balde de agua fría para el inquilino de la Casa Blanca. Ya en esos dos primeros años de gestión, habían naufragado sus más audaces proyectos de cambio: la reforma financiera y la del sistema de salud, que se diluyeron en los pasillos del Congreso al punto tal que poco

50 Sobre el protagonismo de Goldman Sachs en ocultar la realidad fiscal de Grecia ver la nota publicada por el *New York Times* en su edición del 13 de febrero de 2010: "Wall St. Helped to Mask Debt Fueling Europe's Crisis", en <www.nytimes.com/2010/02/14/business/global/14debt.html?pagewanted=all>.
Monti fue asesor de The Coca-Cola Company y de Goldman Sachs durante el período en que esta compañía ayudó a ocultar el déficit del gobierno griego de Kostas Karamanlis. Hace pocos meses, un operador de la Bolsa londinense, Alessio Rastani, se burló, en una entrevista que le hizo la BBC, de quienes creen que Obama o los gobiernos gobiernan el mundo. "Quien realmente gobierna el mundo –dijo con total cinismo– es Goldman Sachs". Ver la breve pero muy instructiva entrevista en <http://fortunaweb.com.ar/2011-09-27-65456-un-sincericidio-en-la-bbc-que-es-reflejo-de-la-crisis-financiera/>.

o nada van a poder reformar y, por eso mismo, por su pusilanimidad y falta de resolución, fue castigado por el electorado. Una de las principales claves que permite entender por qué Roosevelt pudo enfrentar exitosamente la Gran Depresión mientras que Obama no puede con esta es que mientras el primero tenía detrás de sí un vigoroso movimiento obrero y sindicatos en alza –que él mismo ayudó a construir y fortalecer, entre otras iniciativas, mediante la sanción de la Ley Nacional de Relaciones Laborales de 1935– Obama sólo tiene detrás de sí los gorjeos del *Twitter* o el "me gusta" del *Facebook*, dado que fue incapaz de fortificar y movilizar a una muy debilitada estructura sindical que ni por asomo tiene el poderío o la capacidad de acción de su antecesora de las décadas del treinta y cuarenta. El sindicalismo norteamericano fue brutalmente golpeado y desmantelado durante el período conservador iniciado bajo el mandato de Ronald Reagan –al igual que en el de Margaret Thatcher en el Reino Unido– y el interludio "progresista" de Bill Clinton no hizo absolutamente nada por revertirlo. Al día de hoy, la intensidad y variedad de la agresión "legal" en contra del sindicalismo en Estados Unidos no tiene paralelo en ningún país del capitalismo desarrollado y muy pocos equivalentes entre las naciones más atrasadas del planeta[51]. Pero además, Roosevelt reconstruyó al Partido Demócrata y movilizó a sus bases, mientras que Obama sólo logró contactarse con millones de simpatizantes a través de *Facebook*, *Twitter* o Internet, pero sin solidificar ese contacto en una estructura organizativa duradera que pudiera servir como instrumento de lucha política contra una clase dominante reaccionaria hasta la médula. Por eso, mientras que el primero construyó una hegemonía política que lo trascendió y perduró a favor del Partido Demócrata hasta los años ochenta, la gravitación de Obama se esfumó –como corresponde con su ultramoderna tecnología de contacto con las masas– en nanosegundos. Obama captó e interpretó un momento de la cambiante y veleidosa opinión pública norteamericana, pero no construyó poder. De ahí su extrema debilidad, que lo arroja a los brazos del complejo militar-industrial y que, a comienzos de 2012, pone en cuestión su capacidad para prevalecer en las elecciones presidenciales de noviembre.

Por otra parte, habría también que decir que el contexto histórico no puede ser más diferente: en los años treinta existía una polarización

51 Recientemente se reveló que la firma Walmart dispone de un presupuesto especial para financiar una oficina destinada a convencer a sus trabajadores de la inconveniencia de afiliarse al sindicato. Por otra parte, luego de Reagan, en Estados Unidos es legal que las empresas contraten firmas de consultores en cuestiones de tipo gerencial, relaciones industriales, derechos laborales y psicología industrial, y que las instalen en sus oficinas con el objeto de "aconsejar" a los trabajadores que se abstengan de incorporarse al sindicato o favorecer una negociación colectiva con su asentimiento.

entre regímenes fascistas y experimentos "frente-populares" o coaliciones keynesianas de signo socialdemócrata apoyadas sobre una fuerte movilización popular. En la primera década del siglo actual, en cambio, la política antiobrera y desmovilizadora de las clases y capas populares propia de la derecha radical es una labor ya concluida, y predominan gobiernos neoliberales o socialdemócratas y comunistas que se "neoliberalizaron" mientras que los que aún conservan alguna "preocupación social" se enfrentan ante un universo popular altísimamente fragmentado, heterogéneo y con muy débiles e intermitentes expresiones organizativas y, por eso mismo, no demasiado útiles a la hora de arremeter contra el despotismo del capital, siendo las tumultuosas movilizaciones populares de Grecia e Islandia dos honrosas excepciones a esta norma[52].

Este cuadro, signado por una profunda crisis, establece los límites dentro de los cuales se desenvuelve el sistema imperialista y sus prioridades más inmediatas. La gravedad de la situación ha desencadenado la afanosa búsqueda de una "solución militar" a los problemas que acosan al sistema. El cada vez más complicado acceso seguro y previsible a los "recursos naturales" –principalmente petróleo, pero también minerales estratégicos– que exige el sostenimiento del patrón de consumo del capitalismo avanzado ha endurecido las políticas del imperialismo. No es que antes hayan sido blandas, sino que en el pasado, aquel se enfrentaba con menores dificultades. Hoy el "modo americano de vida", y por extensión el modelo consumista que pregona el capitalismo, se encuentra mortalmente amenazado por la crisis ecológica y la conciencia que de ella han venido adquiriendo crecientes sectores sociales que erigen obstáculos a la depredación del medio ambiente; amenazado también por la feroz competencia económica internacional, agudizada por la emergencia de China como segunda economía mundial y el surgimiento de una serie de naciones que gravitan cada vez más en las relaciones económicas internacionales, como Brasil, India, Rusia, Sudáfrica; y amenazado también por las resistencias populares que, primero en América Latina y hoy en el mundo árabe y en Europa, toman las calles para desafiar, con distinta suerte, las políticas y los intereses del gran capital.

Con la implosión de la Unión Soviética y la fulminante disgregación del mal llamado "campo socialista" en Europa del Este, proliferaron

52 Posteriormente surgió el movimiento de los "indignados" en España y el *Occupy Wall Street* en Nueva York, que repercutieron por un tiempo en el resto del mundo desarrollado. Pero ninguno tuvo la fuerza suficiente como para descarrilar el proyecto del FMI, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo. Los únicos que lo lograron fueron los islandeses.

las teorías o los discursos que exaltaban la constitución de un mundo "unipolar" en donde la hegemonía norteamericana aparecía como establecida de una vez y para siempre. Sin embargo, a poco andar, la historia demostró que esas construcciones ideológicas no tenían ningún asidero en la realidad y que los desafíos que acechaban al imperialismo eran más profundos y potencialmente peligrosos que los que por décadas se derivaban de la "coexistencia pacífica" con la difunta Unión Soviética. Algunos espíritus optimistas pensaban que con el fin del bipolarismo y el equilibrio del terror atómico la humanidad se beneficiaría con los "dividendos de la paz", y un torrente de inversiones, favorecido por la supuesta reducción de los presupuestos militares, se canalizaría hacia la periferia para promover el desarrollo social. No obstante, la realidad demostró que la voracidad del imperialismo es insaciable y que liberado de la amenaza que en su momento representó la Unión Soviética, lejos de reducir sus colosales gastos en armamentos lo que hizo Estados Unidos fue lanzar una vertiginosa carrera armamentista destinada a cubrir de bases, misiones y operaciones militares la entera superficie del planeta. Cálculos muy precisos publicados por el periódico digital *TomDispatch* concluyen que al día de hoy Estados Unidos posee más de mil bases militares en más de 130 países del globo, y que su presupuesto anual en gastos militares ha superado por primera vez, con la aprobación del premio nobel de la paz Barack Obama, la barrera del billón de dólares (un millón de millones de dólares). A las guerras abiertas y convencionales que está librando –hasta hace poco en Irak y ahora abiertamente en Afganistán–, concebidas para garantizar el acceso a las inmensas riquezas petroleras que albergan esos países, se agregó a mediados del año pasado la brutal ofensiva lanzada contra Libia y la defensa a rajatabla de las satrapías de Medio Oriente, aplastando la insurrección en curso en Yemen y Bahrein mediante la intervención de su principal Estado-cliente en el mundo árabe, Arabia Saudita. Hoy, quienes están más amenazados son Irán, país que cuenta con la tercera reserva mundial de petróleo y, entre nosotros, la Venezuela bolivariana, cuyo territorio alberga –según las últimas mediciones de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP)– la mayor reserva petrolífera del planeta. ¿Será casualidad el ensañamiento de Washington precisamente con estos dos países? Estamos en presencia de un imperio, en suma, que se lanza a una alocada carrera hacia el control excluyente de bienes comunes y que por ello precipita la militarización de las relaciones internacionales y su reverso, la criminalización de la protesta social y de los movimientos y fuerzas sociales que bregan para preservar los bienes que pertenecen a los pueblos. Pero esto será tema que trataremos en otro capítulo[53].

53 Según consigna la OPEP, los países con las mayores reservas probadas de petróleo son: Venezuela, con 296.501 millones de barriles; Arabia Saudita, con 264.516; Irán, con 151.170; e Irak, con 143.100 millones de barriles. Ver su *Annual Statistical Bulletin 2010/2011* (Viena: OPEC, 2011) pág. 22.

¿Auge o declinación del imperialismo norteamericano?

Un examen sobre la actual coyuntura geopolítica latinoamericana (y mundial) no puede efectuarse sin al mismo tiempo bosquejar algunas prospectivas sobre el curso futuro del imperialismo norteamericano. Al inicio de la década del ochenta, había ganado creciente gravitación, no sólo en América Latina, sino en buena parte del mundo, un discurso que pregonaba con optimismo la decadencia del imperialismo norteamericano[54]. Una serie de acontecimientos de significación histórico-universal, al decir de Hegel, fundamentaban ese pronóstico: en primer lugar, la catastrófica e ignominiosa derrota de Estados Unidos en Vietnam luego de once años de guerra; cuatro años más tarde, en 1979, el derrocamiento de las tiranías del Sha de Irán y de la dinastía de los Somoza en Nicaragua, que privaron al imperio de la inestimable colaboración de dos de sus principales gendarmes regionales en Medio Oriente y Centro América respectivamente; años después, el derrumbe, siguiendo el tan temido "efecto dominó" de los estrategas del Pentágono, de las dictaduras que Washington había promovido o instalado directamente en América Latina y el Caribe, y la impetuosa irrupción de una nueva ola democratizadora que encontró en esta parte del mundo una de sus expresiones más acabadas. En el otro extremo del planeta, el lento pero irresistible ascenso de China en el firmamento de la economía y la política mundiales le prestaba aún más verosimilitud a las tesis decadentistas que, en la izquierda latinoamericana, lograron amplia repercusión a lo largo de toda la década. No fue sólo ésta quien tomó nota y elaboró argumentos sobre esta situación:

54 Un excelente compendio de esas discusiones se encuentra en *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, de Luis Maira (comp.) (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985). En Estados Unidos, los principales contribuyentes a ese debate fueron Robert Gilpin, *The political economy of international relations* (Princeton: Princeton University Press, 1987); Paul Kennedy, *The rise and fall of the Great powers. Economic change and military conflict from 1500 to 2000* (Nueva York: Random House, 1987); Robert O. Keohane, *After hegemony. Cooperation and discord in the world political economy* (Princeton: Princeton University Press, 1987); Henry R. Nau, *The myth of America's decline* (Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1990); Joseph S. Nye Jr., *Bound to lead. The changing nature of American power* (Nueva York: Basic Books, 1990) y también su "The changing nature of world power" en *Political Science Quarterly* (Nueva York) Vol. 105, Nº 2, 1990; Bruce Russett, "The mysterious case of vanishing hegemony; or is Mark Twain really dead?" en *International Organization* (Cambridge) Vol. 39, 1985; Duncan Snidal, "Hegemonic stability theory revisited" en *International Organization* (Cambridge) Vol. 3, 1985; y Susan Strange, "The persistent myth of the lost hegemony" en *International Organization* (Cambridge) Vol. 41, 1987.

en el capitalismo desarrollado proliferaron también teorizaciones de diverso tipo que pretendían dar cuenta del inexorable ocaso del imperialismo norteamericano. Dos contribuciones sumamente significativas de aquellos años fueron los libros del sociólogo e historiador francés Emmanuel Todd y del historiador británico Paul Kennedy y su teoría de la "sobreexpansión imperial" (*imperial overstretching*)[55].

No obstante, más pronto que tarde las cosas habrían de cambiar. En la inauguración de la presidencia de Ronald Reagan (1981-1989) algunos analistas advirtieron una primera tentativa de recomposición de la primacía imperial –obsesionada por dejar atrás el ominoso legado del "síndrome de Vietnam"–, sobre todo luego de que la Casa Blanca lanzó una brutal ofensiva militar en contra de la Unión Soviética (la "Guerra de las Galaxias"), que obligó a este país a incurrir en un gasto militar de fenomenales proporciones que, a la postre, aceleraría el catastrófico final del ya desahuciado experimento soviético. Pero no sería sino hasta finales de esta década y comienzos de la siguiente cuando, caída del Muro de Berlín (1989) e implosión de la Unión Soviética (1991) mediante, amén del triunfo en la Guerra del Golfo (2 de agosto de 1990-28 de febrero de 1991), el discurso sobre la decadencia imperial habría de ser archivado. En un vertiginoso desplazamiento pendular, partir de ese momento se generalizó la tesis contraria: no sólo que no había ni hubo decadencia imperial –se trató de apenas un momentáneo tropiezo–, sino que, de hecho, el imperio se había "recargado" y aparecía en la escena universal con renovados bríos. Algunos teóricos, como Charles Krauthammer, por ejemplo, construyeron laboriosos argumentos para fundar su tesis sobre la permanencia del llamado "momento unipolar"[56]. Este nuevo humor social, que permeaba

55 Ver Paul Kennedy, *The rise...*, op. cit.; y *Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain*, de Emmanuel Todd (París: Gallimard, 2002).

56 "The unipolar moment", de Charles Krauthammer, en *Foreign Affairs* (Nueva York) Vol. 70, Nº 1, 1990. Años después, esta disposición sería ratificada por la obra de quien en esos momentos era el más radical teórico de la supremacía norteamericana, Robert Kagan, *Poder y debilidad: Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial* (Madrid: Taurus, 2003). Una argumentación más sutil de la "necesidad global" de la hegemonía norteamericana para un mundo que anhela justicia, libertad y democracia la ofrece el experimentado politólogo polaco-americano, asesor de varios gobiernos demócratas, uno de los cerebros principales de la Comisión Trilateral y, nos atreveríamos a decir, el pensador geopolítico más importante del imperio, Zbigniew Brzezinski. Ver su recién aparecido *Strategic vision. America and the crisis of global power* (Nueva York: Basic Books, 2012), en donde plantea un fuerte alegato por una revalorización del papel de Europa en la alianza con Estados Unidos y para hacer a un lado la obsesión con China. Ya antes había escrito un texto muy influyente: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (Buenos Aires: Paidós, 1998). Para una crítica a esas interpretaciones

los distintos estratos de la opinión pública mundial y que, por supuesto, prevalecía sin contrapesos en los círculos dirigentes del capitalismo, atraería una pléyade de intelectuales y publicistas que conformarían este estado de ánimo en una nueva y completa doctrina internacional. Hablamos de la obra de autores tales como Thomas Friedman, Robert Kagan y Francis Fukuyama, entre otros, quienes en el clima triunfalista de los nuevos tiempos se dieron a proclamar orgullosamente el carácter imperialista de los Estados Unidos. Sólo que, a diferencia de sus predecesores, el norteamericano sería un imperialismo benévolo, moral y libertario, que descargaría sobre los hombros de la sociedad norteamericana la dura tarea de crear un mundo seguro para la libertad, la democracia y, de paso, los mercados. No hace falta demasiada erudición para corroborar las simetrías entre este razonamiento y el que expresara Sir Cecil J. Rhodes, en la Inglaterra victoriana, sobre la "pesada responsabilidad del hombre blanco" en llevar la civilización a las salvajes poblaciones del África negra e inculcándoles el amor por la justicia, la democracia, la libertad y... la propiedad privada. Cabe anotar que esta visión idílica del imperio rebalsó con creces el espacio ideológico de la derecha para penetrar profundamente en las interpretaciones de una cierta izquierda manifiestamente incapacitada para entender el significado de los nuevos tiempos.

Los atentados a las Torres Gemelas y al Pentágono del 11 de septiembre de 2001 pusieron abrupto fin a esta dulce ensoñación, y el imperialismo reafirmó *urbi et orbi* su disposición a pelear con quien fuera necesario para preservar sus privilegios y prerrogativas. Los dichos de George Bush Jr. son bien elocuentes al respecto: "Buscaremos a los terroristas en cada rincón oscuro de la Tierra"[57]. El optimismo

ver, entre otros, *The decline of American power. The us in a chaotic world* (Nueva York/Londres: New Press, 2003), de Immanuel Wallerstein, y de Chalmers Johnson, *The sorrows of empire: militarism, secrecy, and the end of the republic* (Nueva York: Metropolitan Books, 2004).

57 La frase fue pronunciada en un discurso en ocasión de la graduación de los guardacostas estadounidenses el 21 de mayo de 2003. Ver <http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2003/05/20030521-2.es.html>. No obstante, la invasión a Irak había sido decidida por la Casa Blanca *siete meses antes* del ataque a las Torres Gemelas y el Pentágono. O'Neill, secretario del Tesoro del primer turno de la administración Bush, cuenta que esa decisión se había tomado luego de examinar varios informes acerca de las crecientes acechanzas al seguro abastecimiento de petróleo de los Estados Unidos. Cuando en una de las reuniones del gabinete con el presidente alguien dijo: "¿Y por qué no apropiarnos del petróleo de Irak?", la respuesta de uno de los asistentes fue: "Para ello necesitamos un buen pretexto". El "pretexto" llegaría oportunamente el 11-S. O'Neill describe a Bush en esas reuniones ministeriales como "un ciego encerrado en un cuarto con un grupo de sordos". Las notas de O'Neill proporcionaron la evidencia requerida para la redacción del libro de

cedió su lugar a la crispación y a la furia, y a un inusitado proceso de militarización cuyas funestas consecuencias no tardaron en tornarse claramente visibles de inmediato.

En la actualidad, y como fiel reflejo de los cambios registrados en la escena internacional, al finalizar la primera década del siglo XXI ya son los propios estrategas del imperio quienes plantean una visión "declinacionista" del futuro norteamericano. Los más diversos documentos elaborados por el Pentágono, el Departamento de Estado y la propia CIA sobre los escenarios futuros (en torno al año 2020 o 2030) coinciden en señalar que Estados Unidos jamás volverá a disfrutar la supremacía que supo tener en la segunda mitad del siglo XX y que ese tiempo ya se acabó. Es más, en un informe especial elaborado por el Pentágono se apunta que en los próximos años Washington deberá prepararse para vivir en un mundo mucho más hostil y competitivo, y que tendrá que lidiar con cinco categorías de actores nacionales: amigos, aliados, competidores, adversarios y enemigos, todos ellos midiendo sus fuerzas en la arena internacional. Los dos últimos cuestionarán el predominio de Estados Unidos en todos los frentes, pero los tres primeros, a su vez, tratarán de hacer valer sus intereses, de modo que no siempre serán compatibles con la reafirmación de la primacía norteamericana. La conclusión es que las guerras serán una condición permanente que los Estados Unidos deberán enfrentar durante los próximos veinte o treinta años[58].

Ron Suskind, *The price of loyalty: George W. Bush, the White House, and the education of Paul O'Neill* (Nueva York: Simon and Schuster, 2004). No es casual que la literatura que desafía la historia oficial de la Casa Blanca sobre la génesis de los atentados del 11-S haya crecido extraordinariamente en los últimos años.

58 El documento del Departamento de Defensa "National Defense Strategy" (Washington, junio de 2008), por ejemplo, se abre con la siguiente afirmación: "Los Estados Unidos, nuestros aliados y socios enfrentamos un amplio espectro de desafíos, entre los cuales se cuentan las redes transnacionales de extremistas violentos, Estados hostiles dotados de armas de destrucción masiva, nuevos poderes regionales, amenazas emergentes desde el espacio y el ciberespacio, desastres naturales y pandémicos, y *creciente competencia para obtener recursos.* El Departamento de Defensa debe responder a estos desafíos y a la vez anticiparse y prepararse para los de mañana" (pág. 1, énfasis propio). Y poco antes, en su mensaje introductorio, el secretario Robert M. Gates decía que "estamos involucrados en un conflicto que no tiene parangón alguno con lo que hemos enfrentado en el pasado". Otro documento, preparado por la Task Force 2009 de la Henry M. Jackson School of International Studies para la Casa Blanca, titulado "Overview of United States of America's National Security Strategy 2009", parte de la premisa de que Estados Unidos está en guerra, y que seguirá en guerra por muchos años más. En ese documento se recomienda "usar la fuerza militar, donde sea efectiva; la diplomacia, cuando lo anterior no sea posible; y el apoyo local y multilateral, cuando sea útil". Ver <https://digital.lib.washington.edu/researchworks/bitstream/handle/1773/4635/TF_SIS495E_2009.pdf?sequence=1>.

Las razones de fondo que subyacen a este pronóstico son bien conocidas. Por una parte, la relativa pérdida de gravitación económica de Estados Unidos en comparación con la que gozaba a la salida de la Segunda Guerra Mundial. Si en ese momento su contribución al PBI mundial rondaba el 50%, en la actualidad es poco menos que la mitad de esa proporción, y la tendencia es hacia la baja, suave pero hacia la baja. El país sufre, además, de dos "déficits gemelos" (fiscal y de balanza comercial) que han adquirido dimensiones extraordinarias. El dólar norteamericano, a su vez, una vez suprimida unilateralmente su convertibilidad al oro por la administración Nixon, ha visto declinar significativamente su valor en los últimos años, y de ser la única moneda de reserva de valor se convirtió en una divisa cada vez más sostenida –no sin importantes concesiones por parte de la Casa Blanca– por sus propios rivales en la economía mundial, como China, Japón, Corea del Sur y Rusia. Una economía, en suma, en donde los hogares, las empresas y el propio Estado se encuentran endeudados en grado extremo. Durante más de treinta años Estados Unidos vivió artificialmente del ahorro y del crédito externo, consumiendo muy por encima de sus posibilidades reales, y tanto uno como el otro no son entidades infinitas e inagotables. El Estado se endeudó al lanzar varias guerras sin subir los impuestos. No sólo eso, reduciendo los impuestos a los ricos y las grandes corporaciones. Las familias también se endeudaron, impulsadas por una infernal industria de la publicidad, que promueve patrones de consumo no sólo irracionales, sino brutalmente agresivos con el medio ambiente. A mediados de 2007 un informe de la Reserva Federal de los Estados Unidos advertía sobre el peligroso ascenso del endeudamiento de los hogares norteamericanos, que había pasado de ser equivalente al 58% del ingreso de las familias en 1980 al 120% en 2006. Según un estudioso del tema, Eric Toussaint, esa proporción siguió aumentando hasta situarse, poco después de estallada la crisis, en un 140% del ingreso anual de las familias. El mismo autor señala que si se suman las deudas de las familias, las empresas y el Estado, el monto total de la deuda llegaría a un exorbitante 350% del PBI de los Estados Unidos. Situación insostenible que, finalmente, hizo eclosión a mediados de 2008 precipitando la nueva crisis general en la cual estamos inmersos[59].

El resultado de este descalabro económico del centro imperial es que, por primera vez en la historia, un país situado en el vértice de la pirámide imperialista se convierte en el principal deudor del planeta.

59 Ver "The rise in US household indebtedness: causes and consequences", de Karen E. Dynan y Donald L. Kohn (Washington DC: Federal Reserve Board of Washington, agosto, 2007) pág. 40. Agradecemos a Eric Toussaint los datos suministrados en una comunicación personal del 26 de marzo de 2009.

Tradicionalmente, la situación era la inversa: eso fue lo que ocurrió durante el largo reinado de Gran Bretaña en la economía mundial (desde comienzos del siglo XIX hasta la Gran Depresión de 1929) y eso también aconteció durante un tiempo en las primeras décadas de la hegemonía norteamericana, entre 1945 y comienzos de los setenta. Sin embargo, en la actualidad, la situación es completamente distinta y Estados Unidos ostenta la poco honorable condición de ser el mayor deudor del planeta.

Pero la reaparición de los diagnósticos "declinacionistas" no sólo se fundamenta en el análisis económico. El equilibrio sociopolítico y militar internacional también da muestras de la creciente debilidad de Estados Unidos para preservar un "orden mundial" congruente con sus intereses a corto y largo plazo. La situación en Medio Oriente parece estar fuera de control a partir de las inesperadas rebeliones populares que conmueven al mundo árabe, una de las cuales tumbó al segundo gendarme regional que le quedaba a Washington: Hosni Mubarak en Egipto. De esa manera, lo que antes era la mesa de tres patas que garantizaba la estabilidad en la región más importante del mundo desde el punto de vista de la producción petrolera –trípode formado por Israel, Irán y Egipto– ahora se convierte en un área profundamente inestable y desequilibrada sostenida por la acrecentada presencia militar de Estados Unidos en el área, el desenfreno militarista de Israel y la prepotencia obsecuente y genuflexa de Arabia Saudita. Pero es más que evidente que con esta fórmula mal podrá estabilizarse la situación de una región como Medio Oriente.

La situación en Asia Central y el Extremo Oriente está lejos de gozar de la tranquilidad de otros tiempos. Rica en recursos energéticos, la primera se encuentra profundamente convulsionada desde que se produjo la invasión soviética a Afganistán. Las sucesivas intervenciones de Washington para neutralizar esa iniciativa no hicieron sino profundizar la crisis: la irresponsable entrega de un importante arsenal atómico a Pakistán fue justificada por dos razones: por un lado, la necesidad de equilibrar lo que Estados Unidos percibía como un peligroso poderío nuclear en manos de la India, siempre sospechada de tener inclinaciones prorrusas dado su ancestral conflicto con China por la región de Cachemira; y por el otro, por la ingenua, por no decir estúpida, creencia de que el régimen militar prooccidental entonces imperante en Pakistán duraría para siempre. Lo cierto es que los atropellos cometidos por la Casa Blanca con ese país terminaron por alienar profundamente a un socio diplomático que resultó no ser tan confiable como se esperaba, y la humillante y escandalosa historia del asesinato de Osama bin Laden no hizo sino agigantar el hiato que progresivamente se abrió entre Washington e Islamabad. Uno de los desarrollos más significativos de esta crisis radica nada menos que en el vigoroso

empuje de un sentimiento fuertemente antioccidental y el avance del fundamentalismo musulmán en las filas del ejército, depositario del armamento nuclear cedido por los norteamericanos. Los recientes incidentes protagonizados por las fuerzas de la OTAN en la zona fronteriza entre Pakistán y Afganistán, precipitados por el estancamiento y segura derrota de las tropas norteamericanas en este último país, no hicieron sino atizar el fuego de la hoguera antinorteamericana que está incendiando esa parte del mundo, lo que priva a Occidente de una salida segura para las riquezas gasíferas y petroleras de algunos de los países de Asia Central.

Más hacia el Oriente, el impetuoso crecimiento de China y la prolongada recesión (que ya lleva más de veinte años) de Japón son fuentes de grave preocupación para Estados Unidos. Hay varios territorios en disputa en esa zona –algunos de ellos ricos en petróleo– y si en el pasado una China débil y atrasada no suscitaba mayores problemas, el reingreso del gigante asiático al primer plano de la economía mundial y el paralelo fortalecimiento de su aparato militar obligaron a Washington a adoptar una serie de medidas que tuvieron como resultado "calentar" el sordo enfrentamiento con China. Mencionemos apenas dos: haber presionado hasta obtener una reforma constitucional en Japón para habilitar que las fuerzas armadas de ese país puedan involucrarse en escenarios bélicos fuera de sus fronteras, rompiendo así con una tradición establecida luego de la catastrófica derrota en la Segunda Guerra Mundial; y el pacto militar recientemente firmado con Australia, que abre las puertas para un muy significativo incremento de la presencia militar estadounidense en Oceanía, lo que motivó la inmediata advertencia de China al decir que Australia podría "verse atrapada en fuego cruzado" si Washington decidiera usar los recursos militares estacionados en ese país para amenazar los intereses chinos.

Socia incondicional de Estados Unidos, la Unión Europea se enfrenta a una serie de problemas que erosionan significativamente su capacidad de intervenir con eficacia en los escenarios "calientes" del sistema internacional. En primer lugar, se debe decir que la política de alineamiento automático con Washington genera cada vez mayor repulsa en crecientes sectores de la población, en buena medida debido a que las muertes que esto ocasiona en el personal militar enviado a los distintos teatros de operaciones tienen un impacto muy fuerte en la opinión pública, lo que no es el caso en los Estados Unidos. En segundo término, porque luego de los atentados en Atocha (Madrid) y Londres se pone en evidencia que la política del seguidismo tiene elevados costos, que los termina pagando la sociedad civil. Esto, a su vez, genera intensas controversias dentro de los países y, en algunos casos, pone en peligro coaliciones gobernantes que se sustentan sobre una frágil e inestable mayoría parlamentaria. En tercer lugar, Europa hoy, a comienzos de

2012, es el epicentro de la crisis general del capitalismo en donde la supervivencia del euro está en discusión, y destinar los escasos (y muy disputados) recursos presupuestarios para colaborar en las aventuras militares de la Casa Blanca sólo puede generar una oleada de protestas que podrían comprometer la estabilidad de los gobiernos. Por otra parte, no es un secreto para nadie que la Unión Europea es un gigante económico pero un enano político y militar, y que sin "el nervio y el músculo" de Estados Unidos la OTAN carecería por completo de eficacia para desenvolverse en su propia área jurisdiccional. En síntesis: Europa puede ser un socio reluctante de las intervenciones norteamericanas en el plano global, aportando más que nada una fachada de cooperación internacional para tratar de disimular, sin conseguirlo, que las decisiones relativas a la guerra y cómo se la conduce radican exclusivamente en Washington y que las capitales europeas son apenas el coro griego de una tragedia cuyo protagonista excluyente es Estados Unidos.

En una palabra, todos los sistemas de alianzas que Washington elaboró a la salida de la Segunda Guerra Mundial se hallan profundamente debilitados y desprestigiados –tal es el caso de la OTAN–, cuando no en una crisis terminal, como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). Peor suerte aun corrió la ya extinta Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO), con acta de nacimiento firmada en Manila en 1954 (la del TIAR se firmó en Río de Janeiro, en 1947), con idéntico propósito de "contener la expansión comunista" en la región y en anticipación a la Conferencia de Bandung que, al año siguiente, daría origen en esa ciudad de Indonesia al Movimiento de los No Alineados. La SEATO se disolvió en 1977, víctima "colateral" de la derrota norteamericana en Vietnam[60].

El progresivo debilitamiento del sistema de alianzas político-militares de los Estados Unidos se manifiesta también en el interior de las Naciones Unidas. A partir de mediados de los años ochenta, cuando las reformas que estaba llevando a cabo Mijail Gorbachov en la Unión Soviética habían producido la obsolescencia práctica de la Guerra Fría, la menguada capacidad hegemónica de Washington lo obligó a recurrir, más que ningún otro país, al derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU. Entre 1986 y 2012, Estados Unidos ejerció ese derecho en 37 oportunidades, contra 8 de la Unión Soviética (y Rusia, a partir de 1992), 8 también de Gran Bretaña, 6 de China y 3 de Francia. En el período anterior fue la Unión Soviética quien utilizó ese recurso en 119 ocasiones, sobre todo en el período más candente de la Guerra Fría, los veinte años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial,

60 El papel de América Latina con relación a estos temas será objeto de tratamiento específico en los próximos capítulos.

cuando vetó 106 resoluciones del Consejo de Seguridad. Entre 1966 y 1985, en cambio, apeló al veto sólo en 13 oportunidades, mientras que en ese mismo período Estados Unidos lo hizo en 46 ocasiones, al tiempo que sus aliados, Gran Bretaña y Francia, lo hicieron en 21 y 11 votaciones respectivamente, y la República Popular China sólo recurrió a él 2 veces. Se debe recordar aquí que este país fue admitido en las Naciones Unidas el 25 de octubre de 1971, y que antes de esa fecha quien asumía la representación de China era Taiwán. Con la Resolución 2758 se puso fin a tamaño absurdo, originado en el triunfo de la Revolución China en 1949 –es decir, después de la creación de la ONU en 1945, en San Francisco–, y la terca oposición de Estados Unidos y sus aliados a reconocer al nuevo gobierno encabezado por Mao Tse Tung. La resolución fue aprobada por 76 votos contra 35 y 17 abstenciones. Los votos aprobatorios provinieron fundamentalmente de los países que integraban el bloque soviético, casi todos los europeos, la mayoría de los africanos, Canadá, la India y, en América Latina, México, Cuba, el Chile de Salvador Allende, el Perú de Juan Velasco Alvarado y el Ecuador de José M. Velasco Ibarra, no por casualidad fueron estos tres últimos víctimas de sendos golpes militares pocos años después. Encabezó el bloque contrario al ingreso de China a las Naciones Unidas Estados Unidos, seguido por la racista República Sudafricana, Arabia Saudita, Japón, Australia y un puñado de países más. En América Latina tuvo el acompañamiento de los cinco países centroamericanos más la República Dominicana (Joaquín Balaguer), Haití (Jean-Claude Duvalier), Venezuela (Rafael Caldera, del COPEI), Brasil, Uruguay, Paraguay y Bolivia. Argentina y Colombia se abstuvieron[61].

Por último, otro dato muy significativo sobre el deterioro del sistema de alianzas de Estados Unidos lo aportó, de manera harto ilustrativa, el proceso de instauración del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, organismo creado en 2006 para suceder a la desprestigiada Comisión de Derechos Humanos. En esa oportunidad, la Asamblea General tenía que elegir a los 47 Estados que lo constituirían por un plazo de tres años, ¡y Estados Unidos no fue elegido para integrarlo! Recién en 2009, cuando se renovó su composición, Washington pudo acceder a un lugar en ese organismo durante el período de tres años que establece el reglamento. El extendido rechazo que genera el "doble estándar" de Estados Unidos en materia de derechos humanos –sólo los rivales de Washington los violan, aunque los mayores perpetradores sean algunos de sus más estrechos aliados, como Israel y Arabia Saudita,

61 El representante de Estados Unidos en la Asamblea General de 1971 era George H.W. Bush (padre), quien trató de evitar la expulsión de Taiwán pero fracasó en su empeño al no obtener los dos tercios de los votos de la Asamblea General.

por ejemplo, para no hablar, en el pasado, de las dictaduras genocidas del Cono Sur, o el Plan Cóndor– fue responsable en gran medida de la draconiana disolución de la Comisión, en la cual Washington jugaba un papel fundamental. Por eso se opuso a su disolución y votó en contra de la creación del Consejo, acompañado tan sólo por sus peones de siempre, los mismos que también lo acompañan cada año en rechazar la resolución abrumadoramente mayoritaria que condena el bloqueo norteamericano a Cuba: Israel, Palaos y las Islas Marshall. Se entiende que, dados estos antecedentes, Estados Unidos no hubiera sido votado para integrar la composición inaugural del Consejo. Como hemos visto, la debilidad del imperio no es sólo económica: es también política y militar, alimentando sus reflejos autoritarios y beligerantes, como lo atestiguan sus múltiples aventuras militares y fechorías de todo tipo en los más apartados rincones del planeta.

Capítulo 3
La importancia estratégica de América Latina para los Estados Unidos

En los dos primeros capítulos de esta obra pasamos revista a una serie de cuestiones generales relativas a las cambiantes facetas del imperialismo como sistema y al rol que desempeña Estados Unidos en el marco de la crisis general del capitalismo. En el presente capítulo abordaremos algunos aspectos relativos al papel de Latinoamérica en el gran diseño de la política exterior del imperio[62].

Una retrospectiva histórica revela ciclos en donde este es visto como consolidado y en un irresistible ascenso, y otras en que se lo percibe como enfrentado a su inexorable declinación. Basta por ahora con decir que luego de un período en el cual prevaleció un desorbitado optimismo acerca de la definitiva reafirmación del unipolarismo y la consolidación de un "Nuevo Siglo Americano", tal es el nombre del ya mencionado tanque de pensamiento cuyo objetivo es, precisamente, garantizar que ese nombre se convierta en una realidad histórica, lo cierto es que en los últimos años se abrió paso a un clima mucho menos triunfalista[63]. Las varias derrotas sufridas por la política exterior

62 Ver sobre este tema Moniz Bandeira, *Geopolítica e política exterior*, op. cit., pp. 43-76. Referencias indispensables para entender esta relación desde una perspectiva histórico-estructural son la monumental *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, de Gregorio Selser (México DF: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/Universidad Autónoma de la Ciudad de México/Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, s/f) y dos textos fundamentales de Luis Suárez Salazar, *Madre América. Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2003) y *Un siglo de terror en América Latina* (La Habana: Ocean Sur, 2005), obras a cuya consulta remitimos muy enfáticamente a nuestros lectores.

63 Los principales prohombres (y "promujeres") del grupo New American Century han sido, hasta el día de hoy, destacadísimos funcionarios y gobernantes de los Estados Unidos, amén de algunos de sus más poderosos empresarios. Sobresalen en este listado Elliott Abrams; John R. Bolton; el vicepresidente de George W. Bush, Dick Cheney; Francis Fukuyama; I. Lewis Libby; el secretario de Defensa Donald Rumsfeld;

norteamericana desde el estrepitoso naufragio del ALCA en Mar del Plata, en 2005, hasta el asordinado revés sufrido por Estados Unidos en Irak (¡donde al retirar la mayoría de sus tropas quedó en Bagdad un gobierno abiertamente antiestadounidense y proiraní!) pasando por el empantanamiento de sus fuerzas y su diplomacia en Afganistán y, apenas ayer, la rebelión del mundo árabe están dando lugar a una nueva percepción mucho menos optimista acerca del futuro del imperio. El ya mencionado historiador británico (pero formado académicamente en Estados Unidos) Paul Kennedy y el francés Emmanuel Todd ya habían dado la voz de alarma en medio de tanta euforia. Dado que en el capítulo anterior nos hemos extendido sobre estas consideraciones, nos parece innecesario repetir aquí ese argumento.

Las prudentes advertencias de estos historiadores –para no hablar de las críticas de gentes como Noam Chomsky y Howard Zinn, dentro de Estados Unidos– fueron desechadas por los ideólogos del *establishment*, y la formidable maquinaria de la industria cultural norteamericana, envalentonada por la caída del Muro de Berlín en 1989, la desintegración de la Unión Soviética en 1991 y la fácil victoria en la Guerra del Golfo contra un enemigo casi inerme, Saddam Hussein, en 1990-1991, alimentó la ilusión de que este, el siglo XXI, sería efectivamente el siglo de Estados Unidos. Uno de los beneficios secundarios que para la izquierda mundial tuvo este nuevo clima de opinión imperante en la Roma americana, como acertadamente José Martí denominaba a los Estados Unidos, fue que la naturaleza imperialista de la superpotencia dejó de estar en cuestión y emergió orgullosa a la plena luz del día. En este renovado ambiente cultural y político el imperialismo dejó de ser una mala palabra, una caracterización vergonzante o un baldón del que había que cuidarse y se convirtió –al igual que el colonialismo en la Inglaterra de la época victoriana– en un timbre de honor para una nación que se había arrogado la responsabilidad mesiánica de llevar la libertad, la justicia y la democracia por toda la superficie del orbe. En una palabra: de civilizar a un mundo bárbaro que desconocía, o repudiaba, los valores del *American way of life*.

Lo bueno de esta insólita apología del imperialismo fue que liquidó para siempre las posturas de la derecha o de los "bienpensantes" de todo pelaje que tercamente negaban la existencia del imperialismo y que fustigaban a la izquierda acusándola de ser una colección de espíritus alucinados que veían la mano del imperialismo por todas partes, cuando lo que había ocurrido en el último cuarto del siglo XX había sido el arrollador avance de una globalización que, en su neutralidad,

el ex subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz; y el presidente propuesto por Bush para el BM, Robert B. Zoellick, quien en abril de 2012 continuaba en funciones.

estimulaba la armoniosa interdependencia de las naciones. Gracias a la derecha radical norteamericana esa discusión quedó zanjada y la palabra "imperialismo", que había sido desterrada por décadas en los tramos finales del siglo XX, reapareció con fuerza a comienzos del actual.

Esta ilusión de un imperio perenne y universal –un proyecto que Noam Chomsky no vacila en comparar con las demenciales ambiciones de Adolf Hitler–, que cubriría al mundo entero merced a su aplastante superioridad económica, tecnológica y militar, quedó sepultada el 11-S. No sorprende, por lo tanto, que en la actualidad sean los propios estrategas del imperio quienes admiten, con indisimulada rabia, la tesis "declinacionista". Tal como se había visto en el capítulo anterior, los principales expertos militares y civiles de Estados Unidos coinciden en un diagnóstico que subraya la presencia de cinco tipos de actores: los amigos incondicionales de Estados Unidos (como Israel y Gran Bretaña); los aliados (en buena parte por razones oportunísticas y, por lo tanto, inseguros); los competidores; los adversarios; y los enemigos, constelación de la cual brotan escenarios caracterizados por múltiples desafíos y cambiantes correlaciones de fuerzas que impiden que Washington pueda controlar el sistema internacional con la amplitud y profundidad habituales desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. De ahí la necesidad de contar con una nueva doctrina militar apropiadamente llamada "la Guerra Infinita", tal cual la dio a conocer George W. Bush poco después del 11-S. En suma, Estados Unidos se enfrenta a un mundo erizado de peligros, de competidores desleales, de amigos débiles y vacilantes, y de enemigos inescrupulosos que agigantan los gravísimos problemas económicos que aquejan al país, que requiere de la captación de ahorros externos para sobrevivir y mantener su patrón de consumo, cosa que hasta ahora ha logrado, aunque a costos crecientes. Pero ¿durante cuánto tiempo?[64].

Esta coyuntura por la que atraviesa el imperio no podía dejar de tener significativas repercusiones en su ámbito inmediato: el hemisferio americano, el "patio trasero" de Estados Unidos según los ideólogos imperialistas. La derrota del ALCA, que era a la vez la actualización de la Doctrina Monroe y la constitucionalización del neoliberalismo, frustró la realización de un proyecto apenas veladamente anexionista y fue un

64 Es la pregunta que se hizo la consultora/calificadora de riesgos Standard & Poor's, y al responderla decidió por primera vez bajar la calificación de Estados Unidos de AAA a AAA-. La evolución posterior de la economía norteamericana y la necesidad de expandir ininterrumpidamente el monto de la deuda pública (que ya supera el tamaño del PBI), logrando cada vez más difíciles compromisos con el Congreso, convencieron a los analistas de S&P de que las explicaciones oficiales de la Casa Blanca carecían de credibilidad y eran meros discursos retóricos dirigidos al electorado, sin ningún anclaje en la realidad.

doloroso toque de atención a quienes, tanto en Estados Unidos como en América Latina y el Caribe, creían que el imperio era una maquinaria invencible. Algunos analistas de las relaciones internacionales y, lamentablemente, muchos gobernantes y funcionarios gubernamentales de los países latinoamericanos aseguran sin embargo que la derrota de Mar del Plata carece de importancia, porque en el gran diseño de la política internacional de la Casa Blanca nuestra región no cuenta, y el lugar que tiene en la agenda de prioridades de la Oficina Oval la ubica muy por debajo de otras áreas o países que sí concitan la atención de Washington. Dados estos antecedentes, lo más sensato hubiera sido obedecer mansamente las directivas norteamericanas e integrarnos sin más trámite al ALCA. Según estos analistas, las prioridades del imperio serían, en primer lugar Medio Oriente, por su enorme riqueza petrolera; luego Europa, aliada incondicional, gran socia comercial y compinche en cuanta aventura imperialista le venga en gana a la Casa Blanca; en tercer lugar Asia Central, importante por potencial petrolero y para crear un dique de contención para frenar la expansión del fundamentalismo islámico; después el Extremo Oriente, por China, las dos Coreas (la del Norte por su potencial amenaza nuclear, la del Sur por su vibrante economía) y Japón; y luego, disputando el quinto lugar palmo a palmo con África aparecería Nuestra América, mendigando compasión, caridad y buenos modales.

Este discurso autodespreciativo, profundamente arraigado en América Latina y el Caribe, hunde sus raíces en la larguísima experiencia de sumisión colonial de nuestro continente, incomparablemente más extensa y más profunda que cualquier otra de su tipo en cualquier región del planeta y que se edificó sobre un gigantesco genocidio calculado en sesenta millones de personas. Pocas veces se repara en este asunto, del que brota una diferencia fundamental al interior del universo colonial. Y es que el colonialismo en África y Asia fue un sistema de saqueo y opresión, al igual que el nuestro, pero a diferencia de lo ocurrido en estos lares, en aquellos continentes no llegó a fundar nuevas sociedades como sí lo hizo en Latinoamérica. Prueba de ello es que luego de casi dos siglos de dominación británica en la India, cuyos inicios datan de 1757 cuando los ingleses se apoderaron de la provincia de Bengala, el tradicional sistema de castas hindú permaneció incólume ante los influjos británicos, hasta el punto que cuando se proclamó la independencia de la India en 1947 su vigorosa sobrevivencia fue uno de los problemas más acuciantes con los que tuvo que vérselas el primer ministro Jawaharlal Nehru. China y Vietnam mantuvieron, pese a los avatares del colonialismo, su organización aldeana; y los pueblos del África al norte y a sur del Sahara hicieron lo propio con sus identidades tribales, con la probable excepción de Sudáfrica, en donde el colonialismo europeo se montó sobre la perpetuación de las estructuras sociales

originarias, si bien redefiniendo los trazados territoriales en su afiebrado reparto del continente. Pero en América Latina la conquista ibérica arrasó y destruyó las viejas formaciones sociales y estableció un nuevo tipo histórico de sociedad, un híbrido producto del mestizaje entre lo precolombino y lo europeo, creando una nueva y contradictoria identidad y, al mismo tiempo, produciendo un trauma que cinco siglos más tarde todavía está a flor de piel y no termina de cicatrizar[65].

El colonialismo y su reflejo intelectual, la colonialidad del pensamiento, dejaron una impronta que se extiende hasta nuestros días, alimentada, sin duda, por la astuta política de Washington hacia nuestros países. Convencidos de nuestra minusvalía, cuando los gobernantes o funcionarios de la región peregrinan a Washington lo hacen aceptando de antemano nuestra condición de incurable inferioridad e irrelevancia económica y geopolítica. De esa manera, cualquier negociación con el imperio está condenada a acordar lo que este quiera exactamente acordar[66].

65 Un penetrante análisis de este proceso en el caso mexicano se lo debemos a Octavio Paz, quien en sus mejores tiempos (antes de ser cooptado por el PRI y convertirse en un furibundo publicista del neoliberalismo), escribió un par de textos notable: *El laberinto de la soledad* (México DF: Fondo de Cultura Económica, múltiples ediciones) y *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (Madrid: Seix Barral, 1982). Por supuesto, este tema recorre como un río, a veces subterráneo y por momentos a cielo abierto, casi todas sus obras.

66 El tema de la colonialidad del saber y del poder en nuestras repúblicas "independientes" ha sido examinado por numerosos autores latinoamericanos. Cabe destacar, en primer lugar, a Roberto Fernández Retamar y su soberbio libro titulado *Todo Calibán* (Buenos Aires: CLACSO, 2004). Consultar también a Aníbal Quijano, Edgardo Lander, Enrique Dussel y Walter Mignolo, entre otros. Varios trabajos de estos autores fueron reunidos por Lander en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO, 2000). Existen varios ejemplos, pero nos parece que la apoteosis de esta actitud genuflexa y obsecuente, tan extendida en nuestro continente, la ofrece el gobierno peronista de Carlos Saúl Menem, que no se limitó a superar viejas discordias para tener buenas relaciones con Estados Unidos, sino que propuso, además, tener "relaciones carnales" con el imperio, ensalzando las ventajas que para la Argentina traería el "alineamiento automático" con cualquier política fijada por Washington. Otros gobernantes pueden ser, o haber sido, igualmente de obsecuentes, pero al menos tuvieron el elemental decoro de no proclamarlo a los cuatro vientos como lo hizo Menem.

Desajustes entre la percepción colonizada y la realidad: de la Doctrina Monroe al ALCA

Pregunta: ¿es realista esta actitud? Respuesta (enfática): no, surge de una apreciación que poco o nada tiene que ver con la realidad[67]. Tal como lo hemos venido diciendo desde hace mucho tiempo, ¿cómo comprender el hecho paradojal de que una región como América Latina y el Caribe, tan irrelevante según propios y ajenos, haya sido la destinataria de la primera doctrina de política exterior elaborada por Estados Unidos en toda su historia? Esto ocurrió tan tempranamente como en 1823, es decir, un año antes de la Batalla de Ayacucho, que puso fin al imperio español en América del Sur. Naturalmente, se trata de la Doctrina Monroe, que con sus circunstanciales adaptaciones y actualizaciones ha venido orientando la conducta de la Casa Blanca hasta el día de hoy. Habría de transcurrir casi un siglo para que Washington diera a luz, en 1918, una nueva doctrina de política exterior, la Doctrina Wilson, esta vez referida al teatro europeo convulsionado por la Primera Guerra Mundial y el estallido de la Revolución Rusa. No es un dato anecdótico que esta doctrina haya sido elaborada prácticamente un siglo después de otra relativa a un área “irrelevante” como América Latina y el Caribe.

La doctrina debe su nombre al quinto presidente de Estados Unidos, James Monroe (1817-1825), pero su creador fue su secretario de Estado (y posteriormente presidente), John Quincy Adams, hijo a su vez del segundo presidente de ese país, John Adams (1797-1801). John Quincy Adams acuñó una frase memorable, que deberían memorizar muchos gobernantes de Nuestra América y de otras partes del mundo también: “Estados Unidos no tiene amistades permanentes; tiene objetivos e intereses permanentes”. En línea con ello, la Doctrina Monroe estableció como principio la conocida fórmula de “América para los americanos”, que en realidad quiere decir para los (norte) americanos, porque ello convenía a sus intereses. Con ella, Estados Unidos sentaba tempranamente sus reales en el hemisferio en contra de las pretensiones hegemónicas de las potencias europeas, tanto España y Portugal como Gran Bretaña, Francia y Holanda, amén de otras de menor gravitación en esta parte del mundo. La aplicación de la doctrina siempre estuvo condicionada por la identificación de los intereses permanentes de Washington. Por eso la Casa Blanca no pudo, o no quiso, traducir en hechos concretos esta doctrina ante reiteradas incursiones de las potencias europeas en esta parte del mundo, como cuando Gran Bretaña ocupó las Islas Malvinas en 1833 o ante

67 Bosquejamos una argumentación sobre este tema en “La mentira como principio de política exterior de Estados Unidos hacia América Latina”, en *Foreign Affairs en Español* (México DF) Vol. 6, N° 1, 2006, pp. 61-68.

el bloqueo anglo-francés al Río de la Plata entre 1845 y 1850. Tampoco reaccionó ante dos episodios que tuvieron lugar mientras Estados Unidos se desangraba en la Guerra Civil: la transitoria restauración colonial española en la República Dominicana entre 1861 y 1865 y la intervención francesa en México en 1862, decretada por Napoleón III e imponiendo al austríaco Maximiliano como emperador de ese país. Tampoco reaccionó para impedir el asentamiento británico en la Costa Mosquitia de Nicaragua y, en 1895, la ocupación de la Guayana Esequiba. Mucho después, en 1982, ocurriría lo propio con el TIAR, el Tratado Inter-Americano de Asistencia Recíproca (1947), un derivado del monroísmo según el cual Washington debía alinearse con cualquier país del hemisferio que sufriera un ataque de cualquier potencia extra-continental. Pero a lo que entrelíneas se refería el TIAR era a la Unión Soviética, no a una potencia aliada. Por eso, cuando Gran Bretaña envía una poderosa fuerza expedicionaria en reacción ante la insensata e improvisada ocupación de las islas dispuesta por la dictadura cívico-militar argentina, Washington primero trató de mediar para luego ponerse decididamente del lado del colonialismo inglés, sepultando en los hechos al Tratado. La Doctrina Monroe fue “perfeccionada” por Theodore Roosevelt en el Discurso del Estado de la Unión de 1904 elevado al Congreso, al establecer que si un país de las Américas amenazaba o atacaba la propiedad de ciudadanos o empresas estadounidenses, o cercenaba sus derechos, Washington se vería obligado a intervenir en los asuntos internos del país en cuestión para restablecer el orden y el imperio de la ley[68]. Nace así la política del “gran garrote”. Coherente con ese principio, en 1905 Roosevelt se apropió del control de las aduanas de la República Dominicana para pagar con sus ingresos la deuda externa de ese país. Como veremos más adelante, esta bravuconada sentó un precedente que para desgracia de Nuestra América se repetiría en innumerables ocasiones. Un par de años antes, a finales de 1902, Alemania y Gran Bretaña, a las que se unió poco después Italia, habían

68 Textualmente, el Corolario dice lo siguiente: “Si una nación demuestra saber como actuar con eficiencia y decencia razonables en asuntos políticos y sociales, y si mantiene el orden y cumple con sus obligaciones no tiene por qué temer una interferencia de los Estados Unidos. Sin embargo, un crónico mal proceder, o una impotencia que conduce al debilitamiento de los lazos de una sociedad civilizada pueden, en América, o donde sea, exigir la intervención de algún país civilizado; y en el Hemisferio Occidental en casos flagrantes de mal proceder o impotencia, la adhesión de Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede forzar a Estados Unidos, a pesar de su reluctancia, a ejercer un poder de policía internacional. [...] En la medida en que nuestros vecinos del Sur obedezcan las leyes primarias de una sociedad civilizada pueden estar seguros de que serán tratados por nosotros con un espíritu de cordial y colaborativa simpatía”. Tomado del original en <http://pinzler.com/ushistory/corollarysupp.html> (traducción propia).

dispuesto un bloqueo naval en contra de Venezuela en represalia por la negativa del presidente Cipriano Castro a pagar la deuda externa de este país. Roosevelt interviene en el conflicto y mediante los Protocolos de Washington, del 13 de febrero de 1903, logra un acuerdo en virtud del cual el país sudamericano pagaría gradualmente su deuda con los acreedores externos. Pero la brutalidad con la cual estos plantearon sus exigencias motivó la respuesta del por entonces canciller de la Argentina, Luis María Drago, quien sentó una doctrina que llevaría su nombre y según la cual se consagra la insanable ilegalidad de cualquier tentativa de apelar a la fuerza para el cobro de las deudas contraídas por las naciones latinoamericanas o caribeñas. Drago señaló que ante la renuncia de Washington a aplicar la Doctrina Monroe debía apelarse a un argumento jurídico más general como el contenido en su propia doctrina. La interpretación oficial, explicitada durante la administración Roosevelt, fue que aquella doctrina no se aplicaba a casos en los cuales los países del área rehusaren a "honrar sus deudas". Lo que el monroísmo quería era frustrar las tentativas de las potencias europeas de recuperar sus viejas colonias o establecer otras nuevas, pero de ninguna manera atentar en contra de los sagrados derechos del capital usurario, cosa que no había sido comprendida por Drago[69].

La doctrina Wilson fue hecha pública también en un discurso pronunciado ante el Congreso de la Unión, el 8 de enero de 1918. En él se establecían 14 puntos que se suponía debían servir como guías para la reconstrucción de la Europa de posguerra. Desde su aparición fue caracterizada como una doctrina "idealista", y hablar del "idealismo wilsoniano" se ha vuelto un lugar común en las ciencias sociales. Claro que en lo que hace a América Latina y el Caribe el "idealismo" de Wilson no impidió que ordenara toda clase de agresiones hacia nuestros pueblos. A diferencia de Theodore Roosevelt, Wilson trató de ser amable con sus vecinos del Sur. Por eso negoció un tratado con Colombia en el cual Estados Unidos "lamentaba" –no presentaba sus disculpas sino que "lamentaba"– haber impulsado la secesión de la provincia de Panamá y ofrecía 25 millones de dólares como compensación por lo ocurrido, pero a instancias del todavía muy influyente Roosevelt el Congreso lo rechazó. Sólo lo aprobaría una vez que Wilson terminara su mandato, en 1921, ¡y después de retirar la expresión "lamentaba"! Wilson estaba imbuido de un espíritu mesiánico que lo llevó a decir, en 1913, en línea con el Corolario Roosevelt, que "le voy a enseñar a las repúblicas

69 Sobre la Doctrina Monroe y el Corolario Roosevelt consultar la obra ya mencionada de Luis Suárez Salazar, *Madre América*, un texto de referencia imprescindible para el estudio de las tropelías del imperialismo en Nuestra América. Sobre el tema puntual que nos ocupa, ver pp. 26-51.

sudamericanas a elegir buenos hombres". Contradiciendo en los hechos el "idealismo" de su teoría, intervino militarmente en México, Haití, Cuba y Panamá, y mantuvo tropas en Nicaragua durante toda su estancia en la Casa Blanca para forzar la elección de un presidente amigo que firmara el leonino Tratado Bryan-Chamorro. El mismo expediente lo utilizó para forzar a la legislatura haitiana a elegir al candidato que Wilson quería como presidente, y luego sus tropas permanecieron en ese país entre 1915 y 1934. El idealista invadió la República Dominicana en 1916 para aplastar la guerrilla campesina, permaneciendo sus fuerzas en ese país hasta 1924. En México, Wilson ordenó a sus tropas ocupar el puerto de Veracruz, donde se establecieron durante siete meses en 1914. Entre marzo de 1916 y febrero de 1917 militares norteamericanos penetraron en territorio mexicano en una infructuosa persecución de Pancho Villa, "el Centauro del Norte", cometiendo toda clase de tropelías. Otras operaciones de menor cuantía fueron también dispuestas por Wilson contra México en 1918 y 1919. En relación con Cuba, mandó a los *marines* que ocuparan partes de su territorio para garantizar la propiedad de las empresas norteamericanas, amenazadas por una oleada de movilizaciones populares. La ocupación se extendió entre 1917 y 1923, y las tropas estadounidenses fueron utilizadas, con la complicidad del gobierno títere del imperialismo, para aplastar un impresionante torrente de huelgas desatadas entre 1918 y 1919 y liquidar el fermento insurreccional de los patriotas cubanos, mientras un "procónsul" enviado por Wilson, Enoch H. Crowder, se hacía cargo del manejo de las finanzas de Cuba. Abierto simpatizante del Ku Klux Klan, Wilson fue galardonado en 1919 con el Premio Nobel de la Paz por su contribución a la firma del Tratado de Versalles, que puso fin a la Primera Guerra Mundial, y su propuesta de creación de la Sociedad de las Naciones, infausta predecesora de las Naciones Unidas[70].

Suficiente con relación a Wilson. Pero ¿cómo comprender que un área irrelevante, marginal, sin importancia hubiera sido la primera para la cual la dirigencia estadounidense pensó que era necesario fijar orientaciones de política? ¿O que el tristemente célebre TIAR haya visto la luz en el año 1947 antecediendo en dos años nada menos que la creación de la OTAN en 1949? ¿O que el Comando Sur (SOUTHCOM) de las fuerzas armadas estadounidenses haya sido puesto en funcionamiento en 1963, mientras que el Comando Central (CENTCOM), con jurisdicción en Medio Oriente, norte de África y Asia Central, y especialmente en Afganistán e Irak, fuese creado recién en 1983 y el Comando para África (AFRICOM) en 2008?

70 Ver *Madre América*, de Luis Suárez Salazar, donde se desmontan los mitos urdidos en torno al "idealismo" wilsoniano (pp. 61-89).

La respuesta es evidente: la razón de esta precoz atención es que, más allá de la retórica y de argucias diplomáticas, América Latina es, para los Estados Unidos, la región del mundo más importante. Es por eso que desde sus primeros años como nación su preocupación fue elaborar una postura política apropiada ante esa enorme masa continental que se extendía al sur de las trece colonias originarias. John Adams, el ya mencionado segundo presidente de Estados Unidos, declaró tan tempranamente como en junio de 1783 que "Cuba es una extensión natural del continente norteamericano, y la continuidad de los Estados Unidos a lo largo de ese continente torna necesaria su anexión". Como vemos, la enfermiza obsesión *yankee* con la Isla tiene antiguas raíces. Más de un siglo después, el presidente William Howard Taft, no contento con querer apoderarse de Cuba, profetizó para Estados Unidos la anexión de todo el continente. En 1912 dijo que "no está lejano el día en que tres banderas de Estados Unidos delimiten nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. La totalidad del hemisferio será de hecho nuestro, como ya lo es moralmente en virtud de la superioridad de nuestra raza"[71].

En suma: la prioridad estratégica de América Latina reconoce varios factores causales. En primer lugar es su vecina, atravesada por profundas injusticias y en permanente fermento prerrevolucionario. Una vecina a la cual, como ocurriera en México, le ha arrebatado buena parte de su territorio. Es, además, su frontera con el Tercer Mundo, con el subdesarrollo. Es también su *hinterland*, su área de seguridad militar, la zona con la cual comparte la ocupación de la gran isla americana que se extiende desde Alaska hasta Tierra del Fuego, separada de las demás masas geográficas terrestres y, más todavía, depósito de inmensos recursos naturales, tema que veremos en los próximos capítulos. Todo eso hace que Nuestra América sea una periferia sometida al insaciable apetito del imperio, que saquea y domina a pueblos y naciones, generando con ello una vasta zona de crónica inestabilidad y turbulencias políticas que brotan de su condición de ser una riquísima región lindera con el centro imperial y, a la vez, la que exhibe la peor y más injusta distribución de ingresos y riquezas del planeta. Esas y no otras son las razones de la temprana formulación de la Doctrina Monroe; son también los factores que explican las causas estructurales (no ocasionales) de más de un centenar de intervenciones militares norteamericanas en la región; de innumerables "golpes de mercado";

71 Como se ve, en este tema no hay absolutamente nada nuevo. Y si nos remontáramos aún más en el pasado, encontraríamos sin mayor esfuerzo referencias tan claras como las de Taft. ¿Qué otra cosa era el ALCA sino esta pretensión de enarbolar las tres banderas de Taft a lo largo del hemisferio?

de tantos asesinatos políticos, sobornos, campañas de desestabilización y desquiciamiento de procesos democráticos y reformistas perpetrados contra una región, ¿carente por completo de importancia? En tal caso, ¿no hubiera sido más razonable una política de indiferencia ante vecinos revoltosos pero insignificantes? Es precisamente a causa de su excepcional relevancia que Washington se sobresalta ante el surgimiento de cualquier gobierno siquiera mínimamente reformista, aun en países tan pequeños como la isla caribeña de Granada (¡de 344 km^2 –menos del doble que la superficie de la ciudad de Buenos Aires– y 60 mil habitantes en el momento de su invasión por los *marines* en 1983!). La simple prolongación de una pista destinada a facilitar la llegada de aviones de mayor porte para transportar el turismo que acudía a la isla bastó para que tal iniciativa fuese calificada por Washington como una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos. El resto es bien sabido: Ronald Reagan, según Noam Chomsky uno de los más sanguinarios criminales de guerra de toda la historia de Estados Unidos, ordenó la invasión de Granada y la captura de su gobernante izquierdista Maurice Bishop, quien poco después fue ejecutado junto con su mujer. Fue Zbigniew Brzezinski quien, al promediar la década del ochenta y en plena "Guerra de las Galaxias", declaró con una alta dosis de realismo que la Unión Soviética era un problema transitorio para Estados Unidos, pero que América Latina constituía un desafío permanente, arraigado en las inconmovibles razones de la geografía. De ahí la persistencia del criminal bloqueo contra Cuba durante más de medio siglo; la excepcional "ayuda militar" prestada a Colombia, país que es el tercer receptor mundial sólo superado por Israel y Egipto; y la predisposición a intervenir, militarmente o de cualquier otra forma, para controlar los procesos políticos internos de los países de la región, por más pequeños y débiles que sean. Tal como se hizo en Nicaragua, minando sus puertos y armando a los "contras"; en El Salvador, organizando a los escuadrones de la muerte contra la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), en la ya mencionada Granada y, poco después, en Panamá y más recientemente en Honduras. Para el imperialismo no existen países o regiones irrelevantes, mucho menos cuando la realidad de la geografía nos condena a una inescapable vecindad. En vista de todo lo anterior, ¿a quién se podría engañar hablando de la irrelevancia de América Latina?

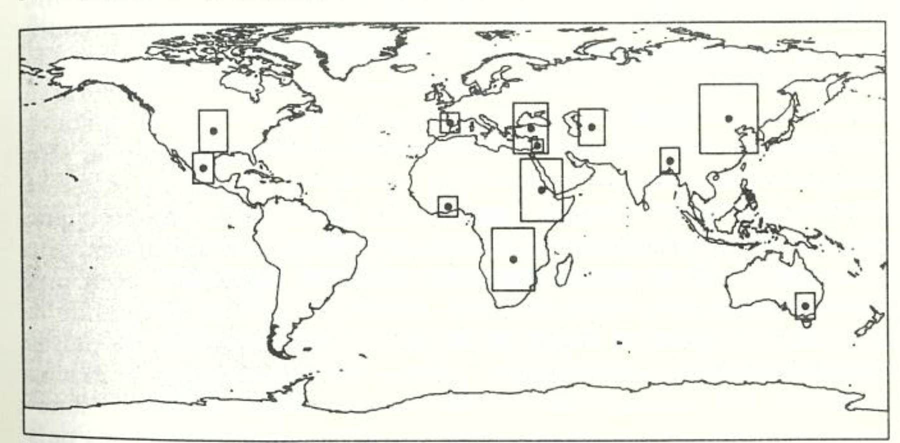
Son muchos los motivos por los que Estados Unidos desea apoderarse de América Latina, apelando a diversas estratagemas. Y si tal cosa fuera imposible, el objetivo de mínima es controlar el acceso a los ingentes recursos naturales que tiene la región y que despiertan la insaciable voracidad del imperio. Fue Colin Powell quien, entre tantos otros, planteó la importancia de América Latina y el Caribe en sus desesperados intentos por lograr la aprobación del ALCA. Según el ex secretario

de Estado de George W. Bush, nuestra región es un gigantesco mercado para las empresas estadounidenses, un lugar que ofrece grandes oportunidades de inversión con fabulosas expectativas de rentabilidad, posibilitadas por el control político que Washington ejerce sobre casi todos los gobiernos de la región, y todo esto en un territorio que albergaba un repertorio casi infinito de recursos naturales de todo tipo.

Pero además de ello la nuestra podría ser, en función de los desarrollos tecnológicos de la industria petrolera, la región que cuente con las mayores reservas petroleras del mundo habida cuenta del ya mencionado informe de la OPEP que coloca a Venezuela en el primer lugar mundial en materia de reservas certificadas y la promesa de los megayacimientos submarinos descubiertos en 2008 por Petrobras en el litoral paulista. En todo caso, Nuestra América es la región del planeta que puede ofrecer un suministro más cercano, previsible y seguro a Estados Unidos, dato harto significativo cuando las reservas del centro imperial no alcanzan para más de diez años y las fuentes alternativas de aprovisionamiento son cada vez más lejanas, problemáticas e inciertas, toda vez que el Medio Oriente y Asia Central han entrado en un ciclo de creciente inestabilidad política. El petróleo venezolano puede llegar a Houston en cuatro o a lo sumo cinco días de navegación, transitando por el Caribe –que el Pentágono y los estrategas del imperio definen como un "mar interior" de Estados Unidos– completamente monitoreado y controlado por un rosario de bases navales que lo convierten en la ruta marina más segura del planeta. El proveniente del Medio Oriente, en cambio, emplea más de treinta, casi siempre unos treinta y cinco días para llegar a destino, y debe sortear obstáculos de todo tipo (por ejemplo, atravesar el Estrecho de Ormuz o, al dar la vuelta por el Cuerno de África, enfrentarse a los piratas somalíes) y transitar por una ruta mucho más larga y de fletes más costosos que la que se origina en Venezuela. El derrumbe de los gobiernos del norte de África –principalmente Egipto pero también Túnez–; la situación crítica por la que atraviesa Libia luego del traumático derrocamiento de Muammar el Gadaffi; la situación preinsurreccional que existe en Yemen y Bahrein unida a la gravísima crisis en Siria, de incierto desenlace; la agitación popular que se extiende como un reguero de pólvora en Marruecos, Jordania, los emiratos y la propia Arabia Saudita; y las ciénagas en que se han convertido Irak y Afganistán revalorizan extraordinariamente la importancia del acceso rápido y seguro al cercano petróleo sudamericano.

Pero Sudamérica no sólo posee petróleo. Tiene también grandes reservas de gas, dispone de casi la mitad del total de agua potable del planeta, y es el territorio donde se encuentran tres grandes cuencas hidrográficas: la mayor, la del Río Amazonas, y la del Orinoco y la del Río de la Plata. El Amazonas es a su vez el río más caudaloso del mundo, que arroja al Atlántico 14.185.500 metros cúbicos de agua por segundo,

más o menos lo que hace el Támesis... ¡en un año! Tiene además dos muy importantes acuíferos: el Guaraní y el de Chiapas. El primero no es el mayor del mundo, que es el Siberiano, pero sí es el que posee mayor capacidad de recarga, lo que le asegura una duración prácticamente indefinida. Y el de Chiapas ya ha sido apreciado como un muy significativo aporte para enfrentar el inexorable agotamiento del suministro de agua que afecta al suroeste de Estados Unidos y que compromete el acceso al vital líquido de poblaciones como Los Ángeles y San Diego[72]. Si como dicen los expertos en cuestiones militares las guerras del siglo XXI serán guerras del agua, ¿cómo podría ser irrelevante un área que concentra en su territorio casi la mitad de tan vital elemento?[73]. En el gráfico que sigue se señalan las zonas críticas, a nivel mundial, en términos del suministro de agua. Ninguna de ellas se localiza en América del Sur.



Fuente: "Dawn of a Thirsty century", de Alex Kirby, en <http://news.bbc.co.uk/2/hi/science/nature/755497.stm>.

América Latina también es rica en minerales estratégicos. Un trabajo reciente de María José Rodríguez Rejas en relación con el tema demuestra que "desde mitad de la década de los noventa, cuando se dispara

72 Ver los dos tomos de la ya mencionada obra de Elsa Bruzzone, *Las guerras del agua I y II*, op. cit. Una visión histórica y global sobre la crisis del agua se encuentra en <www.worldwater.org/conflict/map/>.

73 Michel Chossudovsky ha llamado la atención sobre el tema cuando escribió que el agua, los alimentos y los combustibles son tres necesidades que se hallan en peligro y que bien podrían ser las causas de situaciones muy conflictivas, inclusive guerras, por supuesto, en un futuro próximo. América Latina, como es sabido, es altamente excedentaria en estos tres vitales elementos. Ver su "La crisis global: alimento, agua y combustibles", en *Rebelión*, 10 de junio de 2008.

esta actividad, América Latina cuenta con una parte importante de la producción y reservas de varios minerales cuya principal fuente de destino es Estados Unidos". Prosigue esta autora recordando que "entre los diez primeros países mineros del mundo hay seis sudamericanos: Perú, Chile, Brasil, Argentina, Bolivia y Venezuela", a lo que se debe agregar México en lo que geográficamente sería Norteamérica; y que los países de la región se cuentan "entre los principales productores mundiales de minerales estratégicos y metales preciosos –son catalogados como tales el oro, la plata, el cobre y el zinc–, así como por las reservas probadas de minerales estratégicos con alto precio en el mercado como el antimonio, bismuto, litio, niobio, torio, oro, zinc y uranio, entre otros. En varios, el principal receptor de la producción es Estados Unidos, especialmente en el caso del bismuto (88%), zinc (72%), niobio (52%) y en menor medida la fluorita (45%) y el cobre (45%)"[74]. En línea con este análisis, John Saxe-Fernández sostiene que la agenda militar/empresarial de los Estados Unidos en esta materia se refiere a los abastecimientos de petróleo, gas y el resto de los metales y minerales, "de la A de alúmina a la Z de zinc". Y para sustanciar esta afirmación, señala que ya desde 1980 uno de los principales expertos de la fuerza aérea de Estados Unidos había advertido al Congreso que, amén de la fuerte dependencia de las importaciones petroleras, este país carecía "de al menos cuarenta minerales esenciales para una defensa adecuada y una economía fuerte". De esto se desprende la necesidad de que esos minerales puedan ser aportados por los países latinoamericanos, sustituyendo fuentes de abastecimiento mucho más inciertas y lejanas[75]. De acuerdo con informaciones proporcionadas por el Mineral Information Institute de Estados Unidos, este país debe importar el 100% del arsénico, columbo, grafito, manganeso, mica, estroncio, talantium y trium que requiere, y el 99% de la bauxita y alúmina, 94% del tungsteno, 84% del estaño, 79% del cobalto, 75% del cromo y 66% del níquel. Como asegura esa institución, cada estadounidense que nace consumirá a lo largo de su vida 1.315.000 kilogramos de minerales, metales y combustibles[76]: 415 kilogramos de

74 María José Rodríguez Rejas, "La centralidad de América Latina en la estrategia de seguridad hemisférica de Estados Unidos", en *Rebelión*, 3 de noviembre de 2010, en <www.rebelion.org/noticia.php?id=115986>.

75 Ver John Saxe-Fernández, "América Latina: reserva estratégica de Estados Unidos" en OSAL (Buenos Aires: CLACSO) Año X, Nº 25, abril de 2009. También "América Latina como reserva minera: dependencia y deuda ecológica de EUA", de Gian Carlo Delgado Ramos, en *Memoria* (México DF) Nº 238, noviembre de 2009, y, del mismo autor, "Recursos naturales, seguridad y los *Lily Pods* del Pentágono: el caso de América Latina" en *Periferias* (Buenos Aires) Año 14, Nº 19, 2010, pp. 145-159.

76 Ver Mineral Information Institute <www.mii.org>.

cobre, 544 de zinc, 14.530 de mineral de hierro, 5,93 millones de pies cúbicos de gas, 272.597 litros de petróleo, 244.335 kilogramos de carbón, y así sucesivamente. Estos datos ilustran con elocuencia el enorme peso que ejerce sobre el planeta Tierra el sostenimiento del patrón de consumo establecido por el capitalismo norteamericano tan sólo en Estados Unidos. Huelga añadir que los países latinoamericanos son grandes productores de la mayoría de estos minerales, metales y combustibles requeridos por el consumidor estadounidense[77].

Pero la riqueza de América Latina no se agota allí. Miremos la biodiversidad, ¿cómo podría ser irrelevante una región que cuenta con algo más del 40% de todas las especies animales y vegetales existentes en el planeta? Según informa un documento del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA)[78], América Latina y el Caribe albergan cinco de los diez países con mayor biodiversidad del planeta: Brasil, Colombia, Ecuador, México y Perú, así como la mayor área de biodiversidad del mundo: la cuenca amazónica, que se extiende a partir de las estribaciones orientales de los Andes y avanza hacia el este y hacia el sur. Esta región contiene la mitad de las selvas tropicales del planeta, un tercio de todos sus mamíferos y algo más de sus especies reptiles, el 41% de sus pájaros y la mitad de sus plantas. Es también la región de más rápida deforestación a nivel mundial. Los Andes, por último, son el hogar del 90% de los glaciares tropicales, fuentes del 10% del agua potable del planeta. La cuarta parte de la riqueza ictícola existente en los ríos interiores de todo el orbe se encuentra en esta parte del mundo. La mitad de las especies vegetales del Caribe, a su vez, son exclusivas de esa región y no se hallan en ninguna otra. Esta exuberante riqueza en materia de biodiversidad constituye un imán poderosísimo para las grandes transnacionales estadounidenses, dispuestas a imprimir –mediante los avances de la ingeniería genética– el sello de su *copyright* a todas las formas de vida animal o vegetal existentes, y a partir de ello, dominar por entero la economía mundial, como lo están haciendo, en buena medida, con las semillas transgénicas del trigo, el

77 Uno de los más completos y exhaustivos trabajos sobre esta materia ha sido producido por Mónica Bruckmann. Ver su "Recursos naturais e a geopolítica da integraçâo sul-americana", en André Rego Viana, Pedro Silva Barros y André Bojikian Calixtre (comps.) *Governança global e integração da América do Sul* (Brasilia: IPEA, 2011) pp. 208-214, en <www.ipea.gov.br/agencia/images/stories/PDFs/livros/livros/livro_governancaglobal.pdf>. Ver también su tesis doctoral, "Ou inventamos ou erramos. A nova conjuntura latino-americana e o pensamento crítico" (Niteroi: Universidad Federal Fluminense, 2011) cap. 5-8, en <www.uff.br/dcp/wp-content/uploads/2011/01/Tese-de-2011-Monica-Bruckmann.pdf>.

78 Ver "State of Biodiversity in Latin America and the Caribbean" (Panamá: PNUMA, 2010).

maíz y la soja. Por algo el tema de los derechos de propiedad intelectual tiene tanta prioridad para Washington, como lo atestiguan las durísimas negociaciones en el seno de la OMC.

Por último, desde el punto de vista territorial, América Latina es una retaguardia militar de crucial importancia. Obviamente, los funcionarios del Departamento de Estado lo niegan rotundamente, pero los expertos del Pentágono saben que esto es así. De ahí el empecinamiento de Washington por saturar nuestra geografía con bases y misiones militares –tema sobre el cual volveremos más adelante– y su obstinación en garantizar la inmunidad del personal involucrado en las mismas. Si somos tan poco importantes, tan irrelevantes como se nos dice, ¿por qué la Casa Blanca se desvive proponiendo políticas de control y desposesión que suscitan el repudio casi universal en la región?

Para concluir: hemos visto los intereses en juego en la relación de Estados Unidos con América Latina y, a partir de allí, la enorme atracción que sobre Washington ejercen los formidables recursos naturales de la región. Esto nos permite entender las razones por las cuales ante las crecientes dificultades para acceder a ellos en otras partes del mundo, Estados Unidos ha redoblado la presión sobre América Latina. Es preciso tener en cuenta que la historia del siglo XX demuestra que cada vez que el imperio cede posiciones en otras áreas del planeta procura hacerse fuerte en lo que sus gobernantes y su clase dominante consideran como su entorno natural y exclusivo. Ocurrió durante los años de la Gran Depresión de la década del treinta; luego, en la Guerra Fría una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial; volvió a suceder cuando a comienzos de los setenta era evidente que la posición norteamericana en el Sudeste Asiático se debilitaba hasta terminar en la catástrofe de Vietnam; y está ocurriendo en estos últimos años, bajo el peso combinado de un escenario geopolítico internacional más complicado y menos amigable, la nueva crisis general del capitalismo estallada en 2008, y los gravísimos problemas ecológicos que hoy enfrenta nuestro planeta y que obligan a poner ciertos límites a las prácticas predatorias de la explotación de la naturaleza y al despilfarro de los recursos naturales. El rostro de este renovado interés por las riquezas de nuestra región no es el de un juvenil empresario políticamente correcto y ecológicamente consciente, sino el de un *marine*, o un Rambo, dispuestos a tomar por asalto aquello que el imperio considera necesario para el sostenimiento de su irracional patrón de consumo. En la medida en que se profundice la dependencia externa de Estados Unidos de ciertos suministros estratégicos y en cuanto estos se encuentren en nuestra región, mayor será la ofensiva que desencadenará el imperio para asegurarse un acceso privilegiado –y excluyente, para más datos– a los mismos.

Es a causa de esto que se ha producido en los últimos años una vigorosa militarización de las relaciones hemisféricas. Si hace

cincuenta años Washington lanzaba, para fracasar poco tiempo después (como pronosticó con gran precisión el Che Guevara en la Conferencia de Punta del Este) la Alianza para el Progreso, los proyectos que hoy maneja Estados Unidos son variantes del Plan Colombia, es decir, un programa supuestamente destinado a combatir al narcotráfico y la guerrilla colombiana, pero cuyo objetivo real es posicionarse en la región con tropas y equipos a la espera del momento oportuno para pasar a la ofensiva[79]. El Plan Puebla-Panamá es una variedad de aquel, y los acuerdos ASPAN implican una formidable cesión de soberanía de México y Canadá a favor de Estados Unidos sin que, dada la naturaleza de tales acuerdos –que se ha premeditadamente evitado que asuman la forma de tratados internacionales–, deban ser discutidos por los respectivos Congresos. Por ejemplo, como cualquier viajero lo comprueba a simple vista, la vigilancia fronteriza tanto en México como en Canadá está en buena parte en manos de los Estados Unidos, y lo mismo puede decirse en relación con el entrenamiento militar y equipamiento de las fuerzas armadas y policiales de esos países. En suma: la diplomacia mantiene su papel, en apariencia importante, pero hoy día la relación pasa fundamentalmente por un filtro militar en función de la prioridad absoluta que en Estados Unidos se les ha asignado, luego del 11-S, a las cuestiones de la mal llamada "seguridad nacional"[80]. Y esto explica que, en el momento actual, el número total del personal civil del Comando Sur –entiéndase: excluyendo a oficiales, suboficiales y soldados–, cuya sede se encuentra en Miami, asciende a 1.600 funcionarios, lo que duplica el número total de servidores públicos destinados a monitorear o intervenir en las relaciones con América Latina de todas las demás agencias y secretarías del gobierno federal, incluyendo los departamentos de Estado, Agricultura y Comercio. Se trata de una situación que no tiene precedentes en la historia de las relaciones interamericanas pero que, sin duda, constituye un signo ominoso de los nuevos

79 Un examen en profundidad del Plan Colombia puede verse en *El Plan Colombia y la intensificación de la guerra*, de Jaime Caycedo Turriago (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002) y en *Plan Colombia. Ensayos críticos*, de Jairo Estrado (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001). Desde fuera de Colombia, ver "Las verdades ocultas detrás del Plan Colombia", de Elsa Bruzzone, en <www.cemida.com.ar/conversion%20pdf/LASVERDADESOCULTASDETRASDELPLANCOLOMBIA.pdf>. La visión oficial del gobierno colombiano sobre el Plan Colombia está disponible en <www.derechos.org/nizkor/colombia/doc/planof.html>. La visión oficial de Washington se encuentra en <www.state.gov/www/regions/wha/colombia/fs_000328_plancolombia.html>.

80 Un minucioso recuento del proceso histórico por el cual la diplomacia fue reemplazada por la funesta elocuencia de las armas se encuentra en el ya citado libro de Telma Luzzani, *Territorios vigilados*.

tiempos[81]. De hecho, si hasta hace poco más de una década la política exterior de Estados Unidos se elaboraba en –y era conducida por– el Departamento de Estado, en la actualidad ambas funciones las ha absorbido el Pentágono, con un obvio resultado: la militarización de las relaciones internacionales. Como declaró un alto oficial de las fuerzas armadas de los Estados Unidos no hace mucho tiempo, apelando a un viejo aforismo inglés: "Si el único instrumento que tienes es un martillo, todos tus problemas lucirán como un clavo"[82].

81 Cabe destacar que la jurisdicción del Comando Sur abarca toda América Latina y el Caribe, con excepción de México, dato harto significativo, país integrado a la jurisdicción del Comando Central de las fuerzas armadas de Estados Unidos.

82 Una precoz detección de este tránsito de la diplomacia al belicismo está magníficamente bien descripta en la obra del ex presidente de República Dominicana Juan Bosch. Ver su *El Pentagonismo, sustituto del imperialismo* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2007). La primera edición del libro vio la luz en 1967.

Capítulo 4
La militarización de la política exterior de los Estados Unidos y su impacto sobre América Latina

En el capítulo anterior hemos tratado de demostrar la excepcional importancia que nuestro continente reviste para los Estados Unidos. Examinemos ahora el reverso de la medalla: la desorbitada militarización de la política exterior de Estados Unidos, tanto más acentuada cuanto más imprescindibles son los bienes comunes que alberga nuestra región.

Aclaremos primeramente que este proceso –que entraña un severo cercenamiento de las libertades públicas– no sólo se verifica en el ámbito interamericano sino que también tiene su contrapartida en el interior mismo de Estados Unidos. Son muchas las denuncias que se han levantado en contra del progresivo recorte de los derechos civiles y las libertades individuales en ese país a consecuencia de aquel proceso, tema que ya ha suscitado numerosas protestas por parte de distintas organizaciones defensoras de las libertades y los derechos humanos. Es que la militarización de las relaciones internacionales de la superpotencia difícilmente podría reposar en un ambiente signado por la expansión de los derechos ciudadanos y el proceso democrático. Inevitablemente, una política guerrerista hacia afuera tiene como corolario el deterioro de la libertad, el derecho y la democracia puertas adentro, como ya lo observó, hace más de un siglo y medio, Alexis de Tocqueville en su influyente libro *La democracia en América* (1957)[83].

Si bien el proceso de militarización tiene su origen en los años iniciales de la Guerra Fría (1948-1991), su aceleración ya había despertado la profunda preocupación del presidente Dwight Eisenhower, quien, en su célebre discurso de despedida –el 17 de enero de 1961 y a punto de

83 Respecto de los derechos humanos hemos estudiado detalladamente el tema en *El lado oscuro del imperio*, op. cit. Para ver un caso sobre la sistemática y "legal" violación de los derechos individuales, ir al sitio web de la American Civil Liberties Union <www.aclu.org/national-security/nsa-unchained-infographic>.

entregarle las insignias presidenciales a John F. Kennedy– formuló un vibrante alegato dirigido a la sociedad norteamericana denunciando la existencia de un "complejo militar-industrial" cuyos influjos ya se hacían sentir, según Eisenhower, en todas las ramas y en todos los niveles de la administración pública, desde los municipios hasta los estados y el propio gobierno federal. En uno de los pasajes más ominosos de su discurso sostenía que el exponencial crecimiento de la influencia del complejo militar-industrial conduciría a la usurpación del poder por parte de ese sector, poniendo en serio riesgo las libertades individuales y los procesos democráticos de la sociedad norteamericana. Pocos años más tarde, sería nada menos que un ministro de la Corte Suprema de Estados Unidos, William O. Douglas, quien en un texto breve pero luminoso denunciaría con más fuerza aún esta verdadera excrecencia de la vida estadounidense, y se preguntaba dónde estaría la fuerza capaz de controlar al Pentágono y qué presidente tendría el coraje para oponérsele. Douglas no sólo tenía en cuenta la enorme gravitación económica y financiera del complejo militar-industrial, sino también su capacidad de moldear a la opinión pública norteamericana. Su pesimista conclusión era que "el pueblo [de Estados Unidos] sería incesantemente empujado en la dirección deseada por el Pentágono"[84]. Ahora bien, lo que Eisenhower y Douglas presentaban con preocupación distaba de ser un fenómeno enteramente nuevo: ya en su campaña presidencial de 1912 Woodrow Wilson reconocía aprobatoriamente que "los dueños del gobierno de los Estados Unidos son sus capitalistas y manufactureros combinados". Medio siglo más tarde la cosa había empeorado, como lo comprobaron Eisenhower y Douglas, y un siglo después, en nuestros días, escapado totalmente de control[85].

Como era de esperar, la denuncia formulada por Eisenhower fue insuficiente para detener ese proceso, que adquirió renovados bríos hacia finales de la década del sesenta y comienzos del setenta con la Guerra de Vietnam y el involucramiento de Estados Unidos en una serie de conflictos en el Sudeste Asiático, especialmente en países como Laos y Camboya. Con la presidencia de Ronald Reagan (1981-1989) y su programa de la "Guerra de las Galaxias" se desata una fenomenal escalada del gasto militar –pergeñada para satisfacer las necesidades del complejo y para poner a la Unión Soviética de rodillas, incapaz de seguir ese ritmo de la carrera armamentista– y la militarización de la política exterior alcanzó nuevos impulsos. Con la primera Guerra del

84 William O. Douglas, *Points of rebellion* (Nueva York: Random House, 1969) pág. 18.

85 El discurso completo de Eisenhower puede leerse en <www.asesoresdecomunicacionpublica.com/images/stories/despeisenhower.pdf>. La afirmación de Wilson se encuentra en su libro *The New freedom* (Nueva York: Doubleday Page, 1913) pág. 57.

Golfo, precipitada por la inesperada invasión a Kuwait perpetrada por un antiguo y leal lacayo de Washington ahora en rebeldía, Saddam Hussein, se produciría una nueva escalada, hasta llegar, a partir de los acontecimientos del 11-S, a niveles sin precedentes en la historia no solamente de Estados Unidos, sino también mundial. En la actualidad, el presupuesto militar total de Estados Unidos supera ampliamente el billón de dólares, es decir, un millón de millones de dólares, una vez que a los gastos ordinarios de equipamiento, sueldos y armamentos se le suman los que se originan en las bases en el exterior, contratación de mercenarios, proyectos de investigación y desarrollo, apoyo a nuevos emprendimientos tecnológicos en el sector privado, amén de gastos anexos como los derivados del cuidado de los heridos y mutilados a cargo de la Administración de Veteranos de Guerra y "gastos de reconstrucción" vía contratos con Halliburton y otras megacorporaciones para reconstruir lo que las armas estadounidenses destruyeron en países como Irak, por ejemplo[86].

Proyección global del poderío militar estadounidense

Como lo certifica la bibliografía sobre el tema, y sobre todo en el Documento Santa Fe IV y en los trabajos de Rina Bertaccini, Stella Calloni, Ana Esther Ceceña y Telma Luzzani, la preocupación por controlar militarmente América Latina es un rasgo decisivo de la política del imperio hacia esta parte del mundo. Tal cosa no sólo es evidente ante el desorbitado despliegue de bases militares y diversos programas de "ayuda" militar que Estados Unidos mantiene con casi todos los países del área sino también por el desplazamiento del Departamento de Estado en el diseño e implementación de la política exterior de Estados Unidos a favor del Pentágono. Por supuesto, esto no es algo que haya ocurrido de la noche a la mañana: se trata de un proceso y no de un acontecimiento que irrumpe de súbito. En todo caso, si hubiera que fijar un momento emblemático en donde esta tendencia adquiere un

86 El sitio web del Department of Veteran Affairs informa que el presupuesto aprobado para 2013 y que corre por cuerda separada al Departamento de Defensa es de 140.300 millones de dólares, ver <www.va.gov/budget/products.asp> y <www.va.gov/budget/products.asp>. Un Informe del Inspector General para la Reconstrucción de Irak elevado al Congreso de Estados Unidos, de fecha 30 de octubre de 2011, afirma que la cuenta por la reconstrucción de Irak ("tercerizada" a favor de numerosas empresas norteamericanas, como la mencionada Halliburton) llegaba en septiembre de 2011 a la friolera de 182.270 millones de dólares. Ninguno de estos dos ítems son considerados en el presupuesto ordinario del Departamento de Defensa, los que por lo tanto aparece en las comunicaciones oficiales de la Casa Blanca fuertemente subestimado. Ver <www.sigir.mil/files/quarterlyreports/October2011/Section2_-_October_2011.pdf>.

ritmo vertiginoso, el 11 de septiembre de 2001 sería sin duda alguna la fecha más indicada. Luego de esto, el estallido de la Guerra de Irak vendría a acentuar aún más esta orientación así como la significativa marginación de Colin Powell, quien, en su carácter de secretario de Estado, aconsejó a la Casa Blanca no entrar en guerra con Irak y ocupar su territorio, dado que luego de ello Estados Unidos no podría retirarse del teatro de operaciones. Su tesis fue vapuleada por la intervención del vicepresidente de Estados Unidos, Dick Cheney; por el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld; y por la presidenta del Consejo Nacional de Seguridad, Condoleezza Rice, ninguno de los cuales, al decir de Powell, tenía el más mínimo conocimiento de las cuestiones militares y eran incapaces de diferenciar un simple revólver de una pistola. Pese a ello, sus opiniones prevalecieron sobre las del secretario de Estado.

Tal como se señaló más arriba, esta marginación del Departamento de Estado ha sido acompañada por un fenomenal aumento del presupuesto militar, para lo cual se apeló a pretextos tan remanidos como la necesidad de librar una batalla frontal en la "guerra contra el terrorismo", o la "guerra contra el narcotráfico", todo lo cual, además, desde el 11-S dio pie para la elaboración de una nueva doctrina militar y estratégica: la "guerra infinita"[87]. Una rápida ojeada a la progresión del gasto militar norteamericano revela los descomunales alcances del proceso. En 1992, el presupuesto militar de la superpotencia equivalía al de los 12 países que le seguían en la carrera armamentista; cuando en 2003 se decidió la invasión y posterior ocupación de Irak, el gasto norteamericano ya era equivalente al de los 21 países que le seguían en ese rubro. Las complicaciones de esa guerra sumadas a la intensificación de las operaciones en Afganistán hicieron que, para 2008, el gasto militar de los Estados Unidos sólo pudiera ser igualado si se sumaban los presupuestos militares de 191 países. Para el año 2010, ya fue superior a la totalidad del gasto militar de todos los países del planeta superando, como ya se mencionó, la barrera psicológica –¡y no sólo esa!– del billón de dólares (un millón de millones de dólares), pese a que en sus comunicados oficiales la Casa Blanca hablaba de una cifra poco superior a los 750 mil millones de dólares[88]. Un dato adicional, en línea con lo que venimos formulando: la proyección global del poderío militar de cualquier país se mide por la calidad y cantidad de sus fuerzas navales. Según informó el secretario de Defensa de Estados Unidos, la marina de guerra de ese país (la US Navy, no confundir con los *marines*) es de lejos la mayor del mundo: su flota de guerra despliega un tonelaje de naves de combate superior al que reúnen los 13 países que le siguen en orden de importancia[89]. Todo este enorme crecimiento del poderío militar estadounidense –que se verifica con mayor o menor intensidad en todas las ramas de sus fuerzas armadas– sólo adquiere sentido en el marco de un proyecto de dominación mundial que, como lo recuerda reiteradamente Noam Chomsky, empequeñece hasta los mismos delirios de grandeza de Adolf Hitler. Es debido a ese despótico proyecto, dulcificado a menudo bajo la consigna del Destino Manifiesto o solapado tras la autoasignada misión de llevar la libertad, el bienestar y la justicia a las demás naciones, que el gasto militar no ha cesado de crecer desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días.

Permítasenos detenernos brevemente en el tema de la renovada opción a favor del poderío naval. Esto de ninguna manera debería ser sorprendente si se recuerda la decisiva contribución que a finales del siglo XIX hizo a la estrategia militar norteamericana un alto oficial de la armada de ese país –y riguroso historiador también–: nos referimos a Alfred T. Mahan, que, tal como lo señalara el historiador Horacio López, fue quien tradujo en el plano de la geopolítica las implicaciones

87 Sobre la "guerra infinita" ver nuestro artículo "De la guerra infinita a la crisis infinita" en *Crisis civilizatoria y agonía del capitalismo. Diálogos con Fidel Castro*, op. cit., primera parte; *Terror e imperio*, de John Saxe-Fernández (México DF: Arena, 2006); *La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial*, de Ana Esther Ceceña y Emir Sader (comps.) (Buenos Aires: CLACSO, 2002); "Where's the security in Bush's National Security Strategy", de Noam Chomsky, en <www.chomsky.info/talks/20031021.htm>; y *America's "war on terrorism"*, de Michel Chossudovsky (Montreal: CRG, 2005). Las declaraciones de George W. Bush en las cuales expone algunos aspectos de esta doctrina (y asegura que "buscaremos a los terroristas en cada oscuro rincón de la Tierra") pueden leerse en <http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2003/05/20030521-2.es.html>. Por último, su discurso en la Academia Militar de West Point se encuentra en <www.nytimes.com/2002/06/01/international/02PTEX-WEB.html?pagewanted=all>.

88 Es que la cifra provoca escándalo en algunos sectores de la sociedad norteamericana, razón por la cual la Casa Blanca excluye del presupuesto militar los multimillonarios gastos del Department of Veterans Affairs (DVA) que también es gasto militar, ya que se encarga de atender y sanar a los heridos y mutilados en las múltiples guerras del imperio. Los 140.300 millones de dólares de este DVA supera al segundo presupuesto militar del mundo, el de China, que en el año 2010 ascendía a 119 mil millones de dólares; y no demasiado inferior al presupuesto combinado de los países ubicados en el tercer, cuarto y quinto lugar del fatídico ranking del gasto militar: Reino Unido, Francia y Rusia que en su total ascendían a unos 180 mil millones de dólares. Los datos sobre los presupuestos del años 2011 fueron tomados del Anuario del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) que pese a su fama subestima el gasto militar estadounidense al no incluir en el total, por ejemplo, las cifras de del DVA, gastos de mercenarios y de espionaje. Ver "SIPRI Yearbook 2011. The 15 countries with the highest military expenditure in 2010" en <www.sipri.org/research/armaments/milex/resultoutput/milex_15>.

89 El dato referido a la Flota de Guerra de Estados Unidos lo aporta el ex secretario de Defensa Robert Gates en "A Balanced strategy: reprogramming the Pentagon for a New age", en *Council On Foreign Relations*, Retrieved 8, diciembre de 2008.

prácticas que se desprendían de la Doctrina Monroe. Mahan fue un muy serio estudioso del imperio británico y tomó buena nota de las enseñanzas que brotaban del indiscutible predominio que, durante el siglo XIX, disfrutó el Reino Unido en la política y la economía mundiales. De su estudio concluyó que la primacía de la Inglaterra victoriana en el sistema internacional se asentaba sobre su, por ese entonces, incontestable superioridad marítima. Esta se manifestaba tanto por el creciente número de navíos y el tonelaje de su marina mercante, condición esencial del tráfico comercial, como por la potencia de su armada, capaz de proteger las rutas marítimas y las naves que recorrían el mundo entero llevando y trayendo mercancías. Por otra parte, ambas flotas requerían bases marítimas capaces de garantizar los suministros necesarios de los navíos, el combustible y los talleres que pudieran reparar sus averías, y, por supuesto, una amplia red de naciones con las cuales organizar el tráfico comercial convergente en el nuevo centro imperial. La Guerra Hispano-Americana de 1898 que culminó, en el Caribe, con la práctica anexión –si bien bajo dos modalidades diferentes– de Cuba y Puerto Rico a los Estados Unidos movió a Mahan a concebir el Mar Caribe en términos geopolíticos como el *Mare Nostrum* de Estados Unidos, como veremos en el mapa que se exhibe más adelante. Contrariando las visiones geopolíticas dominantes en su época, que privilegiaban el control de las grandes masas terrestres y sobre todo de Eurasia, Mahan sostenía que la extensión y consolidación del poder continental de su país pasaba por el control global de los océanos y las líneas de comunicaciones marítimas, lo que exigía la conformación de una poderosa flota militar y mercantil de proyección mundial.

A partir de estas premisas, Mahan dedujo la necesidad de construir un canal en el istmo centroamericano para facilitar el tráfico comercial y garantizar, en caso de conflictos, el traslado de la flota de guerra estadounidense de una costa a la otra, dado que la travesía por el Estrecho de Magallanes insumía, en esa época, más de sesenta días de navegación. Una vez que se construyera el canal –cuya inauguración tuvo lugar en agosto de 1914, previa secesión de la norteña provincia colombiana de Panamá convertida, desde noviembre de 1903, en Estado "independiente" debido a las presiones de Estados Unidos y su presidente Theodore Roosevelt–, el problema que se suscitaría sería evitar que esa crucial ruta bioceánica cayera en manos enemigas. López cita al sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel, quien afirma que "como una manera de asegurar la defensa del futuro canal, Mahan recomendó que antes de construirlo Estados Unidos debía adquirir Hawai y controlar militarmente las cuatro rutas marítimas caribeñas al noreste del canal: el Paso de Yucatán (entre Cuba y México); el Paso de los Vientos (la principal ruta norteamericana de acceso al canal entre Cuba y Haití); el Paso de la Mona (entre Puerto Rico y la República Dominicana) y el Paso de Anegada (cerca de St. Thomas, en las aguas orientales de Puerto Rico). Mahan recomendó a las elites norteamericanas la construcción de bases navales en estas zonas como paso previo a la construcción de un canal y como paso indispensable para transformar a los Estados Unidos en una superpotencia"[90].

Si se examina el itinerario de la política exterior de Estados Unidos se podrá comprobar que las recomendaciones de Mahan no cayeron en saco roto: Washington se apoderó de Cuba y Puerto Rico, y sometió a su tutela a las pequeñas naciones del Caribe y Centroamérica; hizo lo propio con el archipiélago de Hawai en 1898 y al poco tiempo se adueñó de las Filipinas, las Islas Marianas y otras posesiones en el Pacífico Occidental. Todo este esfuerzo se vio coronado con la cuidadosamente planeada secesión de Panamá, en 1903, y la inmediata firma de un tratado que permitiría la construcción del canal. En esa oportunidad, las autoridades "independientes" de Panamá concedieron a Estados Unidos los derechos a perpetuidad del canal y una amplia zona de ocho kilómetros a cada lado del mismo a cambio de la irrisoria suma de 10 millones de dólares y una renta anual de 250 mil dólares. Esta situación sería modificada gracias al Tratado Carter-Torrijos, firmado en 1977, que devolvería el canal a la soberanía panameña el 31 de diciembre de 1999.

La formidable expansión de las bases y misiones militares de los Estados Unidos por todo el mundo es otra de las facetas de este proceso de tenebrosa militarización de las relaciones internacionales impulsado por Estados Unidos. Un recuento de hace un par de años arrojaba un número de 872 bases diseminadas por 128 países, pero el periodista especializado en temas militares Nick Turse escribía hace poco en el diario digital *TomDispatch* que el número real, contando también aquellas bases o destacamentos no siempre declarados por el Pentágono, ascendía a comienzos de 2011 a más de mil, probablemente a 1.180[91].

En meses recientes, la Casa Blanca aumentó su presencia en nuestra región: por lo menos cuatro nuevas bases fueron concedidas motu proprio por el gobierno de Ricardo Martinelli en Panamá, dos en

90 Mahan publicó en 1890 una obra de gran trascendencia, *The influence of sea power upon history, 1660-1783*, en la cual exponía sus concepciones geopolíticas basadas en la primacía del poder naval (*sea power theory*). Fue, sin duda, el más importante estratega norteamericano del siglo XIX y cuya influencia, doctrinaria a la vez que práctica, recorre todo el siglo XX y llega hasta nuestros días. Ver, asimismo, *Secesionismo, anexionismo, independentismo en Nuestra América: herramientas de la dominación*, de Horacio López (Caracas: El Perro y la Rana, 2008) pág. 21.

91 "America's shadowy base world", de Nick Turse, en <www.tomdispatch.com/blog/175204/tomgram:_nick_turse,_america%27s_shadowy_base_world/>.

el litoral caribeño y otras dos en el Pacífico[92]; y una o dos bases aeronavales que el gobierno de Alan García habría puesto a disposición de las tropas norteamericanas en el Perú con el objeto de compensar la pérdida producida por el cierre de la base de Manta en Ecuador. Es preciso aclarar, de todos modos, que la Corte Constitucional de Colombia sentenció que el Acuerdo Obama-Uribe –por el cual se concedía a Estados Unidos el uso de por lo menos siete bases militares y el país anfitrión renunciaba a cualquier tipo de control sobre armamentos, equipos o personal ingresados al territorio colombiano– es inconstitucional; en realidad, el dictamen fue más allá, pues la sentencia establece que el tratado de marras es "inexistente" dado que no cumplió con los requisitos fundamentales que lo constituyan como tal. Esta sentencia podría, en principio, obstaculizar la implementación de los planes bélicos del Pentágono en esa región. Pero decimos "en principio" porque el débil espesor de la legalidad colombiana no permite asegurar que la sentencia del máximo tribunal vaya a ser efectivamente aplicada. Numerosos informes procedentes de Colombia señalan que la actividad de las fuerzas armadas de los Estados Unidos prosigue haciendo caso omiso de lo que establece la sentencia del alto tribunal. Otro tanto ocurre con la legislación aprobada por la Asamblea Nacional de Costa Rica que autoriza el ingreso de un elevado número de *marines* a ese país (entre 6 y 14 mil) y de 46 naves de guerra del más diverso tipo. A fines de noviembre de 2010 tal legislación fue recurrida y existen indicios de que el Tribunal Constitucional de ese país podría llegar a declarar la inconstitucionalidad de esa pieza legislativa. Claro está que, al igual que en el caso de Colombia, esto no significa que no puedan apelarse a argucias especiales en virtud de las cuales se pueda burlar la sentencia de los jueces. Para no abundar en mayores detalles, una simple mirada al mapa regional bastaría para comprobar que América Latina y el Caribe se encuentran rodeados de bases militares, la gran mayoría de las cuales fueron instaladas –o acordado su uso– en los últimos años. Como puede comprobarse en los mapas que incluimos en el Apéndice, elaborados por Telma Luzzani, la cuenca del Gran Caribe se ha convertido en un "mar interior" de Estados Unidos, vigilado milimétricamente por sus fuerzas armadas. No es un detalle anecdótico recordar que a través de ese mar el imperio puede acceder, a salvo de cualquier contingencia o interferencia, al país que al día de hoy cuenta con las mayores reservas probadas de petróleo del mundo: Venezuela.

92 En relación con el caso especialmente preocupante de Panamá, de lejos la principal ruta de comunicación biocéanica a nivel mundial, ver "La remilitarización de Panamá", de Marco Gandásegui (h), en Alainet, 19 de enero de 2011, en <http://alainet.org/active/43678>.

Igualmente rodeada se encuentra la Amazonía, donde un cinturón de acero la recorre por los cuatro puntos cardinales: al Norte, por las bases instaladas en Colombia y las Antillas Holandesas (Aruba y Curaçao); al Sur, por las dos localizadas en Paraguay; al Oeste, por las que se establecieron en el Perú; y al Este por las radicadas en Guyana, Surinam y la Guayana Francesa. A esto debe agregársele el control satelital que el imperio ejerce sobre todo el hemisferio y la proyección del poderío norteamericano que puede desplegarse desde la Isla Ascensión hacia el litoral brasileño, a la altura de Recife, trayecto que un buque de guerra puede cubrir en poco más de dos días y un avión militar en unas tres horas. Además, la base de la Isla Ascención no sólo puede respaldar logísticamente a la máquina militar norteamericana para sus operaciones en Sudamérica sino que también puede servir como plataforma de intervención desde nuestro continente, para operaciones en el África Occidental, sede de los principales campos petroleros africanos: Nigeria, Angola y Guinea Ecuatorial, y para proyectar la fuerza de los Estados Unidos y los países de la OTAN para controlar las aguas del Atlántico Sur. Remitimos al lector al Apéndice de este libro para visualizar los mapas y el listado completo de las bases instaladas.

Pero lo anterior no es todo: a un cuadro tan amenazante y ominoso como el que se desprende de la existencia de tantas bases habría que agregar la reactivación de la IV Flota, que no se había movilizado ni siquiera durante la Crisis de los Misiles, de octubre de 1962, cuando el mundo estuvo al borde de una guerra termonuclear desencadenada por la reacción de Washington ante la instalación de cohetería soviética en Cuba. Mantenida en sus apostaderos aun en tan crítica ocasión, la flota se reactivó a mediados de 2008 en sugestiva coincidencia con el anuncio formulado por el presidente Lula relativo al descubrimiento de un enorme manto petrolífero submarino en el litoral paulista. No es un dato menor el hecho de que la movilización de la IV Flota se produjo sin que mediara una comunicación oficial de Washington a los jefes de Estado de América Latina y el Caribe. Quienes recibieron la noticia fueron los jefes de los estados mayores de las fuerzas armadas de nuestros países, quienes luego a su vez informaron sobre el asunto a los presidentes y los Congresos de la región. Esto habla con suma elocuencia del tipo de relacionamiento que Estados Unidos procura tener en el área: múltiples andariveles de comunicación para evitar que la renuencia de un presidente díscolo con los dictados del imperio o la intromisión de parlamentarios desafectos con las políticas de Washington pueda afectar la estabilidad y la solidez de los vínculos con los militares de la región. Se cumple una vez más con lo que parecería ser una "ley de hierro de los imperios": su agresividad y belicosidad se acrecienta en su fase de decadencia y descomposición. Allí están, para probarlo, las escaladas belicistas de Roma, el imperio otomano, los imperios de

España, Portugal, Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Holanda, y, ahora, el norteamericano.

Para resumir: descontrolada expansión del gasto militar, de las bases militares, del personal dedicado a monitorear y controlar a la región en el marco del Comando Sur, la movilización de la IV Flota: ¿hace falta alguna evidencia más para concluir que el imperio se ha lanzado con todas sus fuerzas a recuperar el terreno perdido y a "corregir" el curso de los acontecimientos regionales en la primera década del siglo XXI para adecuarlo a sus intereses? Y no cabe duda alguna de cuáles son los objetivos estratégicos de tamaña reacción. En lo inmediato, desalojar a Chávez del poder, apostando a tres vías: su enfermedad, su altamente improbable por no decir imposible (al menos hasta ahora, septiembre de 2012) derrota electoral y, en tercer lugar, la construcción de un escenario "modelo Libia", en donde una región (¿Zulia?) rechace el desfavorable veredicto de las urnas, se declare en rebeldía y, repitiendo lo ocurrido en Bengasi, reclame la solidaridad militante de los "países democráticos" de la región para derrocar a Chávez. Desaparecido el bolivariano de la escena, se aceleraría el estrangulamiento económico-financiero y el aislamiento político de Cuba, Bolivia y Ecuador, y se disciplinaría a los pequeños países de Centroamérica y el Caribe que sucumbieron ante lo que sus detractores denominan el engañoso señuelo de Petrocaribe y la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA)[93]. Pero el objetivo estratégico supremo, más allá de lo inmediato y circunstancial, es posicionar a los Estados Unidos en una situación tal que le permita controlar el acceso a las enormes riquezas concentradas en el corazón de Sudamérica, ignorando la jurisdicción que sobre ese vasto territorio tienen los países del área, comenzando por Brasil.

La insaciable sed de recursos naturales que ofusca y enardece al imperio está inevitablemente llamada a desencadenar la frenética expansión de su presencia militar al sur del Río Bravo, coto privilegiado de su pillaje. Derrotado su gran proyecto estratégico, el ALCA, en la Cumbre de Presidentes de las Américas de Mar del Plata (noviembre de 2005), bajo el liderazgo de Hugo Chávez y el acompañamiento de Luiz Inácio Lula da Silva y Néstor Kirchner, la Casa Blanca sólo retrocedió para cobrar nuevos bríos y lanzarse de lleno a la reconquista de su influencia perdida. Los cambios que se habían sucedido desde finales

93 Al 27 de febrero de 2012 los países integrantes del ALBA eran Venezuela, Cuba, Bolivia, Ecuador, Nicaragua, San Vicente y Las Granadinas, Dominica y Antigua y Barbuda. Se debe recordar que Honduras era miembro del ALBA, pero el 15 de diciembre de 2009 Roberto Micheletti, el presidente surgido del golpe hondureño-norteamericano de ese año, decretó la desafiliación de ese país de la Alianza.

del siglo pasado: la rebelión zapatista el 1 de enero de 1994, la elección de Hugo Chávez el 6 de diciembre de 1998, el auge del Foro Social Mundial en el primer quinquenio del presente siglo y la fuerza que adquirieron las movilizaciones antineoliberales en toda la región, las elecciones de Lula en 2002 y Kirchner en 2003 en Brasil y Argentina respectivamente y, más tarde, los triunfos de Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y, en menor medida, del sandinismo en Nicaragua convencieron a la burguesía imperial que el reordenamiento de la díscola y vasta región que se extiende hacia el sur difícilmente podría lograrse apelando a los mecanismos tradicionales o alguna variante de la política del "buen vecino". Pese a que el creciente papel de los (muy concentrados) medios de comunicación y el financiamiento privado de la actividad política favorecen de manera sistemática los intereses y las preferencias de la derecha y sus amos imperiales, los procesos de descomposición del orden neocolonial han recorrido un largo trecho: la resistencia de Cuba ante el bloqueo y una aberrante campaña de agresiones y sabotajes la hicieron aparecer ante los ojos de millones de latinoamericanos como un faro cuya luz se volvía más resplandeciente con el transcurso del tiempo. Y la llegada de nuevos liderazgos radicales, como el de los ya mencionados Chávez, Morales y Correa, y de otros que sin serlo facilitaban sus iniciativas –como Lula, Kirchner y Vázquez en Uruguay y, en circunstancias muy especiales, Bachelet en Chile– exigían correctivos que obligaban a arrojar por la borda los escasos escrúpulos democráticos de la derecha latinoamericana y estadounidense. De ahí la súbita reaparición de las tentativas golpistas en Venezuela en 2002, Haití en 2004, Bolivia en 2008, Honduras en 2009, Ecuador en 2010 y Paraguay en 2012, no por casualidad casi todos ellos (con la excepción de Haití y Paraguay) países integrantes del ALBA. Si bien tres de estas seis tentativas fueron desbaratadas, en Haití, Honduras y Paraguay el desenlace favoreció los planes del imperialismo. En este último país, el presidente José Manuel "Mel" Zelaya fue derrocado, el régimen golpista fue amparado por la abierta complicidad de Washington y el gobierno fraudulento de Porfirio Lobo fue inmediatamente reconocido por la Casa Blanca y su peón sudamericano, Álvaro Uribe[94]. Con ligeras variantes,

94 BBC Mundo informó el 12 de marzo de 2012 que con el asesinato a machetazos de Fausto Hernández, de la Radio Alegre, se elevó a 18 el número de periodistas asesinados en ese país desde la asunción de Porfirio Lobo a la presidencia de Honduras. Todos ellos han quedado impunes, y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, organismo dependiente de la OEA, demuestra estar mucho más preocupada por el supuesto acoso a la prensa en países como Ecuador, Bolivia, Venezuela y Argentina que por la serie interminable de asesinatos perpetrados por el gobierno "pronorteamericano" de Lobo. Ver la noticia en <www.bbc.co.uk/mundo/ultimas_noticias/2012/03/120312_ultnot_periodista_asesinado_honduras_bd.shtml>.

el mismo libreto se aplicó en el Paraguay, donde el papel de la Embajada de Estados Unidos, Monsanto y la minera Río Tinto fueron de importancia decisiva para montar el golpe de estado fraguado en contra de Fernando Lugo. Ambos derrocamientos, ilegales e ilegítimos hasta la médula, fueron sin embargo considerados como "recambios constitucionales" por Washington. Es de estricta justicia señalar que dos de las tres tentativas frustradas (Bolivia y Ecuador) lo fueron gracias a la rápida intervención de los países de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), cuya eficacia en la resolución de conflictos y para hacer frente a estos ataques al orden democrático probó ser infinitamente mayor que la demostrada por la languideciente OEA.

Un aspecto poco examinado de la militarización de las relaciones hemisféricas, y que convendría monitorear más cuidadosamente, es el siguiente. Si bien es cierto que la Escuela de las Américas (School of the Americas, SOA), el nido en el cual se criaron los militares terroristas que asolaron la región, ya no posee la importancia de antaño, lo cierto es que persisten todavía numerosas ligazones que vinculan estrechamente al Pentágono con las fuerzas armadas de América Latina y el Caribe. Fundada en 1946 y establecida en Panamá en ese mismo año, en 1984 debió reiniciar sus actividades en territorio continental norteamericano, en Fort Benning, Georgia. La relocalización de la Escuela de las Américas fuera del suelo latinoamericano había sido uno de los puntos contemplados en las negociaciones del Tratado Carter-Torrijos en 1977[95]. Atenta a los cambios de los vientos políticos que soplaban en la región en 2001, esta siniestra institución cambió de nombre y pasó a denominarse Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación de Seguridad *Western Hemisphere Institute for Security Cooperation* (WHISC, por sus sigles en inglés). El cambio es mero maquillaje, porque la institución continúa en el mismo sitio, con el mismo edificio, los mismos instructores y enseñando las mismas técnicas de tortura y represión. Lo más grave es que, salvo pocas excepciones, prácticamente la totalidad de los países del área, Colombia, Chile, Perú, Nicaragua, República Dominicana, Ecuador, Panamá, Honduras, El Salvador, Guatemala, Costa Rica, Paraguay, México, Jamaica, Belice, Brasil, Canadá, Barbados, Granada y St. Kitts, continuaban enviando, en 2009, a sus oficiales de las fuerzas armadas

95 La Escuela de las Américas instruyó, hasta su transformación, a unos 64 mil integrantes de las fuerzas armadas latinoamericanas. Entre ellos sobresalen algunos de los más siniestros tiranos y asesinos de la región: Leopoldo F. Galtieri y Roberto Viola (Argentina), Manuel Contreras (Chile), Vladimiro Montesinos (Perú), Manuel Noriega (Panamá), Hugo Banzer (Bolivia) y Roberto d'Aubuisson, jefe del "escuadrón de la muerte" que tuvo a su cargo la matanza de los jesuitas en El Salvador y de monseñor Oscar Arnulfo Romero.

a la Escuela de las Américas, mientras que Argentina, Venezuela, Bolivia y Uruguay dejaron de hacerlo. En otras palabras, el siniestro Plan Cóndor mediante el cual se coordinaron las fuerzas represivas del Cono Sur para "aniquilar la subversión" no ha desaparecido, sino que continúa, sólo que en estado latente. Para decirlo con la terminología de la "guerra contra el terrorismo", la Escuela de las Américas es una "célula dormida", capaz de despertarse en cualquier momento.

Para resumir: pese a los cambios sociopolíticos existentes en la región todavía subsisten múltiples vínculos entre las fuerzas armadas latinoamericanas con las agencias militares del imperio. Por eso le asiste plenamente la razón a la especialista argentina Elsa Bruzzone cuando asegura que "debemos deshacernos de la OEA, del TIAR, de la Junta Interamericana de Defensa, en resumen, de todo el sistema interamericano de defensa elaborado por Estados Unidos desde el año 1948"[96]. Que así sea.

Militarización internacional, criminalización nacional y resistencias populares

Como ya señalamos, el proceso de militarización de las relaciones interamericanas está lejos de ser un resultado accidental del nuevo escenario internacional, sino que es consecuencia de las apremiantes necesidades del imperio para asegurarse el control excluyente de los recursos naturales necesarios para mantener su irracional y despilfarrador patrón de consumo. Por supuesto, esto tiene su contrapartida doméstica en la fuerte tendencia hacia la criminalización de la protesta social en numerosos países del área, en una dinámica que no es independiente, sino estrechamente relacionada con la que prevalece en el plano internacional. Tal como lo han observado numerosos estudiosos del tema, la criminalización de la protesta social es inherente al modelo de desarrollo extractivista, a la acumulación por desposesión (David Harvey) y al saqueo de los pueblos originarios y las masas campesinas latinoamericanas[97]. Según estos autores, no existe extractivismo sin represión, como no existen relaciones interamericanas sin militarización. La nueva legislación antiterrorista aprobada recientemente en numerosos países de América Latina y el

96 Ver "Sistema 'interamericano' o soberanía regional", entrevista a Elsa Bruzzone de Natalia Brite, en <www.prensamercosur.com.ar/apm/nota_completa.php?idnota=4610>.

97 Remitimos a los lectores al trabajo de José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati "Las disputas sociopolíticas por los bienes comunes de la naturaleza: características, significación y desafíos en la construcción de Nuestra América", en el Apéndice de este libro.

Caribe, entre ellos Honduras, Chile, Paraguay y la Argentina, es una prueba del carácter sistemático de esta política represiva que, no se debe olvidar, no es para nada novedosa, sino que refleja una tendencia estructural del modo de producción capitalista. Por tanto sería un error pensar que la criminalización de la protesta social es un fenómeno reciente, pues es tan viejo como el propio capitalismo: fue por eso que desde su mismísima aparición toda forma de protesta social fue reprimida y puesta al margen de la ley. Basta con recordar la ferocidad con que ya en los albores del capitalismo inglés se sometía a los revoltosos (algo que Tomás Moro se encargó de subrayar en su luminoso ensayo *Utopía*) o que recién a inicios del siglo XX los sindicatos obreros y los partidos de izquierda comenzaron a ser admitidos como expresiones legales de la vida social, y eso no sin importantes regresiones y excepciones. Hasta finales del siglo XIX casi todas las noticias referidas a aquellas organizaciones eran publicadas en la sección policial de los periódicos de la burguesía. Por lo tanto, el capitalismo siempre criminalizó la protesta social.

Dadas estas condiciones, no sorprende el respaldo y abierto auspicio que Washington les está otorgando a las diversas "ofensivas destituyentes" en curso en la región. El caso de Honduras es sin duda el más citado y, tal vez, el más descarado. Allí fue el propio embajador de Estados Unidos en Tegucigalpa quien advirtió, en un cable ahora revelado por las filtraciones de WikiLeaks, que "las Fuerzas Armadas, el Poder Judicial y el Congreso Nacional conspiraron contra el ex presidente Manuel Zelaya", y que lo que allí ocurrió fue un golpe de estado y no, como aseguró la secretaria de Estado Hillary Clinton, un prolijo y legal recambio presidencial precipitado por las supuestas transgresiones cometidas por el presidente Zelaya. Esto no es nada novedoso, sino, por el contrario, la ratificación de una tendencia permanente de la política exterior de Estados Unidos hacia nuestra región y que se manifiesta también en la brutal ofensiva lanzada contra los gobiernos de izquierda como el de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa y, en menor medida, a quienes son considerados como sus "cómplices": tal es el caso de Cristina Fernández en Argentina. La intensificación de la campaña en contra de Cuba puesta de manifiesto en los renovados recursos destinados a financiar las actividades de presuntos "disidentes" y que se ha venido intensificando con la asunción de algunos miembros de la derecha fascista en algunos cargos claves del Congreso (caso de la representante de la mafia anticubana de Miami, Ileana Ros, por ejemplo, a la jefatura de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes) así como el explícito reconocimiento del apoyo financiero y político brindado por la Casa Blanca a las oposiciones en los países del ALBA son claros indicios de que nuestra región deberá estar muy alerta para evitar que sus gobiernos progresistas terminen

sucumbiendo ante el feroz contraataque de la Roma americana como ya ocurriera en Honduras y Paraguay[98].

Una última reflexión con relación a este asunto: contrariamente a las ilusiones que brotaron al calor de la "Obamamanía", la presidencia del insólito premio nobel de la paz Barack Obama no se apartó un ápice de la senda trazada por sus reaccionarios predecesores. No sólo fue él quien estampó su firma junto a la de Álvaro Uribe al pie del tratado mediante el cual Colombia cedía el uso de siete bases militares a los Estados Unidos –en una movida que equivale a la explícita conversión de ese país sudamericano en un protectorado norteamericano–, sino que también continuó sin revisión alguna con el ASPAN que, en los hechos, significa extender dentro de los territorios de México y Canadá (pero no a la inversa; si bien esto no está explícitamente prohibido, es absolutamente inverosímil en la práctica) la jurisdicción de las fuerzas armadas estadounidenses y de algunas de sus agencias federales como la CIA, la DEA y el FBI a costa de la menguada soberanía de sus vecinos del norte y del sur. No es un dato menor señalar el hecho de que, pese a su enorme importancia y su carácter lesivo para la soberanía de México, el ASPAN no sea un tratado, sino simplemente un "compromiso político" o un "acuerdo de cooperación" pactado entre los Ejecutivos de Estados Unidos, Canadá y México, el que, dada su informalidad, no está sujeto al control del Poder Legislativo de los países signatarios del acuerdo, lo cual configura una aberrante anomalía para esta clase de entendimientos. Tal como manifestó la canciller mexicana Patricia Espinosa, no existe ningún documento que especifique los términos de este acuerdo: por ejemplo, qué armas podrán ser introducidas en México, el tamaño de la fuerza norteamericana, el ámbito territorial de su intervención, si existen o no inmunidades diplomáticas para los involucrados en esta operación. Agregó, para despejar toda duda, que "no hay documento firmado. No es un tratado internacional; es un documento que refleja el compromiso de ambos gobiernos de trabajar de manera conjunta". El único documento escrito es, según la canciller, apenas el comunicado conjunto emitido por los gobiernos de los tres países, ¡nada más! El ASPAN tiene por objetivo coordinar los esfuerzos de lucha contra lo que se han dado en llamar las "amenazas comunes", que fueron identificadas como "las organizaciones transnacionales del

98 Según Mark Feierstein, administrador adjunto para América Latina y el Caribe de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), Washington prioriza el apoyo a las fuerzas opositoras que "están luchando por los derechos humanos y la democracia" en esas naciones, según lo recogió Prensa Latina y otros medios internacionales. Los Estados Unidos reiteraron su disposición para financiar a grupos opositores en algunos países del ALBA. Ver <www.telegrafo.com.ec/index.php?option=com_zoo&task=item&item_id=43329&Itemid=2>.

crimen organizado, el narcotráfico, el tráfico de armas, las actividades financieras ilícitas, el tráfico de divisas y la trata de personas". Gracias a este "compromiso", las fuerzas ocupantes pueden ignorar la normativa internacional en la materia, porque no existe ningún vínculo formal que las obligue a ello. Pocas veces se constató tan flagrante e ignominiosa cesión de soberanía como el ASPAN, iniciativa llevada a cabo de manera solapada, arbitraria y antidemocrática, lo que arroja un ominoso manto de sospecha sobre los gobiernos signatarios y carcome insanablemente sus pretendidas credenciales democráticas. Obama convalidó esta monstruosidad, lo cual retrata nítidamente su total sujeción a las directivas establecidas por la clase dominante en Estados Unidos –en cuyo núcleo hallamos al complejo militar–industrial– y al "Estado profundo" al que se refiere Peter D. Scott, un gobierno secreto, paralelo, gestionado por el *establishment* militar y los servicios de inteligencia. ¡Menos mal que Obama era tenido por "progresista"![99].

No obstante todo lo expuesto, es preciso subrayar que a pesar de las formidables presiones de todo tipo ejercidas por Estados Unidos, Washington no pudo neutralizar la creciente influencia comercial y económica de China, y en algunos casos, como Rusia, la influencia también ejercida en la órbita militar. Este acelerado proceso de multipolarización económica y política, que contrasta abiertamente con el indisputado predominio militar de Estados Unidos, ha abierto un importante espacio para afianzar la autonomía y autodeterminación de Nuestra América. Países como Rusia han recuperado su gravitación en el área y otros como China, Irán, India y Sudáfrica juegan un papel cada vez más importante en los delicados equilibrios geopolíticos de la región.

99 La producción de Peter Dale Scott sobre el tema del "gobierno secreto" de Estados Unidos es a la vez impresionante e importante porque refuta los lugares comunes sobre la "democracia norteamericana" cultivados con fruición tanto por los politólogos estadounidenses como por sus epígonos de ultramar. Este diplomático y académico canadiense ha venido trabajando sobre este asunto desde hace cuarenta años. Entre sus libros principales se cuentan *Deep politics and the death of JFK* (1993); *Deep politics II: essays on Oswald, Mexico, and Cuba* (1996); *Cocaine politics: drugs, armies, and the CIA in Central America* (1998); *Drugs, oil, and war: the United States in Afghanistan, Colombia, and Indochina* (2003); *The road to 9/11: wealth, empire, and the future of America* (2008) y, el más reciente, *American war machine: deep politics, the CIA Global drug connection, and the road to Afghanistan* (2010). Hasta donde pudimos indagar, no existe traducción al castellano de ninguna de estas obras, lo que no nos parece para nada casual. Agreguemos que pese al ASPAN, o mejor dicho, tal vez debido a él, si hay algo que ha desaparecido en México es la seguridad y la prosperidad que promete la Alianza. Se calcula que sólo bajo el sexenio de Fernando Calderón se produjeron unos 50 mil homicidios como producto de las acciones del crimen organizado y el narcotráfico, algo que supuestamente el ASPAN combatiría.

Una prueba del menguado poderío norteamericano en el área la ofrece la sola enumeración de algunas derrotas que Estados Unidos experimentó en años recientes en esta parte del mundo. Sin ánimo de exhaustividad podríamos citar el desplante sufrido en la elección del secretario general de la OEA, en mayo de 2005, cuando por primera vez fue electo para ese cargo un candidato que no contaba con el apoyo de Estados Unidos. Poco después Washington sufrió una nueva derrota en Mar del Plata, cuando en noviembre de 2005 naufragó el ALCA. Estados Unidos experimentó también un duro revés al fracasar el golpe de estado en Venezuela, en 2002, y similares tentativas en Bolivia (2008) y Ecuador (2010). Lo mismo ocurrió en junio de 2009, en San Pedro Sula, Honduras, cuando contrariando las explícitas posturas de Estados Unidos y sobreponiéndose a sus intensas presiones, la Asamblea General de la OEA derogó la resolución adoptada en Punta del Este, en 1962, que había expulsado a Cuba del seno de la organización. Washington tampoco pudo impedir la realización de ejercicios navales conjuntos entre las marinas rusa y venezolana en el Mar Caribe (el *Mare Nostrum* de Estados Unidos para Mahan y los estrategas actuales del Pentágono) en noviembre de 2008, en coincidencia con la visita del presidente de Rusia, Dimitri Medvédev, a la República Bolivariana de Venezuela. Tampoco triunfó la Casa Blanca en sus empeños por impedir la liberación de rehenes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), pese a los denodados esfuerzos realizados por su peón Álvaro Uribe Vélez. No corrió mejor suerte el intento de evitar que el gobierno de Rafael Correa en Ecuador ordenara la inmediata evacuación de la base de Manta, ni tampoco pudo ser desestabilizado ese gobierno por el ataque de las fuerzas armadas de Colombia, con apoyo logístico de personal y equipo localizado en Manta, a un campamento de las FARC establecido al sur de la frontera colombo-ecuatoriana. Tampoco tuvo éxito en precipitar la caída de Correa mediante una abortada intentona de golpe de Estado en septiembre de 2010, ni en impedir que el gobierno de Evo Morales expulsara al embajador de Estados Unidos en ese país, Philip Goldberg, un agente provocador de tenebrosa participación en la partición de la ex Yugoslavia y la creación de Kosovo. Pese a sus presiones, la Casa Blanca no pudo frustrar el proyecto de creación de la UNASUR, que suplantó exitosamente a la OEA en desbaratar los golpes de estado en contra de Evo Morales y Rafael Correa, y la puesta en marcha de un Consejo de Defensa Suramericano, creado poco después de que Estados Unidos decidiera reactivar la IV Flota. Finalmente, tampoco pudo Estados Unidos imposibilitar la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Derrotas significativas todas ellas, mas el imperio no se da por vencido. Vuelve a la carga y, tal como lo señalamos anteriormente, en su fase de decadencia se torna más virulento y agresivo.

Unas palabras a propósito de la creación de la CELAC

Sin duda que la creación de la CELAC ha sido uno de los principales acontecimientos que tuvieron lugar en el plano regional en muchos años, razón por la cual amerita que le dediquemos este apartado. La sola idea de una organización que reúna a los países latinoamericanos y caribeños sin la asfixiante presencia de Estados Unidos y Canadá es una muy buena noticia y permite abrigar esperanzas de que la tradicional prepotencia con que la Casa Blanca manejaba los asuntos del área tropezará de ahora en más con crecientes obstáculos. No obstante, la "presunción hegemónica" del imperio no se desvanecerá por la creación de esta organización, pero sus mandatos ya no tendrán el automático asentimiento del pasado, cuando un *úkase* de Washington producía eventos tales como, en 1961, el destierro de Cuba del sistema interamericano, o precipitaba la invasión de Santo Domingo en 1965. De todos modos, convendría dejar de lado excesivos entusiasmos, porque poner en marcha efectivamente la CELAC, esto es, convertirla en la protagonista que se haga merecedora de las grandes esperanzas en ella depositadas, no será tarea sencilla. Su creación es un logro importantísimo, pero por ahora es apenas un proyecto que, para ser eficaz, deberá ser capaz de transformarse en una organización; es decir, en un sujeto dotado de suficientes capacidades de intervención en el ámbito regional. Pero, como veremos más adelante, no es ese el proyecto que proponen los gobiernos de la derecha latinoamericana con la indisimulada bendición de la Casa Blanca.

La inusitada gravedad de la crisis capitalista en curso hizo que hasta los gobiernos más derechistas de la región consintieran en unirse a la CELAC. Es un gesto importantísimo y sería tan errado minimizar su trascendencia y el mal trago que esto significó para Washington como exagerar el impacto inmediato que habrá de tener esta nueva institución. No es un misterio para nadie que la extrema heterogeneidad sociopolítica del continente (desde la Revolución Cubana hasta los regímenes títeres de Porfirio Lobo en Honduras o Federico Franco en Paraguay, pasando por toda una gama de situaciones intermedias como las de Juan M. Santos, Sebastián Piñera, Felipe Calderón, Ricardo Martinelli, Laura Chinchilla, Cristina Fernández, Dilma Rousseff, José "Pepe" Mujica, Ollanta Humala hasta llegar a Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa) habrá de constituirse en un muy serio obstáculo a la hora de pasar del inconsecuente plano de los discursos a las acciones concretas en candentes asuntos regionales. Pongamos un par de ejemplos: como veíamos más arriba Washington dispone de grandes partidas presupuestarias así como de "asesores" y otros recursos para "ayudar" a actores locales que en diversos países hostigan o procuran desestabilizar (cuando no derrocar) a gobiernos que no son de su agrado. Bolivia, Ecuador y Venezuela, además de Cuba, son blancos favoritos de estas políticas. Si en muchos casos esta injerencia imperial se procesa a través de organizaciones de pantalla, en otros el involucramiento en la política de los países latinoamericanos se realiza de forma abierta, directa e inmediata por las agencias u organismos federales como la DEA, la CIA y la USAID, para mencionar apenas a los más importantes. ¿Será posible que la CELAC condene esas prácticas intervencionistas del imperio y tome las decisiones requeridas para neutralizarlas, habida cuenta de su carácter violatorio de la legalidad internacional y su naturaleza profundamente antidemocrática? El silencio de la CELAC ante el caso de Julian Assange es sumamente significativo, y contrasta llamativamente con la postura solidaria con el Ecuador de la UNASUR y, por supuesto, el ALBA, lo que ratifica el vigor de las resistencias ante el avance imperial en Nuestra América. Parece muy poco probable una conducta semejante por la CELAC, si bien bajo algunas circunstancias extremas podría tal vez haber excepciones. ¿Habrá unanimidad en respaldar una política de ese tipo u otras –y estos son casos aún más delicados– que exigieran poner fin al bloqueo estadounidense a Cuba o al estatus colonial de Puerto Rico? No parece; tal vez haya sido por eso que varios gobiernos –entre ellos Chile, Colombia y México– insistieron en que todas las decisiones de la CELAC debían adoptarse por unanimidad, temerosos de que los gobiernos más radicales de la región pudieran llegar a constituir una circunstancial mayoría que promoviera políticas que podrían disgustar a los ocupantes de la Casa Blanca y entorpeciera las "amigables relaciones" que varios países latinoamericanos y caribeños mantienen con Washington. Por algo los gobiernos que quieren que la CELAC sea un organismo efectivo y no un periódico torneo de discursos están viendo la forma de instituir una normativa que exija una mayoría calificada (en qué proporción es algo que todavía no ha sido decidido) para adoptar las decisiones de la institución. La unanimidad es lo mismo que conceder el poder de veto a Estados Unidos, actuando a través de los muchos *proxis* que tiene en América Latina y el Caribe, siempre dispuestos a satisfacer los menores deseos del emperador.

En relación con este tema, el canciller chileno Alfredo Moreno expresó con absoluta claridad la postura del imperialismo cuando dijo que "la CELAC será un foro y no una organización, que no tendrá sede, secretariado, burocracia ni nada de eso". Para Moreno, representativo de la derecha radical latinoamericana, de lo que se trata es de esterilizar un proyecto, de castrarlo a poco de nacer, para reducirlo a una intrascendente sucesión de "cumbres presidenciales" (2012 en Chile, 2013 en Cuba, 2014 probablemente en Costa Rica). Por eso, quien preside la CELAC en 2012 es Sebastián Piñera. No es necesario aguzar demasiado la vista para percibir que un proyecto de este tipo, "descafeinado", es el

que respaldará la derecha latinoamericana, cuya carta de identidad es el servilismo y la genuflexión ante los dictados del imperio. Pero existe otro proyecto para la CELAC, en línea con el programa bolivariano del Congreso Anfictiónico de 1826 y con los anhelos de Artigas, San Martín, Sucre, Bilbao, Martí, Morazán, Sandino y tantos otros patriotas latinoamericanos y caribeños[100]. Un proyecto que hace medio siglo fue brillantemente sintetizado en la "Segunda Declaración de La Habana", impulsada por Fidel, Raúl y el Che. Por eso la disputa entre los dos proyectos será inevitable, y las circunstancias históricas (profundización de la crisis general del capitalismo, intervencionismo norteamericano en la región, maduración de la conciencia política de nuestros pueblos, etcétera) irán moviendo el fiel de la balanza, ojalá que en un sentido positivo. Se debe recordar que los baluartes de la influencia norteamericana en la región, Piñera, Santos y Calderón, se encuentran sentados sobre un polvorín que los disuade de realizar movimientos políticos demasiado bruscos.

La actitud de Washington hasta ahora ha sido la de esperar a que se desenvuelvan los acontecimientos. El lanzamiento de la CELAC ha sido una muy mala noticia para el imperio, pero sabe que todavía cuenta con múltiples cartas en sus manos. Sabe, por ejemplo, que tiene varios "caballos de Troya" dentro de la incipiente organización, y que en cuanto lo considere oportuno se pondrán dócilmente a su servicio para implementar las órdenes emanadas desde la Casa Blanca. Sabe también que su incansable labor de desestabilización de los gobiernos más radicales puede debilitarlos, y crearles dificultades que afecten su protagonismo en el marco de la CELAC. Sabe, por último, que sus cantos de sirena hacia los gobiernos de la así llamada "centroizquierda" (Argentina, Brasil, Uruguay) pueden tentar a algún gobernante a desertar del proyecto emancipador que se encuentra en las raíces históricas de la CELAC y que fueron actualizadas por Fidel, Raúl, Chávez, Evo y Correa, para no nombrar sino las principales figuras. Los gestos reconciliatorios de Obama con el gobierno de Cristina Fernández y la permanente labor de seducción que la Casa Blanca ejerce sobre Brasilia

100 Sería objeto de otro libro exponer en detalle la claridad con que los padres fundadores de Nuestra América advirtieron el peligro del imperialismo norteamericano. Martí, en su célebre carta inconclusa a su amigo Manuel Mercado, decía el 18 de mayo de 1895: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso". Bolívar ya antes había sentenciado que "los Estados Unidos parecen predestinados por la providencia a plagar de miserias a las Américas en nombre de la libertad". Sobre el tema de los precursores del antimperialismo en América Latina es imprescindible acudir a Roberto Fernández Retamar y su *Pensamiento de nuestra América. Autorreflexiones y propuestas* (Buenos Aires: CLACSO, 2006).

son inequívocas piezas de esta estrategia que consiste en separar a la Argentina y el Brasil del proyecto radical de la CELAC, aislar a Chávez, Evo y Correa, y de paso, ajustar más el torniquete del bloqueo contra la Revolución Cubana. El imperio no dejará nada librado al azar. El premio es muy grande: 20 millones de kilómetros cuadrados, un mercado de 600 millones de habitantes, siete de los diez principales productores de minerales estratégicos del mundo, casi la mitad del agua dulce y de la biodiversidad del planeta Tierra, además de petróleo, gas, energéticos de todo tipo y alimentos como para saciar el hambre de más de mil millones de personas. Y, como lo recordaba el Che, "América Latina es la retaguardia estratégica de Estados Unidos", y bajo las actuales condiciones de crisis económica internacional y acelerada descomposición del precario "orden mundial" creado por Washington desde la posguerra, esa retaguardia adquiere un valor supremo. Por eso es tan importante librar la batalla por la CELAC, para que el proyecto emancipador que le dio nacimiento sea quien finalmente prevalezca y abra aquellas grandes alamedas de las que habló Salvador Allende en su último discurso, y por las cuales transitarían nuestros pueblos en su larga marcha hacia la justicia, la libertad, la autodeterminación nacional y la democracia. Los obstáculos a vencer serán formidables. En su momento, José Martí recordaba algo que viene a cuento en la actualidad: decía que los norteamericanos "creen en el derecho bárbaro como único derecho: 'esto es nuestro, porque lo necesitamos'". Y ahí arremeten contra los pueblos que tienen aquello que excita el apetito del imperio. O las advertencias del Che, cuando en las Naciones Unidas sentenciaba que "no se puede confiar en el imperialismo, pero ni tantito así, nada". Y, por último, las de Fidel, cuando aconsejaba:

> No subestimar al enemigo imperialista. [...] ¡El enemigo imperialista cometió el error de subestimarnos a nosotros! [...] Nuestra patria se enfrenta al imperio más feroz de los tiempos contemporáneos, [...] que [...] no descansará en sus esfuerzos por tratar de destruir la Revolución [...], crearnos obstáculos [...] por tratar de impedir el progreso y el desarrollo de nuestra patria [...]. Ese imperialismo nos odia con el odio de los amos contra los esclavos que se rebelan. [...] A ello se unen las circunstancias de que ven sus intereses en peligro; no los de aquí, si no los de todo el mundo[101].

101 Fidel Castro Ruz, discurso en el acto por el 50º aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), en el antiguo Palacio Presidencial, La Habana, 28 de septiembre de 2010, en <www.cubadebate.cu/fidel-castro-ruz/2010/09/28/hemos-cumplido-y-ustedes-seguiran-cumpliendo-la-promesa-de-aquella-eterna-noche/>. La famosa frase del Che, pronunciada en un discurso en homenaje al asesinado líder congoleño Patrice Lumumba, se encuentra en <www.youtube.com/watch?v=MsUv7UohLds>.

Capítulo 5
Los recursos naturales en las relaciones hemisféricas

Hemos analizado hasta ahora el gran marco dentro del cual se desenvolvieron las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. En los próximos capítulos avanzaremos en el examen del papel que los recursos naturales juegan en esas relaciones. Tal como planteamos anteriormente, América Latina es una región depositaria de inmensos recursos naturales. Agua, petróleo, gas, minerales estratégicos, biodiversidad, agricultura y ganadería se encuentran altamente representados en nuestra región, frontera entre el Tercer Mundo y la mayor economía del planeta, Estados Unidos, cuya voracidad consumista convierte a nuestra región en un poderoso imán que suscita el insaciable apetito del imperio.

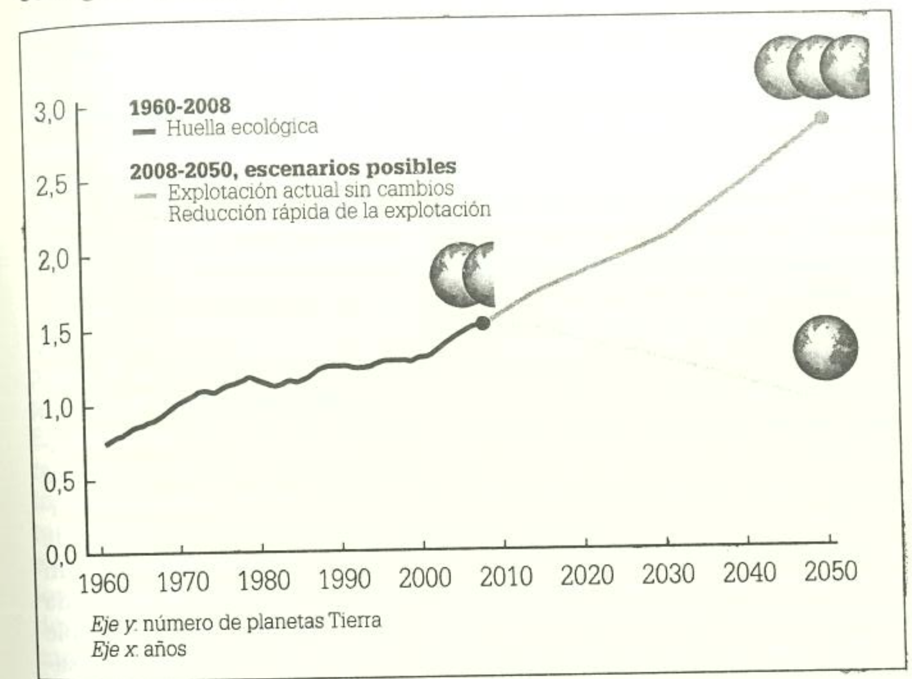
Una primera aclaración se relaciona con la utilización de la expresión "recursos naturales", que ha venido cayendo en desuso y siendo progresivamente reemplazada por "bienes naturales" o "bienes comunes", para señalar con esta última formulación que la naturaleza, más que un "recurso" capaz de ser valorizado mercantilmente, es un patrimonio universal imprescindible para hacer posible la vida humana en este planeta. El cambio de léxico refleja una postura ideológica diferente, ajena al "productivismo" y el economicismo con que este tema ha sido tradicionalmente abordado inclusive, y no se debe por qué negar, desde posturas teóricas y políticas de izquierda.

Hecha esta aclaración, digamos que una primera diferenciación que debe hacerse en cualquier análisis es la que distingue entre bienes renovables y no renovables. Esta diferenciación se basa en un razonamiento que toma en cuenta variables tales como la disponibilidad en el tiempo del bien en cuestión y los ritmos –rara vez congruentes– de generación (o regeneración) y de explotación del mismo. A partir de este conjunto de criterios, un bien sería renovable cuando el proceso de su regeneración o renovación es más rápido que el de su explotación. De donde se desprende que la renovabilidad o no de un recurso no es un dato fijo e inmutable, sino que tiene que ver con las relaciones que se

establecen entre el hombre y la naturaleza. Así, la descontrolada explotación de un recurso que podría ser renovable puede fácilmente culminar en su extinción: la destrucción de bosques y selvas para convertir a esas tierras en aptas para la agricultura o la ganadería es un caso; otro, la sobreexplotación de la pesca y de la caza. Ahora bien, existen bienes renovables que no tienen esas limitaciones, como la luz solar, los vientos y, hasta cierto punto, el torrente de los ríos que pueden ser aprovechados para producir energía solar, eólica o hidráulica. Los recursos no renovables, en cambio, son bienes que existen en una cantidad fija (por ejemplo, los minerales o metales que se encuentran en nuestras montañas) o cuyos ciclos de regeneración son de un plazo muchísimo más largo, medido en edades geológicas, que los de su extracción y explotación, como es el caso de los hidrocarburos. Conviene, llegados a este punto, recordar la sobria advertencia del economista norteamericano Kenneth Boulding cuando escribiera que "cualquiera que crea que el crecimiento puede continuar indefinidamente en un mundo de recursos finitos es un loco o un economista".

En tiempos recientes ha surgido una amplia discusión en torno a este tema debido a la acelerada tasa de explotación de muchos bienes comunes y la certeza de su inexorable agotamiento. Un caso paradigmático es el del petróleo, insumo fundamental para el modelo civilizatorio construido por el capitalismo, pero cuya disponibilidad no es ilimitada. Por el contrario, si bien existe un debate muy intenso sobre la cuantía de las reservas petrolíferas que alberga el planeta (cuya estimación precisa se ve entorpecida por las propias empresas petroleras, los grandes países consumidores, el precio del barril del crudo y la especulación financiera en torno a él, la evolución mundial de la demanda de petróleo, etcétera), lo cierto es que no caben dudas de que en algún momento el petróleo se agotará. Lo único que está en discusión es cuándo. La "civilización" capitalista, fundada en la exacerbación irracional del consumo, en el despilfarro, en la obsolescencia planificada de bienes y productos que podrían ser de utilidad por muchísimo más tiempo (piensen en la acelerada tasa de renovación de las computadoras) y en la depredación del medio ambiente, concebido como una mercancía más, ya requiere para su sostenimiento los bienes naturales de un planeta Tierra y medio. Con uno ya no le alcanza, como podemos observar en la gráfica siguiente. Por eso, el ecologismo capitalista es un oxímoron al igual que el "capitalismo verde", puesto que ambos soslayan la cuestión fundamental: que en el capitalismo la tasa de explotación de los bienes naturales está dictada por el imperativo de la ganancia, el "motor inmóvil" de ese modo de producción. Por lo tanto, sólo construyendo un ordenamiento económico poscapitalista (utilizamos esta expresión para evitar innecesarias discusiones sobre la caracterización precisa del mismo), decididamente no consumista y cuya dinámica económica repose sobre los valores de uso

y no sobre los valores de cambio, se puede dar respuesta a la "sobrecarga ecológica" que hoy soporta la Tierra[102].



Fuente: <www.footprintnetwork.org/en/index.php/GFN/page/world_footprint/>.

La gráfica precedente, elaborada por los expertos del Global Footprint Network de California, ahorra mayores comentarios. En una sección especial de su muy ilustrativo sitio web se preguntan si "todos cabemos en el planeta". La respuesta es la siguiente: en el momento actual, la humanidad ya está utilizando el equivalente a 1,5 planetas para suministrar los recursos que usamos y para absorber los desechos que originamos. Se debe notar que apenas medio siglo atrás, en la década del sesenta, esto no era así. Pero entonces el auge del neoliberalismo desencadenó un proceso de sobreexplotación de los recursos naturales que al llegar a 1980 ya sobrepasaba el metabolismo ecológico del planeta y este necesitaba un año y medio para regenerar los bienes de

102 Sobre la "sobrecarga ecológica" ver *El límite de la civilización industrial. Perspectivas latinoamericanas sobre el postdesarrollo*, de Edgardo Lander (Caracas: FACES, 1996), en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/venezuela/faces/landereditor.rtf>. Una fuente importante para dar seguimiento a este tema se encuentra en el sitio web, en lengua castellana, del World-Watch Institute <www.nodo50.org/worldwatch/>.

la naturaleza que habían sido desaprensivamente utilizados. La vertiginosa globalización del capitalismo, convertido por primera vez en la historia en un sistema efectivamente mundial, y la incorporación de grandes masas de la población (sobre todo, mas no exclusivamente, en China e India) a los patrones de consumo estadounidenses otorgaron renovados ímpetus a esta demencial carrera. De ahí que tal como lo muestra el gráfico precedente, los estudios prospectivos elaborados por diversos organismos de las Naciones Unidas –por cierto que muy moderados y alejados de cualquier catastrofismo– establecen que si las tendencias demográficas y de consumo mantienen su ritmo actual, en la década de 2030 será necesario disponer del equivalente a dos planetas Tierra para sustentar nuestras vidas y, por añadidura, la de buena parte de las especies vivientes. Para 2050 ya necesitaríamos tres, ¡y sólo tenemos uno! Cuando la humanidad, ¡y muy concretamente, la "humanidad" creada por el capitalismo!, transforma los recursos en desechos más rápido de los que estos vuelven a convertirse en recursos, las condiciones que hacen posible la vida en el planeta Tierra se extinguen. La buena noticia es que esta deprimente trayectoria no es fatal o inexorable: si se procede a una rápida reducción del ritmo de explotación de los bienes comunes para mediados de este siglo, podría regresarse a un cierto punto de equilibrio, como el que existía a comienzos de la década del sesenta del siglo pasado. Pero que la trayectoria no sea inexorable no significa que sea sencilla de revertir, porque para ello será necesario ir acotando cada vez más las áreas de actividad económica en que prima la lógica del capitalismo e instituir, en su lugar, una dinámica económica claramente poscapitalista, como veremos en los capítulos finales de este libro. Si tal cosa no ocurre y si, por el contrario, se afianzan las tendencias actuales, el resultado concreto de este proceso involutivo –visible ya a simple vista– será el acelerado agotamiento de las reservas ictícolas, la destrucción de selvas y bosques, la desertificación, la creciente escasez de agua potable y el crecimiento de las emisiones de dióxido de carbono, causantes, entre otros, de problemas tales como el cambio climático global. Las consecuencias de esta sobreexplotación de los bienes comunes son también ya claramente perceptibles: las cada vez más frecuentes guerras por los recursos (agua, petróleo, etcétera), masivas migraciones ocasionadas por la crisis ecológica, hambrunas, enfermedades y otras tragedias humanas, todas las cuales tienen un impacto desproporcionadamente grande sobre los pobres y sobre las naciones de la periferia del sistema capitalista[103].

103 Ver "Do we fit on the planet?", de Global Footprint Network, en <www.footprintnetwork.org/en/index.php/GFN/page/world_footprint/>. Una palabra apenas sobre los "refugiados ambientales": según una especialista, "en los últimos

Un ejemplo concreto, de los muchísimos que podríamos seleccionar para ilustrar este punto, es el siguiente. Como es bien sabido en las últimas décadas se produjo un formidable aumento en el consumo de papel: para la prensa, para fabricar cartón para embalajes, para el *packaging* de productos de consumo casero adquiridos en cualquier supermercado, etcétera. El papel se produce a partir de la pasta de celulosa, extraída de los árboles. Buena parte de la deforestación que sufre el planeta se origina en este gran aumento en el consumo de papel. Pero no todos consumen por igual: en Estados Unidos es de 270 kilogramos por persona/año, y en Europa Occidental de 230. Pero en Rusia es de 45 kilogramos por persona/año, 35 en Indonesia y Brasil, y ¡5 kilogramos por persona/año en la India y el África Subsahariana! La China tiene un consumo de 60 kilogramos por persona/año, pero gran parte de ese consumo se reexporta como embalajes y *packaging* de los productos manufacturados en el nuevo "taller industrial" del planeta. El bajísimo consumo de papel de los países africanos y de la India se relaciona con las enfermedades derivadas del defectuoso, cuando no inexistente, empaquetamiento de productos alimenticios, causantes de toda clase de enfermedades gastrointestinales. Ahora bien: africanos e indios consumen 54 veces menos papel que los estadounidenses, y los chinos no llegan a la cuarta parte, pese a lo cual el planeta se está desforestando. Si el patrón de consumo del capitalismo norteamericano se universalizara y los 7 mil millones de habitantes de la Tierra consumiesen tanto papel como los estadounidenses, ¿cuánto tiempo demoraría la total desaparición de los árboles en el planeta Tierra, con las catastróficas consecuencias que de ella se derivarían?[104].

años, los desastres naturales han producido, por primera vez en la historia, más refugiados que las guerras y los conflictos armados. [...] Aunque las estimaciones varían enormemente, se calcula en 25 millones las personas desplazadas forzosamente de sus hogares por sequías, desertificación, erosión de los suelos, accidentes industriales y otras causas medioambientales". Algunos autores plantearon que en 2010 el número de "refugiados ambientales" orillaba los 50 millones de personas. Ver "Refugiados ambientales: el nuevo desafío del derecho internacional del medio ambiente", de Susana Borrát Pentinát, en *Revista de Derecho* (Tarragona) Vol. XIX, Nº 2, diciembre de 2006, pp. 85-108. Las Naciones Unidas estiman que para el año 2050 habrá 200 millones de personas en esa condición. La expansión de la frontera agropecuaria, la deforestación, las inundaciones, las sequías, la desertificación, entre otras, son todas causas que van en aumento y producen tan desastrosos resultados.

104 Peter Dauvergne, comunicación personal del 10 de noviembre de 2010. Posteriormente publicó junto con Jane Lister un libro titulado *Timber* (Cambridge: Polity Press, 2011) cap. 3-4.

Límites del pensamiento burgués y la alternativa ecosocialista

Por lo tanto, el tema de los bienes naturales debe ser examinado desde una óptica totalizadora que rechace el economicismo de los enfoques típicos del pensamiento burgués y la perversa idea de que la naturaleza es una mercancía como cualquier otra. De una tesitura como esta se desprende una conclusión inexorable: quien no esté dispuesto a hablar de revolución debe callar a la hora de hablar del medio ambiente, porque sólo mediante una profunda revolución económica, política y social que nos permita fundar una nueva sociabilidad poscapitalista será posible restablecer una relación armoniosa entre sociedad y medio ambiente. Tal cosa es absolutamente imposible bajo el capitalismo, porque la lógica de ese sistema es implacable en su tendencia a mercantilizar todos los componentes de la vida social, incluyendo la propia naturaleza. Tal como lo señalábamos más arriba, el ecologismo capitalista es un oxímoron, una *contradictio in adjectio*, como decían los antiguos. De ahí la importancia del ecosocialismo como propuesta anticapitalista, que no sólo toma en cuenta la contradicción entre burguesía y proletariado (definidos ambos términos en un sentido muy amplio, apto para dar cuenta de las características de estas clases en el mundo actual, que no son las mismas que tenían hace un siglo), sino también lo que un pensador marxista pionero en el análisis de estas cuestiones, James O'Connor, denominó "la segunda contradicción del capitalismo", esto es, la contradicción entre el modo de producción y el medio ambiente[105].

105 Ver *Natural causes. Essays in Ecological marxism*, de James O'Connor (Nueva York: The Guilford Press, 1998). Incluye su famoso artículo "The Second contradiction of capitalism". Ver asimismo *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, de Michael Löwy (Buenos Aires: Herramienta, 2011) y también, "Manifiesto ecosocialista", de Michael Löwy et al., en <www.manueltalens.com/lecturas/manifiesto.htm>. Otros textos importantes son *Saber ambiental. Sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, de Enrique Leff (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007), así como su *Ecología y capital: racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable* (México DF: Siglo XXI, 1986); *The future of the market. An essay on the regulation of money and nature after the collapse of the "really existing socialism"*, de Elmar Altvater (Londres: Verso, 2003), así como su "¿Existe un marxismo ecológico?" en *La teoría marxista hoy*, de Atilio A. Boron, Javier Amadeo y Sabrina González (comps.) (Buenos Aires: CLACSO, 2006) y su "The Social and Natural environment of Fossil capitalism", en *Socialist Register 2007. Coming to terms with nature* (Londres: Merlin Press, 2007) y en este mismo número del *Register*, los artículos "Social metabolism and Environmental conflicts", de Joan Martínez Allier, y "Eco-socialism and democratic planning", de Michael Löwy. De Martínez Allier ver también *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración* (Barcelona: Icaria, 2011) y en coautoría con Arcadi Oliveras, *¿Quién debe*

En un texto que publicamos hace unos diez años, *Tras el búho de Minerva*, nos referimos precisamente a la posibilidad de desarrollar una perspectiva crítica sobre la cuestión medioambiental desde el marxismo[106]. O'Connor y otro autor, Manuel Sacristán Luzón, abrieron el camino al cuestionar muchas críticas que se dirigían en contra de Marx y Engels por su "productivismo prometeico" y la glorificación que ambos autores habrían hecho –a tono con los prejuicios de su época– de la "conquista" de la naturaleza. Tal como señala un marxista de nuestros días, John Bellamy Foster, el marxismo aparece ante los ojos de algunos de sus críticos "verdes" –por cierto que no todos– como el paroxismo de la modernidad, en donde la otra cara de una supuesta exaltación ilimitada de la máquina sería una correspondiente indiferencia ante los costos ecológicos del progreso económico.

Es indiscutible que las posturas de Marx y Engels –y también la de sus continuadores hasta bien entrado el siglo XX, Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y el propio Gramsci– en esta materia podrían cuestionarse por su ambigüedad. Como advierten entre otros el propio Foster y Ellen Meiksins Wood, esa ambivalencia manifiesta la tensión, por momentos muy fuerte, entre los dos rostros de Prometeo: uno, el que representa el dominio de la naturaleza simbolizado en la entrega del fuego a los hombres; otro, "el que resiste la servidumbre y el gobierno despótico tanto como la tiranía de Zeus y se burla del servilismo de su mensajero, Hermes"[107]. Pero sería injusto argumentar que la problemática del medio ambiente hubiese estado por completo soslayada en sus análisis. Nada menos que en *El Capital*, Marx por ejemplo afirma: "Ni siquiera todas las naciones, consideradas simultáneamente, son las dueñas del planeta. Ellas sólo lo poseen, son sus usufructuarias, y como *boni patres familias* deben transmitírselo a las sucesivas generaciones en mejores

a quién? Deuda ecológica y deuda externa (Barcelona: Icaria/Más Madera, 2003). Por último, en un listado que dista de ser conclusivo, *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, de John Bellamy Foster (Madrid: El Viejo Topo, 2000) y su más reciente, en colaboración con Brett Clark y Richard York, *The Ecological rift: capitalism's war on the Earth* (Nueva York: Monthly Review Press, 2010). No deberíamos olvidar aquí, entre las fuentes a consultar, la revista *Ecología Política*, fundada por Martínez Allier y que tiene más de 22 años de existencia ininterrumpida.

106 Atilio A. Boron, *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000) disponible en <http://bit.ly/rHHKj6>.

107 Ver *Peasant-citizen and slave*, de Ellen Meiksins Wood (Londres: Verso, 1988) pág. 144. También "Marx and the environment", de John Bellamy Foster, en *In defense of history*, de Ellen Meiksins Wood y John Bellamy Foster (comps.) (Nueva York: Monthly Review Press, 1997) pág. 151.

condiciones que aquellas en que lo recibieron"[108]. Ya en el primer tomo de *El Capital* (¡nada menos que en el capítulo "Maquinaria y gran industria"!), Marx aporta una interesante reflexión acerca de la forma en que la producción capitalista socava y deteriora "las fuentes originales de toda riqueza: el suelo y el trabajador". Y poco después, citando a uno de los grandes fundadores de la economía política clásica, William Petty, sostiene que la riqueza de las naciones tiene un padre: el trabajo; y una madre: la tierra. De ahí que el ecosocialismo contemporáneo tenga un antiguo linaje marxista en el cual se inspiran autores como los ya mencionados, y a los que habría que agregar a Elmar Altvater, Michel Löwy, Kate Soper, William Leiss, David Harvey, Enrique Leff, Héctor Alimonda y tantos otros. Lo que el ecosocialismo plantea es que las raíces profundas de la crisis ecológica no se encuentran en la naturaleza, sino en la sociedad y, más específicamente, en el modo de producción capitalista. Por consiguiente, resolver la crisis ecológica sólo será posible mediante la superación histórica del capitalismo.

Así planteadas las cosas, no sorprende que haya sido en América Latina donde con más fuerza se presentó la cuestión medioambiental. La extraordinaria dotación de bienes naturales de nuestra región tornaba imposible su ausencia en el debate mundial sobre el tema. Antes de entrar en esos detalles quisiéramos sugerir a nuestros lectores consultar el mapa de las "áreas de riqueza natural estratégica", elaborado por Ana Esther Ceceña y su equipo de investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México, la UNAM, que sintetizan la situación de nuestra región[109].

Un inventario preliminar

En dicho mapa se distinguen básicamente tres tipos de recursos: el agua, el petróleo y la biodiversidad[110]. El mapa fue elaborado unos años atrás y si bien al día de hoy precisaría algunas actualizaciones aun así es de suma utilidad. Entre las modificaciones que sugeriríamos una se refiere al área de la biodiversidad, que se extiende mucho más hacia el sur de lo que plantea el mapa y que abarca en su conjunto a la gran cuenca del Amazonas así como a los ríos que desaguan en el sur, en el

108 Karl Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política* (México DF: Fondo de Cultura Económica, 2000) Tomo III, pág. 720.

109 Los análisis del equipo dirigido por Ana Esther Ceceña, "América Latina en la geopolítica del poder", pueden consultarse en el Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, en <www.geopolitica.ws/leer.php/88>.

110 No repetiremos aquí lo que ya dijéramos a propósito del agua y la biodiversidad en el capítulo 3 de este libro.

Río de la Plata, y que confluyen en la zona donde están instaladas las grandes represas de Itaipú y Yacyretá, en las inmediaciones de la Triple Frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay. Zona, además, atravesada subterráneamente por el Acuífero Guaraní. Por otra parte, en lo que al petróleo respecta, el mapa no registra (no podía registrar en ese momento) el descubrimiento de los enormes yacimientos de petróleo *off shore* en el litoral paulista brasileño, cuya representación gráfica es muy inferior a la que corresponde. Pero más allá de estas precisiones, el mapa es de utilidad para visualizar las zonas en donde se concentran gran parte de nuestros recursos.

El mapa elaborado por Ceceña y su equipo adquiere mayor elocuencia cuando se lo superpone con otro, accesible en la misma fuente, en el que se identifica la militarización registrada precisamente en las regiones donde se localizan los principales recursos naturales. Se debe notar cómo estas se encuentran encerradas por numerosas bases militares y bajo el monitoreo de importantísimas iniciativas promovidas por Washington: el Plan Puebla-Panamá, que se extiende entre el centro de México y Panamá, y que cubre el estratégico istmo centroamericano, capaz de abrir nuevas rutas de navegación, además del Canal de Panamá, con una amplitud suficiente para el paso de los grandes supertanqueros transportadores de petróleo; y el Plan Colombia, cuya jurisdicción se extiende entre ese país y Perú, pasando por Ecuador. El mapa incluye las más importantes bases militares de esa época (2003), pero, tal como lo viéramos en el trabajo de Telma Luzzani, en la actualidad hay muchas más establecidas por Estados Unidos en años recientes. La base de Alcántara, en el nordeste brasileño, que correctamente figura en el mapa como cancelada, ha sido sustituida gracias al permiso otorgado por el gobierno francés para que Estados Unidos pueda utilizar la base que ese país tiene en la Guayana Francesa. Como se puede observar, la estrategia de Washington ha sido la de hacerse fuerte en el litoral del Pacífico latinoamericano, donde cuenta con gobiernos que, salvo poquísimas excepciones (Ecuador y Nicaragua), responden –en algunos casos, incondicionalmente; en otros, con un mínimo de decoro– a los dictados de la Casa Blanca. Hablamos de México, Panamá, Colombia, Perú (si se tiene en cuenta el viraje de Ollanta Humala hacia posiciones proimperialistas) y por supuesto Chile. En el área centroamericana, Guatemala cayó en manos de la derecha radical pocos meses atrás y sustituyó al gobierno moderadamente socialdemócrata de Álvaro Colom; Honduras es un protectorado estadounidense; El Salvador de Mauricio Funes no dio muestra alguna de indocilidad ante las órdenes procedentes de Washington, al paso que Laura Chinchilla, presidenta de Costa Rica y antigua empleada de la USAID, no ha hecho sino abrir de par en par las puertas de ese país al ingreso de los *marines* y su flota de apoyo. No se debe olvidar que los

gobiernos de Centroamérica y el Caribe son extremadamente vulnerables ante el chantaje norteamericano –insinuado o ejercido permanentemente– en relación con el tema de los migrantes, las remesas y el acceso al mercado estadounidense. A causa de esto, la capacidad que estos países tienen de hacer caso omiso de las presiones de Washington es casi nula. El problema, para los estrategas del Pentágono, se localiza en el litoral atlántico de América del Sur, sede de la mayor economía de América Latina (Brasil) y la tercera en importancia en la región (Argentina), usina de una serie de innovaciones bien significativas en materia política y económica (como la UNASUR, el Consejo de Defensa Suramericano y, antes, el Mercado Común del Sur, MERCOSUR) y área en la cual el gobierno bolivariano de Venezuela ha encontrado importantísimos aliados para su proyecto antiimperialista, cuyo clímax se alcanzó en Mar del Plata en noviembre de 2005 con la derrota del proyecto imperial del ALCA[111].

Obviamente que este control sobre el corazón de América del Sur es algo más que un capricho de las fuerzas armadas estadounidenses. Responde a una lógica económica que encuentra su fundamento en la creciente vulnerabilidad externa de Estados Unidos en lo tocante a ciertos suministros estratégicos, indispensables para su economía y, sobre todo, para su aparato militar. En este sentido, el cuadro presentado por la investigadora peruana Mónica Bruckmann (en su ya mencionado excelente informe sobre el tema) es de una elocuencia tal que ahorra cientos de palabras[112]. En el Gráfico 1 de su trabajo se demuestra la elevadísima dependencia de Estados Unidos en relación con un grupo de minerales estratégicos. La investigadora distingue tres situaciones: (a) total vulnerabilidad, formado por 21 minerales que representan un tercio de los 63 más importantes que Estados Unidos consume y cuyo abastecimiento depende entre el 99% y el 100% de importación de otros países; (b) alta vulnerabilidad, conformado por 17 minerales que dependen entre el 50% y el 98% de importaciones; y (c) un tercer grupo, de vulnerabilidad moderada, formado por 25 minerales cuyo consumo

111 Cuando este libro estaba a punto de ser entregado a la imprenta el golpe de Paraguay creó las condiciones que hicieron posible formalizar el ingreso de Venezuela al MERCOSUR, proceso que fue –y sigue siendo– virulentamente resistido y criticado por la derecha latinoamericana y los sedicentes sectores centristas de nuestros países en un innoble concurso en donde el actual vicepresidente del Uruguay, Danilo Astori, y el ex presidente del país oriental, Julio M. Sanguinetti, se llevan las palmas. Un análisis sobre la enorme significación de esta iniciativa se encuentra en nuestro "Derrota del imperio. Venezuela ingresó al MERCOSUR", en <www.atilioboron.com.ar/2012/07/derrota-del-imperio-venezuela-ingreso.html>.

112 Nos referimos a su "Recursos naturais e a geopolítica da integração sul-americana", op. cit.

depende en hasta el 49% de importaciones. Los minerales específicos correspondientemente a cada grupo son los siguientes:

Total vulnerabilidad 99/100%	Alta vulnerabilidad 50/98%	Vulnerabilidad moderada hasta 49%
Arsénico, asbesto, bauxita, cesio, fluorita, grafito, indio, manganeso, mica, niobio (o columbio), cristal de cuarzo, tierras raras, rubidio, estroncio, tantalio, talio, torio, vanadio, litrio, galio, piedras preciosas	Antimonio, bismuto, germanio, platino, barita, estaño, renio, diamante, piedras dimensionadas, zinc, cobalto, potasio, concentrados de mineral de titanio, titanio (esponja), plata, tungsteno, turba	Paladio, nitrógeno, cromo, vermiculita, diamante (polvo y arena), metal de magnesio, compuestos de magnesio, silicio (ferrosilicio), cobre, perlita, yeso, sal, aluminio, níquel, mica (residuos y escamas), cemento, hierro y acero, azufre, piedra pómez, berilio, cal (*lime*), piedras (molida), fosfato de roca

No todos ellos proceden de América Latina, pero algunos muy importantes sí. Por ejemplo, Bruckmann señala que "los minerales con relación a los cuales Estados Unidos depende en mayor proporción de América Latina son: estroncio (93%); litio (66%); fluorita (61%); plata (59%); renio (56%); estaño (54%) y platino (44%)". Con respecto al litio (concentrado principalmente en Bolivia y, en menor medida, Argentina y Chile), nuestra autora señala que este mineral se utiliza en casi todos los dispositivos electrónicos portátiles que se producen actualmente, como teléfonos celulares, computadoras, cámaras fotográficas y de video. Dice además que entre "1996 y 2005 [...] el consumo de litio (para teléfonos celulares) se multiplicó por 94 veces". Y el utilizado para el uso de baterías de computadoras portátiles se incrementó en un 3.000%. A la vista de estos antecedentes Bruckmann concluye que "7 de los 21 minerales que pertenecen al grupo que hemos denominado de total vulnerabilidad son importados principalmente desde Brasil y México. En el caso del segundo grupo, de alta vulnerabilidad, de los 17 minerales que pertenecen a esta categoría, 8 registran como principales fuentes de importación México, Perú, Bolivia, Brasil y Chile. Con relación al último grupo, mediana vulnerabilidad, podemos observar que 11 de los 25 minerales tienen como principal fuente de importación a Venezuela, Chile, México, Perú, Brasil y Trinidad y Tobago"[113].

113 "Recursos naturais e a geopolítica da integração sul-americana", op. cit.

Se debe tener en cuenta, además, que existen otros recursos estratégicos que hoy día Estados Unidos importa de nuestra región, pero su ambición es mucho mayor. Un caso concreto es el petróleo que importa a diario de Venezuela que, según los años, puede ser el segundo, tercer o cuarto proveedor de ese país. En el año 2010 Estados Unidos consumió 19,1 millones de barriles por día (mbd) de productos derivados del petróleo ratificando de lejos su condición de mayor consumidor mundial de petróleo. Sin embargo, su producción local alcanzó los 5,5 mbd lo cual habla de la enorme vulnerabilidad de la economía estadounidense ante las fluctuaciones del mercado petrolero mundial. Según la Administración de Información sobre energía de Estados Unidos, el 49% de las importaciones de crudo y productos derivados del petróleo provinieron en su mayoría del hemisferio occidental (Norte, Sur y Centroamérica y el Caribe, incluyendo territorios de los Estados Unidos). Del África provino el 23% de las importaciones y un 18% del Golfo Pérsico (Bahrein, Irak, Kuwait, Qatar, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos), el resto teniendo por origen diferentes países. En ese año el principal proveedor de Estados Unidos fue Canadá, con un 25% del total del suministro externo, seguido de Arabia Saudita con 12%, Nigeria 11%, Venezuela 10% y México 9%[114]. Si Canadá y México abaratan los costos del suministro petrolero gracias a su red de oleoductos que lo comunican directamente con su gran comprador, Venezuela puede hacerlo en virtud de la cercanía que tiene con Estados Unidos y la seguridad del transporte marítimo al rigurosamente vigilado Mar Caribe. Regularmente, Venezuela aporta tanto como Arabia Saudita y unas tres veces más que Irak, prueba rotunda del fracaso del proyecto de apoderarse del petróleo iraquí y explotarlo intensivamente debido a las críticas condiciones sociales, económicas y políticas existentes en ese país. Estados Unidos pudo destruir a Irak pero no lo pudo reconstruir, ni material ni mucho menos políticamente, como para normalizar la producción y exportación de sus inmensas riquezas hidrocarburíferas. Por eso Washington se vería grandemente beneficiado si –ante el declive de la producción petrolera en México, con reservas muy cercanas a su agotamiento, y el estancamiento de la producción de Canadá– pudiera contar incondicionalmente y a su voluntad con las inmensas reservas de Venezuela. Sin embargo, Washington no está dispuesto a aumentar su dependencia del petróleo venezolano mientras Chávez permanezca en el poder. Sabe además que Colombia puede hacer un aporte, pero insuficiente; y que Brasil utilizará sus enormes reservas sobre todo para abastecer su creciente demanda interna y manejar sus excedentes privilegiando sus relaciones con China, segundo importador mundial de crudo y sus derivados. Si se interrumpiesen los suministros foráneos y Estados Unidos mantuviera el ritmo actual de consumo, supuesto altamente discutible porque la tendencia es hacia el alza, este país agotaría sus reservas en poco más de doce años. La importación de petróleo procedente de África Occidental (Nigeria y Angola) se ve dificultada por niveles crecientes de inestabilidad política (movimientos guerrilleros, bandolerismo social) precipitados por la crisis económica y la corrupción gubernamental, con lo cual el abastecimiento desde esa parte del mundo es poco confiable en el mediano –para no hablar del largo– plazo. Y la crítica situación por la que atraviesa Medio Oriente, especialmente luego del inicio de las grandes rebeliones del mundo árabe, ha erosionado la confianza que Washington tenía acerca de la capacidad de la dinastía saudita para perpetuarse en el poder. Ergo: si hubiera un "cambio de régimen" en Venezuela y se constituyera un gobierno "amigo" de Estados Unidos, como el de Colombia y Chile, el abastecimiento petrolero sería mucho más seguro y no habría necesidad de tocar las reservas propias. De ahí la excepcional importancia que Washington le asigna a la desestabilización y el desplazamiento de Hugo Chávez del poder, por las urnas o por cualquier otro medio.

114 Ver <www.americaeconomia.com/negocios-industrias/estados-unidos-importa-el-49-del-petroleo-que-consume>.

Esta somera revisión de los bienes naturales de que dispone América Latina y la elevada dependencia que tiene Estados Unidos en relación con hidrocarburos y minerales estratégicos desmiente de raíz la letanía –frecuentemente entonada por los funcionarios del Departamento de Estado y repetida *ad náuseam* por el desafinado coro de los colonizados latinoamericanos, tanto gobernantes como expertos y académicos– de la irrelevancia de nuestra región. Por el contrario, esta cuenta, y mucho, y en no pocas coyunturas su relevancia eclipsa a todas las demás. Tal como fue señalado repetidamente, en la década del ochenta del siglo pasado la atención preferencial de la Casa Blanca se localizaba en Centroamérica y no en Medio Oriente o Asia Central. Era más importante impedir la "expansión del comunismo" invadiendo la diminuta isla de Granada o llegando al extremo de pergeñar operaciones ilegales de tráfico de armas y estupefacientes para financiar a la "contra" nicaragüense que lo que en ese momento podía estar ocurriendo en Jerusalén o la Franja de Gaza. Se deben agregar a lo anterior cuestiones tales como el narcotráfico que prospera a ambos lados del Río Grande; la contigüidad territorial y su relación con las cuestiones de la seguridad nacional y las migraciones, y se comprenderá muy fácilmente las razones por las cuales Latinoamérica es, para Estados Unidos, una región de excepcional importancia. Y, asimismo, aquellas por las cuales la astuta diplomacia imperial tradicionalmente se ha esmerado en ocultar esa realidad y, de ese modo, situarse en una

posición muy favorable en cualquier negociación con los países de la periferia. Una premisa de toda dominación es convencer al dominado de su impotencia y su irrelevancia.

A la vista de lo antes expuesto, plantearemos a continuación los términos en los cuales se desenvuelve el actual debate en torno a la explotación de los recursos naturales en América Latina. Como es sabido, en el plano internacional nuestra región marcha a la cabeza en lo tocante al reconocimiento a los derechos de la naturaleza. Las constituciones de Bolivia y Ecuador han marcado nuevos rumbos en lo que hace a la protección del medio ambiente. En el caso del último país, el avance ha llegado tan lejos como para sostener constitucionalmente que la naturaleza es un sujeto de derecho, una innovación radical que hace estallar las limitaciones del derecho burgués y que, entre otras cosas, faculta a cualquier persona a asumir la defensa de la naturaleza ante una agresión ocasionada por cualesquiera causas. Va de suyo que en la casi totalidad de los casos esta agresión es causada por empresas empeñadas en explotar, sin ninguna clase de reparos, los así llamados "recursos naturales".

Este avance en el terreno legal y constitucional fue producto de iniciativas tomadas por gobiernos de izquierda, los cuales, sin embargo, más pronto que tarde se vieron asediados por una cruel paradoja: ¿cómo mejorar la suerte de las clases populares –devastadas y empobrecidas desde épocas remotas, acentuados sus padecimientos por las políticas neoliberales impuestas, a su costo, desde los años ochenta– promoviendo políticas sociales activas y redistribuyendo la renta sin, al mismo tiempo, intensificar la explotación de los recursos naturales e insertarse, por esa vía, en la dinámica de la economía internacional? Todo esto puede resumirse en una polémica que sitúa, en un extremo, al así llamado "pachamamismo" (una postura que privilegia el respeto a la Madre Tierra por encima de cualquier otra consideración) y, en el otro, al "extractivismo" (la política de aprovechar la demanda que se origina en los principales países de la economía mundial y que potencia las exportaciones de bienes naturales). Pero este será el tema que abordaremos en el próximo capítulo.

Capítulo 6
Los bienes comunes en América Latina: el debate "pachamamismo vs. extractivismo"

Analicemos ahora el debate en curso acerca de las políticas que deberían seguir los gobiernos progresistas latinoamericanos en lo concerniente al aprovechamiento de sus bienes comunes. Pero antes de introducirnos de lleno en el tema, pasemos rápida revista al escenario global de los bienes naturales, a los efectos de poder calibrar la gravedad de la situación que hoy enfrenta la humanidad.

El investigador colombiano Renán Vega Cantor escribió un breve pero enjundioso artículo sobre el interminable saqueo de la naturaleza y el que padecen los parias del sur del mundo[115]. En su trabajo demuestra con mucha elocuencia el impacto predatorio que ha tenido la globalización capitalista, con la apertura incondicional de los países de la periferia a la voracidad de las grandes transnacionales, impulsadas por las perspectivas de obtener enormes ganancias en los negocios que hacen en nuestros países. Ahora bien, esto ocurre debido a la persistencia –y a la extensión geográfica y la profundización– de un modelo de consumo basado en el despilfarro, y a la irracional e irresponsable utilización de los bienes de la naturaleza que, tal como vimos anteriormente, es absolutamente insostenible, no ya en el largo plazo, sino también en el mediano.

Este saqueo de la Madre Tierra fue legitimado por las políticas neoliberales de estabilización y ajuste estructural, con el argumento de que constituían un aporte decisivo para "insertar" a las economías latinoamericanas en los mercados mundiales[116]. En línea con este modelo

115 Ver "Crisis y contraofensiva imperialista de Estados Unidos en América Latina", de Renán Vega Cantor, en <www.herramienta.com.ar/herramienta-web-5/crisis-y-contraofensiva-imperialista-de-estados-unidos-en-america-latina>.

116 Quienes sustentan estas tesis parecen desconocer que Nuestra América fue "insertada" mediante un baño de sangre en la economía mundial a partir de la Conquista, desde 1492 en adelante, si bien con ritmos y variantes diferentes según los países y las regiones.

de "crecimiento impulsado por las exportaciones" (*export led growth*), los gobiernos de la región (la mayoría con entusiasmo, algunos pocos con resignación) aceleraron la mercantilización de los bienes naturales y se introdujeron en una desaforada competencia internacional, en la que los países pobres fueron empujados a una demencial y suicida "carrera hacia abajo" (*race to the bottom*) en virtud de la cual abandonaron cualquier pretensión de establecer mecanismos de control y protección del medio ambiente y de sus propias poblaciones, dejando también de lado la posibilidad de aplicar un régimen tributario que permitiera, al menos en parte, reparar los pasivos ecológicos generados por esas políticas, para no hablar de una política de ingresos que defendiera el salario de los trabajadores. De lo que se trataba era de atraer al inversionista extranjero –casi invariablemente una gigantesca transnacional– reduciendo los costos laborales y ambientales a un mínimo absoluto.

La intensificación de la explotación de los bienes de la naturaleza es una de las facetas de la depredación medioambiental. La otra, que va de la mano con ella y es su compañera inseparable, es la fenomenal producción de desechos y desperdicios que a ritmo creciente se origina principalmente en el corazón del capitalismo: Estados Unidos/ Canadá, la Unión Europea y Japón, por la irracionalidad de un patrón de consumo que estimula el cambio incesante, la rápida renovación de los bienes y su planificada y acelerada obsolescencia, lo que plantea de inmediato el problema de qué hacer y cómo disponer de los millones de automóviles, teléfonos celulares, computadoras, equipos de todo tipo, pilas y baterías que entran en desuso continuamente. ¿Dónde depositarlos sin poner en riesgo la salud de la población o el medio ambiente, dado que muchos de ellos contienen materiales potencialmente muy dañinos? Vega Cantor cita en apoyo de su tesis al precursor del "ecosocialismo", el biólogo norteamericano Barry Commoner, quien afirmó que son los países pobres del sur, que no logran –¡ni jamás lograrán!– acceder a la riqueza o los niveles de consumo del norte, los obligados a cargar con los costes ambientales inherentes a ese modelo civilizatorio. Y esto por partida doble. Por un lado, aceptando metodologías de explotación de los bienes naturales que están prohibidas en el mundo desarrollado: por ejemplo, en la minería del oro, la separación de ese metal utilizando cianuro, cosa que se practica con total impunidad en América Latina; por el otro, convirtiéndose en receptores de desechos tóxicos, radioactivos (o cuando menos insalubres) de todo tipo, que los países desarrollados quieren trasladar lo más lejos posible de sus territorios. Este "imperialismo ecológico", como lo denomina Vega Cantor, pone en peligro la supervivencia de la especie humana. Como ya se ha mencionado, en pocas décadas más el ritmo de explotación de la naturaleza propio del capitalismo requerirá no de un planeta Tierra, sino de

dos, y no hay. Además, necesitaríamos un tercer planeta para alojar allí los desechos de esta mal llamada civilización[117].

En la base de este argumento se encuentran las célebres cuatro leyes de la ecología que Commoner explicitó en un libro publicado en 1971: *El círculo que se cierra*. En él este autor sostenía que (1) hay una sola ecosfera en la cual habitan todos los seres vivos. Por lo tanto, lo que afecta a uno de ellos afecta a todos los demás; (2) no se hallan "residuos" en la naturaleza, ni un lugar que esté "afuera" donde los desechos y desperdicios puedan ser arrojados sin alterar el funcionamiento de la exosfera; (3) los "avances tecnológicos" para mejorar la naturaleza no hicieron otra cosa que perjudicarla; (4) no existe el "almuerzo gratis" en la naturaleza: cada beneficio que se obtiene de ella tiene un costo y, más importante aún, en la naturaleza las deudas siempre se pagan. ¡Puede haber morosidad –lo cual ya de por sí es un grave problema– pero no hay *default*![118].

Un concepto clave para entender esta problemática es el de "ecosistemas". Los ecosistemas han sido "los conjuntos o escenarios en que se reproduce la vida. Un ecosistema determinado está definido por 'el medio abiótico físico-químico y las manifestaciones bióticas a las que sirve de soporte: microbios y bacterias, plantas, animales'. Para las sociedades, los ecosistemas han sido fuentes de riqueza y bienestar, en la medida en que no solamente son ensamblajes de especies, sino de 'sistemas combinados de materia orgánica e inorgánica y fuerzas naturales que interactúan y se transforman'. La energía que permite el funcionamiento del sistema proviene del sol"[119].

117 El tema de los desechos tóxicos preocupa también al BM. Su ex economista en jefe y posterior secretario del Tesoro de Bill Clinton, Lawrence Summers, propuso en 1991 la adopción de una política que forzara a los países pobres a aceptar desechos tóxicos. En un célebre memo dijo que "la lógica económica por detrás de alojar residuos tóxicos en países de bajos salarios es impecable. [...] Siempre pensé que los países con poca población de África se encuentran ampliamente subcontaminados". Diversas investigaciones demuestran que la mafia está fuertemente involucrada en el tráfico ilegal de residuos tóxicos, de los que suele disponer apelando al hundimiento de barcos cargados con esa clase de materiales. También, que el gobierno de Estados Unidos presionó a países como Haití, Guatemala y Somalia a aceptar en sus territorios desechos tóxicos. Ver <www.otrasalternativas.com.ar/2009/10/residuos-toxicos-la-basura-mas-cara-del.html>.

118 Commoner expuso estas cuatro leyes en *The closing circle: nature, man, and technology* (Nueva York: Knopf, 1971). Existe traducción en lengua castellana. John Bellamy Foster analizó en detalle la contradicción entre esas cuatro leyes y otras tantas del modo de producción capitalista en *The vulnerable planet: a short economic history of the environment* (Nueva York: Monthly Review Press, 1999).

119 Ver Renán Vega Cantor, "El imperialismo ecológico. El interminable saqueo de la naturaleza y de los parias del sur del mundo", en *Herramienta*, Nº 31, marzo de 2006, en <www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-31/el-imperialismo-ecologico-el-interminable-saqueo-de-la-naturaleza-y-de-los->.

Ahora bien: el grave problema que enfrenta la humanidad en el momento actual es el de la destrucción de los ecosistemas. Estos se formaron a lo largo de millones de años y son insustituibles: ni la ciencia ni la tecnología pueden reemplazarlos o repararlos. No se puede "inventar" el agua, o el petróleo, o los minerales. La destrucción de los ecosistemas es causada por la explotación desmesurada de los recursos que ellos ofrecen y que hacen posible la vida en este planeta. Conviene recordar que en la medida en que la especie humana utiliza los bienes de la naturaleza para su mantención –aun cuando quienes lo hacen sean poblaciones originarias completamente aisladas de la "civilización" capitalista– esto provoca inevitablemente una alteración en los ecosistemas. Lo que origina la crisis actual no es la interacción "hombre-naturaleza", sino la escala y la velocidad en que se utilizan los bienes naturales y se produce la degradación medioambiental a partir de la lógica del capital. El frenesí del consumo capitalista destruye en pocas décadas ecosistemas que se crearon a lo largo de cientos de miles de años –en ocasiones, millones de años– y que fueron utilizados para sustentar la vida humana durante milenios. Más grave todavía es el hecho de que esta depredación se lleva a cabo en la totalidad del globo terráqueo. Según Vega Cantor, el deterioro sufrido por los principales ecosistemas del planeta puede resumirse de la siguiente manera:

> El 75% de las principales pesquerías marinas está agotado por el exceso de pesca o ha sido explotado hasta su límite biológico; la tala indiscriminada de árboles ha reducido a la mitad la cubierta forestal del mundo; el 58% de los arrecifes coralinos está amenazado por destructivas prácticas de pesca, por el turismo y por la contaminación; el 65% de los casi 1.500 millones de hectáreas de tierras de cultivo que hay en todo el mundo presenta algún nivel de degradación del suelo; y el bombeo excesivo de aguas subterráneas por parte de los grandes agricultores en todo el mundo excede las tasas naturales de reposición en por lo menos 160 mil millones de metros cúbicos por año[120].

Apoyándose en las investigaciones de Michael Klare, nuestro autor concluye que entre los albores de la Revolución Industrial (aproximadamente 1770) y finales del siglo xx, el planeta Tierra "perdió más de un tercio de los recursos existentes [...] un 70% del bosque tropical seco ha desaparecido, junto con un 60% de los bosques de la zona templada y el 45% de la selva tropical húmeda (la mayor parte de la cual se sitúa en América del Sur)"[121].

120 Vega Cantor, "El imperialismo ecológico", op. cit.

121 Ver *Guerra por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*, de Michael Klare (Barcelona: Urano/Tendencias, 2003).

En una nota complementaria a su libro, Klare observa que "la era de las guerras por los recursos está próxima. En una importante declaración pública, el secretario de Defensa del Reino Unido, John Reid, advirtió que la combinación entre los efectos del cambio climático global y los mermados recursos naturales incrementa la posibilidad de conflictos violentos por tierras, agua y energía. El cambio climático, indicó, "hará más escasos los recursos y el agua limpia, y la tierra agrícola en buen estado será más escasa". Esto generará que la "emergencia por conflictos violentos sea más probable"[122]. Y, podríamos agregar, si Reid dijo tal cosa hablando en términos generales, en el ámbito interamericano la intensidad y violencia de esos conflictos puede ser de extrema gravedad. Tal como lo afirma el Documento Santa Fe IV para los Estados Unidos, con su exacerbado consumismo y su hipertrofia en materia de utilización de materias primas y combustibles, el acceso privilegiado a estos recursos no sólo es un asunto importante desde el punto de vista económico, sino una cuestión que hace a la seguridad nacional. Y cuando esto es lo que está en juego, la respuesta de Estados Unidos difícilmente transite por los carriles de la negociación diplomática. Máxime si, tal como lo demuestra abundantemente el ya mencionado trabajo de Mónica Bruckmann, el papel de China y –en menor medida, por ahora– el de la India como grandes competidores mundiales por el acceso a recursos naturales cada vez más difíciles de conseguir está destinado a tensar aún más la cuerda de las relaciones entre los países de América Latina y la superpotencia imperial. ¿Tolerará Washington cruzado de brazos que China compita por los recursos que considera indispensables para garantizar la seguridad nacional estadounidense?[123].

Dilemas de política económica en el Sur global

Para los países del Sur la explotación de los recursos naturales y los bienes que ofrece la Madre Tierra hoy plantean gravísimos dilemas de política económica. Esto se encuentra en la base de los trabajos de distinguidos activistas y académicos, como Alberto Acosta, del Ecuador, y Eduardo Gudynas y Raúl Zibechi, ambos del Uruguay[124]. A lo largo de los años, los

122 Ver "Se avecinan guerras por los recursos", de Michael Klare, en *Rebelión*, 21 de marzo de 2006, en <www.rebelion.org/noticia.php?id=28574>.

123 Sobre estos asuntos y los riesgos de una crisis bélica, ver Michel Chossudovsky (nota al pie 73, pág. 91).

124 La obra de estos autores es sumamente extensa. Los escritos de Eduardo Gudynas se encuentran en <www.gudynas.com/publicaciones/index.html>. Ver especialmente su *El mandato ecológico. Derechos de la naturaleza y políticas ambientales en la nueva*

dos últimos han escrito numerosos trabajos dedicados a cuestionar el extractivismo de los gobiernos de izquierda de la región, y, en el caso de Gudynas, a criticar las ausencias de una reflexión sobre la problemática ecológica en propuestas sobre el "socialismo del siglo XXI", como las esbozadas por el autor de estas líneas en un libro dedicado al asunto[125].

Tal como se señaló anteriormente, le cabe a nuestra región la honra de haber sido el territorio del mundo en el cual la problemática de la Madre Tierra y sus derechos adquirió rango constitucional. Pero la cosa no quedó sólo allí, sino que, como producto de numerosas y antiguas demandas de los pueblos originarios y los movimientos campesinos, se fue cristalizando una ideología, el pachamamismo, que radicalizó los planteamientos de protección y resguardo de la naturaleza[126]. En algunas versiones, este pachamamismo llegó tan lejos como para exigir a los gobiernos de los países de izquierda el abandono de cualquier pretensión de explotar los recursos naturales, colocando a aquellos ante un cruel y difícil dilema: ¿cómo conciliar la necesidad de responder a las renovadas demandas de justicia distributiva –elevadas por poblaciones que han sufrido siglos de opresión y miseria– con la intangibilidad de la naturaleza? Se trata de una contradicción que

Constitución (Quito: Abya Yala, 2009). Aparte de sus numerosos artículos periodísticos, algunos de los principales textos de Raúl Zibechi son *Política & miseria. La relación entre el modelo extractivo, los planes sociales y los gobiernos progresistas* (Buenos Aires: Lavaca, 2011); *América Latina: contrainsurgencia y pobreza* (Bogotá: Desde Abajo, 2010); y *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias latinoamericanas* (Buenos Aires: Lavaca, 2008). De la extensa producción bibliográfica de Alberto Acosta Espinosa, ver una de sus más recientes contribuciones: *La maldición de la abundancia* (Quito: Abya Yala, 2009). Véase asimismo el dossier sobre El capitalismo y la lucha ambiental en Latinoamérica publicado por la revista *Herramienta* (julio de 2012) Nº 50.

125 Se trata de mi *Socialismo siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2008).

126 Sobre el pachamamismo ha surgido un intenso debate. Uno de los disparadores fue dos artículos del por entonces director de *Le Monde diplomatique* en Bolivia, Pablo Stefanoni. Ver su "¿Adónde nos lleva el pachamamismo?" en *Rebelión*, 28 de abril de 2010, e "Indianismo y pachamamismo", en <www.rebelion.org/noticia.php?id=105233>. Stefanoni contestó la airada respuesta de sus críticos en "Pachamamismo ventrílocuo", en <www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3351>. Entre sus principales críticos se encuentran Raúl Prada Alcoreza, "Más allá del capitalismo y modernidad" en *Bolivian Research Review/RevistaE*, Vol. 8, Nº 2, octubre-noviembre de 2010; y Arturo Escobar, "Pachamámicos versus modérnicos" en *Línea de Fuego*, 6 de marzo de 2012, en <http://lalineadefuego.info/2012/03/06/pachamamicos-versus-modernicos-por-arturo-escobar/>. Ver también, en una línea más bien coincidente con Stefanoni, "Preguntas que el pachamamismo debería responder", de Andrés Solís Rada, en *Línea de Fuego*, 29 de noviembre de 2011, en <http://lalineadefuego.info/2011/11/29/preguntas-que-el-pachamamismo-deberia-responder-andres-soliz-rada/>.

antes no existía, debido al atraso de la conciencia ecológica de tiempos pasados. Por ejemplo, el presidente chileno Salvador Allende solía decir que "el cobre es el sueldo de Chile", y tenía toda la razón. Claro está que para el imaginario de la época la existencia de una gran minería a cielo abierto –la enorme mina de cobre de Chuquicamata, con su depredación ambiental– no constituía un problema. El avance de una conciencia ecológica y socialista hace de tal postura un planteo insostenible, como lo prueban en carne propia gobiernos como los de Rafael Correa en Ecuador, Evo Morales en Bolivia, Cristina Fernández en Argentina y, en otras cuestiones (sobre todo en energía hidroeléctrica), los sucesivos gobiernos del Brasil.

Esta discusión se tornó más intensa que nunca en los últimos años debido a la preocupación suscitada entre los gobiernos de la región por el desencadenamiento de la nueva crisis general capitalista, a la cual ya nos hemos referido en los primeros capítulos de esta obra. ¿Por qué? La razón es bien sencilla: a los efectos de paliar el impacto de la crisis, los gobiernos progresistas fueron aguijoneados a redoblar el impulso exportador. Ya antes de la crisis nuestros países habían sido presionados, bajo el influjo del neoliberalismo y las condicionalidades del BM y el FMI, a adoptar un patrón de desarrollo cuyo dinamismo se fundaba en el desempeño exportador más que en el vigor de la demanda interna. Y como los países de América Latina y el Caribe, sin excepción, se han desindustrializado y reprimarizado, el colofón ha sido acentuar la dependencia de los saldos exportables de materias primas, alimentos, minerales e hidrocarburos, para equilibrar la balanza comercial y financiar las políticas sociales y el proceso de desarrollo. Esto vale tanto para Brasil y México como para Bolivia y Ecuador, pasando por todos los demás[127]. En algunos casos, esto desencadenó un desenfrenado extractivismo, causante de innumerables problemas de todo orden: sociales, económicos, ecológicos e inclusive políticos, al deslegitimar gobiernos progresistas pero atrapados por el dilema crecimiento-distribución. Según autores como Gudynas y Zibechi, el extractivismo puede asumir dos variantes: una, el modelo clásico, centrado en la producción minera y los hidrocarburos, y caracterizado por un papel relativamente secundario del Estado, que simplemente deja las manos libres a la inversión extranjera para que haga y deshaga a su antojo. Casos de Chile y la Venezuela previa a la Revolución Bolivariana; o puede ser de nuevo tipo, como el que se está desarrollando en estos días en países como Argentina, Bolivia, Ecuador, Brasil, Colombia y Venezuela, con nuevas explotaciones mineras (litio, mercurio y otras además del cobre

127 El caso de México ha sido magníficamente examinado en *La compra-venta de México*, de John Saxe-Fernández (Barcelona: Plaza & Janés, 2002).

y el zinc) y, especialmente, con la desorbitada expansión del cultivo de la soja. En estos casos, el extractivismo está caracterizado por una presencia mucho mayor del Estado nacional como promotor, regulador y financiador (al menos en parte) de estos emprendimientos. Esta intensificación del modelo extractivista tiene profundos impactos ambientales: agravamiento de la deforestación, deterioro de los ecosistemas, pérdidas en la biodiversidad, contaminación de suelos, aguas y aire, inundaciones, incendios forestales y cambio climático.

Según Gudynas, los estragos del extractivismo se explican por varias razones: (a) la inexistencia o la debilidad de los controles fiscales en materia ambiental, potenciados por la flexibilidad exigida –o lograda mediante presiones extorsivas por las transnacionales– para invertir en nuestros países; (b) la falacia de una "contabilidad ecológica" que, contrariando una de las leyes de Commoner, supone que en la relación con la naturaleza todo puede ser ganancia y que no existen costos. No se toman en cuenta en esos cálculos el deterioro producido por la irracional explotación de la naturaleza y los impactos sociales de la degradación medioambiental, desde catástrofes mal llamadas "naturales" (porque en realidad son creadas por la depredación capitalista, como las inundaciones y las sequías) hasta las múltiples enfermedades de las que son víctimas las poblaciones afectadas. Además, como si esto fuera poco, las pérdidas ocasionadas por el descontrolado extractivismo se trasladan a los gobiernos locales o provinciales, con lo cual quedan relativamente invisibilizados ante la opinión pública; (c) el hecho de que en la mayoría de los casos la explotación intensiva de los recursos naturales se realice en regiones apartadas, de difícil acceso y sobre las cuales la prensa difícilmente informa. Aparte de eso, los *lobbies* que defienden los intereses vinculados con el extractivismo son muy eficaces a la hora de ocultar los estragos de esas actividades ante el resto de la población, situación que se agrava por el desconocimiento de quienes son las víctimas directas e inmediatas de la degradación de los ecosistemas y, peor aún, de quienes podrían ser las víctimas en el largo plazo; (d) por último, los altos precios de las *commodities* ejercen una influencia incontrastable en gobiernos agobiados por la crisis económica internacional, endeudados y necesitados de recursos para solventar las políticas sociales requeridas para contrarrestar las consecuencias estructurales de largos años de políticas neoliberales, sobre los cuales se sobrepone la crisis actual. Por ello, relajan los controles ambientales y laborales, ofrecen subsidios, garantizan protección y "estabilidad jurídica" a las transnacionales –entre otras cosas, comprometiéndose por décadas a no modificar los impuestos aplicables a la actividad, o las actuales alícuotas de los impuestos existentes–, a la vez que autorizan la irrestricta remesa de las utilidades y les otorgan, al mismo tiempo, ventajas en relación con la liquidación de las divisas producto de sus exportaciones en el mercado local. Va de suyo que este abanico de políticas gubernamentales no sólo perjudica la sustentabilidad medioambiental, sino que también favorece el drenaje de recursos financieros fuera del país y profundiza el subdesarrollo de nuestras naciones. Tomando el caso particular de Chile, Gudynas ha demostrado que si durante la presidencia de Ricardo Lagos las transnacionales mineras remitieron a sus casas matrices utilidades por valor de 3.500 millones de dólares, bajo su sucesora Michelle Bachelet esta cifra ascendió a 25.000 millones de dólares. ¡Y eso que Chile es uno de los países de la región en donde la organización estatal tiene antigua tradición y se encuentra más desarrollada![128]. En el caso argentino, la minería de oro a cargo de la Barrick Gold goza de toda clase de preferencias y subsidios, y paga nominalmente una regalía del 3% sobre el valor de sus exportaciones de oro. No sólo se trata de una proporción ridícula, sino que, además, la empresa exporta también lo que se denomina "escombro", y que contiene minerales valiosísimos que son vendidos al exterior sin dejar contraparte alguna para nuestro país. Todo esto, por supuesto, sin ninguna clase de fiscalización pública que revise lo que se exporta, ya que los únicos datos al respecto son los que aportan las muy poco confiables "declaraciones juradas" de la empresa.

No obstante, cualquier análisis sobre esta problemática no puede soslayar el hecho de que los ingresos por las exportaciones extractivistas han servido para financiar amplios programas de políticas sociales, tanto más necesarios en momentos como el actual. El caso de Bolivia es una excelente muestra de lo que venimos diciendo, ya que aproximadamente la tercera parte de la población de ese país percibe algún tipo de transferencia de parte del gobierno nacional a través de programas como el Juancito Pinto, Juana Azurduy o la Renta Dignidad para los ciudadanos de la tercera edad; en Argentina, los ingresos derivados de la aplicación de un impuesto a la exportación de soja (un 35% por concepto de "retenciones") han sido fundamentales para financiar un amplio programa de prestaciones sociales. No muy diferente ha sido la situación de otros países: en el caso del Brasil, la laxitud imperante en relación con la problemática ecológica motivó la sonora renuncia de Marina Silva al Ministerio del Medio Ambiente durante la gestión de Lula, su renuncia al Partido de los Trabajadores y su adhesión al Partido Verde, con el cual obtuvo casi el 20% de los votos en la primera vuelta de las elecciones presidenciales brasileñas de 2010. Si bien estos programas financiados por la bonanza exportadora de bienes naturales

128 "Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual", de Eduardo Gudynas, en <www.ambiental.net/publicaciones/GudynasNuevoExtractivismo10Tesis09x2.pdf> pág. 199.

sirven como paliativos para la angustiosa situación social que caracteriza a los países del área (recordar que América Latina es el continente de mayor desigualdad de ingresos del mundo), lo cierto es que el frenesí extractivista genera nuevos costos sociales y ambientales que requieren la urgente atención de nuestros gobiernos. Sin exagerar, podría decirse que estamos en presencia de un auténtico círculo vicioso.

Organizando el saqueo: el proyecto IIRSA

Antes de examinar la reacción ante la ofensiva extractivista convendría dedicar unas pocas líneas a la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA). Se trata de un proyecto que tuvo su partida de nacimiento en el marco de la reunión de presidentes sudamericanos convocada por el presidente Fernando H. Cardoso en Brasilia entre el 31 de agosto y el 1 de septiembre de 2000. En esa ocasión, el BID, cuya absoluta fidelidad a las políticas del Consenso de Washington nos exime de cualquier esfuerzo argumentativo, presentó a pedido de Cardoso un Plan de Acción para la Integración de la Infraestructura de Sudamérica. Dicho plan era un ambicioso programa concebido para ejecutar proyectos de infraestructura física y favorecer cambios en las legislaciones, normas y reglamentos nacionales, con el objeto de facilitar el comercio regional y global. La IIRSA es, en consecuencia, un proyecto que no surge como respuesta a las necesidades sociales y económicas de la región, ni de la demanda de la sociedad civil, movimientos sociales y fuerzas políticas, sino que fue concebido por el BID con la intención de desarrollar e integrar las infraestructuras de transporte, energía y telecomunicaciones para consolidar la orientación exportadora de las economías latinoamericanas en un plazo de diez años. Se busca, de este modo, organizar el espacio geográfico sudamericano basado en el desarrollo de un complejo sistema regional de transporte terrestre, aéreo y fluvial; de oleoductos, gasoductos, hidrovías, puertos marítimos y fluviales, y tendidos eléctricos y de fibra óptica, entre los más destacados; todo esto, por supuesto, absolutamente dentro de la lógica del neoliberalismo. Estas obras deberían materializarse en "diez ejes de integración y desarrollo", corredores que concentrarán las inversiones para incrementar el comercio y crear cadenas productivas conectadas con los mercados del mundo, principalmente Asia, América del Norte y Europa. Lo que brilla por su ausencia en este proyecto es una tentativa seria de integrar efectivamente a los países sudamericanos con iniciativas como las propuestas por el presidente Hugo Chávez del Gasoducto del Sur, orientada principalmente a la satisfacción de las grandes mayorías nacionales, las empresas pequeñas y medianas, las cooperativas, los campesinos, las comunidades indígenas y los productores independientes que en su

gran mayoría carecen de abastecimiento de gas domiciliario, en lugar de hacerlo, como es el caso de los proyectos de la IIRSA, en beneficio exclusivo del pequeño sector exportador de nuestras economías. No sorprende constatar, dadas estas condiciones, que el financiamiento para la IIRSA provenga principalmente del BID, la Corporación Andina de Fomento (CAF) y el Fondo Financiero para el Desarrollo de la Cuenca del Plata (FONPLATA), además de los importantes aportes del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social de Brasil (BNDES) y, aparentemente, también del BM, con lo que está todo dicho en lo concerniente a la filosofía que impregna sus emprendimientos. Como si lo anterior no fuera suficiente, se debe recordar que la IIRSA había sido, desde su creación, un activo promotor del difunto ALCA y que apoya activamente las propuestas conocidas como el Plan Puebla-Panamá y el Plan Colombia, ambas tendientes a facilitar la apropiación de los recursos naturales de esas regiones por parte de las grandes transnacionales estadounidenses[129].

El plan aprobado por los presidentes en la reunión de Brasilia fue auspiciado, promovido y desarrollado conceptual y técnicamente por el BID y la CAF, ambas instituciones acérrimas opositoras al ALBA. Según se informa en el propio sitio web de la IIRSA, los gobiernos han conformado una cartera consensuada de 507 proyectos de infraestructura de transporte, energía y comunicaciones, que se encuentran reunidos en 47 grupos de proyectos y que representan una inversión estimada de 69 mil millones de dólares que, con el correr de los años, se transformarán en una suma mucho mayor, que acrecentará la deuda externa latinoamericana y beneficiará a las grandes transnacionales que se harán cargo de las obras requeridas por el proyecto. Aparentemente, las propuestas ya en grado de ejecución inicial estarían demandando algo más de la mitad de esa cifra, es decir, 37 mil millones de dólares, pero no existe una confirmación oficial de la misma y, además, será muy difícil de obtener, por los grandes márgenes de discrecionalidad y secreto con que se maneja el proyecto.

129 Información sumamente autocomplaciente a propósito de esta iniciativa se encuentra en <www.iirsa.org//>. Las cifras que maneja la IIRSA son sumamente contradictorias, en función de la propia información oficial de ese organismo. En fin, se trata de una iniciativa muy poco transparente, sin un adecuado control público de las grandes sumas que, en todos los casos, engrosarán la deuda externa que deberán pagar nuestros pueblos. Análisis críticos de esta iniciativa se encuentran en *Territorialidad de la dominación*, de Ana Esther Ceceña, Paula Aguilar y Carlos Motto (México DF: Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, 2007); "Integración (silenciosa) de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA)", de FOBOMADE, en *Rebelión*, 17 de septiembre de 2003; y "ALCA/IIRSA, Plan Colombia y el Eje del Desarrollo Occidental", de Lusbi Portillo, en *Rebelión*, 15 de abril de 2004.

Dados estos antecedentes, no sorprende comprobar las reacciones y protestas que han surgido a lo largo y ancho del continente en contra de la IIRSA. Lo anterior obedece a varias causas: en primer lugar, porque tal como ocurrió con el abortado Acuerdo Multilateral de Inversiones (MIA, por sus siglas en inglés) –negociado en secreto y descubierto gracias a un error informático por una ONG canadiense que, al publicitar los contenidos de los borradores del MIA, precipitó un fenomenal aluvión de mensajes y quejas de todo tipo que obligaron a cancelar la iniciativa– los proyectos de la IIRSA se diseñan y desarrollan sin la menor participación, no sólo de las sociedades civiles involucradas o afectadas por sus megaemprendimientos, sino que los mismos ni siquiera son ventilados en los organismos públicos, agencias estatales y poderes del Estado, como el Legislativo y el Judicial, y se ejecutan siempre en el mayor secreto, contribuyendo de este modo a deslegitimar aún más a las desprestigiadas democracias de la región. En segundo lugar, el trazado de los "ejes" se preocupa exclusivamente por interconectar áreas en donde se encuentran grandes reservas de recursos naturales o núcleos de producción orientados hacia los mercados internacionales. Los ejes que aparecen en el sitio web de la IIRSA son los siguientes:

- Eje Andino (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia).
- Eje Andino del Sur (Argentina, Bolivia, Chile).
- Eje Interoceánico Capricornio (Antofagasta, Chile; Jujuy, Argentina; Asunción, Paraguay; Porto Alegre, Brasil).
- Eje de la Hidrovía Paraguay-Paraná.
- Eje del Amazonas (Colombia, Ecuador, Perú, Brasil).
- Eje del Escudo Guayanés (Venezuela, Brasil, Surinam, Guyana).
- Eje del Sur (Talcahuano-Concepción, Chile; Neuquén-Bahía Blanca, Argentina).
- Eje Interoceánico Central (Perú, Chile, Bolivia, Paraguay, Brasil).
- Eje MERCOSUR-Chile (Brasil, Uruguay, Argentina, Chile).
- Eje Perú-Brasil-Bolivia.

Para resumir, según Marcel Achkar y Ana Domínguez, existe una íntima relación y una sutil división de tareas entre el ALCA y la IIRSA: mientras que el primero se preocupaba por establecer el marco jurídico, administrativo y político de la globalización neoliberal, la IIRSA se encarga de proveer la infraestructura necesaria para concretar ese proyecto de liberalización comercial impulsado por Estados Unidos, cuyos beneficiarios excluyentes serán las grandes transnacionales. En otras palabras, la IIRSA es una especie de "ALCA silencioso" que facilitaría de facto la apropiación de las riquezas naturales y la dominación del continente americano, ya que, de esta forma, tanto el ALCA como el Tratado de Libre Comercio para América del Norte (TLCAN) les

permitirán a Estados Unidos y a las transnacionales ejercer un control de todos los recursos naturales (energéticos, mineros, agua, bosques, suelos, ríos, etcétera) de los países americanos y el usufructo ilimitado de los mismos por parte de esta nación[130]. El control de estos recursos es el objetivo supremo de las corporaciones multinacionales, y es el motivo por el cual se propone llevar a cabo la iniciativa de integración física de nuestros territorios, lo que constituye, precisamente, la misión de la IIRSA[131]. Se debe recordar que la construcción de dicha infraestructura era uno de los objetivos fundamentales del ALCA, y que todo esto tiene una lógica muy clara. El TLCAN (inaugurado el 1 de enero de 1994), la propuesta del ALCA (lanzada por Bill Clinton en diciembre 1994), el Plan Colombia (propuesto en 1999), el proyecto IIRSA (lanzado en Brasilia el 1 de septiembre de 2000) y el Plan Puebla-Panamá (puesto en marcha en marzo de 2001) forman un conjunto coherente de dispositivos e instrumentos diseñados para consolidar la dominación integral de los Estados Unidos en América Latina y el Caribe. Más específicamente: con el Plan Puebla-Panamá los Estados Unidos procuran crear la infraestructura física para consolidar su indisputado control sobre Mesoamérica; con la IIRSA, buscan los mismos resultados en el vasto escenario sudamericano. Es por eso que este constituye el supuesto necesario para que se pueda concretar el ALCA, con o sin la firma de un tratado explícito, cosa que ya fue rechazada en Mar del Plata. Al fin de cuentas, como lo recuerda uno de los estudiosos del tema, "el ALCA y la IIRSA son dos caras de la misma moneda"[132].

Reacción "pachamamista" y los imperativos de la gestión gubernamental

Ante los desquicios provocados por el extractivismo ha surgido la reacción "pachamamista". Evo Morales, uno de los presidentes más atacados por esta corriente, lo planteó con total claridad cuando preguntó "¿Y de qué va a vivir Bolivia si no explota sus recursos naturales? ¿Cómo superaremos un retraso que viene de siglos si carecemos de los más elementales recursos para invertir en desarrollo social?". De ahí que

130 Un ejemplo de cómo combatir al ALCA lo ofrece la política exterior de la Venezuela bolivariana. Ver *Petroamérica vs. ALCA. Conversaciones con Luis Bilbao*, de Alí Rodríguez (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2004).

131 Ver *IIRSA. Integración de Infraestructura Regional Sudamericana. Otro paso en la explotación de los pueblos y territorios sudamericanos*, de Marcel Achkar y Ana Domínguez (coords.) (Montevideo: Programa Uruguay Sustentable/Redes Amigos de la Tierra del Uruguay, 2006).

132 Ver el mencionado artículo de Luisbi Portillo, "ALCA/IIRSA...", op.cit.

su propuesta haya sido nada menos que "industrializar la naturaleza", cosa que por otra parte es una obligación estipulada en la Constitución Política del Estado. En el caso uruguayo, la campaña electoral que consagró el triunfo del presidente José "Pepe" Mujica irritó sobremanera a los ecologistas de ese país, porque en el programa del Frente Amplio/ Encuentro Progresista no existía absolutamente ninguna cláusula referida al medio ambiente. No sólo eso: una vez asumido el poder, Mujica produjo una serie de gestos muy claros para atraer la inversión extranjera garantizando, en los hechos, un conjunto de prerrogativas y una libertad de movimientos para las empresas pocas veces vistos en la historia del Uruguay. De hecho, una de las mayores, sino la mayor inversión en megaminería de hierro, estaría por concretarse –si es que no lo hizo ya– en ese país. En el Ecuador, el presidente Correa desarrolló ingeniosos esquemas para, por ejemplo, abstenerse de extraer petróleo del Parque Nacional Yasuní-ITT (una bellísima y estratégica reserva ecológica ecuatoriana) a cambio de una compensación parcial por los ingresos petroleros caídos, que debería ser aportada por un fideicomiso de países desarrollados, supuestamente interesados en disminuir la contaminación atmosférica. La negociación, que había despertado muchas expectativas, finalmente se frustró ante la previsible mezquindad y desinterés de los gobiernos capitalistas poco dispuestos a poner dinero detrás de sus falsas declaraciones de amor por la naturaleza. Es innecesario señalar el muy negativo impacto que esto tuvo en la situación interna del Ecuador, en donde cierta dirigencia de los movimientos indígenas se montó sobre esta frustración para lanzar una andanada de críticas sobre el gobierno de Correa que continúa hasta el día de hoy.

No está demás aclarar, en relación con lo anterior, que no pocas ONG que proliferan en el mundo andino, en apariencia inofensivas y sólo preocupadas por el bienestar de los pueblos originarios y la defensa del medio ambiente, son en realidad organizaciones pantalla de la CIA, la National Endowment for Democracy (NED) o la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES). La NED es una organización establecida en 1983 por el Congreso de Estados Unidos a solicitud del presidente Ronald Reagan. Agrupa en su seno a los representantes de los dos partidos principales de ese país, y su talante y sus proyectos llevan el claro signo de su reaccionario inspirador. Financia fuertemente a organizaciones sociales y políticas pronorteamericanas en casi un centenar de países, desembolsando más de mil donativos por año siendo uno de los vehículos predilectos del intervencionismo de Washington en la región y reemplazando algunas de las labores que antes hacía la CIA. La NED está particularmente activa en Venezuela y, con menor visibilidad pero igual vocación, en Bolivia, Ecuador, Nicaragua y la mayoría de los países del área. En América Latina sus principales objetivos son lograr el "cambio de régimen" en Cuba, bregar por mejorar la situación de los derechos humanos presuntamente pisoteados en la isla y colaborar con "socios locales" para poner fin a las "experiencias populistas" en curso en Sudamérica. Un párrafo de su sitio web nos exime de mayores comentarios: "Reformas institucionales muy innovadoras para promover la efectividad y transparencia del gobierno en países como Brasil, Colombia, México y Perú corren en paralelo con reformas regresivas aprobadas para recortar los derechos civiles y políticos, extender las atribuciones del Ejecutivo y promover la caprichosa intervención del Estado en los países que abrazan el así llamado 'Socialismo del siglo XXI'"[133]. La FAES es un engendro del Partido Popular de España y su presidente es José María Aznar, que se mantiene en el cargo desde su creación, en 1989. Sus objetivos reflejan nítidamente los de la NED, y actúan incluso con mayor agresividad que aquella, pero en Latinoamérica[134]. Como decíamos anteriormente, no pocas ONG que se desempeñan en nuestros países son brazos ejecutores de la CIA, la NED y la FAES. De hecho, su involucramiento en las luchas políticas internas llama poderosamente la atención. En Bolivia y Ecuador se ha comprobado que esas ONG y varias iglesias evangélicas penetran profundamente en algunas comunidades originarias y convencen a los nuevos adeptos de que deben dejar de lado las tradicionales prácticas sociales basadas en la reciprocidad y los lazos comunitarios y organizar su vida priorizando por encima de cualquier otra cosa sus intereses individuales. El argumento usado por esas organizaciones es que el atraso secular de los pueblos originarios habría sido causado por la persistencia de esas formas arcaicas y colectivistas de organización económica y social, y que la envidiable pujanza de países como Estados Unidos es hija del individualismo. No es necesario avanzar demasiado en esta línea para comprobar las derivaciones políticas de este proceso de recolonización cultural.

Las opciones extractivistas –surgidas tal vez más de la necesidad que de la elección– de los gobiernos de izquierda y centroizquierda latinoamericanos vinieron de alguna manera a revertir un sentido común muy establecido en nuestra región (entre otras cosas, gracias a la obra de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, en los años cincuenta y sesenta), según el cual el desarrollo estaba asociado con la industrialización, el mercado interno y las exportaciones manufactureras. Eso era "progresista" en aquellos años, y la influencia de esta cosmovisión era tan fuerte que aun gobiernos de facto y dictatoriales, como el de los militares brasileños y argentinos de la década del

133 Sobre la NED ver: <www.ned.org/where-we-work/latin-america-and-caribbean>.
134 Ver <www.fundacionfaes.org/es/groups/pensamiento>.

sesenta, no dejaron de estar influidos por ella. La situación comenzó a cambiar con el desencadenamiento de la contrarrevolución neoliberal de la década del setenta, liderada por Pinochet en Chile, Videla en la Argentina y seguida, poco después, por Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos. A partir de allí, y con un fundamento pseudocientífico en la teoría de la división internacional del trabajo (magníficamente refutada, entre otras cosas, en un reciente libro del presidente Rafael Correa), la especialización productiva en materias primas y alimentos y el abandono de una política industrial pasaron a ser la marca distintiva de esos gobiernos y, lamentablemente, de sus sucesores constitucionales pero sólo parcialmente democráticos[135].

En consecuencia, si antes el progresismo era industrialista, hoy es extractivista, primarizador y exportador. Nuestros países están exportando naturaleza, algo que se puede comprobar muy fácilmente calculando la proporción que suman las materias primas sin elaborar, los alimentos y los hidrocarburos sobre el total de las exportaciones. Para colmo de males, la misma creciente integración económica entre los países de la región (sobre todo en el caso del MERCOSUR, el esquema integracionista más avanzado del área) si bien favoreció el intercambio de productos manufacturados, no logró revertir la ascendente gravitación de la economía mundial sobre la composición de las exportaciones latinoamericanas[136].

A esta altura de nuestra exposición se torna evidente que la discusión acerca del pachamamismo como política radical de conservación

135 Digo "constitucionales" y no "democráticos" porque, según mi entender, los países que ameritan esa calificación en América Latina son Venezuela, Bolivia y Ecuador, dado que sus constituciones y marcos institucionales contemplan y viabilizan la frecuente participación de la población mediante referendos constitucionales, asambleas constituyentes, referendos revocatorios, etcétera. Se debe tener en cuenta, por ejemplo, que, según lo plantea Juan Carlos Gómez Leyton, ¡ninguna de las tres constituciones establecidas en el Chile republicano (1833, 1925 y 1980) surgió de una asamblea constituyente o fue ratificada por el voto popular! Hay que añadir a los tres países anteriores el caso de Cuba, con un modelo político muy distinto pero con un democratismo de base que llevó al propio Robert Dahl, la figura consular de la teoría norteamericana del liberalismo democrático, a admitir la necesidad de ampliar la categoría de democracia para dar cuenta de la especificidad del caso cubano. Más antecedentes de esto en mi *Aristóteles en Macondo* (Córdoba: Espartaco Córdoba, 2009). El libro de Correa lleva por título *Ecuador: de Banana República a la No República* (Buenos Aires: Sudamericana, 2010).

136 Sobre el papel de China y –en menor medida, la India– en relación con los procesos de integración de América Latina, ver "Recuperando el espíritu de Bandung: China y la integración latinoamericana", de Mónica Bruckmann, en *Comunicação & Política* (Río: Centro Brasileiro de Estudos Latinoamericanos) Vol. 29, Nº 2, mayo-agosto de 2001, pp. 125-158.

de la naturaleza, de su práctica intangibilidad, coloca a los gobiernos de izquierda y centroizquierda ante un callejón sin salida. Lo mismo puede decirse en relación con el resurgimiento nostálgico de pretendidas ilusiones basadas en las potencialidades de una "economía familiar/campesina" para poner coto a las injusticias y depredaciones causadas por el auge del agronegocio en los países del área. Si bien la preservación de la agricultura familiar es un objetivo encomiable, lo cierto es que la presión que el crecimiento demográfico plantea a nuestros países condena irremisiblemente al fracaso cualquier tentativa de retornar a tecnologías tradicionales cuya productividad por hectárea es, en algunos casos y en algunos cultivos, equivalente a la de Francia… ¡en la época del imperio romano! Bolivia, por ejemplo, ha enfrentado graves problemas para lograr una alimentación adecuada para su población. Se deben recordar los incidentes estallados a finales de 2010 causados por el "gasolinazo", pero también por la carestía de los alimentos y el crítico faltante de azúcar, esencial para afrontar los rigores que imponen las alturas del altiplano. Hay quienes afirman –equivocadamente, según nuestro entender– que Bolivia podría alimentar a su población de casi 10 millones de habitantes recurriendo a las técnicas de cultivo de los pueblos originarios (algo, entre paréntesis, ¡que José Carlos Mariátegui había descartado ya en la década del veinte del siglo pasado!). Y decimos "equivocadamente" porque Bolivia posee mucho más de 10 millones de habitantes, si se cuentan los casi 3 millones de bolivianos que cálculos conservadores estiman viven fuera de su país (en Argentina y España, principalmente), debido precisamente a la pobreza, la exclusión social y la imposibilidad de acceder a un tenor de vida adecuado y digno. Una Bolivia dispuesta a alimentar a 13 millones de habitantes no tiene otra alternativa que la de utilizar las más eficientes y productivas tecnologías agrícolas, que garanticen un alto rendimiento por hectárea y una producción que permita abastecer sin problemas a toda la población. Claro está que esas modernas fuerzas productivas operan sobre un paisaje agrario definido, entre otras cosas, por su gran extensión, lo cual requeriría un proceso de concentración de las pequeñas parcelas campesinas en unidades –tal vez bajo la forma de cooperativas– que alcancen una escala tal que justifique el empleo de las maquinarias y las sofisticadas técnicas productivas de hoy en día. Se trata de una opción muy compleja y de resultado incierto, porque no es tan sencillo separar las fuerzas productivas de las relaciones sociales de producción[137]. Pero así como Lenin planteó en su tiempo que el socialismo era

137 En todo caso, y a los efectos de aportar una mirada sobria a esta cuestión, es necesario evitar caer en triunfalismos tecnologicistas porque, al fin y al cabo, la masiva introducción de refinadas tecnologías en la explotación agraria no pudo resolver el

igual a "soviets + electricidad", y procuró arrebatar esa nueva fuente de energía del control de las empresas capitalistas, en el momento actual el socialismo también implica algún tipo de "soviets" (entendido como alguna forma de estructuración del poder popular, más allá de lo permitido o consentido por la institucionalidad burguesa) unido a la apropiación de la más moderna tecnología que hoy reposa en manos de las transnacionales. Por eso, más allá de su evidente fuerza moral, el pachamamismo no puede ser entendido como una solución viable a los problemas y desafíos que plantea el mundo actual. Su llamado a respetar la naturaleza, por sensato que sea, no logra ocultar la necesidad de también respetar al género humano y de procurarse razonablemente su sustento mediante la utilización racional y responsable de los bienes naturales. Cuando el pachamamismo afirma, con razón, que la preservación de una especie animal es un objetivo loable y digno de ser perseguido sin desmayos, mucho más debe serlo la protección de la especie humana. Y si el capitalismo se posiciona en contra de la naturaleza para superexplotarla sin otro objetivo que el de maximizar su ganancia, no se puede adoptar una lógica que sea su simétrico reverso, argumentando que la única manera posible de existir y la ruta para el "buen vivir" de los pueblos originarios sólo podrá ser alcanzada custodiando la intangibilidad de la naturaleza. Se debe recordar, además, que los modos tradicionales de producción campesina también alteran a la Madre Tierra y que cualquier intervención humana, cualquiera sea su dispositivo tecnológico, lo hace. Claro, nadie de manera tan brutal y dañosa como en el capitalismo con su criminal megaminería a cielo abierto o la desenfrenada expansión del monocultivo de la soja; o en el productivismo pseudosocialista, basado en los mismos principios que el capitalismo. De lo que se trata es de buscar un punto de equilibrio, siendo conscientes, asimismo, de que ningún gobierno, y mucho menos de izquierda, puede hacer oídos sordos a la necesidad de promover el desarrollo de su economía, sin la cual no podrá haber escuelas, universidades, hospitales, jardines infantiles, programas sociales, carreteras, puentes y la infraestructura necesaria para que el "buen vivir" sea algo más que una entelequia y se convierta en una palpable realidad.

Por otra parte, no es posible soslayar el hecho de que si la construcción del socialismo en un solo país ha demostrado ser una empresa, si no imposible, por lo menos plagada de dificultades, no menos difícil sería tratar de implementar el "pachamamismo en un solo país", es decir, una política de respeto a la naturaleza, mientras el conjunto

problema del hambre a nivel mundial. Más que con el desarrollo de las fuerzas productivas, este tiene que ver con la naturaleza de las relaciones sociales existentes en una sociedad en un momento determinado de su desenvolvimiento.

de la comunidad internacional no aúne esfuerzos en pos de este ideal. Esto supone la inmensa tarea de modificar los patrones de consumo irracionales, derrochistas e irresponsables del capitalismo avanzado. ¿Podrá lograrse tal cosa en ausencia de una profunda revolución social? Una de las críticas que pueden formularse a quienes (como Eduardo Gudynas y tantos otros) pregonan la necesidad de llegar primero a un extractivismo "sensato" –es decir, que para 2020 no supere el 30% de las exportaciones de nuestros países– reside precisamente en la debilidad de una argumentación a favor de una racional y cuidadosa apropiación de los recursos naturales liberada de los condicionamientos y limitaciones que plantea el capitalismo, y su modelo de consumo, en su actual fase imperialista. Estamos de acuerdo en la meta, pero para ello nos parece que es necesario hablar de –¡y hacer!– una revolución socialista. Dentro del capitalismo tal solución es inviable. La automoderación en el consumo y la adopción de un estilo de vida signado por la austeridad sólo son posibles si se pone fin a la dominación del capital.

En otras palabras, ¿qué es lo que propone el pachamamismo? ¿Un modelo alternativo de desarrollo o, como dicen algunos, de abandonar por completo el objetivo del desarrollo? Quienes sostienen esta segunda postura exhortan a la "desmaterialización" de las economías, a la reducción a lo mínimo indispensable del uso de las materias primas y la energía y a la concentración de los esfuerzos en el "buen vivir" y en la calidad de la vida de nuestras poblaciones. Pero ¿es razonable proponer estos fines, este "no desarrollo", en poblaciones en las cuales todavía el hambre hace estragos, la desnutrición es rampante, las enfermedades curables y prevenibles se cobran miles de víctimas cada día, el analfabetismo sume en la ignorancia y la superstición a millones de latinoamericanos que, además, viven en chozas construidas en sitios de extremo riesgo, como laderas de montañas que se derrumban o a la vera de ríos que, en sus crecidas, arrasan con todo? ¿Es posible acceder al "buen vivir" proclamado por los pueblos originarios en condiciones de tremenda escasez y privación? Tal como lo veremos en el próximo capítulo, desde nuestro punto de vista tal cosa es imposible; pero aun si no lo fuera, tal estrategia suscitaría importantísimos problemas éticos. Porque ¿hasta qué punto podríamos estar autorizados a exigirles a los países que, no por propia voluntad, sino a causa de la dominación imperialista quedaron sumidos en el atraso y el subdesarrollo, que se resignen a permanecer en esa situación, o tal vez a conformarse con un módico progreso, pero a años luz de los niveles de vida de los países que se beneficiaron durante siglos del despojo colonial? ¿Tiene sentido construir un modelo sustentable ecológicamente pero que congele las asimetrías internacionales creadas por el imperialismo?

Recapitulando: la crítica al pachamamismo no debe ser interpretada como un aval al extractivismo. El primero es inviable y el segundo

es una alternativa difícilmente soslayable en el corto plazo, aun para los gobiernos de izquierda. Pero es imprescindible neutralizar sus desastrosos impactos, para lo cual será preciso construir minuciosos mecanismos de fiscalización de las actividades ligadas al extractivismo, imponer normas rígidas y controles sobre las mismas, y buscar aceleradamente la coordinación internacional –al menos en el marco de América del Sur– de este tipo de políticas frente a las transnacionales extractivistas, porque de lo contrario, estas utilizarán su enorme poderío para chantajear a algunos gobiernos y dar por tierra cualquier tentativa de monitoreo y control de sus actividades. Además, habrá que diseñar una adecuada política tributaria que permita captar una parte significativa de las superganancias y/o la renta extraordinaria de la cual se apropian esas compañías. Como se ve, son todas medidas transitorias mientras nuestros pueblos construyen un nuevo orden económico, político y social claramente poscapitalista a partir de la premisa de que no hay solución para estos problemas dentro del capitalismo.

En el capítulo siguiente estudiaremos más en profundidad algunos aspectos relacionados con el tema del "buen vivir" o el "vivir bien" y su relación con los procesos de transformación actualmente en curso en América Latina.

Capítulo 7
El "buen vivir" (*sumak kawsay*) y los dilemas de los gobiernos de izquierda en América Latina

En años recientes, América Latina ha realizado un crucial aporte filosófico y ético-político al instituir, en dos nuevas constituciones del mundo andino, Bolivia y Ecuador, una nueva concepción doctrinaria superadora de los clásicos derechos y garantías establecidos en el marco del constitucionalismo liberal. Se trata del *sumak kawsay*, convencionalmente traducido como "buen vivir" o el "vivir bien". Uno de los aspectos fundamentales de este nuevo concepto es la postulación de una relación entre sociedad, individuo y medio ambiente completamente distinta –y hasta podría decirse antagónica– de la que se plasmó con el advenimiento de la Modernidad. En la actual formulación constitucional de Ecuador y Bolivia, el medio ambiente se presenta como la Madre Tierra y, en virtud del nuevo marco normativo, como un inédito y novísimo sujeto de derecho[138].

138 En el caso de Ecuador, la Constitución de la República de 2008 establece: "Nosotras y nosotros, el pueblo soberano del Ecuador [...]. Reconociendo nuestras raíces milenarias, forjadas por mujeres y hombres de distintos pueblos [...]. Celebrando a la naturaleza, la Pacha Mama, de la que somos parte y que es vital para nuestra existencia [...] decidimos construir [...] una nueva forma de convivencia ciudadana, en diversidad y armonía con la naturaleza, para alcanzar el buen vivir, el *sumak kawsay*". Por su parte, la Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia de 2007 dice que "el pueblo boliviano, de composición plural, desde la profundidad de la historia, inspirado en las luchas del pasado, en la sublevación indígena anticolonial, en la independencia, en las luchas populares de liberación, en las marchas indígenas, sociales y sindicales, en las guerras del agua y de octubre, en las luchas por la tierra y territorio, y con la memoria de nuestros mártires, construimos un nuevo Estado [...] basado en el respeto e igualdad entre todos, con principios de soberanía, dignidad, complementariedad, solidaridad, armonía y equidad en la distribución y redistribución del producto social, donde predomine la búsqueda del vivir bien; con respeto a la pluralidad económica, social, jurídica, política y cultural de los habitantes de esta tierra; en convivencia colectiva con acceso al agua, trabajo, educación, salud y vivienda para todos".

El *sumak kawsay* impugna radicalmente las concepciones coaguladas en las antiguas constituciones latinoamericanas (y en todo un denso aparato normativo construido a lo largo de la historia de los Estados nacionales latinoamericanos), tributarias todas ellas de la tradición liberal. Propone, en cambio, una cosmovisión que hunde sus raíces en las culturas de las etnias oprimidas del continente y muy especialmente de sus pueblos originarios, idea que fue emergiendo con fuerza en el último cuarto de siglo. Es por esto que tiene razón Boaventura de Sousa Santos cuando afirma que más que un debate sobre el desarrollo, el crecimiento o el medio ambiente, lo que se ha instalado en la política latinoamericana –con mayor fuerza en países como Ecuador o Bolivia, con menos en los demás– es una profunda controversia civilizatoria[139].

Esta radical innovación no fue un rayo que cayó en un día sereno, sino el producto de antiguas luchas, elocuentemente reconocidas en los preámbulos de las nuevas constituciones de Bolivia y Ecuador, que comenzaron a fructificar en el nuevo contexto sociopolítico regional inaugurado por el triunfo de la Revolución Bolivariana en Venezuela y el debilitamiento del poderío estadounidense en la región, lo que dio lugar a un significativo desplazamiento del péndulo político sudamericano hacia posturas de izquierda. Si esas innovaciones pudieron cristalizarse en el nuevo contexto sociopolítico de nuestra región, fue, por una parte, por el vigor y la riqueza de antiguas tradiciones del mundo andino que sobrevivieron a cinco siglos de barbarie supuestamente civilizatoria; por la otra, por el progresivo holocausto ecológico, social y cultural desencadenado por el capitalismo en su etapa neoliberal, la más agresiva y predatoria de toda su historia, que conmovió la conciencia de nuestra época y puso seriamente en cuestión la cosmovisión que giraba en torno a la dupla conceptual de progreso y desarrollo.

Como suele ocurrir con todas las tradiciones populares, no existe un significado unívoco para el *sumak kawsay*. Máxime cuando se trata de un amplio universo de valores, ideas y prácticas más o menos institucionalizadas que han ido transmitiéndose de generación en generación, las más de las veces, gracias a la tradición oral. No obstante, traer al debate actual esta propuesta implica, en su núcleo esencial, una doble redefinición: de la relación de los hombres y mujeres con la naturaleza y de la relación de los hombres y mujeres entre sí. Por supuesto, el *sumak kawsay* no se agota en eso. Un trabajo elaborado por algunas organizaciones populares bolivianas comprometidas con el "buen vivir" incluye un amplísimo catálogo temático que contiene

139 Ver "El socialismo del buen vivir", de Boaventura de Sousa Santos, en <http://camino-socialista.wordpress.com/2010/04/09/hablamos-del-socialismo-del-buen-vivir/>.

cuestiones relativas a la identidad de los pueblos y etnias originarias tanto como otras relacionadas con el agua, el calentamiento ambiental, la crisis alimentaria, el paradigma energético, los agrocombustibles, la industrialización, el desarrollo, el consumismo y la soberanía popular[140]. Por su parte, el "Plan Nacional para el Buen Vivir" de Ecuador no le va en zaga en lo tocante a la amplitud de contenidos y proposiciones comprendidos en el *sumak kawsay*. Entre los principios constitutivos de esta cosmovisión, se incluyen temas tales como la unidad en la diversidad; el deseo de vivir en sociedad; la igualdad, la integración y la cohesión social; los derechos universales y la potenciación de las capacidades humanas; la relación armónica con la naturaleza; la convivencia solidaria, fraterna y cooperativa; el trabajo y el ocio como liberadores; la reconstrucción de lo público; la construcción de una democracia representativa, participativa y deliberativa; y un Estado democrático, pluralista y laico[141].

La complejidad, amplitud e iconoclastia del *sumak kawsay* sumió en la perplejidad y el desconcierto a muchos de los asambleístas reunidos en Montecristi para elaborar la nueva constitución ecuatoriana. Según uno de sus protagonistas, "la propuesta del buen vivir [...] fue motivo de diversas interpretaciones en la Asamblea Constituyente y en la sociedad. En un debate, que en realidad recién empieza, primó el desconocimiento e incluso el temor en ciertos sectores. Algunos asambleístas, contando con el eco perturbador de gran parte de una prensa mediocre e interesada en el fracaso de la Constituyente, acostumbrados a verdades indiscutibles, clamaban por concreciones definitivas. Para otros, el buen vivir, al que lo entendían ingenuamente como una despreocupada y hasta pasiva *dolce vita*, les resultaba inaceptable. No faltaron algunos, temerosos de perder sus privilegios, que no dudaron en anticipar que con el buen vivir se proponía el retorno a la época de las cavernas. Inclusive algunos que alentaron con su voto este principio fundacional de la Constitución de Montecristi al parecer no tenían clara la trascendencia de esta decisión. [...] Y unos cuantos, opuestos desde una izquierda autista, se aferraron a tradicionales conceptos de cambio, en realidad huecos, carentes de trascendencia al no haber sido cristalizados en la práctica de las luchas sociales"[142].

140 Ver "El buen vivir como respuesta a la crisis global", del Ministerio de Relaciones Exteriores del Estado Plurinacional de Bolivia (La Paz: s/f).

141 Ver "Plan Nacional para el Buen Vivir 2009-2013: construyendo un Estado Plurinacional e Intercultural", del Plan Nacional de Desarrollo, República del Ecuador (Quito, 2009) pp. 33-43.

142 Alberto Acosta, "El buen vivir, una utopía por (re)construir", en *Boletín ECOS* (CIP-Ecosocial: Madrid) Nº 11, abril-junio de 2010.

Para los fines de nuestro trabajo, por cierto que mucho más acotados, centraremos el análisis en las implicaciones del *sumak kawsay* sobre la problemática del desarrollo y las estrategias de los movimientos sociales en la reafirmación del "buen vivir" como principio refundacional de la vida social. Esto nos invita no sólo a examinar las concepciones del desarrollo, sino también a reflexionar sobre sus agentes sociales (clases, movimientos sociales, fuerzas políticas, gobiernos) y, de manera especial, sobre las tensiones resultantes entre la nueva postulación doctrinaria, los sujetos que las encarnan y las duras realidades cotidianas con las que debe enfrentarse cualquier gestión gubernamental. El asunto adquiere especial relevancia dado que los gobiernos de Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia no sólo son blanco de la crítica implacable de la derecha vernácula y el imperialismo, sino también de sectores de izquierda que, con diferentes énfasis, los acusan de haber traicionado los principios del *sumak kawsay*.

La crítica al desarrollo

Es indudable que esta cosmovisión cuestiona severamente las concepciones dominantes sobre el tema del desarrollo. No sorprende, por lo tanto, encontrar toda una serie de autores que han venido planteando que el supuesto desarrollo es en realidad un "maldesarrollo". Según José María Tortosa, uno de los que más ha trabajado sobre el tema, este concepto sintetiza la refutación práctica –es decir, a partir de una constatación empírica– de lo indeseable y lo perverso que, en los hechos, ha resultado ser el desarrollo[143].

Podría argüirse con razón que esta crítica, pese a ser correcta, dista mucho de ser novedosa. De hecho, desde la década del sesenta el marxismo latinoamericano (Theotonio dos Santos, Aníbal Quijano, el Fernando H. Cardoso de aquella época, Agustín Cueva y Pablo González Casanova, entre tantos otros), pero no sólo el de esta parte del mundo (como lo atestigua la contribución de gentes como Samir Amin, André Gunder Frank, desde los capitalismos centrales), ha venido formulando durísimas críticas a la noción de desarrollo tal cual se utiliza en las ciencias sociales, en los organismos internacionales y en casi todos los gobiernos. A ella no son ajenas las reflexiones de grandes personalidades del mundo de la política, como el Fidel Castro de la "Segunda Declaración de La Habana" (febrero de 1962), el Che Guevara en sus numerosos discursos (y muy especialmente el pronunciado en Punta del Este, en agosto de 1961) y los diversos escritos del presidente

143 Ver "El futuro del maldesarrollo", de José María Tortosa, en *Revista Obets* (Alicante) N° 4, 2009, pág. 68.

dominicano Juan Bosch. El hilo conductor de todas estas interpretaciones era el señalamiento del carácter deformante y predatorio del desarrollo en una economía capitalista, y su condición de ser un proceso incapaz de mejorar el bienestar de los pueblos, que, para colmo, tropezaba con límites infranqueables en los capitalismos periféricos[144].

El texto canónico del pensamiento ortodoxo sobre el desarrollo en los tempranos sesenta fue el libro de Walter W. Rostow, cuyo título era *Las etapas del crecimiento económico*, y cuyo subtítulo, privado de toda sutileza, era *Un manifiesto no comunista*. El libro ejerció una influencia arrolladora sobre las ciencias sociales latinoamericanas de aquellos años y, no hablar, sobre los gobiernos y expertos en asuntos económicos, todos ellos enmarcados, de una manera u otra, en la telaraña de la Alianza para el Progreso[145].

La idea básica del argumento rostowiano era que existía un solo proceso de desarrollo y que este era lineal, acumulativo e igual para todos los países. La palabra "capitalismo" había sido cuidadosamente desterrada del texto, con el obvio propósito de reforzar la naturalización de este modo de producción: al describir sus leyes de desarrollo, el supuesto era que cualquier economía, sin excepción, debía enfrentarse a lo largo de una sucesión ordenada de etapas con una serie de imperativos técnicos, no políticos. La consecuencia de todo esto era que había un solo modo de enfrentar los problemas económicos, y que este modo estaba dictado por cuestiones técnicas que no admitían transgresión alguna. Hacerlo significaba caer en la ciénaga del "populismo". El proceso de

144 El Che participó, como ministro de Industrias de Cuba, en la Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), un organismo dependiente de la OEA, que sesionó en Punta del Este entre el 5 y el 18 de agosto de 1961, a escasos cuatro meses de la fallida invasión a Playa Girón. En su primera intervención en la Conferencia, pronunció un vibrante alegato denunciando los modestísimos alcances de un supuesto programa de desarrollo económico auspiciado por los Estados Unidos, la fallida Alianza para el Progreso, representado en la Conferencia por su secretario del Tesoro, Douglas Dillon, que, por su énfasis en la construcción de redes cloacales, el revolucionario argentino-cubano denominó sarcásticamente como "la letrinización de América Latina". Los tímidos objetivos que se proponía la Alianza, que ni siquiera fueron alcanzados por ningún país, contrastaban llamativamente con las grandes realizaciones que Cuba había logrado en dos años y medio de Revolución y que la habían convertido, entre otras cosas, en el primer territorio libre de analfabetos de las Américas. Sobre estos temas ver nuestro "Teorías de la dependencia" en *Realidad Económica* (Buenos Aires), N° 238, 16 de agosto/30 de septiembre de 2008. Un dato, si se quiere, "de color": el primer país "democrático" (¡no como Cuba, Washington *dixit*!) que recibió fondos de la Alianza para el Progreso fue el democrático Paraguay de Stroessner.

145 Para un análisis sobre la naturaleza y el impacto de las ideas de Rostow, ver "Entrevista a Samir Amin", de Graciela Roffinelli y Néstor Kohan, 1 de octubre de 2003, en <www.paginadigital.com.ar/articulos/2003/2003sept/noticias6/24530-9.asp>.

desarrollo capitalista –con sus luchas, despojos y saqueos, que lo hacen llegar al mundo "chorreando sangre y barro por todos sus poros", como Marx escribiera en *El Capital*– es sublimado y descontextualizado por Rostow, hasta llegar a convertirse en un despliegue ahistórico, formal y lineal de potencialidades presentes en cada una de las formaciones sociales del planeta. Por eso, para esta tradición de pensamiento, los países hoy desarrollados fueron, en un tiempo no demasiado remoto, naciones pobres y subdesarrolladas. Este razonamiento se asentaba sobre dos falsos supuestos: primero, que al evaporarse todas las determinaciones histórico-estructurales las sociedades localizadas en ambos extremos del continuo "desarrollo-subdesarrollo" se convertían en verdaderas entelequias, en vaporosas esencias incontaminadas por las prosaicas realidades de su tiempo y de su espacio. Segundo supuesto: la organización de los mercados internacionales carecía de asimetrías estructurales (o si existían, eran irrelevantes) que pudieran afectar las chances de desarrollo de las naciones de la periferia. Para Rostow y sus discípulos latinoamericanos, términos tales como "dependencia" o "imperialismo" no servían para describir las realidades del sistema y eran antes que nada un tributo a "enfoques políticos", y por lo tanto, no científicos, con los cuales mal se podían comprender los problemas del desarrollo económico[146]. En consecuencia, los llamados "obstáculos" al desarrollo no poseían fundamentos estructurales o restricciones ancladas en la economía mundial, sino que eran el producto de torpes decisiones políticas, elecciones desafortunadas de los gobernantes o de lastres sociohistóricos inerciales que debían ser removidos. Las implicaciones conservadoras de este razonamiento, que descartaba apriorísticamente cualquier otra forma de organización económica alternativa al capitalismo y que ignoraba olímpicamente la realidad del imperialismo y la dependencia, son tan evidentes que no requieren de ninguna demostración más allá de su sola enunciación. Como se ve, el "pensamiento único" no es tan novedoso como se supone. Y su impacto sobre el pensamiento supuestamente contestatario fue tan deletéreo ayer como hoy[147].

146 No deja de ser asombrosa la coincidencia de perspectivas entre la obra de un teórico conservador como Walter W. Rostow y la de quienes, desde una perspectiva presuntamente crítica, se inspiran en la obra de Hardt y Negri. En una entrevista concedida al matutino argentino *Página/12*, Cocco y Negri descalifican el concepto de imperialismo y juzgan como lamentable al "antiimperialismo". No podrían haber estado más de acuerdo con el teórico preferido de la administración Kennedy. Ver "América Latina está viviendo el momento de una ruptura", de Verónica Gago, en *Página/12*, 14 de agosto de 2006, en <www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-71388-2006-08-14.html>.

147 Un ejemplo de nuestros días lo ofrece la obra de Hardt y Negri *Imperio*, en la cual se asegura que países como Bangladesh y Haití se encuentran en el interior del

Pero había algo más: tanto el pensamiento ortodoxo como el de sus críticos marxistas compartían, en aquella época (no hoy, por cierto), un silencioso supuesto no sometido a discusión: lejos de ser un riquísimo depósito de "bienes comunes", la naturaleza aparecía, en el pensamiento convencional y en el de los críticos de izquierda como un "recurso natural" más, que no merecía privilegio alguno y que, por consiguiente, debía explotarse aplicando las técnicas productivas desarrolladas por el capitalismo, si bien con un difuso "sentido social". Un antecedente lejano de esta actitud puede remontarse hasta los años iniciales de la Revolución Rusa, cuando Lenin dijo que "socialismo = soviets + electricidad". De esta manera, aun para las fuerzas contestatarias del capitalismo, el modelo de relacionamiento entre sociedad, economía y medio ambiente permanecía inalterado y seguía siendo el que había instaurado la modernidad capitalista. Lo que cambiaba era tan sólo el destinatario de los frutos del progreso económico. No era un cambio menor, pero como mucho tiempo después lo anotarían el nuevo pensamiento crítico latinoamericano y el *sumak kawsay*, ese supuesto ya resultaba inaceptable para la renovada conciencia social y ecológica de nuestros pueblos. Los estragos ambientales y sociales producidos por el desenfrenado productivismo desarrollista y extractivista conmovieron profundamente a las sociedades latinoamericanas, acelerando la conformación de una nueva cultura cada vez más escéptica ante las supuestas bondades del "desarrollo".

No sorprende constatar, por lo tanto, que una de las críticas más severas –y, agregaríamos, injustas– enderezadas en contra de los actuales gobiernos de Bolivia y Ecuador sea la que los acusa de estar incurriendo en el mismo patrón de relacionamiento sociedad-naturaleza que los convierte, de hecho, en prisioneros de la lógica predatoria e inhumana del capitalismo. En ese sentido, la acusación es que debido a numerosos factores (necesidades económico-financieras, desequilibrios del comercio exterior, debilidades políticas, flaquezas ideológicas, indiferencia ante los reclamos populares, etcétera) tanto La Paz como

imperio, puesto que este todo lo abarca. Pero ¿se hallan por eso en una posición comparable a la de Estados Unidos, Francia, Alemania o Japón? Si bien admiten que no son idénticos desde el punto de vista de la producción y circulación capitalistas, Hardt y Negri concluyen, para estupor de los estudiosos, que entre "Estados Unidos y Brasil, Gran Bretaña y la India no hay diferencias de naturaleza, sólo diferencias de grado", tesis esta que suscribiría con entusiasmo el propio Rostow (ver *Imperio*, Hardt y Negri, op. cit., pág. 307). Como bien recuerda Amin, las periferias del sistema mundial no son tan sólo "formaciones desigualmente desarrolladas", sino que se trata de formaciones sociales interdependientes precisamente en función de esa desigualdad. Para una crítica a la visión radicalmente equivocada y funcional al imperialismo de Hardt y Negri, ver Boron, *Imperio & Imperialismo*, op. cit.

Quito han promovido, para frustración de sus iniciales partidarios, el mismo tipo de políticas económicas "desarrollistas" y "extractivistas" que sus adversarios neoliberales. Ricardo Verdum lo afirma con todas las letras: "Lo que llama la atención de algunos analistas es que sean precisamente los gobiernos progresistas y de izquierda, elegidos por su plataforma política contraria a ese modelo (y que se autonombran posneoliberales), los que ahora reafirman la función de región proveedora de recursos naturales, y que hoy gobiernan aproximadamente cuatro quintos de la población y unas tres cuartas partes del territorio sudamericano"[148]. Volveremos sobre este tema más adelante, porque antes es necesario examinar algunas cuestiones previas.

Dos cuestiones cruciales

La intransigente defensa del *sumak kawsay*, atizada por los horrores del "desarrollo" que legitiman ampliamente aquella cosmovisión, suele no hacer espacio para dar cuenta de trascendentes interrogantes: ¿cuál es el arco temporal al cual remite el *sumak kawsay* como proyecto civilizatorio?; ¿qué relación existe entre el "buen vivir" de nuestros pueblos originarios y el ecologismo, en sus distintas variantes, incluyendo el "ecosocialismo"?; y, en simultáneo, ¿cuál sería la relación entre el *sumak kawsay* y el socialismo y comunismo?

Problemas del *sumak kawsay* en un solo país

En efecto, tanto los teóricos como los partidarios del *sumak kawsay* parecen haber subestimado los requisitos temporales de este proyecto. Cabe aplicarles la misma crítica que muchos formulaban, desde dentro y fuera del marxismo, a la ardiente impaciencia de los revolucionarios comunistas en tiempos de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, y en virtud de la cual la instauración del socialismo aparecía ante sus ojos como un proyecto de inmediata realización, y cuya ejecución no plantearía obstáculos que una firme voluntad de cambio fuera incapaz de doblegar. Fue Lenin uno de los primeros en advertir el error de esa concepción al observar que, en las condiciones imperantes en Rusia, el carácter arcaico de la formación social rusa se convertiría en una formidable muralla contra la cual se estrellarían los proyectos transformadores del socialismo. Por ello, Lenin preveía una muy larga batalla para doblegar esos grilletes del atraso, cosa que, por supuesto, no ocurriría en los países de Occidente a la hora de construir

148 Ver su "El nuevo extractivismo desarrollista en Sudamérica" (Quito: CAAP), en <www.extractivismo.com/noticias/verdum-extractivismo-desarrollista-sudamerica.html>.

el socialismo. Allí, recordaba el revolucionario ruso, la construcción del socialismo sería tan fácil "como levantar una pluma".

Nos parece que con el *sumak kawsay* podría estar ocurriendo algo similar, y que revela una cierta contradicción en el propio discurso. Por una parte, se asegura, con razón, que se trata de una contribución filosófica fundamental que impugna los supuestos básicos de la Modernidad y de la civilización capitalista. Sin embargo, la superación de cinco siglos de historia (¡y qué historia!, habida cuenta de los horrores del colonialismo, el neocolonialismo, el imperialismo, el racismo, las guerras, los genocidios, los terrorismos de Estado, la depredación salvaje de la naturaleza, etcétera) es concebida por algunos movimientos sociales y fuerzas políticas como un proyecto que pueden realísticamente encarar dos o tres gobiernos del mundo andino y obtener significativos resultados casi de inmediato. Así como el "socialismo en un solo país" tenía un carácter intrínsecamente contradictorio que lo condenaba al fracaso, ¿por qué deberíamos pensar que el "*sumak kawsay* en un solo país" satisface las condiciones necesarias que aseguran su victoria? Si la Unión Soviética y China, para hablar de los ejemplos más rotundos, fueron incapaces de construir el socialismo al margen de la ecuación internacional que plantearon Marx y Engels desde sus primeros escritos, ¿podrían países mucho más débiles como Bolivia y Ecuador tener éxito en su proyecto de refundación civilizatoria en un corto período de años y en un ambiente tan desfavorable como el signado por la agresiva decadencia del poder imperial? ¿Podrían estos países avanzar resueltamente en una propuesta que, desde el punto de vista civilizatorio, es más radical aun que el socialismo productivista encarado por la Unión Soviética y China, al margen de una sintonía con los demás países de la región, o por lo menos de su entorno geopolítico inmediato? René Ramírez Gallegos reconoce la gravedad del desafío cuando escribe que "nosotros no podemos construir desde Ecuador, solos, esta sociedad de la que hablamos"[149]. Es obvio que la respuesta a los interrogantes planteados más arriba no brotará de la teoría, sino de la praxis histórica de los pueblos. Mientras tanto, creemos que las preguntas son legítimas y deben ser tenidas en cuenta.

Esto en cuanto a las necesidades de contar con un entorno geopolítico favorable. Por otra parte, no menos significativo es el hecho de que un proyecto de semejante radicalidad difícilmente logre imponerse de la noche a la mañana, o en uno o dos turnos presidenciales encabezados por mandatarios –como Rafael Correa y Evo Morales– resueltamente identificados con ese programa. Es obvio que existen

149 René Ramírez Gallegos, "Izquierda postsocialista" (Quito: SENPLADES), Discurso Nº 2, noviembre de 2010.

pasos que pueden darse de inmediato, pero la cuestión es calcular con esperanzado realismo y sin abandonar para nada los ideales cuánto es lo que se puede avanzar en la correlación de fuerzas que define los marcos de lo posible para gobiernos como los de Bolivia y Ecuador.

Claro está que es preciso no confundir el realismo necesario para transformar el mundo (y no sólo para estudiarlo o interpretarlo) con el "posibilismo". El primero obliga a las fuerzas sociales empeñadas en tal proyecto a calcular cuidadosamente sus pasos, para evitar caer en las trampas que le tiende el enemigo. Mientras el realismo reconoce el carácter dialéctico, siempre cambiante y en movimiento de la coyuntura, y el papel de la voluntad política para modificar la correlación de fuerzas en un momento dado, el "posibilismo" es la aceptación resignada de lo existente y un tributo a la propia incapacidad de responder creativamente ante los desafíos de la historia. El realista es un general que sabe que si actúa correctamente puede vencer a fuerzas en principio superiores a las propias; el "posibilista" es alguien que ya fue derrotado ideológicamente y que, en consecuencia, da la batalla por perdida y sólo trata de acomodarse a las desafortunadas circunstancias del presente. El realista tiene su mirada puesta en el presente y el futuro; el "posibilista" está atrapado en el hoy y no tiene ni imaginación ni voluntad para pensar al futuro como algo distinto de la prolongación *sine die* del presente.

Si el "posibilismo" es una trampa en la que naufragaron numerosos proyectos transformadores en América Latina, el otro riesgo es el utopismo. Conviene recordar que una cosa es tener un horizonte utópico como guía imprescindible y no negociable de la acción política –por ejemplo, la construcción de una sociedad comunista, decididamente poscapitalista– y otra bien distinta es caer en el utopismo que Marx y Engels condenaron en el *Manifiesto Comunista*, porque sus sueños se limitaban a señalar bellas sociedades futuras pero sin identificar los sujetos que encarnarían esos proyectos y las complejas mediaciones –¡y quien dice mediaciones dice contradicciones!– políticas, económicas, culturales e internacionales que, a través de la lucha de clases, son las que necesitan ponerse en movimiento para convertir aquellos sueños en vibrantes realidades. No estamos diciendo que una reflexión sobre estos problemas se encuentre por completo ausente en las discusiones en torno al *sumak kawsay*. Pero sí nos parece que asuntos de tan excepcional importancia como estos no han merecido, al menos hasta ahora, la atención que a nuestro juicio se merecen.

En línea con estas preocupaciones, el "Plan Nacional para el Buen Vivir" del Ecuador propone una transición desde una economía primario-exportadora a otra basada en la producción de servicios ecoturísticos y bioconocimiento que se mide en décadas, lo cual expresa un prudente realismo en lo tocante al ritmo de avance del cambio civilizacional, cuyo inexorable correlato político es una política de compromisos. Esto significa que habrá un período más o menos prolongado (dependiendo de numerosos factores que no es posible determinar apriorísticamente, desde la teoría) en donde coexistirán la vieja organización económica (que sustenta los recursos de que dispone el Estado para su propio sostenimiento, y para financiar el costoso y complicado proceso de transición hacia una nueva economía y una nueva sociabilidad, congruentes con las estipulaciones del *sumak kawsay*) con el nuevo ordenamiento económico "pos-extractivista". Ni lo viejo puede desaparecer de la noche a la mañana sin provocar traumáticas conmociones, ni lo nuevo puede, aunque sería bueno que así fuera, aparecer con la velocidad de un relámpago. No obstante, este sobrio diagnóstico no es compartido por algunos movimientos sociales tanto en Bolivia como en Ecuador, convencidos de que ese tránsito puede efectuarse a la medida de su impaciencia.

El *sumak kawsay*, el ecologismo y la sociedad poscapitalista

Vinculado con lo anterior se halla el segundo elemento que señalamos más arriba, esto es, la relación entre el *sumak kawsay* y el ecologismo. Esta cuestión nos parece importantísima dado el estratégico papel que en aquel discurso teórico desempeña la Madre Tierra y la relación sociedad-naturaleza. Ahora bien: lo que habría que examinar, con mucho cuidado, es hasta qué punto la defensa irrestricta e intransigente de la Madre Tierra es consistente sin una crítica igualmente radical e intransigente al capitalismo como modo de producción y, por ende, como civilización[150].

De ahí la falacia de las diversas propuestas de "economía verde" o de un "capitalismo verde", auspiciadas por el PNUMA, que parten de la premisa de que se podrá construir un nuevo orden económico "amigable" con el medio ambiente apelando a "mecanismos de mercado y soluciones tecnológicas, sin alterar las relaciones de poder, ni la lógica de la acumulación del capital, ni las profundas desigualdades actuales", lo que tornaría "posible un mundo ambientalmente sustentable, con crecimiento económico más acelerado, con empleo y bienestar para todos"[151].

150 Este tema ha sido brillantemente tratado en un reciente texto de Elmar Altvater, *Los límites del capitalismo. Acumulación, crecimiento y huella ecológica* (Buenos Aires: Mardulce, 2011).

151 Edgardo Lander, "Un nuevo período histórico", op. cit., pp. 2-3.

Como puede observarse, sobre este asunto prevalece una preocupante ambigüedad toda vez que la defensa de los bienes comunes de la humanidad se formula en abstracto o, en el mejor de los casos, con impugnaciones puntuales al capitalismo, pero sin plantear, como debería hacerse, la absoluta imposibilidad de defender los derechos de la Madre Tierra sin que al mismo tiempo se elabore un argumento, teórico y práctico a la vez, acerca de la necesidad histórica de fundar una nueva sociabilidad inequívocamente poscapitalista. Si tal cosa no ocurre, el *sumak kawsay* podría ser fácilmente asimilado a alguna de las tantas corrientes del ecologismo contemporáneo que se lamentan de la destrucción del medio ambiente, pero sin reparar que sólo se podrá poner fin al ecocidio cuando los pueblos envíen el capitalismo al museo de la historia, junto con el hacha de bronce y la rueca de hilar, como en su momento lo recordó Engels en un luminoso pasaje de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Por lo tanto, un *sumak kawsay* digno de ese nombre sólo puede serlo en la medida en que sea radicalmente anticapitalista, dado que sólo la consumación del proyecto socialista –que implica la socialización del poder, de la riqueza y de la cultura y, por ende, la desmercantilización de la sociedad y la naturaleza– hará que sea posible salvar a la Madre Tierra. Al decir socialización aclaramos que ese proceso no debe identificarse con la estatización de la economía, la sociedad, la política y la cultura. Al hablar de socialización nos referimos al "empoderamiento popular" o, en el lenguaje del marxismo clásico, a un proyecto por el cual se acaba con el despotismo del capital mientras se va instituyendo el autogobierno de los productores. Nos parece que este es un segundo gran tema a discutir y que, a nuestro juicio, tampoco parece haber tenido la atención que se merece.

Como se desprende del punto anterior, sólo un "buen vivir socialista" podría ofrecer una salida de la trampa en la que nos ha encerrado la lógica del capital. No habrá redención para la Madre Tierra si no se consigue la salvación de las mujeres y hombres que pueblan este planeta. Y dentro del capitalismo, no hay salvación para la humanidad, como lo ha venido repitiendo desde hace largos años Fidel Castro. Por lo tanto, un genuino proyecto de "buen vivir" implica redefinir, de algún modo, el programa socialista para el siglo XXI. El problema es que esta es una tarea eminentemente práctica, toda vez que la teoría –como el célebre búho de Minerva mencionado por Hegel– siempre despliega sus alas al anochecer, es decir, cuando la praxis histórica de los pueblos resuelve (o trata de resolver) los desafíos que enfrenta la sociedad. Hoy el gran reto es superar el capitalismo antes de que este acabe con la vida en el planeta Tierra. La tarea está recién en sus comienzos, razón por la cual, la reflexión teórica acerca del nuevo socialismo del siglo XXI y su proyecto está apenas

en sus etapas iniciales[152]. En otras palabras, no sólo el *sumak kawsay* debe darse una identidad socialista, sino que el propio socialismo está a la búsqueda de una nueva identidad, convencido de que las dolorosas (pero también sumamente instructivas y en ciertos aspectos positivas) experiencias del siglo XX exigen imperativamente repensar el proyecto en su integralidad. Tal como lo afirmamos en otro lugar, el mejor método para errar el camino es tratar de copiar un experimento político. Si Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador siguen siendo ejemplos de significativos procesos de profunda transformación social, es, entre otras cosas, porque ninguno se copió del otro y cada uno de ellos es una creación original, única e irrepetible de sus propios pueblos. Por eso tenía razón Simón Rodríguez al decir que "o inventamos o erramos". En este sentido, "vale parafrasear nuevamente la poesía de Antonio Machado diciendo algo así como 'socialista no hay modelo, se hace el modelo al andar'. Se lo hace en la praxis histórica concreta de la construcción del socialismo y en las condiciones irrepetibles –originales, como dijo Rodríguez en el crepúsculo del orden colonial– bajo las cuales cada uno de estos procesos tiene lugar"[153].

Uno de los nuevos componentes del proyecto socialista para el siglo XXI (negado en los del pasado siglo) tiene precisamente que ver con la Madre Tierra, sacrificada en aras de un productivismo que no fue menos nocivo para el medio ambiente que el practicado por las economías capitalistas. Refiriéndose a este tema, René Ramírez Gallegos expresa en el texto ya citado que "nosotros apuntamos, en el modelo económico, a construir la biópolis, es decir, superar la economía del viejo conocimiento, y dar el paso de la manufactura a la mentefactura, así como empezar a considerar la producción de bienes relacionales. ¿Cuál es el modelo económico? Justamente es ese biosocialismo, del que hablaré más adelante; y el poder político se sustentará en el poder popular. Pero esto no se hace de la noche a la mañana"[154]. E insistiendo sobre la difícil transición de un modelo basado en la exportación de materias primas a uno claramente apartado de la lógica capitalista, este mismo autor señala que "salir de tal modelo de la noche a la mañana es inviable, y es necesario por tanto trazar una hoja de ruta de mediano y largo alcance"[155].

152 Hemos incursionado en el análisis de este tema y propuesto algunas orientaciones bibliográficas en nuestro *Socialismo siglo XXI*, op. cit.

153 *Socialismo siglo XXI*, op. cit., pág. 114.

154 Ramírez Gallegos, "Izquierda postsocialista", op. cit., pág. 10.

155 Ver Documento de Trabajo Nº 2, "Socialismo del *sumak kawsay* o biosocialismo republicano", de René Ramírez Gallegos, SENPLADES, Quito, pág. 36.

¿Un nuevo modelo de desarrollo?

Retomemos ahora un tema que habíamos dejado apenas esbozado: la cuestión del extractivismo y el neodesarrollismo. Son muchos los autores que nutren esta perspectiva crítica, de modo tal que, dadas las restricciones de espacio con que nos enfrentamos, lo que haremos a continuación será simplemente presentar una versión muy estilizada de sus principales argumentos. Según esta perspectiva, el extractivismo aparece como la reintroducción, adaptada a las nuevas circunstancias, de una vieja estrategia de desarrollo basada en la explotación intensiva de ciertos bienes comunes, principalmente en la minería y la agricultura. Este proceso tiene lugar en el marco de la reorganización mundial del capitalismo a partir de las dos últimas décadas del siglo pasado, en donde el relanzamiento de la vieja división internacional del trabajo condujo a la creciente polarización entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado forzando a quienes forman parte de este último a maximizar sus esfuerzos en la producción y exportación de *commodities*, postergando para un futuro incierto los viejos proyectos industrializadores. Esto se pudo constatar no sólo en países con un perfil productivo típicamente agro o minero exportador, sino también en los procesos desindustrializadores padecidos por Argentina, Brasil y México en los últimos treinta años. El estallido de la actual crisis general del capitalismo no hizo sino potenciar esta tendencia que venía desde antes, justificada ahora por la imperiosa necesidad de contar con saldos exportables para neutralizar el impacto de la crisis, y anteriormente para hacer frente al pago de la deuda externa. En uno de los textos más importantes de esta tradición teórica y política, Eduardo Gudynas explica que "existe un neoextractivismo progresista, ya que se observan algunas diferencias, que en ciertos casos son sustanciales, con las prácticas realizadas en otros países y las que tenían lugar en el pasado. Bajo este nuevo extractivismo se mantiene un estilo de desarrollo basado en la apropiación de la Naturaleza, que alimenta un entramado productivo escasamente diversificado y muy dependiente de una inserción internacional como proveedores de materias primas, y que si bien el Estado juega un papel más activo, y logra una mayor legitimación por medio de la redistribución de algunos de los excedentes generados por ese extractivismo, de todos modos se repiten los impactos sociales y ambientales negativos. Se utiliza el rótulo de extractivismo en sentido amplio para las actividades que remueven grandes volúmenes de recursos naturales, no son procesados (o lo son limitadamente), y pasan a ser exportados"[156]. Según este autor, algunos de los efectos indeseables de estas políticas son la deforestación, los incendios forestales, la fragmentación de ambientes naturales, la pérdida de biodiversidad, la contaminación de los suelos y las aguas, sequías, inundaciones y otras catástrofes erróneamente etiquetadas como "naturales", cuando en realidad son creadas por los hombres o, mejor, por los sistemas económicos[157].

De acuerdo con los teóricos de esta corriente, el neoextractivismo es una plaga que también a hecho estragos entre los gobiernos de izquierda o progresistas de la región. Según sus mentores, Hugo Chávez intensifica la explotación del petróleo; Evo Morales hace lo propio en Bolivia con el hierro, el litio, el petróleo, el gas y también el mercurio; Rafael Correa en Ecuador avanza con la explotación del petróleo y promueve la minería de cielo abierto; el gobierno uruguayo del Frente Amplio aprueba un gigantesco programa para la explotación del mineral de hierro, con una inversión superior a la de la pastera Botnia; Argentina ampara la minería a cielo abierto, permite la destrucción de los glaciares y alienta la sojización de su agricultura, mientras que Brasilia convalida la deforestación de la Amazonía y promueve la construcción de grandes represas que terminarán por destruir el vital pulmón de oxígeno del planeta Tierra.

Para estos autores, el auge del extractivismo y el impulso a una estrategia neodesarrollista son estimulados por la necesidad de facilitar el equilibrio, o el superávit, de la balanza comercial, dato fundamental para países altamente vulnerables ante –cuando no abiertamente dependientes de– los avatares de la economía mundial. Pero también contribuyen a ello los débiles, inefectivos o inexistentes controles ambientales; la necesidad de atraer inversiones extranjeras relajando las regulaciones en materias laboral y medioambiental; la manipulación de los gobiernos que publicitan los beneficios de esas políticas pero nunca cuantifican los inmensos costos de la deforestación, la contaminación, la degradación de tierras arables, entre otras calamidades. Además, las pérdidas no entran en el libro de la contabilidad nacional, sino que van a parar a los registros de las apartadas localidades o los gobiernos provinciales, en donde se concentran esas actividades, lejos de los reflectores de la prensa nacional. Por último, las víctimas inmediatas de estos flagelos suelen ser sectores sociales marginados, desorganizados y con escasas posibilidades de hacer oír

156 Eduardo Gudynas, "Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo", en AA.VV. *Extractivismo, política y sociedad* (Quito: CAAP/CLAES, 2009) pág. 188. Este mismo argumento lo plantea también en "Si eres tan progresista, ¿por qué destruyes la naturaleza? Neoextractivismo, izquierda y alternativas" en *Ecuador Debate* (Quito: CAAP) Nº 79, abril de 2010, pp. 61-82.

157 Un texto pionero en analizar el carácter "no natural" de las así llamadas "catástrofes naturales" es *Nature pleads not guilty*, de Rolando V. García, Joseph Smagorinsky y Michael Ellman (Oxford/Nueva York: Pergamon Press, 1981).

sus protestas. Un elemento central de este nuevo extractivismo en que han caído los gobiernos progresistas de la región es la utilización de parte de las rentas generadas por la explotación de la naturaleza para financiar ambiciosos programas sociales, como el Bolsa Familia de Brasil o los varios programas sociales auspiciados por los gobiernos mencionados[158].

Según los críticos del neoextractivismo, el balance económico es tan desastroso como el ecológico: nuestros países se convierten en "exportadores de naturaleza" por la vía de *commodities* con escaso o nulo valor agregado. Las empresas que explotan esos rubros gozan de inmensos beneficios fiscales y generosísimos subsidios inalcanzables, por ejemplo, para empresas de capital nacional o las pymes. En la Argentina y bajo el paraguas jurídico ofrecido por el Tratado Minero Argentino-Chileno (firmado el 29 de diciembre de 1997, en Antofagasta y San Juan, por dos de los mayores adalides del neoliberalismo latinoamericano: los presidentes Eduardo Frei de Chile y Carlos Saúl Menem de la Argentina), el gobierno de Néstor Kirchner mantuvo "las muy favorables normas mineras provenientes de años anteriores, tales como regalías que apenas llegan al 3%, se asegura una estabilidad fiscal por treinta años, lo que impide modificarles la carga tributaria, con deducibles muy generosos (hasta el 100% del monto invertido, incluyendo desde las obras de infraestructura hasta los gastos de comercialización, aun si estos ocurrieran en otros países), exoneraciones de aranceles y tasas aduaneras, y libre transferencia de sus ganancias [...]. El cálculo del valor del mineral extraído lo realizan las propias empresas, y el Estado no lo fiscaliza adecuadamente (una situación que también se ha denunciado en Brasil), y por lo tanto esas corporaciones terminan haciendo pagos casi voluntarios. Gutman ofrece como ejemplo la explotación de Barrick Gold en la mina Veladero (provincia de San Juan, Argentina), donde el valor estimado del mineral extraído y procesado era de 12 mil millones de dólares, mientras que las regalías que recibirá el gobierno provincial donde se localiza el emprendimiento alcanzarán un total de 70 millones de dólares, pagados a lo largo de 20 años"[159]. No es casualidad, por consiguiente, que esas multinacionales se conviertan en exportadoras de fabulosos volúmenes de ganancias que, en otras condiciones, podrían quedarse en nuestros países. En Chile, "las ganancias remesadas al exterior por las empresas extranjeras pasaron

158 Eduardo Gudyas, "Diez tesis urgentes...", op. cit., pp. 209 y ss.

159 Gudynas remite al texto de N. Gutman, "La conquista del Lejano Oeste" en *Le Monde diplomatique* (Buenos Aires) mayo de 2007, pp. 12-14. Cabe aclarar que bajo la legislación argentina sólo el Estado provincial –en el caso de Veladero, la provincia de San Juan– está facultado para percibir regalías de las empresas mineras.

de 4.438 millones dólares al inicio del gobierno de Ricardo Lagos, a más de 13 mil millones al finalizar su mandato, y de allí volvieron a crecer bajo Michelle Bachelet a más de 25 mil millones de dólares"[160].

Ahora bien: no es un dato menor consignar que en general las evidencias más rotundas de las lacras del neoextractivismo surgen en países caracterizados por muy moderados gobiernos de "centroizquierda", como la Argentina, Brasil, Uruguay y Chile hasta el triunfo de Sebastián Piñera. Se trata de gobiernos que, a diferencia de Ecuador, Bolivia y Venezuela, no han manifestado la menor intención de avanzar hacia un horizonte poscapitalista, cosa que sí han hecho los tres últimos. Mientras los gobiernos de Argentina, Brasil, Uruguay y Chile creen que la solución a las injusticias y aberraciones del mundo actual se encuentra en el interior de los límites fijados por la sociedad capitalista, Quito, Caracas y La Paz consideran que tal cosa es imposible dentro del capitalismo y tratan de escapar de la "jaula de hierro" del sistema, avanzando en dirección a un socialismo de nuevo tipo. Para los críticos de estos gobiernos, parecería ser un dato nimio la nacionalización de los recursos petroleros efectuada por las administraciones de Hugo Chávez y Evo Morales. También subestiman, en el caso del Ecuador, la importancia de la iniciativa Yasuní-ITT como un clarísimo ejemplo de implementación de políticas antiextractivistas, a pesar de la mezquindad o la incomprensión de la dirigencia de los países desarrollados. En ese yacimiento se encuentra la quinta parte de las reservas petrolíferas comprobadas del Ecuador. Un gobierno que se ajustara a la caracterización de los críticos del neoextractivismo no habría dudado un minuto en propiciar su explotación, cosa que no ha ocurrido. Ese gesto, todavía no plenamente correspondido del gobierno del Ecuador, no sólo es un sacrificio que hace ese país a los efectos de honrar el mandato de la constitución de 2008 y los preceptos del *sumak kawsay*, sino que es una importante contribución a la lucha contra la contaminación, porque mantener ese petróleo sin explotar significa que se evita lanzar a la atmósfera 407 millones de toneladas de dióxido de carbono. En línea con esta tesitura, debe también destacarse el hecho de que el gobierno ecuatoriano recuperó para el país la explotación que antes estaba en manos de empresas transnacionales y debió, para ello, abonar una cifra que oscila en torno a 830 millones de dólares.

Algo similar podría decirse en relación con el gobierno de Evo Morales, acerbamente criticado por relanzar la explotación de las grandes reservas de hierro de El Mutún. Se lo acusa de no haber renunciado a la explotación de esa riqueza, sino de haberla pasado de manos de una transnacional brasileña a otra de la India, ofreciendo "ventajas

160 Eduardo Gudynas, "Diez tesis urgentes...", op. cit., pp. 199-200.

tributarias, acceso carretero, y hasta la provisión de gas para la generación energética"[161]. ¿Qué pretenden estos críticos? ¿Que los gobiernos de Bolivia y Ecuador esperen que llueva el maná del cielo para que les aporte todos los recursos imprescindibles para la construcción de una buena sociedad, pautada sobre las orientaciones del "buen vivir"? ¿De dónde obtendrían los dineros que exige cualquier programa de reforma social? Los críticos se rasgan las vestiduras cuando citan aquella frase del presidente Rafael Correa que decía: "No podemos sentarnos como mendigos en el saco de oro". El problema es que ninguno de ellos dice de dónde saldrán los recursos para financiar la construcción de la nueva sociedad, como si tal cosa pudiera emprenderse a costo cero, y esto le resta mucha seriedad a sus argumentos.

Ahora bien, dado que el desarrollo y el desarrollismo se convirtieron en malas palabras, ¿qué es lo que proponen estos críticos? ¿Otro desarrollo? No. Lo que quieren no es un "desarrollo alternativo", sino algo mucho más amplio y a la vez más difuso: una "alternativa al desarrollo", superadora de la racionalidad establecida por la Modernidad con respecto al progreso, la explotación de la naturaleza y las relaciones entre los hombres. Salirse del chaleco de fuerza del progreso concebido en los términos tradicionales supone avanzar en la progresiva desmaterialización de las economías, esto es, promover un funcionamiento económico en donde se utilicen menores cantidades de materia y energía; se impulsen nuevas formas de sociabilidad más generosas, solidarias y altruistas; y se enfatice menos el "crecimiento" económico y mucho más la calidad de vida. Todo esto supone discutir cómo se produciría el pasaje a la nueva estrategia alternativa al desarrollo. La respuesta de los teóricos de este modelo es que esto ocurriría no mediante una ruptura revolucionaria, sino a través de transiciones que, paulatinamente, vayan imponiendo este nuevo sentido común alternativo al progreso y al desarrollo[162]. Pocos podrían estar en desacuerdo con tan nobles propósitos. La cuestión, sin embargo, es: ¿cómo avanzar en estas pacíficas transiciones en sociedades como las del capitalismo actual, dominadas por completo por la rapacidad de la lógica de la ganancia y "acorazadas", para usar la expresión gramsciana, por un aparataje coercitivo y mediático que se erige como un formidable obstáculo ante cualquier tentativa de cambio?[163].

161 Eduardo Gudynas, "Diez tesis urgentes...", op. cit., pág. 207.

162 "Caminos para las transiciones post-extractivistas", de Eduardo Gudynas, en Alejandra Alayza y Eduardo Gudynas (eds.) *Transiciones. Postextractivismo y alternativas al extractivismo en el Perú* (Lima: RedGE/CEPES, 2011) pág. 193.

163 A propósito de Gramsci, sería conveniente leer un pasaje de su *Cuadernos de la cárcel*, en donde establece una distinción entre "progreso" y "devenir". Entre otras cosas, allí

En consecuencia, son varios los problemas que afectan a los críticos del "desarrollo". Si bien el objetivo de la estrategia es generar una alternativa al desarrollo, existe sin embargo la impresión de que sus mentores quedan atrapados en las dos falsas disyuntivas que identificó el "Plan Nacional para el Buen Vivir": a) conservación versus satisfacción de necesidades, y b) eficiencia versus distribución. Si hay conservación del medio ambiente, no podrán satisfacerse las necesidades de la población; y si se instaura un esquema económico eficiente, necesariamente se convertirá en un freno a toda política redistributiva[164]. Pero aparte de estos, ocurren otros problemas: se propone una crítica abstracta al desarrollo para quedar luego en silencio a la hora de explicitar lo que sería, en términos concretos, la "alternativa al desarrollo". Para comenzar, cualquiera que sea esta alternativa, ¿sería razonable concebirla con independencia de los serios desafíos que presenta el crecimiento económico en el capitalismo tanto como en el socialismo? ¿O es que la "alternativa al desarrollo" es apenas otro nombre para una política de "crecimiento cero" que sentenciaría definitivamente a los países del sur global al atraso y la pobreza? ¿Sería posible, en esas condiciones, instituir un proyecto de "buen vivir"? Inspirado en las confusas y erróneas (cuando dejan de ser confusas) reflexiones de Amartya Sen sobre el crecimiento económico, uno de los proponentes de esta política, Alberto Acosta, escribió en un trabajo reciente que "cabría incluso recuperar aquellas propuestas que propician el decrecimiento o el crecimiento estacionario, como las planteadas por Enrique Leff, Serge Latouche y otros tantos. Son aleccionadoras las palabras de un partidario temprano del crecimiento 'cero' como John Stuart Mill"[165].

Ahora bien, ¿cuáles serían las consecuencias a mediano plazo de un "crecimiento cero" en la economía, si un país como Ecuador registra un crecimiento de un 2% anual en la población? Tal vez este sea un cálculo propio de un "pastelero", para usar una expresión que Alberto Acosta reserva a sus oponentes, pero lo cierto es que para los movimientos sociales, las fuerzas populares y los gobiernos progresistas, el asunto está bien lejos de ser una cuestión de pastelería. Según lo prueban diversas proyecciones estadísticas, de mantenerse una

señala que "en la idea de progreso se halla sobreentendida la posibilidad de una medición cuantitativa y cualitativa: más es mejor" (México DF: Era, 1986) Tomo 4, pág. 213.

164 Ver Plan Nacional de Desarrollo, República del Ecuador, 2009.

165 Alberto Acosta, "Sólo imaginando otros mundos, se cambiará este. Reflexiones sobre el Buen Vivir" en *Revista Sustentabilidades*, Nº 2, 2010, en <www.sustentabilidades.org/revista/publicacion-02/solo-imaginando-otros-mundos-se-cambiara-este-reflexiones-sobre-el-buen-vivir>.

tasa de crecimiento demográfico del 2,1% anual la población ecuatoriana se duplicaría en veinticinco años y llegaría a una cantidad estimada en 28 millones de habitantes.

Obviamente que desde el punto de vista de la distribución de la riqueza esto plantea dos posibilidades: (a) que ante esa realidad todos sin excepción admitan ser un 50% más pobres, porque habrá la misma cantidad de bienes a repartir, pero en una población el doble de tamaño (digamos: 200 lápices que antes se repartían entre 100 ecuatorianos, a razón de dos lápices por habitante, y ahora deberán ser repartidos entre 200), apoteosis esta del igualitarismo jamás visto en la historia de la humanidad; o, lo más probable, (b) que los ricos defiendan más eficazmente sus riquezas haciendo que los no ricos se empobrezcan mucho más del 50%, y en lugar de recibir cada uno un lápiz –caso del inverosímil igualitarismo perfecto–, algunos seguirán recibiendo dos, o más, y otros recibirán uno o ninguno. Esto con una moderada tasa de crecimiento demográfico y, sobre todo, para un período de veinticinco años. Proyectemos este experimento a cincuenta años y llegaríamos a un escenario cuyas "pujas distributivas" evocarían la brutal ferocidad del estado de naturaleza hobbesiano o las tenebrosas imágenes de *Blade Runner*. Por consiguiente, y a riesgo de abreviar una discusión que no podemos soslayar pero que no compete elaborarla aquí, la propuesta de los teóricos del "crecimiento cero" sólo comenzaría a transitar por un sendero de racionalidad si al mismo tiempo se postulara un "crecimiento cero" de la población, introduciendo draconianas medidas de control de la natalidad que ni siquiera China, con la omnipotencia de su Estado, pudo garantizar. O, si admitieran que el crecimiento económico debería ser igual al crecimiento demográfico, con lo cual tendrían que vérselas con el tema del crecimiento de la economía. Pero aun así quedaría un problema pendiente, como veremos a continuación.

Dado que este supuesto de "crecimiento demográfico cero" es completamente inviable, en términos prácticos, entonces los teóricos de la "alternativa al desarrollo" no tienen más remedio que enfrentarse al espinoso problema de la distribución de un *stock* de bienes que permanece inalterado. Alberto Acosta lo plantea en estos términos:

> La reducción sustantiva de la pobreza y la inequidad, el logro de crecientes grados de libertad y la vigencia de los derechos ciudadanos pasarían, entonces, por una redistribución a favor de los pobres y marginados, en detrimento de la excesiva concentración de la riqueza y el poder en pocas manos. Una opción que no implica propiciar la búsqueda de crecientes niveles de opulencia, para entonces *provocar la redistribución*. Por lo contrario hay que erradicar la pobreza y la opulencia, pues esta última sólo se explica por la existencia de una masiva pobreza[166].

Acosta cita en apoyo a su razonamiento un elocuente pasaje de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith. Sin embargo, provocar esa aparentemente inocente e indolora redistribución de la riqueza exige algo que no se insinúa, siquiera marginalmente, en su texto y tampoco aparece en la amplia producción teórica de los que comparten su punto de vista: nada menos que una revolución socialista y la destrucción del Estado burgués, temas estos soslayados por los críticos del extractivismo. No con menos se podrá derrotar la formidable coalición de la burguesía imperial con las clases dominantes locales. Dado que las distintas variantes del reformismo burgués –incluyendo su versión más radical, el keynesianismo– fueron incapaces de llevar a fondo la política redistributiva y resolver el problema de la pobreza incluso en los capitalismos desarrollados, la única alternativa que aparece en el horizonte es una revolución anticapitalista. Pero tal cosa trasciende los límites del modelo teórico de los críticos del neoextractivismo. Al soslayar esta espinosa cuestión, sus argumentos quedan reducidos a una atractiva retórica pero desprovista de reales capacidades de transformación social.

El "Informe de Desarrollo Humano" revela que en Bolivia, por ejemplo, siglos de opresión y explotación, agravados en décadas recientes por las políticas neoliberales, dieron como resultado que el 14% de la población no tenga acceso seguro a agua potable, un 22,7% a la electricidad, y que la tasa de mortalidad infantil sea del 46 por mil nacidos vivos. Para Ecuador, las cifras son: 6% sin acceso a agua potable, 8% sin energía eléctrica, y una tasa de mortalidad del 21 por mil nacidos vivos[167]. ¿Cómo harían los partidarios del "crecimiento cero" para acercar estos índices a los que exhiben países como Cuba, Suecia o Noruega, por ejemplo, sin promover el crecimiento de la economía? Esa misteriosa "alternativa al desarrollo" tendrá la capacidad para obrar el milagro de multiplicar las fuentes de energía eléctrica, las cañerías para transportar el agua potable y eliminar los desechos cloacales, construir hospitales y aumentar el número de médicos y enfermeros para asistir las necesidades de salud de la población sin que crezca la economía. Se debe recordar, además, que precisamente a causa de la pobreza países como Bolivia y Ecuador han obligado a una significativa

166 Ver "Sólo imaginando otros mundos...", op. cit.

167 Ver "Informe de Desarrollo Humano", del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD (Nueva York) 2010. Los datos corresponden al año 2008 y se encuentran en las Tablas 7, 14 y 16 del Informe. Ver <http://hdr.undp.org/en/media/HDR_2010_ES_Tables_reprint.pdf>.

fracción de su población a emigrar involuntariamente al extranjero, y que idealmente debería estar en condiciones de retornar a sus países. Pese a que la bibliografía de estos críticos es amplísima, ninguno de estos interrogantes encuentra respuestas.

Sobre las virtudes (y los riesgos) de la intransigencia

Por supuesto, esta crítica no significa de ninguna manera adherir sin reservas al patrón de crecimiento propio del capitalismo, que arrasa la naturaleza, destruye los bienes comunes de la humanidad y las propias sociedades. Pero una cosa es criticar ese patrón de crecimiento y otra bien distinta es cuestionar el crecimiento en sí. Lo que habría que hacer es garantizar, mediante un estricto control público (que no sólo quede en manos de la burocracia estatal), que las actividades económicas respeten los derechos de la Madre Tierra y que reduzcan a un mínimo los procesos que podrían afectar negativamente tanto a la naturaleza como a la sociedad. Algunos teóricos del *sumak kawsay* anuncian que el mundo del futuro no será de la abundancia, como postulaba la ideología del progreso indefinido, sino de la escasez: habrá cada vez menos petróleo hasta el punto de extinguirse; los recursos no renovables culminarán en su agotamiento, más pronto que tarde; la tierra arable será una proporción cada vez menor de la superficie terrestre; el agua será un bien cada vez más escaso, y así sucesivamente. Y si la utopía comunista reposaba sobre un supuesto, la superabundancia de bienes, lo cierto es que esta premisa debe ser reexaminada a la luz de las condiciones prevalecientes en la época actual y las posibilidades abiertas por nuevos desarrollos científico-técnicos.

Demás está decir que estamos de acuerdo con buscar una alternativa al "desarrollo" tal cual lo concibe el capitalismo. Es más: creemos firmemente en la necesidad de inventar –conviene aquí recordar la máxima de Simón Rodríguez– una nueva concepción teórico-práctica del desarrollo distinta a la que surge de la idea del "progreso". Pero cualquiera que sea el producto final de esta invención (que ciertamente será obra de la lucha de los pueblos y no de la ingeniosidad de los teóricos), uno de sus componentes esenciales será el crecimiento económico, requerido para que haya más agua, servicios cloacales, electricidad, hospitales, médicos, etcétera. El rechazo que ciertas formulaciones del "buen vivir" manifiestan en torno a este criterio cuantitativo sólo podría ser razonable frente a una concepción reduccionista que agote su imaginación en las cuestiones numéricas. Pero desde el marxismo, el tema crucial en la construcción de la buena sociedad no es ni el crecimiento ni el desarrollo, sino el proceso de emancipación humana, tal cual lo manifestara el joven Marx desde sus primeros escritos y lo ratificara en las obras de su madurez. Ese proceso está signado por los

rasgos cualitativos que hablan de la autodeterminación de los sujetos, su libertad efectiva, la riqueza de su vida espiritual, la justicia social, la satisfacción de sus necesidades materiales y el pleno despliegue de las potencialidades de las personas. Se trata de un proceso eminentemente cualitativo pero que de todos modos remite, en algunos casos y tal como lo planteamos más arriba, a una dimensión cuantitativa incompatible con las peligrosas fantasías del "crecimiento cero".

En la América Latina de hoy, gobiernos como los de Venezuela, Bolivia y Ecuador han registrado algunos importantes avances en esta empresa emancipatoria. Por supuesto, queda muchísimo por hacer, pero lo que se ha hecho no es poco, y como tal debe ser valorado.

Sin embargo, contemplamos con mucha preocupación que, en coincidencia con la virulenta contraofensiva estadounidense destinada a revertir los avances registrados en la primera década de este siglo –y entre los cuales la derrota del ALCA en Mar del Plata fue un hecho traumático para el imperio–, se está abriendo una preocupante brecha entre esos gobiernos y algunos movimientos sociales y fuerzas políticas que, en sus inicios, fueron sus entusiastas bases sociales de sustentación. Como decíamos al principio de este trabajo, una de las denuncias más rotundas de sus críticos alude a una supuesta "traición" a los ideales contenidos en el *sumak kawsay*, y la correlativa capitulación ante la lógica del capital y los dictados de las transnacionales. De ahí la acusación de "neoextractivistas" o "neodesarrollistas" que se lanza en contra de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa. Congruentes con esta caracterización, los críticos proponen una política de "ortodoxia (o dogmatismo) intransigente" para oponerse al "pragmatismo inconsistente" (términos ambos utilizados por el Che Guevara en crítica a los manuales de economía, esos "ladrillos soviéticos" de la Academia de Ciencias de la URSS) de los gobiernos de izquierda en América del Sur. Y el colofón de ese enfrentamiento es muy claro: ¡ninguna concesión que resienta la integralidad del programa del *sumak kawsay*! Caracas, Quito y La Paz se convierten, para algunos movimientos sociales y fuerzas políticas, en los enemigos a vencer, a menudo en estrecha asociación con organizaciones abierta o veladamente instrumentales a la política imperialista en la región.

Una rápida ojeada a la historia de las revoluciones en el siglo XX arrojaría sobrias enseñanzas en relación con los peligros encarnados en una postura integrista del "buen vivir". Entre los que hicieron concesiones que comprometieron, en la vida práctica de las revoluciones, la pureza de la doctrina se encuentran Lenin, que adoptó la Nueva Política Económica desandando el camino inicial adoptado luego del triunfo de la Revolución; Trotsky, que en su carácter de comisario para las Relaciones Exteriores de la joven república soviética convalidó la paz de Brest-Litovsk en 1918, que mutilaba partes muy significativas del

territorio soviético; Deng Xiao Ping, en momentos en que la sobrevivencia económica de la Revolución China era amenazada por hambrunas, protestas populares y el fracaso del modelo copiado de la experiencia soviética; el gobierno vietnamita, que luego de derrotar al ejército de los Estados Unidos e imponer el modelo económico ultracentralizado de la Unión Soviética tuvo que efectuar un radical viraje para evitar que los frutos de su colosal victoria fuesen birlados por el imperialismo como resultado del derrumbe económico; Fidel, que asfixiado por más de tres décadas de criminal bloqueo norteamericano y el estrepitoso desplome de la Unión Soviética tuvo que enfrentar el "período especial" de comienzos de los años noventa efectuando importantes concesiones para desarrollar la industria turística que Cuba no tenía, avanzar en la explotación del níquel, instituir un doble sistema monetario y admitir el ingreso de capitales extranjeros porque, de lo contrario, la sobrevivencia de la Revolución estaba en peligro.

Estas experiencias pueden y deben ser discutidas y analizadas, extrayéndose de todas ellas las conclusiones que sean pertinentes. Estas, por supuesto, serán bien diferentes según los analistas: habrá quienes se refugien en una caracterización, "la revolución traicionada", para clausurar con fiereza el debate que, entonces, no aportará ninguna nueva enseñanza. Nosotros creemos que es importante ver los matices y alejarse de tan rotundas etiquetaciones: es cierto que la Unión Soviética se apartó de la ruta idealmente trazada, pero su historia no es tan sólo la de los horrores del estalinismo como pretende la derecha y convalida una izquierda muy confundida. También forman parte de esa historia los logros en materia de industrialización, desarrollo científico-tecnológico, y la contención y derrota del nazismo, magna tarea que sólo culminó con éxito gracias al imprescindible protagonismo de la URSS. En ese sentido, podría decirse que aquellas "concesiones", tan fustigadas por los críticos de ayer y de hoy, tuvieron algunos resultados positivos que sería absurdo negar. Lo mismo cabe decir de las experiencias de China y Vietnam, que algunos se empeñan en descalificar con la consigna facilista de que ambos países "retornaron al capitalismo", pasando por alto el detalle –seguramente nimio para estos críticos– de que a diferencia de los países capitalistas donde son los grandes capitales los que controlan a los Estados y manipulan a sus gobiernos, en los casos de China y Vietnam son estos los que controlan y someten a aquellos. En ambos, la corrección de un rumbo que desembocaba en una tremenda derrota permitió salvar algunas conquistas que pueden ser de suma trascendencia en la actual recomposición internacional de fuerzas sociales y políticas. Puede que la izquierda dogmática no se haya percatado de ello, pero los intelectuales, estrategas y gobernantes del imperio han tomado buena nota de este asunto y su aguzado instinto no se equivoca al calificar a China y Vietnam como enemigos.

Y lo mismo podría decirse de nuestra entrañable Revolución Cubana, obligada a dar un paso atrás para luego tener la posibilidad de dar dos hacia delante. ¿Quién podría negar que, pese a estas rectificaciones y los nuevos "lineamientos" recientemente acordados, La Habana sigue siendo un faro que arroja potente luz sobre las luchas emancipatorias de Nuestra América? ¿Y cómo subestimar el impacto desmoralizador y desmovilizador que tendría la implosión, a causa de los problemas económicos, de la Revolución Cubana?

En síntesis: esas concesiones permitieron consolidar ciertos importantísimos avances y mantener las esperanzas de nuevos pasos hacia el frente en un futuro no muy lejano, sobre todo teniendo en cuenta la crítica situación en que se debate el capitalismo a nivel mundial. Pero hubo también quienes no hicieron concesiones. En primer lugar, y dentro de la propia experiencia soviética, Stalin. La colectivización forzosa de la agricultura es tal vez el ejemplo más rotundo del "dogmatismo intransigente" del que hablaba el Che. Lanzada en diciembre de 1929 tenía como objetivo liquidar a los *kulaks* (campesinos ricos) y racionalizar, bajo la égida del Estado, la producción agrícola y transferir ingresos desde la agricultura a la industria para facilitar la acelerada industrialización de la república soviética. El ritmo de la colectivización agraria fue uno de los pocos en los que genuinamente la dinámica real de los acontecimientos superó las previsiones del plan, pero este avance no estuvo exento de ocasionales retrocesos en donde la "campesinización" reemergía con fuerza sólo para ser combatida por Stalin con renovada ferocidad. El balance final de esta política, medido en términos de vidas humanas, está todavía por hacerse. Pero son pocos quienes objetan que la cifra se mide en varios millones de muertos[168].

Otro que no hizo concesiones fue Kim Il Sung, en Corea del Norte, que terminó aislando por completo a ese país e instaurando un totalitarismo colectivista en consonancia con las "positivas enseñanzas" que, según el "Gran Líder" (y luego de su muerte, "Presidente Eterno"), brotaban de la experiencia estalinista. Huelga aclarar que la distancia que separa a Corea del Norte del socialismo imaginado por Marx y Engels es tan grande como la que separa las enseñanzas de quien nació en un pesebre en Belén y pronunció el sermón de la montaña de la opulencia del boato de la Iglesia Católica. La radical intransigencia de Kim

168 Comentando esta tragedia, el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez escribía que el terror resultante "no es simplemente el fruto de una mente enferma, sino la práctica en que culmina –ciertamente en la forma bárbara que ni Lenin ni Trotsky podían imaginar– el intento de construir el socialismo desde el poder en condiciones históricas adversas, sin la participación consciente de las masas trabajadoras y sin la adhesión de la mayoría de la sociedad". Ver su notable "Después del derrumbe. Estar o no a la izquierda" en *Dialéctica* (México DF) Nº 23-24, invierno de 1992-primavera de 1993, pág. 66.

Il Sung terminó por provocar una catástrofe económica de enormes proporciones, que salió a la superficie una vez que asumió la primera magistratura del país su hijo, Kim Jong Il –convenientemente exaltado por la nomenclatura como el "Amado Líder"–, inaugurando con este paroxismo del nepotismo un modelo político dinástico que se sitúa en las antípodas de la filosofía política del marxismo.

El tercer y último caso que queremos brevemente mencionar en estas páginas es el del *Khmer Rouge* (Jemer Rojo) de Camboya. Fundado por Pol Pot, líder del Partido Comunista Camboyano, en 1975 y en coincidencia con la derrota norteamericana en Vietnam, derribó al gobierno títere, proamericano, de Lon Nol. Enemigo acérrimo de Occidente, el Jemer Rojo ordenó el éxodo masivo de los habitantes de las ciudades, a las que concebía como una de sus más perversas y satánicas creaciones. Tal iniciativa fue cruelmente instrumentada en poco más de una semana, lo que provocó una gigantesca dislocación económica, una de cuyas manifestaciones fue la súbita obligación de los citadinos deportados de realizar labores propias del campesinado. En su desenfreno "maoísta", el régimen decretó la prohibición del dinero y la propiedad privada, a la vez que se fiscalizaban celosamente los movimientos de la población y se reformaba radicalmente la educación, con una vuelta a los valores tradicionales de la antigua sociedad agraria camboyana. La agricultura fue colectivizada de manera aún más brutal que en la Unión Soviética, y la completa desarticulación de la economía tuvo un costo estimado en cerca de 4 millones de personas que perecieron a causa de ella y el totalitarismo político del nuevo régimen. La derrota sufrida por el Jemer Rojo a manos de Vietnam marcó el principio del fin de tan horrendo experimento político, económico y social.

Las lecciones que pueden extraerse de estos ejemplos son muchas y muy variadas. Pretendemos aquí apenas resaltar apenas dos: los peligros del fundamentalismo y del mesianismo, y los enormes riesgos que implica asumir posturas de "dogmática intransigencia" que hacen caso omiso de las enormes dificultades que conlleva la creación de un nuevo orden económico, político y social. Y que el camino hacia la buena sociedad –sea esta el *sumak kawsay* o cualquier otra– jamás es rectilíneo o una flecha que asciende ininterrumpidamente hacia las diáfanas alturas del orden deseado. Por el contrario, siempre se trata de un complejo y muchas veces áspero y violento proceso en el cual se producen avances y retrocesos no contemplados en la prístina hoja de ruta de la doctrina. Sería una desgracia que una propuesta tan bella como la del "buen vivir" se viera frustrada no sólo por la oposición del imperialismo y sus aliados, sino también por la ardiente impaciencia de quienes creen que el mundo puede crearse en siete días y se exceden en sus críticas a los gobiernos que procuran avanzar –lentamente, con vacilaciones– por ese camino. En otras palabras, sería de lamentar que

el obcecado utopismo de la acción política postergue indefinidamente la realización de una bella y necesaria utopía. Para América Latina, la sustentabilidad de los procesos en curso en Venezuela, Bolivia y Ecuador es la mayor importancia. Lo ocurrido con Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile, donde los sectores más intransigentes y radicalizados confluían, a pesar de ellos, con la derecha autóctona y el imperialismo en obstaculizar la acción del gobierno, no puede y no debe volver a ocurrir. El predominio táctico de la consigna "avanzar sin transar", propuesta por los sectores más radicalizados de la Unidad Popular, fue una victoria efímera y pírrica, cuyo resultado más duradero fue sumergir al gobierno chileno en un cúmulo de contradicciones y enfrentamientos que muy rápidamente terminaron por erosionar su legitimidad y desalentar a sus bases sociales de apoyo, dejándolo poco menos que inerme ante la reacción fascista.

Cuando los intelectuales y movimientos sociales más profundamente identificados con el *sumak kawsay* hablan de "transición" están reconociendo la imposibilidad de concebir la fulminante implantación de ese programa mediante un *úkase* administrativo emitido desde Caracas, Quito o La Paz. Por consiguiente, si se trata de un proceso que puede durar varios años, hasta décadas, sólo espíritus muy cegados pueden dejar de reconocer que hasta que este se consuma habrá una difícil pero inevitable coexistencia entre lo viejo que no termina de morir y lo nuevo que no acaba de nacer, para usar la expresión gramsciana. Un nuevo ordenamiento social que tendrá la nada sencilla tarea de producir distribuyendo y distribuir produciendo. Pero mientras esta novísima forma de organizar la vida económica y social de los pueblos se instaure y consolide, la convivencia de un capitalismo extractivista en retirada con un nuevo orden económico poscapitalista o "socialismo biocéntrico" será inevitable. Este no surgirá por generación espontánea, sino que será producto de prolongadas luchas populares y una férrea determinación gubernamental. Y a lo largo de este proceso no podrá evitarse la necesidad de establecer compromisos, los que seguramente impacientarán a una vanguardia desprendida de su propia base, que parecería ignorar que el inmediato desmantelamiento del viejo orden y la abrupta salida de los países arriba mencionados de los circuitos del comercio internacional producirían una debacle económica que privaría al gobierno de los recursos financieros exigidos por la progresiva construcción del anhelado nuevo orden. Son dignos de todo encomio los esfuerzos de los expertos y científicos sociales que denuncian la depredación producida por el capitalismo y plantean una defensa intransigente de los derechos de la Madre Tierra. Pero si bien compartimos plenamente esta perspectiva crítica desde la teoría, también creemos que la reflexión teórica no puede prescindir del análisis concreto de las relaciones de fuerza que, en la vida práctica, atraviesan

el campo de la política en los procesos de transformación en curso en América Latina, y principalmente en Ecuador, Bolivia y Venezuela. Relaciones de fuerza que impiden marchar en pos de los objetivos del *sumak kawsay* con rapidez, y sin las fricciones y contradicciones que caracterizan la tersa dialéctica del reino de las ideas.

De lo que se trata, por lo tanto, es de asegurar que los gobiernos tenga muy claro el objetivo, transiten por el rumbo correcto y actúen con firmeza, conscientes de las acechanzas que anidan en cada recodo del camino. Peligros contrapuestos pero recíprocamente potenciados: desde el infantil ultraizquierdismo de quienes creen que por haber conquistado algunos centros de estudiantes saben lo que es la revolución y desean la "revolución ya", como un rayo que cae del cielo, hasta el pérfido imperialismo de mil tentáculos que trabaja incansablemente para sabotear el proceso de cambios organizando, financiando y movilizando a sus peones locales con consignas sólo en apariencia democráticas y humanistas. Este libro se ha escrito con la esperanza de llamar la atención acerca de estos peligros y, de este modo, contribuir a llevar a buen término los difíciles procesos de transformación actualmente en marcha en Sudamérica, en un escenario histórico signado por la creciente beligerancia del imperialismo, tema que será objeto del próximo capítulo.

Capítulo 8
El desenfreno militarista del imperio

Venimos señalando, la combinación entre el desorbitado consumismo que exige la acelerada rotación del capital y la realización de la mercancía –proceso incentivado por una de las industrias más poderosas de los Estados Unidos, la de la publicidad (*advertising*)–, y la creciente escasez de recursos naturales imprescindibles para sostener el irracional patrón de consumo de los capitalismos desarrollados ha tenido como consecuencia inevitable la vigorosa militarización de la política exterior de los Estados Unidos. Tal como observa uno de sus principales estudiosos, Michael Klare, los estrategas norteamericanos están mirando mucho más allá de la inmediatez de las guerras libradas en Irak y Afganistán, y están preocupados por la planificación de los combates futuros[169].

Es debido a ello que gran parte de los documentos elaborados por el Pentágono, el Departamento de Estado y la propia CIA sobre los escenarios internacionales futuros (en torno a 2020 o 2030) coinciden en señalar que Estados Unidos jamás volverá a disfrutar la supremacía que supo tener en la segunda mitad del siglo XX, y que esa época ya pertenece a un pasado que no tiene retorno. Como afirmamos en el capítulo 2 de este libro, uno de los informes más importantes elaborado por el Pentágono, el ya citado "National Defense Strategy" de 2008, asegura que en los próximos años Washington deberá prepararse para vivir en un mundo mucho más hostil y competitivo, y se las tendrá que ver con cinco distintos tipos de actores internacionales: amigos, aliados, competidores, adversarios y enemigos, cada uno de ellos midiendo sus fuerzas en la arena internacional[170]. Los dos últimos cuestionarán

169 Ver "La nueva geopolítica de la energía", de Michael Klare, en *Rebelión*, 2 de julio de 2008, en <www.rebelion.org/noticia.php?id=69727>.

170 A comienzos de este año hubo dos declaraciones muy importantes en este sentido: el discurso de Barack Obama ante ambas Cámaras del Congreso de Estados Unidos

el predominio de Estados Unidos en todos los frentes, pero los tres primeros, a su vez, tratarán de hacer valer sus intereses, de suerte tal que no siempre estarán dispuestos a acompañar complacientemente la reafirmación de la primacía norteamericana. La conclusión es que las guerras serán una condición permanente que Estados Unidos deberá enfrentar durante los próximos veinte o treinta años, y para eso, recomienda el informe, se debe estar muy bien preparado. El optimismo que brotaba de las primeras formulaciones del tanque de pensamiento del Nuevo Siglo Americano a comienzos de siglo cedió su lugar a la crispación y a la furia, y a un inusitado proceso de militarización cuyas funestas consecuencias no tardaron en tornarse claramente visibles[171].

En línea con lo anterior, Klare señala que ante esta nueva realidad los principales estrategas y analistas de política (*policy analysts*) del imperio llegaron a la conclusión de que era necesario reconfigurar sus doctrinas, equipos y fuerzas operacionales para seguir prevaleciendo en un entorno cada vez más desfavorable, cuando no abiertamente hostil, mejorando la planificación estratégica y la capacidad de combate de las fuerzas estadounidenses. Según este autor, existe un cierto número de indicadores que apoyan esta inferencia. Por ejemplo, en sucesivos informes anuales del Pentágono, desde 2006, se insiste en señalar el enorme crecimiento de la capacidad militar de China y su alarmante proyección internacional, aguijoneada por la necesidad de acceder a los recursos naturales y suministros requeridos para sostener su elevado ritmo de crecimiento económico y la ascendente demanda de un enorme país de más de 1.300 millones de personas[172].

sobre el Estado de la Unión, pronunciado el 24 de enero, y en el cual las pocas referencias a países del extranjero puntualizaron la rivalidad existente con China en las cinco oportunidades en las que este país o sus nacionales fueron mencionados; y las declaraciones de Mitt Romney, precandidato republicano a la presidencia de Estados Unidos, quien afirmó el 27 de marzo de 2012 que "Rusia es el enemigo público número 1 de Estados Unidos". El discurso completo de Obama puede leerse en <www.nytimes.com/interactive/2012/01/24/us/politics/state-of-the-union-2012-video-transcript.html> y las declaraciones de Romney se encuentran en <http://rt.com/news/romney-russia-enemy-obama-532/>.

171 Como producto de ese clima ideológico, el presidente Barack Obama emitió una sorprendente Orden Ejecutiva el 16 de marzo de 2012, llamada "Preparación de recursos para la defensa nacional", mediante la cual la Casa Blanca queda autorizada para controlar y dirigir toda la maquinaria económica de Estados Unidos, tanto en tiempos de guerra como en la paz. Una reflexión sobre este asunto se encuentra en nuestro "Obama prepara a Estados Unidos para la guerra", en <www.rebelion.org/noticia.php?id=147396>.

172 Según el ya mencionado informe del SIPRI (ver nota al pie 88, pág. 101), el gasto militar de China en 2010 equivalía al del Reino Unido y Francia combinados, que se situaban en el tercer y cuarto lugar de la estadística. La revista *The Economist* ha

En la edición de 2008 de ese informe, se señala que China ha mejorado su capacidad para proyectar su poderío "en las zonas que le proporcionan materias primas, especialmente combustibles fósiles, y que semejantes esfuerzos supondrían una significativa amenaza para los intereses de la seguridad estadounidense". Objeto especial de preocupación lo constituye la situación de África, convertida en una región de crucial importancia geoestratégica y en la cual la penetración de los intereses chinos en la última década ha sido particularmente intensa. Si en América Latina la influencia del gigante asiático puede ser contrabalanceada, al menos en parte y no en todos los países, por el influjo norteamericano, en África la situación es bien distinta, lo que suscita gran inquietud en los círculos gobernantes de Estados Unidos[173]. Rusia es otro de los países que motiva la preocupación del Pentágono, no tanto por su papel en la competición mundial de recursos –dado que la heredera de la Unión Soviética tiene enormes reservas de petróleo y gas natural–, pero sí por su capacidad para extorsionar a Europa Occidental, grandemente dependiente de estos energéticos abastecidos por Moscú, lo que debilitaría el sistema de alianzas que Washington procura sostener con sus aliados del otro lado del Atlántico. Por otra parte, las estimaciones de crecimiento del gasto militar ruso son apenas un poco menos preocupantes que las de China, y ello seguramente debe haber estado en la mente de Romney cuando caracterizó a Rusia como la enemiga pública número uno de Estados Unidos. En suma: si se tiene en cuenta que, tal como asegura Klare, "las reservas mundiales de petróleo, gas natural, uranio y minerales industriales clave como el cobre y el cobalto empiezan a disminuir y la demanda de esos mismos recursos se está disparando", se podrá comprender las razones por las

manifestado, en reiteradas ocasiones, que el PBI de China sobrepasará al de Estados Unidos en algún momento entre 2019 y 2026. Según la Rand Corporation, para el año 2025 el gasto militar de China equivaldrá a la tercera parte del de Estados Unidos. En 2010 era la sexta parte, y antes de esa fecha, una proporción ínfima en relación con el de la superpotencia. Pero las cosas han cambiado, y muy significativamente, lo que preocupa muchísimo a los halcones de Washington.

173 No es un dato menor en relación con esto que en el reparto de los Comandos de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, el AFRICOM, o sea, el Comando para África, esté radicado en el Cuartel Kelley que las tropas de ocupación norteamericanas tienen en... ¡Stuttgart! La posibilidad de instalarlo en un país africano suscitó unánime rechazo a partir de su creación, en 2008. Marruecos se propuso como sede, pero su iniciativa fue repudiada por Estados africanos, y el pésimo récord en materia de derechos humanos hacía inconveniente, para Estados Unidos, tener a ese país como anfitrión; no era una alternativa atractiva. Se espera que luego del derrocamiento de Muammar el Gadaffi el AFRICOM pueda radicarse en Libia. Sin embargo, el sitio web del AFRICOM informaba el 21 de septiembre de 2012 que su cuartel general permanecería en Stuttgart y que no existían planes para trasladarlo a ningún país africano.

cuales el Pentágono ha colocado "la competencia por los recursos en el centro mismo de su planificación estratégica"[174]. Es a causa de estos críticos determinantes que lo que el ex presidente George W. Bush denominó como la "guerra contra el terrorismo" y los "Estados canallas" pueden ser concebidos como las equivalencias contemporáneas de anteriores "enemigos" de los Estados Unidos, como el fascismo en los años treinta y cuarenta y, posteriormente, ya en el marco de la Guerra Fría, el comunismo. Pero lo que subyace a estos "enemigos" siempre tan necesarios para el imperialismo (y para la bonanza económica del "complejo militar-industrial", eje de un keynesianismo perverso cuyos negocios prosperan en relación directa con las guerras y la destrucción y/o renovación tecnológica de equipos y armas) es el control de recursos crecientemente escasos y de acceso cada vez más complicado[175].

Uno de los más importantes "enemigos", Osama bin Laden, fue abatido el año pasado en una operación cuya naturaleza violatoria de los derechos humanos no puede escapar a la consideración de ningún observador. Esto no significa, naturalmente, que el fundamentalismo islámico y sus tácticas terroristas de lucha vayan a desaparecer, dado que aquel obedece a causas muy profundas, entre las que sobresale el despojo colonial practicado por Occidente en el mundo árabe. ¿Seguirá siendo el radicalismo islámico uno de los "enemigos" designados por Washington? Muy probablemente sí, pero junto a él emergen otros candidatos a sucederlo, y entre ellos los más notables son Mahmud Ahmadineyad y Hugo Chávez Frías, figuras que la gran prensa imperialista mundial ha venido satanizando desde hace largos años. Además, dado que una de las razones aducidas para invadir Irak y Afganistán era la presencia de Bin Laden y Al Qaeda, ahora que aquel ha sido eliminado, ¿qué pretextos utilizará la Casa Blanca para mantener su presencia militar en aquellos dos países?[176].

174 Ver Michael Klare, "La nueva geopolítica de la energía", op. cit.

175 En relación con este punto, el investigador brasileño Renato Dagnino, profesor de la Universidad de Campinas, sostiene que en los últimos tiempos más de las dos terceras partes de la inversión en investigación y desarrollo de Estados Unidos se realizan en las empresas privadas de ese país. Y si para los años de la Primera Guerra Mundial el 20% de la industria estadounidense dependía de los contratos del Pentágono, en la actualidad esa proporción llega al 80%. La conclusión es fácil de extraer: cuantas más guerras mayores ganancias (comunicación personal con el autor, 14 de agosto de 2010).

176 Una reciente revelación de WikiLeaks informa que en realidad el cadáver de Bin Laden no fue arrojado al mar, sino enviado a Estados Unidos para efectuar registros dactiloscópicos y de todo tipo. El diario británico *The Telegraph* informaba el 6 de marzo de 2012 "WikiLeaks: Stratfor bosses thought Osama bin Laden body was flown to us", en <www.telegraph.co.uk/news/worldnews/al-qaeda/9126159/Wikileaks-Stratfor-bosses-thought-Osama-bin-Laden-body-was-flown-to-US.html>.

La "seguridad regional"

En relación con América Latina y el Caribe, la preocupación por la "seguridad regional", comprendida en un sentido estrictamente unilateral ("seguridad" para Estados Unidos, se entiende) y militar, viene de muy lejos y se remonta, sin duda, a la Doctrina Monroe. Pero el desarrollo más reciente de esa concepción podría fecharse en 1963, cuando Washington decidió crear el Comando Sur y le confirió, bajo la Secretaría de Defensa, la responsabilidad de planificar y ejecutar operaciones militares en Centro y Sudamérica y el Caribe, tanto en tierra firme como en sus aguas territoriales[177]. Sorprendentemente, México fue excluido de la jurisdicción del Comando Sur y pasó a quedar en el ámbito del Comando Central de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Tal como fuera visto en un capítulo anterior, el cuartel general del Comando Sur, localizado en Miami, reúne a un personal civil permanente de 1.600 funcionarios, aparte por supuesto de la tropa. De acuerdo con algunos estudiosos, el internacionalista Juan Gabriel Tokatlian entre ellos, el número de empleados civiles del Comando Sur ya supera al conjunto de los funcionarios del gobierno federal que, en sus diferentes agencias y secretarías, tiene a su cargo la gestión de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina y el Caribe, lo que es otra forma de demostrar los inéditos alcances de la militarización de las relaciones hemisféricas. El accionar del Comando Sur se inscribe dentro de los lineamientos generales establecidos por la nueva estrategia de seguridad adoptada por Washington con posterioridad a los acontecimientos del 11-S y que se sintetizan en el documento titulado "La Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América", publicado en septiembre de 2002. Tal como lo anotan las autoras del estudio antes citado, en dicho documento se les asigna total prioridad a la batalla contra el terrorismo y el narcotráfico –estrechamente vinculados entre sí, según la Casa Blanca– y la defensa de la "democracia", los "derechos humanos" y la "libertad", entendida antes que nada como la libertad de comercio y de mercado. Esta postura estratégica introduce también la concepción de una "guerra infinita" y la necesidad de "guerras preventivas" para atacar al enemigo terrorista allí donde se encuentre, sin prestar atención a los compromisos derivados del derecho internacional o el multilateralismo. Conviene aquí recordar una frase de la ex secretaria de Estado de Bill Clinton, Madeleine Albright, cuando declaró que en su intervención en los asuntos internacionales, Estados Unidos debe guiarse por el siguiente principio: "El multilateralismo cuando sea posible, el

177 Ver "Estrategia militar de Estados Unidos en América Latina", de Sonia Winer, Mariana Carroli, Lucía López y Florencia Martínez (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2006) Cuaderno de Trabajo Nº 66.

unilateralismo cuando sea necesario"[178]. En línea con ese axioma, el accionar del Comando Sur se despliega en torno a cuatro ejes: (a) cooperación en materia de seguridad regional; (b) asistencia militar para mejorar la capacidad de combate de las fuerzas armadas de la región; (c) lucha contra el narcotráfico, y (d) flexibilidad organizativa y operativa del Comando Sur para responder con rapidez y eficacia a los desafíos de la coyuntura, siendo "desafíos" un término por lo menos enigmático y que nunca queda aclarado.

Para tales efectos, el Comando Sur contempla la periódica realización de ejercicios militares, la instalación de numerosas bases militares en la región y la puesta en marcha de un conjunto de planes, entre los cuales sobresalen el Plan Colombia, el Plan Puebla-Panamá, la Iniciativa Andina y el ASPAN, la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte, todos los cuales deberían haberse articulado en el ALCA abortado en noviembre de 2005 en Mar del Plata.

Recordemos el ya mencionado caso del ASPAN, que es la iniciativa más reciente y aquella que contiene más nítidamente todos los elementos que configuran este proceso de militarización de las relaciones hemisféricas y las ambiciones de control jurisdiccional de los Estados Unidos. El ASPAN es un pacto establecido en 2005 a instancias de Estados Unidos, en vísperas del naufragio del ALCA en Mar del Plata, que consagra una extraordinaria expansión de las fronteras estadounidenses, que ya no se localizan en los límites territoriales de Estados Unidos con Canadá y con México respectivamente. La novedad es que ahora las fronteras de facto de Estados Unidos, ¡no las que figuran en los mapas!, se localizan en el sur, a pocos cientos de kilómetros al norte de la Ciudad de México, con las fuerzas militares y policiales mexicanas puestas al servicio de la "seguridad nacional" de los Estados Unidos para detener a los migrantes procedentes del sur de México,

178 Existen otras versiones de este axioma, que se expresan al revés y que, tal vez, captan mejor el sentido de lo que una diplomática como Albright pensaba pero no podía decir: "El multilateralismo cuando sea necesario, el unilateralismo cuando sea posible". Este ha sido, y en buena medida todavía es, el debate en Washington. El primero sería las "palomas"; el segundo, los "halcones". En ambos casos, la postura implica que Estados Unidos está por encima de cualquier expresión de la legalidad internacional y que el sistema de Naciones Unidas es apenas un elemento decorativo de la política del poder y la fuerza. En la vieja polémica entre Hobbes y Kant, entre la violencia y el derecho, la primera tiene la razón de su lado. Al menos en lo que hace al sistema internacional estamos muy cerca de Hobbes y muy lejos de Kant, sobre todo cuando aquel decía que "las palabras sin la espada son tan sólo palabras", jugando con la cuasihomofonía de *words* (palabras) y *swords* (espadas) en el idioma inglés. Las expresiones de Albright fueron vertidas en numerosas ocasiones en su calidad de embajadora de Estados Unidos ante las Naciones Unidas y, después, como secretaria de Estado de Bill Clinton.

Guatemala, El Salvador, Nicaragua y otros países sureños, e impedir que se aproximen al muro fronterizo de la infamia construido por Estados Unidos en sus límites formales con México. En términos prácticos, con el ASPAN la jurisdicción de las fuerzas armadas estadounidenses, así como la de algunas de sus agencias federales –la CIA, la DEA y el FBI, entre otras–, penetra profundamente dentro de los territorios de México y, hacia el norte, Canadá, recortando significativamente la soberanía de los países linderos de los Estados Unidos[179]. Por supuesto, según este "acuerdo" o "compromiso político" (pues no existe un "tratado" que lo regule), nada impide teóricamente que las tropas o agencias de México y Estados Unidos extiendan su jurisdicción en el interior de los Estados Unidos, sólo que tal cosa es inconcebible en el mundo real. Dada su informalidad, el ASPAN es presentado como un simple acuerdo entre los gobiernos de los tres países involucrados, lo cual lo coloca más allá de cualquier clase de investigación o monitoreo a cargo de los Congresos de Estados Unidos, México y Canadá. Por la enorme importancia de este "compromiso político", que en los hechos significa cesión de soberanía, estamos en presencia de una aberrante anomalía para esta clase de acuerdos internacionales. Tal como demostramos en un capítulo anterior, no existe ningún documento que especifique los términos de un acuerdo de esta envergadura, que no atravesó las instancias de los Congresos de los países involucrados y mucho menos fue dado a conocer a la opinión pública.

La cacería de recursos naturales en la cual está vitalmente comprometido el imperio no podía sino desencadenar la desorbitada expansión de su presencia militar al sur del Río Bravo, coto privilegiado de su pillaje. Derrotado su gran proyecto estratégico, el ALCA, la Casa Blanca sólo retrocedió para cobrar nuevos bríos y lanzarse de lleno a la reconquista de su influencia perdida, en una sucesión de medidas que continúan sin pausa hasta el día de hoy. La más reciente es la creación en Lima del llamado Acuerdo del Pacífico, firmado por el presidente del país anfitrión, Alan García, y sus pares de México, Colombia y Chile, y

179 De hecho, en un viaje emprendido hace unos años entre Guadalajara y México, una de mis maletas fue retenida por una dependencia de la Homeland Security Department de los Estados Unidos, la Transportation Security Administration (TSA), que opera abiertamente en los aeropuertos mexicanos e intercepta materiales sospechosos en un trayecto aéreo realizado entre esas dos ciudades. La maleta, que contenía documentos, libros y papeles que había reunido en una escala anterior de ese viaje –¡por pura casualidad: La Habana!–, me fue devuelta sólo meses después en Buenos Aires, y al abrirla noté que no faltaba nada. Sólo se había agregado un pequeño volante en donde la TSA lamentaba los inconvenientes que me había ocasionado al inspeccionar mi maleta y me agradecía por colaborar con el cumplimiento de su misión.

cuyo propósito manifiesto es "avanzar progresivamente en el objetivo de alcanzar la libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas" entre sus miembros. En otras palabras, construir una suerte de "corredor contrainsurgente o reaccionario" para contrabalancear el influjo de la izquierda, radical o moderada, sobre la vertiente del Atlántico. Panamá, país gobernado por un mandatario totalmente sometido a los dictados de la Casa Blanca (al punto que, *motu proprio*, ofreció varias bases militares para uso exclusivo de Estados Unidos, como veremos más adelante), se encuentra ligado al grupo en calidad de observador, al igual que Costa Rica, cuya presidenta, Laura Chinchilla, fue durante largos años empleada del gobierno de los Estados Unidos en la USAID. Si aquellos son los objetivos manifiestos, los fines latentes del Acuerdo son bien diferentes. Tal como observa en una nota reciente Raúl Zibechi, ese pacto "pretende revivir los objetivos de la extinta ALCA con base en los Tratados de Libre Comercio (TLC) que Estados Unidos tiene firmados con los miembros del Acuerdo[180]. En realidad se trata de un pacto contra el MERCOSUR y la integración regional, y de modo más explícito contra el Consejo de Defensa Suramericano de la UNASUR, que, lamentablemente, favorece los planes de sus enemigos al avanzar con mucha lentitud. Es también un modo de frenar a Brasil y sus aspiraciones de convertirse en un jugador global, y el mejor camino para remachar la vocación de exportadores de minerales de esos países, que los convierte en campos de operaciones de las grandes multinacionales mineras y, por lo tanto, en sociedades extremadamente desiguales y polarizadas, sin industria ni ampliación del mercado interno". A similares conclusiones también arriba otro especialista en el tema, Norberto Emmerich[181].

En otras palabras, el objetivo es crear una relación de fuerzas que debilite al MERCOSUR y a las nacientes instituciones regionales arriba indicadas, incluyendo, por supuesto, la CELAC[182]. Huelga aclarar que el control del litoral del Pacífico latinoamericano ha sido un área prioritaria de interés de Estados Unidos, habida cuenta de la desigual situación con que se enfrenta en la vertiente atlántica del subcontinente, dominada por el protagonismo de Brasil y el acompañamiento de la Argentina y Venezuela y, con más recaudos debido a su mayor vulnerabilidad externa, de países como Uruguay, Paraguay y Bolivia. Tal como señala Mónica Bruckmann, la IV Flota de Estados Unidos se abastece y tiene sus apostaderos en una serie de puertos peruanos, ya que este país ofrece unas ventajas inigualables para, desde la ceja oriental de los Andes, asomarse a las nacientes del Amazonas y monitorear gran parte del riquísimo *hinterland* sudamericano. No lo puede hacer en Ecuador, porque Correa obligó el retiro de la base de Manta; y tampoco puede hacerlo desde Chile, pues se encuentra demasiado alejado de ese gran teatro de operaciones[183]. De ahí la centralidad que adquieren, en tierra firme, las bases concedidas a las fuerzas estadounidenses en Colombia.

Es difícil estimar la estabilidad y eficacia que podría llegar a tener el Acuerdo del Pacífico, dado que los gobiernos que lo integran están sometidos a intensas presiones. En México, violencia desatada a escala desconocida desde los más sangrientos períodos de la Revolución de 1910 y amenazas de desintegración nacional debido a que el narcotráfico controla extensos territorios de ese país. No mucho mejor es la situación en Colombia, donde un conflicto armado de más de medio siglo ha socavado la legitimidad y la eficacia práctica de los más diversos gobiernos[184]. En Perú, a su vez, el viraje del gobierno de Ollanta Humala, incumpliendo específicas promesas electorales en relación con la gran minería a cielo abierto, ha desencadenado una ola de protestas masivas que ponen en jaque a su gobierno; más al sur, en Chile, el presidente Sebastián Piñera se debate con un nivel de apoyo del 33% en el mes de febrero de 2012, frente a un 58% de desaprobación de su gestión. Por su parte, los índices de aceptación de Martinelli en Panamá y Chinchilla en Costa Rica no son mejores, con lo cual la estabilidad de este conjunto de líderes es, por lo menos, problemática, y dista mucho de ofrecer una firme base de acción como la que Estados Unidos supo gozar en otros tiempos en la región.

Los múltiples lazos de la dominación militar

Más allá de estas consideraciones, lo que salta a la vista es la necesidad de desmontar el enjambre de lazos institucionales con los cuales Washington ha controlado América Latina y el Caribe. La especialista argentina Elsa Bruzzone ha sintetizado esta situación al afirmar que la condición de posibilidad de los nuevos organismos regionales latinoamericanos y

180 Ver su "Ética, geopolítica y razón de estado", en <http://lahistoriadeldia.wordpress.com/2011/06/01/etica-geopolitica-y-razon-de-estado/#more-15599>.

181 Ver "Ética, geopolítica y razón de estado", de Norberto Emmerich, en *La Jornada* (México DF) 6 de mayo de 2011, y su "El imperio contraataca" en *Rebelión*, 9 de mayo de 2011.

182 Sobre estas iniciativas consultar *El rediseño de América Latina. ALCA, MERCOSUR y ALBA*, de Claudio Katz (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2006).

183 Entrevista del autor a Mónica Bruckmann, en Buenos Aires, 2 de marzo de 2012.

184 No está de más recordar aquí que, después de Ruanda, Colombia es el país que tiene el mayor número de "desplazados" a causa de la guerra. Se calcula que unas 4.500.000 personas se cuentan en esa situación, equivalente al 10% de la población colombiana.

caribeños (que excluyen a Estados Unidos y Canadá) exige que nuestros países abandonen masivamente la OEA; desahucien el TIAR, cuya absoluta inutilidad en el caso de la agresión de una potencia extracontinental, el Reino Unido, a un país de la región, Argentina, quedó patentemente demostrada en la infausta Guerra de las Malvinas de 1982; rechacen la Junta Interamericana de Defensa y todo el entramado elaborado por Estados Unidos desde la época de la Guerra Fría; renuncien también a participar en ejercicios militares conjuntos con las fuerzas armadas de los Estados Unidos, y, por último, aceleren la creación y la efectiva puesta en marcha de la CELAC[185]. Agregaríamos nosotros, como otro ítem de estratégica importancia, remplazar el armamento de origen estadounidense que utilizan nuestras fuerzas armadas por otro equivalente pero procedente de países con los cuáles no exista una hipótesis de conflicto como la que hoy potencialmente contrapone América Latina y el Caribe con los Estados Unidos. El veto a la venta de repuestos y partes a países que Washington considere como enemigos, o adversarios (cosa que ha hecho con Venezuela, sin ir más lejos) puede dejar a quienes han confiado el equipamiento de su defensa en manos de la industria militar norteamericana completamente indefensos[186].

Este es el marco en el cual se puede comprender más cabalmente el sentido de la estrategia norteamericana de rodear a América Latina –y fundamentalmente su corazón sudamericano, fuente de incalculables bienes naturales de todo tipo– con una serie de bases militares desperdigadas por toda la región. Según la investigadora mexicana Ana Esther Ceceña, la idea subyacente a la instalación de bases militares –o la autorización para usar las existentes en la región– es la de crear "capas envolventes" con capacidad de controlar el acceso y los

185 Ver "Sistema 'interamericano' o soberanía regional", entrevista a Elsa Bruzzone de Natalia Brite, en <www.prensamercosur.com.ar/apm/nota_completa.php?idnota=4610>. Como una muestra más de las contradicciones en que repetidamente incurre el gobierno argentino, en la segunda mitad del año se llevará a cabo, en aguas del Atlántico Sur, un ejercicio conjunto denominado "Gringo-Gaucho" entre las armadas de Estados Unidos y la Argentina. Ver la información correspondiente en un incisivo artículo de Jorge Ubertalli publicado en nuestro blog: <www.atilioboron.com.ar/2012/03/de-videla-y-la-operacion-gringo-gaucho.html>.

186 Un ejemplo de las múltiples presiones que se ejercen en torno a este tema es la extensa y delicada negociación del gobierno brasileño en torno a la renovación de su fuerza aérea. Hasta abril de 2012 prevalecía una preocupante indecisión (¡de casi cinco años!), al punto tal que el secretario de Defensa, León Panetta, procuraba convencer a los militares brasileños de la conveniencia de adquirir el F-18 estadounidense en lugar del Dassault-Rafale francés. Ver Raúl Zibechi, "La nueva estrategia de Estados Unidos amenaza América Latina", en <www.surysur.net/2012/05/la-nueva-estrategia-de-eeuu-amenaza-america-latina/>. Esta indecisión refleja la enorme influencia ideológica de Estados Unidos en las fuerzas armadas del Brasil.

modos de uso y de explotación de los territorios y, a la vez, neutralizar las iniciativas que pudieran impulsar los movimientos sociales y fuerzas políticas opuestas a las políticas de "desposesión" promovidas por el capital. De esa manera, se procura simultáneamente garantizar el franco acceso a los recursos naturales estratégicos y contener, disuadir y/o eliminar la resistencia ante las políticas hegemónicas o la insurgencia de los pueblos afectados. En pocas palabras: garantizar la reapropiación territorial por la vía militar como complemento de la masiva desposesión territorial que están llevando a cabo: (a) las grandes corporaciones mineras que se han abalanzado sobre el continente y (b) el agronegocio, que produce la acelerada desnacionalización del campo al desplazar al campesinado y transnacionalizar la tierra, las semillas, el agua, los agroquímicos, agudizando la dependencia externa de nuestros países[187]. De las investigaciones llevadas a cabo por Ana Esther Ceceña y Telma Luzzani, ya mencionadas en este texto, se infiere que Estados Unidos ha logrado establecer dos áreas de control: una, un círculo que cubre el Caribe, el Golfo de México –con su prolongación hasta el extremo norte del subcontinente sudamericano– y los países de Centroamérica, donde se encuentran los yacimientos petroleros más importantes de la región, y que tiene como puntales las bases de Guantánamo (en el oriente de Cuba); Hato Rey en Curaçao; Reina Beatriz en Aruba (estas dos últimas dependientes del Reino de Holanda pero utilizadas por Estados Unidos); Lempira y Soto Cano (Palmerola) en Honduras; Comalapa en El Salvador; y Arauca, Larandia y Tres Esquinas en Colombia. A estas habría que agregarle la autorización concedida en 2010 por la presidenta de Costa Rica, Laura Chinchilla, para el ingreso al territorio nacional de hasta 16 mil *marines* y 46 embarcaciones, presumiblemente para ser utilizadas para combatir el narcotráfico. Se debe aclarar, con todo, que tanto las bases de Colombia como el dispositivo planeado en Costa Rica se encuentran en estos momentos recurridos ante los tribunales superiores de ambos países. No obstante, los expertos aseguran que aun cuando se emitiera una sentencia contraria a esas instalaciones, las tropas de Estados Unidos seguirían operando de facto en ambos territorios, como ya lo hacen en muchas otras locaciones. A este primer "cordón sanitario" con centro en el Caribe se agrega un segundo, que rodea la gran cuenca amazónica y que se apoya en las nuevas bases concedidas por Panamá; las de Caño Limón, Marandúa, Río Hacha y Palanquero en Colombia; Iquitos y Nanay, en Perú; Mariscal Estigarribia y Pedro Juan Caballero

187 Ver su "Los paradigmas de la militarización en América Latina" en *Realidad Económica*, 16 de mayo de 2008, Nº 258, en <www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=2374>.

en Paraguay, amén de las bases establecidas en el Perú y, al oriente, en Guyana, Surinam y la Guayana Francesa.

Cabe consignar las dificultades que plantea el conocimiento exacto del número de bases norteamericanas (y, además, europeas, porque la OTAN reconoce como "su músculo y nervio", según la opinión unánime de los expertos, al poderío militar estadounidense) por dos razones principales: por un lado, porque se trata de un fenómeno muy dinámico, en continua expansión; y en segundo lugar, porque la nueva tecnología militar cambió significativamente el sentido de lo que constituye una base militar. En relación con lo primero, digamos que los cálculos más recientes consignados por Luzzani arrojan un número de 72 bases militares norteamericanas (o de países de la OTAN, o de la OTAN, pero controladas por Estados Unidos) en la región, pero ya son 75[188]. Se debe notar que en el marco de los nuevos "acuerdos de seguridad" se ha producido una acelerada proliferación de este tipo de unidades militares en Centroamérica y el Caribe y, muy especialmente, en el extremo norte de Sudamérica: Panamá y Colombia. El caso panameño reviste particular interés debido a la enorme relevancia geopolítica del Canal de Panamá, recuperado para ese país en virtud de los Tratados Carter-Torrijos, que hicieron posible, entre otras cosas, el cierre de todas las bases militares que Washington había establecido en Panamá. Sin embargo, luego de que Ricardo Martinelli asumiera en 2009 la presidencia de ese país,

188 Setenta y dos es el recuento que realizara Luzzani al concluir su libro. Sin embargo, con posterioridad a esa fecha, otra de las ya mencionadas especialistas en el tema, Rina Bertaccini, identificó tres nuevas bases estadounidenses en Honduras, situadas en Mocorón, El Aguacate y Puerto Castilla. Para acceder a la valiosa información del MOPASSOL consultar <www.mopassol.com.ar>. Puede ser mera coincidencia, pero resulta al menos sospechoso que también en estos días el gobierno de Honduras haya anunciado la creación de tres ciudades privadas con capacidad para "dictar sus propias leyes, su sistema tributario, su política de inmigración y su policía; será una especie de isla dentro de un país soberano", como afirma el cable de BBC Mundo reproducido por el matutino argentino *La Nación* el 11 de septiembre de 2012. La oposición al gobierno títere de Porfirio Lobo puso el grito en el cielo ante esta enajenación del territorio y la soberanía nacionales, a las cuales no puede ser ajena la decisión de autorizar precisamente la instalación de tres nuevas bases militares estadounidenses. Una de ellas, la de Puerto Castilla, se encuentra en una de las tres zonas donde se instalará una ciudad privada, a ser construida, como las otras, por una corporación inmobiliaria de Estados Unidos. Ver <www.lanacion.com.ar/1507511-honduras-da-luz-verde-a-las-ciudades-privadas>. Un informe de la prensa hondureña puede consultarse en <www.laprensa.hn/Secciones-Principales/Honduras/Apertura/En-un-mes-arrancan-obras-en-primera-ciudad-modelo-en-Honduras#.UFzWhOjB-Qo>. Radio Progreso, una de las principales del país, recogió la repulsa popular a la iniciativa en su sitio web <http://radioprogresohn.com/contentrp/index.php?option=com_content&view=article&id=2826:crece-descontento-y-rechazo-contra-ciudades-modelo&catid=42:noticias&Itemid=99>.

Estados Unidos fue invitado por el flamante mandatario a reocupar varias de sus antiguas bases o a instalar otras nuevas[189].

Hablábamos antes de los cambios en lo que constituye una base militar (o naval, o aeronaval) y las dificultades que brotan a la hora de calcular el número de bases instaladas en América Latina. Muy a menudo se piensa que una base militar norteamericana es un enorme complejo de construcciones y edificios que alberga a un gran contingente de personal militar y civil (expertos, técnicos, médicos, etcétera), que debe ser costosamente abastecido y alimentado, resolviendo complejos problemas de logística. Esto era así en el pasado, pero ya no más (si bien quedan todavía algunas bases de ese tipo, sobre todo en países como Japón, Alemania e Italia, instaladas luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial). En realidad, más que de bases físicas de lo que se trata es de FOL –la sigla en inglés de Forward Operating Locations–, es decir, Sitio de Operaciones de Avanzada donde las fuerzas de despliegue rápido de Estados Unidos –las afectadas a América Latina y el Caribe, casi todas ellas estacionadas en el sur del territorio norteamericano– pueden acudir e instalarse en pocas horas cuando así se lo requiera[190]. Para ello, es necesaria una buena pista de aterrizaje suficientemente larga y con el espesor adecuado para hacer posible su utilización por los gigantescos C-17 Globemaster que transportan tropas, equipos pesados, helicópteros, aviones caza, tanques y camiones a cualquier rincón del planeta. El Comando Sur, cuyo cuartel general se localiza en Miami, puede hacer llegar un pequeño ejército, fuertemente pertrechado, a

189 Ver el artículo ya mencionado de Marco Gandásegui. Martinelli es un típico producto de la estrategia de penetración económica y cultural de Estados Unidos en América Latina: educado primero por los sacerdotes lasalleanos de Panamá, su grado universitario lo obtuvo nada menos que en la Staunton Military Academy de Virginia, un nido de ultraderechistas, racistas y nostálgicos del Ku Klux Klan y uno de cuyos exponentes más notables fue el ex candidato presidencial de Estados Unidos por el Partido Republicano en 1964, Barry Goldwater, cruzado reaccionario a quien muchos le atribuyen el renacimiento del conservadorismo radical en Estados Unidos. Martinelli realizó sus estudios de Maestría en la INCAE Business School, un programa de formación de cuadros gerenciales promovido por el mismísimo presidente John F. Kennedy en el marco de la Alianza para el Progreso e instalado en Costa Rica en 1964, un año después que el ya por entonces extinto presidente visitó ese país. No sorprende, por lo tanto, su obsequiosidad para con sus mentores espirituales y, ¿por qué no?, también materiales.

190 Ver Luzzani, *Territorios vigilados*, op. cit., pp. 175-191. Los extraordinarios avances de la aviación no son ajenos a este cambio en el modelo de la base militar. Como señala esta autora: "En 1942 [...] un transporte aéreo de armas desde Estados Unidos a Medio Oriente incluía el uso de doce bases. El avión partía de Florida y hacía escalas en Guantánamo, Puerto Rico, Barbados, Trinidad, Guinea Británica, isla Fernando de Noronha (Brasil), Takoradi (hoy Ghana), Lagos, Kano (Nigeria), Jartum hasta llegar a Egipto [...]. Hoy es un vuelo directo" (pág. 176).

cualquier lugar de América Latina en cuestión de horas[191]. Además de la pista, las instalaciones y los elementos necesarios para albergar y aprovisionar a la tropa, se requiere un equipo de comunicaciones –garantizado por la impresionante red de satélites con que cuenta Estados Unidos, que cubren el planeta entero–, radares de última generación y un aprovisionamiento confiable de combustible. La "base", en consecuencia, es simplemente una estructura vacía, que cuando las circunstancias lo requieren, se convierte en el lugar donde convergen todos los dispositivos de guerra listos para el combate. Una vez finalizado este, las tropas vuelven a sus cuarteles en territorio norteamericano a la espera de una nueva intervención. En síntesis: las técnicas de la guerra moderna no precisan nada más. La idea de una enorme base donde se estaciona indefinidamente a un gran número de hombres y pertrechos que aguardan el comienzo de las hostilidades corresponde al pasado de la ciencia y el arte militares. América Latina ofrece, con su gran número de instalaciones que reúnen aquellas condiciones, una estructura ideal de apoyo para asegurar el control territorial del imperialismo a lo ancho y a lo largo de nuestra vasta geografía[192].

No menor importancia –política, ideológica, técnica– tiene la larga serie de ejercicios militares conjuntos a los cuales ya nos hemos referido. No se trata de acciones circunstanciales y episódicas, sino, como lo demuestra una inspección más o menos detallada, actividades que tienen lugar en locaciones estratégicas así definidas por su

191 El apoyo logístico en bases colombianas es fundamental, porque los grandes cargueros militares de Estados Unidos pueden recorrer, con carga máxima, entre 4.400 y 5.200 kilómetros en las versiones más actuales. Para poder desplazar tropas y equipos hacia el sur del continente, deben efectuar escalas técnicas a mitad de camino, pues de lo contrario su autonomía de vuelo les impediría llegar a destino. El C-17 puede transportar a 102 paracaidistas totalmente equipados, amén de helicópteros, transportes terrestres, cohetería y toda la parafernalia bélica de que dispone Estados Unidos.

192 No está de más agregar aquí que las embajadas de los Estados Unidos cumplen una función que, en cierto sentido, sería similar a la de las bases convencionales. Las gigantescas dimensiones de algunas de ellas exceden con creces lo necesario para el manejo de las cuestiones diplomáticas. La embajada más grande de los Estados Unidos es la de Bagdad, que ocupa un territorio equivalente a la ciudad-Estado del Vaticano, y dispone de 21 edificios a lo largo de 104 hectáreas (seis veces la superficie del complejo de la ONU en Nueva York), 5.500 funcionarios y un parque de vehículos valuado en 116 millones de dólares. Parecería ser, más que una representación diplomática de un país extranjero, la verdadera sede del gobierno del país anfitrión. Una embajada también muy grande, pero menor a la de Bagdad, se está construyendo en Islamabad, Paquistán. Se dice, incluso, que cuando esté finalizada, la embajada en Haití será la cuarta más importante por su tamaño y desplazará a las que al día de hoy figuran como las dos más importantes en la región: Colombia y México. Ver <www.globalresearch.ca/index.php?context=va&aid=4579>.

proximidad a grandes depósitos de recursos naturales clave: la región del Caribe y el norte de América del Sur, Colombia y desde allí su proyección sobre toda la región de la cuenca amazónica y, por último, Paraguay, país que, según reporta Ceceña en su ya mencionado trabajo, "ha sido convertido en base militar, con implicaciones regionales de primera importancia", dado que sus propias fuerzas armadas están íntimamente ligadas al ejército de Colombia (que es lo mismo que decir "ligadas al Pentágono"), y las dos grandes bases localizadas en Paraguay permiten "cerrar" desde el sur la cuenca amazónica[193]. Estos operativos fomentan en las fuerzas armadas y los sectores dominantes de nuestros países la ilusión de que Estados Unidos es nuestro aliado y amigo, y que podemos contar con su incondicional protección. Además, esos ejercicios conjuntos que sistemáticamente el Pentágono organiza con cada uno de los países de la región refuerzan la dependencia tecnológica de las fuerzas armadas latinoamericanas de la industria armamentística norteamericana y sirven de excelentes carriles de transmisión de la ideología imperial, debilitando con ello la capacidad de concebir una política de defensa regional (como la que trata de impulsar el Consejo de Defensa Suramericano de la UNASUR), construida a partir de otras hipótesis de conflicto más realistas[194]. Como por ejemplo, que Estados Unidos ha rodeado la región de bases militares porque, en un futuro impredecible en su fecha pero seguro en su realización, intentará apoderarse de nuestros bienes naturales y no, como dice el Pentágono, combatir al narcotráfico o al terrorismo internacional. Pero de esa hipótesis de conflicto raramente se habla.

Bases, misiones y ejercicios militares

Tomando en cuenta los antecedentes expuestos hasta ahora, veamos los detalles específicos que asume en América Latina y el Caribe este proceso de redefinición, en clave belicista y agresiva, de la política exterior del imperio.

Decio Machado ha llamado la atención sobre el nuevo consenso acerca de los cambios registrados en la doctrina militar estadounidense[195]. Según este autor, el Pentágono modificó sus tradicionales

193 Ana Esther Ceceña, "Los paradigmas de la militarización en América Latina", en *Pensamiento y Acción por el Socialismo. Rosa Luxemburgo. América Latina en el siglo XXI*, de autores varios (Buenos Aires: FISYP/FRL, 2006).

194 Sobre el Consejo de Defensa Suramericano ver Miguel A. Barrios, *Consejo Sudamericano de Defensa: desafíos geopolíticos y perspectivas continentales* (Buenos Aires: Biblos, 2011).

195 Ver "Las siete bases en Colombia, muestra de la nueva estrategia estadounidense. Los planes militares de Estados Unidos en Latinoamérica", de Decio Machado,

escenarios bélicos, donde se enfrentaban dos Estados con similares recursos militares; el caso paradigmático fue la competencia bélica entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el marco de la Guerra Fría. Bajo la nueva concepción, precipitada luego de los traumáticos sucesos del 11-S, el Pentágono, bajo la dirección de Donald Rumsfeld, comenzó a privilegiar una confrontación entre las fuerzas armadas regulares de Estados Unidos contra organizaciones no estatales como Al Qaeda o, en Latinoamérica, las FARC colombianas. Subyacen a este cambio dos consideraciones de suma importancia: (a) los diferenciales de poder de fuego entre un ejército regular y un grupo privado, no estatal, son enormes, y (b) las normativas establecidas en los Convenios de Ginebra –y sus protocolos adicionales de 1949 y 1977– tendientes a "humanizar la guerra" carecen por completo de aplicación.

No obstante, lo que la nueva doctrina militar estadounidense mucho se cuida de ocultar es que no sólo del lado de las fuerzas enemigas se ha producido el surgimiento de grupos privados que se desempeñan en la guerra apelando a recursos violatorios de las Convenciones de Ginebra; también del lado norteamericano se ha originado un fenómeno similar, si se repara en el creciente papel que desempeñan los mercenarios contratados especialmente por el Pentágono para llevar adelante cierto tipo de tareas, operaciones y actividades de inteligencia sin las restricciones que imponen las propias leyes de Estados Unidos. Según datos oficiales, el número de militares en estado de servicio activo al 31 de enero de 2012 ascendía a 1.458.219, a los cuales se deben agregar unos 225 mil "contratistas"[196]. Es decir, los mercenarios constituyen aproximadamente el 15% del total del personal militar "formal" de Estados Unidos, y sus actividades se desenvuelven en una suerte de vacío legal, en donde normas y comportamientos expresamente prohibidos por las Convenciones ginebrinas son completamente dejados de lado. Torturas, asesinatos selectivos, vuelos ilegales, cárceles secretas, prisioneros fantasmas en barcos de guerra y toda clase de atrocidades imaginables pasan a formar parte de la rutina de una guerra que, al privatizar y tercerizar un creciente número de sus operaciones, coloca a la Casa Blanca a salvo de cualquier clase de impugnación legal, a la vez

en *Diagonal*, 24 de octubre de 2009, en <www.diagonalperiodico.net/Los-planes-militares-de-EE-UU-en.html>.

196 La cifra del personal militar procede de un informe del Pentágono titulado "Armed Forces Strength Figures for January 31, 2012", en <http://siadapp.dmdc.osd.mil/personnel/MILITARY/ms0.pdf>. La estimación sobre el número de "contratistas", eufemismo para referirse a los mercenarios, la aporta el periodista especializado Tim Shorrock en "America's New mercenaries", en <www.thedailybeast.com/articles/2010/12/15/counterinsurgency-outsourcing-americas-new-mercenaries-in-afghanistan-middle-east-africa.html>.

que amplía su discrecionalidad en materias bélicas al conducir gran parte de esas operaciones en el mayor secreto y sin tener que lidiar con la interferencia de la prensa o el Congreso[197].

Pero hay algo más, cuidadosamente ocultado por los personeros del imperio. La discrecionalidad y el secreto requeridos para las operaciones de "lucha antiterrorista" originaron un verdadero monstruo burocrático encargado de vigilar minuciosamente las actividades de los ciudadanos en Estados Unidos, que viola los derechos y las libertades consagrados en la constitución. Edgardo Lander comenta los resultados de una investigación realizada por el diario *Washington Post* después del ataque a las Torres Gemelas, en donde se concluye que "se ha creado en el país un aparato secreto de seguridad de tan enormes proporciones que nadie sabe cuánto cuesta, cuántos programas incluye, ni cuántas personas están involucradas. Entre los resultados de esta investigación destacan que se trata de un entramado de 1.271 organizaciones gubernamentales y 1.931 empresas privadas que trabajan en actividades de inteligencia y contraterrorismo, empleando a 854 mil personas que cuentan con un estatuto de 'seguridad certificada' en 10 mil localizaciones diferentes a través de la nación, y produce unos 50 mil informes de inteligencia al año". Y remata su argumentación recordando que "en diciembre de 2011, como parte de la ley del presupuesto de defensa de los Estados Unidos para el año 2012, el Congreso de dicho país autorizó a las fuerzas armadas para asumir investigaciones e interrogatorios sobre terrorismo nacional, permitiendo la detención de cualquier persona que el gobierno califique de terrorista –incluso ciudadanos de los Estados Unidos– por un tiempo indefinido, sin derecho a juicio. En contra de severas oposiciones de muy diversos sectores, que incluso calificaron esta norma como un paso en la dirección de un Estado policial, el presidente Obama firmó la ley, a pesar de asegurar que tenía 'serias reservas'"[198].

197 Sobre esto, ver nuevamente Shorrock. También *Blackwater: the rise of the world's most powerful mercenary army*, de Jeremy Scahill (Nueva York: Nation Books, 2007); *Merchant of death: money, guns, planes and the man who makes war possible*, de Douglas Farah y Stephen Braun (Nueva York: John Wiley & Sons, 2007); y *Licensed to kill: hired guns in the war on terror*, de Robert Young Pelton (Nueva York: Three Rivers Press, 2006). Estuvo muy atinado Tom Engelhardt cuando tituló su más reciente libro *The United States of Fear* (Chicago: Haymarket Books, 2011).

198 Edgardo Lander, "Un nuevo período histórico", op. cit., pág. 17. El autor cita en apoyo a su trabajo a Dana Priest y William M. Arkin, "Top-Secret America: a Hidden world, growing beyond control", en *The Washington Post*, 20 de julio de 2010; "National Defense Authorization Act for Fiscal Year 2012", en <http://thomas.loc.gov/cgi-bin/query/z?c112:S.1867> y un artículo de Julie Pace, "Obama signs defense bill despite 'serious reservations'", en *The Christian Science Monitor*, 1 de enero de 2012.

Toda esta parafernalia, que corroe internamente a la democracia, está fundamentalmente destinada a vigilar (y castigar, siguiendo a Foucault) las novedosas amenazas "no estatales" que atribulan al imperio. Dentro del nuevo escenario de enemigos "no estatales", el Pentágono incluye, por supuesto, al narcotráfico –que en la visión de los ideólogos de Washington no sería sino "la pata financiera" de los movimientos contestatarios–; los "Estados fallidos", definidos según los criterios que maneja Washington y según los cuales estos serían los santuarios que brindarían protección al terrorismo internacional. Tal como asevera Machado, si existe un Estado fallido en este continente –¡y no en consonancia con la definición propuesta por Washington!–, es Haití por razones históricas, entre las cuales la complicidad de las potencias "democráticas" con el saqueo imperialista practicado durante siglos en ese desdichado país es el principal factor determinante.

Pero en la obsesión de la Casa Blanca, cuando se habla de "Estados fallidos" se piensa erróneamente en Venezuela, Bolivia y Ecuador, que para nada lo son, mientras que tal categoría no se aplica a dos países "amigos" de Washington y en los que la violencia, para usar la clásica formulación weberiana, hace tiempo dejó de ser monopolizada por el Estado y ejercida de modo legítimo, para ser practicada por numerosos actores, uno de los cuales, y no necesariamente el más importante, es el Estado. Casos concretos: México, donde, según un destacado investigador, debería rechazarse la tesis según la cual ese país sería un "Estado fallido", aunque revela cautela al fundamentar su rechazo diciendo que tal caracterización no le cuadra, "porque el Estado todavía controla la mayor parte del territorio. Sin embargo, la situación se empaña cuando se piensa en ciudades e instituciones en donde la presencia del Estado es testimonial porque quienes controlan los hilos del poder son los narcos"[199]. No obstante, analistas bien informados aseguran que poco más de la mitad del territorio mexicano está bajo el control fáctico de los narcos, al punto tal que en muchas ciudades pequeñas o medianas del norte de México no se encuentran candidatos para asumir la jefatura de las fuerzas policiales, o los propios presidentes municipales ("alcaldes" en otros países) por razones de seguridad deciden mudar sus hogares al otro lado de la frontera[200]. Otro ejemplo es Colombia, en donde desde hace décadas la guerrilla, los narcos y los paramilitares controlan importantes porciones de su territorio. Esto es tan así que, como reiteradamente lo

199 Sergio Aguayo Quezada, "¿México fallido?" en *El País* (Madrid), 6 de febrero de 2009.

200 Según el fundador del Centro de Investigaciones de Seguridad Nacional (CISEN), Jorge Carrillo Olea, "el Estado ha perdido territorialidad y, por ende, gobernabilidad [...] en más del 50% del país". Ver <http://laprimeraplana.com.mx/2011/08/25/el-narcotrafico-controla-la-mitad-del-territorio-mexicano-experto/>.

ha declarado el presidente Rafael Correa, se aseguraba que "Ecuador no limita en el norte con Colombia, sino con las FARC". El caso colombiano se traduce en un mosaico en el que cuatro organizaciones, el Estado, la guerrilla, los narcos y los "paracos", son quienes detentan el ejercicio de la violencia en el país. Pero para la bizca mirada de Washington, ni México ni Colombia son Estados fallidos, pese a que en ninguno de los dos países existe monopolio de la violencia por parte del Estado. Y si se habla de actores no estatales en la alucinada visión norteamericana –compartida, huelga aclararlo, por las clases dominantes latinoamericanas–, muchos movimientos sociales de América Latina y el Caribe son también considerados "terroristas", asimilados a Al Qaeda y convenientemente criminalizados: tal cosa ocurre con los Sem Terra en Brasil y los mapuche en Chile, acosados en este último caso por un Estado que utiliza la legislación antiterrorista para perseguirlos y reprimirlos. La reciente aprobación de una nueva legislación antiterrorista en varios países latinoamericanos tiene por objeto, en línea con las directivas estratégicas de Estados Unidos, facilitar la represión de los movimientos contestatarios estigmatizándolos a todos como terroristas o, en el mejor de los casos, como cómplices del terrorismo[201].

Bajo los lineamientos de esta nueva doctrina de "lucha global contra el terrorismo" y los enemigos que ella construye, el emplazamiento de fuerzas militares norteamericanas en la región adquiere renovada importancia y debe ser considerado al margen de los cánones tradicionales. Ya hemos hablado del ASPAN; veamos ahora la intervención que se produce a través de las bases militares.

Tal como habíamos anticipado, la concepción tradicional de las bases militares ha cambiado, porque ya no se trata de luchar contra un enemigo como la extinta Unión Soviética, lo cual exigía la instalación de gigantescas bases militares con una enorme dotación de personal civil y militar, sino de combatir a organizaciones no estatales desterritorializadas y que pueden operar en cualquier lugar del planeta, lo que requiere un número mucho mayor de pequeñas instalaciones –sin excluir algunas pocas de gran tamaño, pero claramente minoritarias– al mando de un reducido plantel capaz de manejar una tecnología de última generación en materia de detección, utilizando radares de amplia cobertura, gigantescas antenas satelitales, aviones espías (Orion C-130 y Awacs), aviones no tripulados de vigilancia (drones) y

201 La Argentina aprobó, poco después de la inauguración del segundo mandato de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, una ley antiterrorista que, si bien en su letra parece excluir expresamente de su ámbito de aplicación las protestas sociales, en los hechos está inspirando el accionar represivo de la justicia en distintas jurisdicciones provinciales, en su afán por neutralizar las protestas en contra de la megaminería a cielo abierto.

otros elementos por el estilo. En línea con lo anterior, Machado señala la existencia de cuatro tipos de bases, a saber:

a. Las convencionales, como las de Guantánamo, que son complejas instalaciones militares dotadas de todos los equipos necesarios para entrar en acción de inmediato, con un gran número de tropas de combate y personal civil especializado acantonados en sus instalaciones durante largos períodos de servicio.
b. Bases de mediano tamaño, como la de Soto Cano (Palmerola, en Honduras), que cuentan con instalaciones que permiten afrontar misiones de largo alcance y duración, pero con efectivos que se renuevan periódicamente, cada seis meses.
c. Las FOL (a veces también llamadas Foreign Operating Locations, en lugar de Forward), o sea, bases de operación a distancia que en realidad son pistas aéreas adecuadas para la operación de grandes aeronaves, un ultrasofisticado sistema de comunicaciones (apoyado satelitalmente y por una red de radares) y garantías para el seguro aprovisionamiento de combustible. La ex base de Manta (Ecuador) y las de Curaçao o Comalapa, en El Salvador, entran en esta categoría. Estas instalaciones cuentan con muy poco personal, pero son sumamente eficientes a la hora de facilitar las operaciones de enormes aviones de transporte C-17, o los Awacs, y de reunir informaciones y llevar a cabo actividades de inteligencia muy detalladas sobre un amplio espacio regional, a partir de las cuales el Pentágono decidirá el curso de acción militar más recomendable.
d. Pequeñas bases o establecimientos militares que permiten pasar de una a otra para enviar suministros, equipos, combustible y, de ese modo, monitorear y controlar un área muy amplia. Un ejemplo paradigmático: la base de Iquitos, en el Perú.

Tanto Ceceña como Luzzani afirman que la devolución del Canal de Panamá a este país en virtud del Tratado Carter-Torrijos, firmado en 1977 y en vigencia desde 1999, precipitó la instalación de nuevas bases en El Salvador, Ecuador, Aruba y Curaçao. Se debe recordar que, debido a la guerra civil en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, las fuerzas armadas de Estados Unidos desplegaron numerosos equipos en el área, abrieron, en principio con carácter transitorio, bases militares de diferentes características y establecieron estrechas relaciones con las fuerzas armadas de esos países. Desde comienzos de siglo, el Plan Colombia acelera la instalación de FOL en territorio colombiano "a cargo del Comando Sur del ejército estadounidense con acceso restringido para el personal local. […] Dentro de Colombia las bases se han multiplicado, colocándose estratégicamente para cubrir el área colombiana desde el Oriente y, al mismo tiempo, la frontera con

Venezuela. Estas se complementan con la base FOL en Aruba-Curaçao para controlar el paso del Darién que conecta Colombia con Panamá, la entrada a la selva amazónica y la salida de petróleo venezolano hacia el oeste"[202]. En resumen, se trata menos de bases norteamericanas –salvo casos notables como la de Guantánamo en Cuba– que de instalaciones ya existentes en los países anfitriones (si bien construidas en muchos casos a pedido de Washington y con su financiación), supuestamente administradas por personal local, pero donde las fuerzas estadounidenses hacen y deshacen a su antojo y gozan de total autonomía.

En el caso del Acuerdo de Cooperación Militar firmado por Obama y Uribe, mediante el cual se concede la utilización de al menos siete bases militares colombianas a fuerzas de Estados Unidos, se cede también a este país la decisión de incrementar el número de bases a ser utilizadas sin otra obligación más que la de formalizar el pedido por escrito; se garantiza asimismo la inmunidad diplomática para todo el personal que ingrese a Colombia amparado por ese acuerdo (esto es, pueden robar, asesinar, violar y traficar sin temor a ser llevados ante la justicia colombiana), para lo cual se autoriza la entrada a cualquier estadounidense que presente un documento de identificación que contenga una foto del ingresante, al tiempo que el gobierno colombiano se abstiene de revisar cualquier cargamento que entre o salga de Colombia bajo las normas establecidas en el Acuerdo Obama-Uribe. Es decir, Colombia bien podría ser hoy un país en el que Estados Unidos instaló armamento nuclear en abierta violación al acuerdo internacional regional, mediante el cual nuestros países se comprometieron a mantener América Latina como una desnuclearizada zona de paz. Y si bien es preciso reiterar lo ya dicho, en el sentido de que este tratado entre Obama y Uribe fue declarado como "no existente" por el Tribunal Supremo Constitucional de Colombia, lo cierto es que este tropiezo legal no ha impedido que Estados Unidos haya proseguido operando militarmente en ese país. Mediante este acuerdo, Estados Unidos se asegura el acceso permanente a tres bases de la fuerza aérea colombiana (Palanquero, Apiay y Malambo), dos bases navales (Cartagena y Málaga) y dos bases del ejército (Tolemaida y Larandia), si bien, como se acaba de mencionar, le permite incluso la utilización de otras bases e instalaciones militares en Colombia a solicitud de Estados Unidos sin necesidad de firmar un nuevo acuerdo.

Va de suyo que todo este despliegue militar norteamericano encontró en el ascenso y consolidación del gobierno bolivariano de Hugo Chávez Frías nuevos pretextos para justificar su presencia en

202 Ana Esther Ceceña, "Subjetizando el objeto de estudio, o de la subversión epistemológica como emancipación", en su compilación *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado* (Buenos Aires: CLACSO, 2006).

estas latitudes. En un breve pero completo artículo, Ignacio Ramonet resumió magistralmente lo ocurrido[203]. Poco después de la llegada al poder del líder bolivariano, el 2 de febrero de 1999, Estados Unidos debía clausurar su principal instalación militar en la región, la base Howard, situada en Panamá, dando cumplimiento a lo pactado en los Tratados Carter-Torrijos de 1977. Luego de una infructuosa tentativa de trasladar tropas y equipos a la base de Roosevelt Roads que Washington posee en Puerto Rico, imposibilitada por las protestas surgidas en la isla, unas y otros terminaron instalándose en Texas y Florida. Para compensar esta situación, el Pentágono optó por desplegar sus bases en cuatro locaciones estratégicas: Manta, sobre el Pacífico ecuatoriano; Comalapa, en El Salvador y, justo enfrente del litoral venezolano, Aruba y Curaçao, islas pertenecientes al Reino de Holanda[204]. Como observa Ramonet, a las misiones tradicionales de espionaje se les agregaron nuevas funciones tales como la de vigilar y desbaratar las redes del narcotráfico y obstaculizar, cuando no impedir, la inmigración clandestina hacia Estados Unidos. Pero, observa nuestro autor con razón, las tareas más importantes son otras: colaborar en la lucha contra la insurgencia colombiana, controlar –o por lo menos monitorear– las rutas del petróleo y los minerales, los recursos en agua dulce y la biodiversidad. Y, como veremos más adelante, asegurar el logro de dos objetivos estratégicos: el más inmediato, desestabilizar a la Revolución Bolivariana y, de ser posible, lograr el derrocamiento de Chávez, que es lo que señala Ramonet. Sin desmerecer para nada la importancia de lo anterior, añadimos que el objetivo estratégico mediato, nos parece, es cercar también a Brasil y tener un control exclusivo a las inmensas riquezas que yacen en el corazón de la gran cuenca amazónica-paranaense. Ante la reelección de Chávez en 2006, la respuesta de Washington fue embargar la venta de armas a Venezuela, so pretexto de falta de colaboración en la "guerra contra el terrorismo". Equipados íntegramente con componentes estadounidenses, los aviones F-16 de la fuerza aérea se quedaron sin piezas de repuesto. Chávez selló un acuerdo con Rusia para contar con aviones de combate, a lo que Washington respondió denunciando el "rearmamento masivo" del gobierno bolivariano, haciendo caso omiso de que, como veremos más adelante, Brasil, Colombia y Chile son los países de

203 Ver "Cercando a Venezuela", de Ignacio Ramonet, en <www.aporrea.org/tiburon/a93104.html>.

204 En el citado artículo, Ramonet anota que "en represalia contra el gobierno de Caracas que ha puesto fin, en mayo de 2004, a medio siglo de presencia militar estadounidense en Venezuela, el Pentágono renueva en 2005 un contrato con el gobierno de los Países Bajos para ampliar el uso de sus bases militares en las islas de Aruba y Curaçao, situadas muy cerca de las costas venezolanas y donde últimamente se habrían incrementado las visitas de buques de guerra estadounidenses".

mayor gasto militar en la región y de que, en el caso colombiano, este país recibe, formalmente y cada año, en el marco del Plan Colombia, 630 millones de dólares en "ayuda militar", sin contar la que percibe por otros más sinuosos y poco visibles circuitos. Cuando a causa del involucramiento de personal y equipo aéreo norteamericano estacionado en la base de Manta en el bombardeo realizado por el ejército colombiano en Sucumbíos, Ecuador, el 1 de marzo de 2008, el gobierno de ese país resolvió no renovar el acuerdo sobre la base de Manta que vencía en noviembre de 2009, y cuando apenas unas semanas después, el presidente Luiz Inácio Lula da Silva anunció el descubrimiento de un enorme manto submarino de petróleo frente al litoral paulista, la Casa Blanca decidió reactivar la IV Flota[205]. Tal como señala Ramonet, "un mes más tarde, los Estados suramericanos, reunidos en Brasilia, replican creando la UNASUR, y en marzo de 2009 el Consejo de Defensa Suramericano. Unas semanas después, el embajador de Estados Unidos en Bogotá anuncia que la base de Manta será relocalizada en Palanquero, Colombia. En junio, con el apoyo de la base estadounidense de Soto Cano, se produce el golpe de estado en Honduras contra el presidente José Manuel "Mel" Zelaya, quien había conseguido integrar su país en el ALBA. En agosto, el Pentágono anuncia que dispondrá de siete nuevas bases militares en Colombia. Y en octubre, el presidente conservador de Panamá, Ricardo Martinelli, admite que ha cedido a Estados Unidos el uso de cuatro nuevas bases militares"[206].

Dados los antecedentes expuestos, conviene insistir en algo que decíamos más arriba: si bien el objetivo estratégico inmediato de este despliegue militar norteamericano es promover la desestabilización del gobierno bolivariano, el más mediato e importante es rodear por completo la gran cuenca amazónica para, cuando sea necesario, garantizar el acceso exclusivo hacia una zona que, al igual que la Antártida, los estrategas de Estados Unidos consideran de jurisdicción universal y, en consecuencia, disponible para quienes cuenten con los instrumentos logísticos y tecnológicos necesarios para su adecuada explotación. Por supuesto, nada de esto se dice en los documentos oficiales, pero es fácil

205 Sobre el ataque perpetrado en Sucumbíos, ver lo que hasta ahora constituye el mejor y más documentado estudio sobre el tema: *El ataque de Colombia en territorio ecuatoriano: detrás de las palabras y los hechos*, de Horacio López y Margarita Vallejo (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2009).

206 Concluye Ignacio Ramonet diciendo que "Venezuela y la Revolución Bolivariana se ven rodeadas por nada menos que trece bases estadounidenses situadas en Colombia, Panamá, Aruba y Curaçao, así como por los portaviones y navíos de guerra de la IV Flota. El presidente Obama parece haber dejado manos libres al Pentágono. Todo anuncia una agresión". A la fecha de terminación de este libro, la agresión todavía no se había producido, pero la intencionalidad es inocultable.

de advertir si se lee entrelíneas. En este sentido, no deja de llamar la atención la asombrosa ineptitud puesta en evidencia por la Cancillería brasileña que, mientras era entretenida en inconducentes conversaciones con Estados Unidos y los miembros con derecho a veto del Consejo de Seguridad de la ONU reclamando para Brasil un asiento permanente en dicho órgano, Washington iba pacientemente anudando un rosario de bases militares que rodean por completo al gigante sudamericano. No es necesario ser un diplomático muy esclarecido para percatarse de que esta falta de reacción de Itamaraty facilitó en gran medida los planes de Estados Unidos. Tampoco para imaginar cómo habría reaccionado este país si –figurémoslo por un momento– China hubiera sembrado de bases militares las zonas fronterizas de Canadá y México. ¿Se habría sentido amenazado Estados Unidos? Sin duda. ¿Cómo habría reaccionado? Rechazando la instalación de esas bases como un gesto hostil, como una velada declaración de guerra. La gran interrogante es: ¿por qué Brasil no reaccionó del mismo modo, sobre todo después de escuchar lo que tantas veces repitió Madeleine Albright cuando, en 1993, le decía a Colin Powell: "¿De qué sirve tener un poderío militar tan extraordinario si no podemos utilizarlo?" ¿O es que alguien piensa que esas bases fueron adquiridas para observar las costumbres de las aves, para practicar un inofensivo *bird-watching* en la foresta amazónica?

La importancia de estas funciones "latentes" de las bases quedó puesta en evidencia con las actividades de inteligencia realizadas desde la base de Manta durante el golpe de estado del 11 de abril de 2002 en contra de Chávez, el ya mencionado bombardeo de Sucumbíos o, por último, en el crucial papel de la base Soto Cano (Palmerola) en efectivizar el golpe de estado contra el presidente Zelaya en Honduras, en 2009[207]. En coincidencia con esas operaciones militares, Washington ha venido intensificando una virulenta campaña de acusaciones acerca de la existencia de células de terroristas islámicas como Hamas, Hezbollah y hasta la propia Al Qaeda, localizadas, según las autoridades norteamericanas, en la Triple Frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay.

207 En el caso de Manta, el jefe estadounidense del FOL de Manta, Javier Delucca, afirmó en declaraciones periodísticas que "Manta es muy importante dentro del Plan Colombia. Estamos muy bien ubicados para operar en esta área. Pero debo aclarar que nosotros, en Manta, sólo somos un apoyo a las misiones que se deciden en Key West (Florida), que es donde se toman las decisiones estratégicas". Estos dichos motivaron una enérgica protesta del gobierno del Ecuador, dado que no participa, ni admite, al Plan Colombia en su territorio. Ya para la fecha de las declaraciones de Delucca se sabía que militares colombianos ingresaban a la base de Manta y participaban en los vuelos que realizan los militares estadounidenses. Los trágicos sucesos de Sucumbíos no hicieron sino confirmar estas sospechas. Ver "Militares de Estados Unidos en Manta: esperando que se vayan", de Eduardo Tamayo G., en <http://movimientos.org/noalca/no-bases/show_text.php3?key=9243>.

La presión en contra del gobierno bolivariano no se limita tan sólo a establecer nuevas bases. Producida la derrota del golpe de 2002, habiendo sido expulsadas las últimas misiones militares norteamericanas de Venezuela en mayo de 2004 y sido reelecto Chávez como presidente en 2006, la respuesta de la Casa Blanca fue la suspensión de la venta de armas a Venezuela acusándola de "no colaborar suficientemente en la guerra contra el terrorismo". Venezuela, que hasta entonces tenía su fuerza aérea compuesta por aviones F-16 de fabricación estadounidense, quedó de la noche a la mañana desprovista de partes y repuestos, lo que obligó a ese país a buscar nuevos abastecedores. Allí comenzó la relación militar con Rusia, que le proporciona aviones de última generación y –lo que preocupa a Washington más que los aviones y las lanchas rápidas– 100 mil fusiles de asalto Kalashnikov (AK-47), el mejor del mundo en su tipo y especialmente apto para repeler el avance de la infantería enemiga. Este redireccionamiento de Venezuela para lograr un suministro no condicionado de armamento para uso defensivo, teniendo en cuenta que se trata de un país que se encuentra rodeado de bases militares enemigas con intenciones no precisamente amigables, acentuó aún más la ofensiva mediática que, en medio de toda una serie de difamaciones y mentiras, afirmaba que con su trasnochado antiamericanismo Caracas estaba precipitando una irracional e imprudente carrera armamentística en América Latina.

Por cierto que las usinas del imperio se empeñan en ocultar el hecho de que, amparado por el Plan Colombia, este país recibe por año una suma mínima en concepto de ayuda militar directa de 630 millones de dólares, lo que lo convierte de lejos en el primer receptor de ayuda en América Latina y el Caribe, sólo superado a nivel mundial por Israel y Egipto, los dos gendarmes regionales que Washington tenía en Medio Oriente (con Egipto ahora poco dispuesto a seguir cumpliendo ese papel). Cifras oficiales del total de la ayuda militar y policial de Estados Unidos a los países de América Latina se instalan en la misma tendencia. La ONG norteamericana Just the Facts, encargada de monitorear el gasto militar de ese país en el exterior, informa que desde 1996 hasta 2010 Colombia ha recibido 6.820 millones de dólares contra 2.015 millones destinados a México y 909 millones a Perú. Y si de militares y policías preparados por Estados Unidos se trata, mientras en el período 1999-2010 Colombia entrenó a 75.503 efectivos, quien le sigue en la región, México, sólo hizo lo propio con unos 13 mil miembros de sus fuerzas de seguridad. Todo esto, sucintamente planteado, demuestra el carácter excepcional que en la estrategia norteamericana de control sobre la región desempeña Colombia, y en menor medida, Perú. Por cierto, no podría ser Colombia el país de mayor gasto militar, porque por sus extraordinarias dimensiones, tanto demográficas como geográficas, Brasil va a la cabeza de este rubro y el año 2010 gastó

33.500 millones de dólares –un gasto súbitamente acrecentado luego de la agresiva movilización de la IV Flota de Estados Unidos poco después que se anunció el descubrimiento de un gran yacimiento petrolífero submarino en el litoral paulista–. Lo siguen Colombia, con 6.746 millones y Chile, con 5.395 millones. Venezuela, acusada de ser la promotora de la carrera armamentista en la región, se ubica en el cuarto lugar, con unos 5 mil millones de dólares[208].

No sorprende, por lo tanto, que en función de estos antecedentes Colombia sea presentada, en algunos análisis, como la "Israel latinoamericana", es decir, como una gigantesca base de operaciones desde la cual se proyecta hacia todo el ámbito regional el poderío militar de los Estados Unidos. El gobierno ecuatoriano, directamente afectado por el avance de la militarización regional, hizo pública su incredulidad en relación con los fundamentos del Acuerdo Obama-Uribe al señalar que "bases de las características de las que se quieren articular en Colombia carecen de efectividad para los objetivos que se indican. Antes de que Ecuador recuperase la soberanía de la base de Manta, suceso que se dio el mes pasado, en los últimos cinco años de control estadounidense se produjo un incremento del tráfico de drogas en el Pacífico, a pesar del patrullaje que diariamente se realizaba desde allí"[209]. De este modo, Quito ratificó lo manifestado por numerosos analistas que han comprobado cómo ha sido precisamente en las zonas de mayor control militar norteamericano (Colombia y Afganistán) donde se produjeron los más importantes aumentos en el cultivo y la exportación de estupefacientes y sustancias psicotrópicas[210]. Una inspección cuidadosa de los equipos bélicos con que cuentan esas bases –desde aviones de combate hasta naves y submarinos, pasando por toda clase de armamento pesado– basta para concluir que el objetivo que persiguen va mucho más allá del narcotráfico e inclusive de la guerrilla colombiana, y que su finalidad es mucho más ambiciosa: constituirse como una base de operaciones de alcance continental, al igual que Israel lo es para toda la región del Medio Oriente. Según algunos expertos consultados en el ya mencionado trabajo de Decio Machado, "el problema real es Palanquero, madre de las bases colombianas, ya que es el centro operativo de las fuerzas armadas colombianas y pasará a ser el eje del control estadounidense en Sudamérica". Esa base "tiene una pista de más de

208 Ver SIPRI (nota al pie 88, pág. 101).

209 Ver <www.diagonalperiodico.net/Los-planes-militares-de-EE-UU-en.html> 22 de octubre de 2009.

210 Conclusión que se fundamenta en documentos oficiales de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDC) y que examinamos en detalle en Boron y Vlahusic, *El lado oscuro...*, op. cit., pp. 72 y ss.

tres kilómetros de longitud, desde ella pueden despegar tres aviones de combate al mismo tiempo cada dos minutos, tiene una infraestructura de hangares para centenar y medio de aviones y puede albergar a 2 mil efectivos militares". Pero esto no termina allí: en su trabajo este autor señala que, según los expertos de la UNASUR, Palanquero es una "base expedicionaria, tiene la capacidad de albergar C-17, aviones de transportes, y para 2025 se prevé que esta base tenga la capacidad de movilizar a 175 mil militares con sus pertrechos en apenas 72 horas"[211].

Todo este proceso de militarización internacional, cuyo rostro interno es la criminalización de la protesta social, se encuentra altamente institucionalizado en una serie de acuerdos, tratados y planes. Ya nos hemos referido al firmado por Obama y Uribe, dando continuidad a una iniciativa muy cara al ex presidente George W. Bush. Seguidamente nos limitaremos a enunciar muy brevemente a otros dos instrumentos de la expansión militar de Estados Unidos en América Latina: el Plan Colombia y el Plan Puebla-Panamá.

El Plan Colombia, también llamado Plan para la Paz, la Prosperidad y el Fortalecimiento del Estado, es un acuerdo firmado en 1999 por los gobiernos de Andrés Pastrana en Colombia y Bill Clinton en Estados Unidos, con el explícito propósito de combatir al narcotráfico, poner punto final al conflicto armado con la guerrilla colombiana y, subsidiariamente, promover el desarrollo económico y social de Colombia. Se debe recordar que el año 1999 fue particularmente negativo para Estados Unidos: tuvo que devolver el Canal de Panamá y tolerar que asumiera la presidencia de Venezuela, un país tradicionalmente cautivo de Estados Unidos, un candidato indeseable para el delicado paladar de Washington como Hugo Chávez Frías. El Plan contó con el generoso aporte del Tesoro de los Estados Unidos y, no bien se puso en marcha, recibió una partida inicial de 1.300 millones de dólares para financiar las actividades contempladas en el acuerdo. Desde ese momento, como lo observamos más arriba, Colombia se convirtió en uno de los principales receptores de la ayuda militar norteamericana, sólo superado por Israel, Egipto y, en algunas pocas ocasiones, Corea del Sur. Por supuesto: uno de los objetivos del Plan también era la promoción del "libre comercio" y el fortalecimiento de las decrépitas instituciones democráticas de Colombia. En relación con el primer punto, un TLC fue firmado por los presidentes George W. Bush y Álvaro Uribe, pero sólo fue ratificado por el Congreso de los Estados Unidos cinco años más tarde, en octubre de 2011. El premio nobel de la paz Barack Obama no tuvo empacho alguno en promulgar la ley remitida por el Congreso, haciendo caso omiso de las gravísimas (y probadas)

211 Ver el ya mencionado artículo de Decio Machado.

denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos que a diario se perpetran en ese país: desde fosas comunes hasta "falsos positivos" y matanza de dirigentes sindicales y activistas sociales, pasando por toda suerte de atrocidades. Además, el Congreso de Estados Unidos y la Casa Blanca hicieron a un lado las comprobadas vinculaciones de Álvaro Uribe con el narcotráfico y los paramilitares, hechas públicas con la desclasificación de ciertos materiales de la DEA y el FBI, y que constan en los *National Archives* de Washington. Pese a todo ello, insistimos, ni los congresistas de Estados Unidos ni la oficina del presidente encontraron razón ética alguna para frustrar la ratificación del TLC entre Colombia y Estados Unidos. ¡Toda una lección acerca de lo que realmente le importan los derechos humanos a Washington!

El Plan Puebla-Panamá, inicialmente impulsado por el ex presidente mexicano Vicente Fox, se amplió desde sus coberturas iniciales hasta abarcar un espacio geográfico que, aparte de México y Colombia, incluye a Belice, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá. Un plan supuestamente orientado hacia la promoción del desarrollo y el libre comercio, y convenientemente disimulado bajo el pretexto de combatir al narcotráfico y a la inseguridad. En el caso de México, objeto preferencial de este acuerdo son los estados del sur y del sureste: Campeche, Chiapas, Guerrero, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán. Por detrás de todas sus altruistas fundamentaciones, el objetivo central del Plan y su ampliación bajo el nombre de la Iniciativa Mérida es facilitar la creación de la infraestructura física y política requerida para dar rienda suelta al saqueo de los recursos naturales existentes en Mesoamérica[212]. No se debe olvidar que el segundo acuífero en importancia en las Américas, después del Guaraní, es el de Chiapas. Por otra parte, no es un dato menor que en el marco de este proyecto, que cuenta también con generoso apoyo de la Casa Blanca, se contempla la eventual construcción de un nuevo canal que conecte ambos océanos. Otro elemento importante es el control del flujo migratorio que se dirige hacia la frontera norteamericana, algo que ha sido reforzado en fechas recientes con el "acuerdo" del ASPAN y que, como vimos anteriormente, convierte a México en un gendarme territorial de los Estados Unidos. Toda esta parafernalia de iniciativas belicistas no podía dejar de provocar la respuesta de las capas y grupos sociales afectados, tema que veremos en el siguiente capítulo.

212 Ver la postura oficial del gobierno mexicano sobre la Iniciativa Mérida en <www.iniciativamerida.gob.mx/>. Posturas críticas pueden verse en "Obama y la Iniciativa Mérida", de Maureen Meyer, en <www.seguridadcondemocracia.org/crimen_organizado_e_iniciativa_merida/cap3.pdf> y de Elsa Bruzzone en <www.cemida.com.ar/files/lainiciativademeridaysuscomplementos.pdf>.

Capítulo 9
Geopolítica de los movimientos sociales y los bienes comunes

Tal como hemos comprobado en páginas anteriores, existe una sugestiva superposición geográfica entre las áreas de intensa actividad extractivista (sobre todo minera y, en menor medida, agraria), los movimientos sociales de resistencia y combate a la desposesión, y la presencia militar estadounidense, sea bajo la forma de bases, misiones y ejercicios conjuntos. En este capítulo abordaremos de forma sintética la cuestión de las resistencias populares desencadenadas por la ofensiva imperialista. Y subrayamos lo de "sintética" porque su tratamiento más detallado lo hallará el lector en el Apéndice de este libro, en un texto especialmente preparado por un equipo de especialistas en la materia[213].

Hechas las clarificaciones pertinentes, es hora de ir al grano. Mónica Bruckmann y Theotonio dos Santos han escrito recientemente un trabajo que ofrece una sugerente visión panorámica e histórica de la cuestión de los movimientos sociales en su articulación con las luchas políticas de la época. Raúl Zibechi, a su vez, ha elaborado una serie de tesis sobre el papel y las características de los movimientos sociales en la América Latina contemporánea, con cuya revisión queremos dar comienzo a este capítulo[214].

213 Resulta indispensable mencionar aquí el significativo aporte efectuado para el conocimiento de esta temática por el Observatorio Social de América Latina (OSAL), creado en el año 2000 durante nuestra gestión al frente de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO. El OSAL, que no por casualidad vio la luz durante el lanzamiento de la ofensiva extractivista que está asolando la región, tiene por propósito llevar a cabo un seguimiento pormenorizado de las luchas y resistencias populares. A partir de 2007 se introdujeron numerosos cambios en el proyecto original del OSAL que perjudicaron en buena medida la continuidad de la obra iniciada en 2000 y la comparabilidad de los datos pacientemente recogidos en aquellos años. No obstante, sigue siendo una valiosa fuente de información para el estudio de los movimientos sociales de la región. La colección completa puede ser consultada en línea en <www.clacso.org.ar/institucional/1h3.php>.

214 "Los movimientos sociales en América Latina: un balance histórico", de Mónica Bruckmann y Theotonio dos Santos, en *Revista Prokla*, Nº 142, en <www.medelu.org/Los-movimientos-sociales-en>; y "Los movimientos sociales latinoamericanos:

Según este autor, los movimientos sociales más importantes de la región brotaron de tres principales fuentes sociopolíticas e ideológicas: "las comunidades eclesiales de base vinculadas a la teología de la liberación; la insurgencia indígena portadora de una cosmovisión distinta de la occidental; y el guevarismo inspirador de la militancia revolucionaria". Dicho de modo sucinto, Zibechi plantea con razón que estos movimientos –entre los cuales sobresalen los Sin Tierra y, en menor medida, los *seringueiros* en Brasil; los indígenas ecuatorianos y bolivianos, amén de los mapuche en Chile; los zapatistas mexicanos; los guerreros del agua y los cocaleros también de Bolivia; los piqueteros argentinos y ciertos movimientos de mujeres en algunos países de la región– son creaciones originales de las luchas sociales latinoamericanas y que por esa misma razón se diferencian claramente de sus análogos en Europa o Estados Unidos. Señala que esos movimientos comparten una serie de rasgos comunes, a saber:

a. Base territorial, en gran parte precipitada por la destrucción que las políticas neoliberales ocasionaron en sus clásicos *locus* de concentración: la fábrica (por la apertura económica indiscriminada, la desregulación, la precarización laboral, etcétera) y la hacienda tradicional (arrollada por el dinamismo del agronegocio), y los procesos de restructuración capitalista desencadenados desde los años ochenta, todo lo cual dejó sin una sólida base de sustentación a las formas tradicionales de representación de los trabajadores urbanos, los sindicatos, y de los emergentes movimientos campesinos en el agro. Desplazadas de sus lugares de inserción laboral, las masas desposeídas se replegaron sobre su territorio y desde allí relanzaron sus propias organizaciones.
b. Autonomía de los movimientos, tanto de los Estados como de los partidos políticos, así como la apelación a distintas estrategias para garantizar su subsistencia mediante comedores comunitarios, ollas populares, campamentos, cooperativas informales de trabajo y otras alternativas semejantes.
c. Revalorización de la identidad y la cultura de los pueblos y los diversos sujetos sociales, en abierta oposición a las posturas "eurocéntricas" o "noratlántico-céntricas", con todas sus cargas racistas tendientes a fomentar la autoinculpación de los pobres, los indios y en general todos los excluidos por su miserable inserción social.
d. Capacidad para formar sus propios intelectuales, a partir de la extensión de los procesos de escolarización y educación universal que permitió a los sectores oprimidos hacerse de las herramientas que antes sólo eran utilizadas por los grupos dominantes (si bien con el peligro de que junto a este proceso se produjese una inconsciente asimilación al *ethos* cultural y las categorías intelectuales de la clase dominante). Zibechi señala, como prueba de la importancia de este asunto, a la Universidad Intercultural de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas –que recoge la experiencia de la educación intercultural bilingüe en las casi 3 mil escuelas dirigidas por los pueblos indígenas en Ecuador–, y a los Sin Tierra de Brasil, que llevan adelante 1.500 escuelas en sus asentamientos, y múltiples espacios de formación de docentes, profesionales y militantes[215].
e. Nuevo papel de las mujeres, que asumen a plenitud roles no tradicionales reservados hasta hace muy poco tiempo exclusivamente a los varones: diputadas, comandantes, dirigentes sociales entre la infinidad de movimientos sociales latinoamericanos. Agregaría: en el caso del MST brasileño, la representación absolutamente igualitaria en todos los cargos de conducción: 50% de varones y otro tanto de mujeres.
f. Reorganización del trabajo, rechazando los modelos capitalistas y conscientes de que la propiedad social de los medios de producción no resuelve automáticamente sus problemas. Se puede tener la tierra, pero sin créditos para semillas, herramientas y maquinarias, el mantenimiento de esa propiedad no es viable. Además, los movimientos buscan promover "relaciones igualitarias y horizontales con escasa división del trabajo, asentadas por lo tanto en nuevas relaciones técnicas de producción que no generen alienación ni sean depredadoras del ambiente".
g. Apelación a nuevas formas de lucha, dado que la huelga, por ejemplo, deja de surtir efecto cuando quienes la utilizan son desocupados. Preferencia por las tomas de tierras, cortes de caminos, reapropiación de espacios concebidos como públicos (como hicieron las Madres con la Plaza de Mayo), o como "ajenos", en el caso de espacios privados usurpados por las clases adineradas para construir residencias de alto precio, caminos, etcétera.

Ahora bien, todos estos rasgos unidos a la vitalidad y eficacia reivindicativa de los movimientos sociales y la inocultable crisis que corroe a los partidos políticos y los sistemas partidarios dieron origen a una actitud celebratoria –y en buena medida idealizada– de aquellos en la medida

tendencias y desafíos", de Raúl Zibechi, en OSAL (Buenos Aires: CLACSO) Nº 9, enero de 2003.

215 Ver "Los movimientos sociales como espacios educativos", de Raúl Zibechi, Ponencia ante el Congreso Internacional de Sociología de la Educación, Buenos Aires, 25-28 de agosto de 2004.

en que, con justa razón, se les reconoce a los movimientos sociales el haber reintroducido "la calle y las plazas" en la acartonada vida política de nuestros países, ahogadas muy a menudo por una hiperinstitucionalización pseudodemocrática que mal puede ocultar el vaciamiento sustantivo sufrido por el proceso democrático. Esta imprevista (y no precisamente bienvenida) presencia de las masas en la calle –un hecho que, conviene recordarlo, había sido valorado por Maquiavelo en sus observaciones sobre la república romana como una vigorosa muestra de salud cívica– refleja la incapacidad de los dispositivos legales e institucionales de las "democracias" latinoamericanas para resolver las crisis sociopolíticas dentro de los procedimientos establecidos constitucionalmente. Reaparece así el fantasma de un "país real" divorciado del "país legal", no sólo ajeno al primero, sino incapaz siquiera de contener sus más elementales reivindicaciones. Debido a esta escisión, la realidad de la vida política latinoamericana se mueve en una ambigua esfera en donde las fronteras de lo legal y lo ilegal se diluyen peligrosa y arbitrariamente. Por ejemplo, en los procesos de toma de decisiones sobre importantes cuestiones económicas, la gravitación de los *lobbies* y los grupos de presión de las distintas fracciones de las clases dominantes o de los representantes del imperio convierte a las instituciones de la "democracia representativa", a la presidencia y sobre todo al Parlamento, en un anodino ornamento estatal carente por completo de eficacia para resguardar el interés público y contener la voracidad de los sectores burgueses. Eso no sólo es ilegítimo, sino que también es ilegal, y sin embargo la oligarquía mediática los consideran una saludable muestra de "sensatez y realismo", dado que según aquellos cualquier gobierno interesado en garantizar la "gobernabilidad" de la economía y la política tiene que saber escuchar lo que le reclama la "sociedad civil", aunque quienes lo hagan no sean sino un grupo minoritario de esta caracterizado por su riqueza y su poderío. Pero la aplaudida ilegitimidad e ilegalidad de "los de arriba" se convierten en una afrenta intolerable cuando son las masas las que salen a la calle a presionar a las autoridades para defender sus intereses al margen de las instituciones mal llamadas "representativas". En tal caso, no se ahorran epítetos y descalificaciones dirigidos a las "hordas insubordinadas", mientras que la frágil y antidemocrática legalidad de las instituciones se derrite al calor de la crisis política permanente y el protagonismo de las masas.

Fue a causa de esta situación que revueltas populares derrocaron gobiernos reaccionarios en Ecuador en 1997, 2000 y 2005; y que en Bolivia sublevaciones de grandes masas de campesinos, indígenas y pobres urbanos hayan destronado a gobiernos derechistas en 2003 y 2005, abriendo paso a la formidable victoria electoral de Evo Morales a finales de 2005. La dictadura "constitucional" de Alberto Fujimori en Perú fue derrocada por una impresionante movilización de masas

durante el año 2000, y en 2001, el presidente de la supuesta "centroizquierda" de Argentina, Fernando de la Rúa, que había traicionado sus promesas electorales de abandonar las políticas neoliberales, fue desalojado del poder por uno de los mayores levantamientos populares de la Argentina contemporánea.

Más allá de la fragilidad del entramado institucional, lo que estas rebeliones populares –amén de otras, de las cuales no podemos dar cuenta aquí– comprueban es que este largo período de gobiernos neoliberales, con todo su bagaje de tensiones, rupturas, exclusiones y niveles crecientes de explotación y degradación social, creó las condiciones objetivas para la movilización política de grandes sectores de las sociedades latinoamericanas. Cabe pues preguntarse: ¿son estas revueltas plebeyas meros episodios aislados, gritos de rabia y furia popular, o reflejan una dialéctica histórica tendencialmente orientada hacia la reinvención de la democracia, de "otra" democracia, genuina y no el simulacro con el que muchas veces se la confunde en estos días? Una mirada sobria a la historia del período abierto a comienzos de los años ochenta revela que no existe nada accidental en la creciente movilización de las clases populares ni en el final tumultuoso de tantos gobiernos democráticos en la región. Es por eso que entre 1985 y 2009 diecinueve presidentes –casi todos ellos obedientes clientes de Washington– tuvieron que apartarse del poder antes de la expiración de sus mandatos, depuestos por arrolladoras rebeliones populares[216].

Como si lo anterior no bastara, los plebiscitos convocados para legalizar la privatización de empresas estatales o servicios públicos invariablemente defraudaron las expectativas neoliberales: tal fue el caso de Uruguay (obras sanitarias y terminales portuarias) y los convocados para resolver la cuestión del abastecimiento de agua en Bolivia y Perú. También hubo grandes movilizaciones populares en diversos países para oponerse al ALCA o a la firma de TLC; para pedir la nacionalización del petróleo y el gas en Bolivia; resistir a políticas de privatización –del petróleo en Ecuador, la compañía telefónica en Costa Rica y los sistemas de salud en varios países–; poner fin al saqueo de los bancos, principalmente extranjeros, como en Argentina; y terminar con los programas de erradicación de coca en Bolivia y Perú. En los últimos años, se observa un relanzamiento de los movimientos sociales, que luego de 2005 habían padecido un proceso de desmovilización a nivel regional, con una sola

216 "Las consecuencias sobre el régimen de las interrupciones presidenciales en América Latina", de Leiv Marsteintredet, en *América Latina Hoy* (Universidad de Salamanca) Nº 49, 2008, pág. 38. El autor cuenta 18, pero con posterioridad a la publicación de su artículo se produjo, en 2009, la destitución del presidente José Manuel "Mel" Zelaya en Honduras, con lo que la cifra asciende a 19, lo que arroja un promedio de casi un presidente derrocado por año.

gran excepción: el movimiento magisterial de Oaxaca, México, que llevó a cabo una heroica lucha contra el contubernio formado por el gobierno priísta del estado de Oaxaca y el nacional, en manos del Partido Acción Nacional (PAN). Pero recién a finales de la primera década del siglo XXI reaparecerían con renovado vigor nuevas protestas y resistencias populares: grandes movilizaciones estudiantiles en Chile primero y luego en Colombia; los movimientos de resistencia a los proyectos hidroeléctricos de la Amazonía y del sur de Chile; la lucha contra la megaminería a cielo abierto en el cordón andino, desde Colombia hasta Argentina, pasando por Perú, Ecuador y Bolivia, y, en este último país, las protestas masivas ocasionadas por el "gasolinazo" de diciembre de 2009 (que obligaron al gobierno a rever su decisión) y la más reciente desencadenada a propósito de la construcción de una carretera que transitaría por un territorio ancestral de los indígenas, el Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécure, o TIPNIS, aún en debate en medio de fuertes protestas populares[217].

Tres ciclos de resistencia popular

A la luz de este breve *racconto* sería posible postular la existencia de tres ciclos demarcatorios de las resistencias y las luchas populares en los últimos veinte años, aproximadamente: un ciclo de ascenso de la lucha de masas, cuyo inicio podría datarse, con la inevitable subjetividad de este tipo de evaluaciones, el 1 de enero de 1994 con el levantamiento zapatista[218]. Esto continuó y se expandió internacionalmente en la Batalla de Seattle (30 de noviembre de 1999), y se consolidó con la realización del Foro Social Mundial de Porto Alegre, en sus múltiples ediciones, a partir de 2001[219]. Este ciclo ascendente impulsaría

217 Ver antecedentes más puntuales sobre este tema en "Las disputas sociopolíticas por los bienes comunes de la naturaleza: características, significación y desafíos en la construcción de Nuestra América", op. cit.

218 No se podrían desconocer por lo menos dos antecedentes de importancia: el Caracazo de febrero de 1989 y las grandes revueltas populares que conmovieron a la Argentina a finales de junio y principios de julio de ese mismo año, las que precipitaron la entrega anticipada del mando al ganador de las elecciones presidenciales de mayo de ese año, Carlos S. Menem. Pero, en ambos casos, se trató de reacciones espontáneas producto de la desesperación, carentes de organicidad, y que, por eso mismo, no lograron alterar significativamente la situación preexistente. En el caso de Venezuela, se puede argumentar, razonablemente, que las traumáticas características de la represión fueron decisivas para la fracasada tentativa de golpe de estado liderada por el entonces teniente coronel Hugo Chávez Frías en 1992 y la posterior fundación del movimiento bolivariano, que instalaría a su líder en el poder en 1999.

219 Este nuevo "clima político" queda elocuentemente reflejado en el conjunto de trabajos incluidos en *Resistencias sociales. De Seattle a Porto Alegre*, de José Seoane y Emilio Taddei (comps.) (Buenos Aires: CLACSO, 2001).

un significativo desplazamiento hacia la izquierda del centro de gravedad de la política latinoamericana: consolidación de la Revolución Bolivariana en Venezuela, elección de Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil (2002), de Néstor Kirchner en la Argentina (2003), Tabaré Vázquez y el Frente Amplio en Uruguay (2004), Evo Morales en Bolivia (2005) y Rafael Correa en Ecuador y Daniel Ortega en Nicaragua, ambos en 2006, y Fernando Lugo en Paraguay, en 2008. Este impulso ascensional llegaría a su apogeo con la derrota del ALCA en la Cumbre de Presidentes de las Américas de Mar del Plata, en noviembre de 2005.

El reverso dialéctico de este ciclo expansivo de las luchas populares está dado por la paralela implementación de una legislación antiterrorista destinada a ampliar el rango de comportamientos caracterizados como "terroristas" y a endurecer considerablemente las penas aplicadas a quienes, según la muy laxa definición de estas nuevas leyes promovidas por Washington, puedan ser acusados de tales. Una especialista norteamericana, Beth Elise Whitaker, comprobó que desde la sanción de la Ley Patriótica en Estados Unidos (promulgada el 24 de octubre de 2001), al menos 33 países habían introducido una legislación antiterrorista, y que la presión ejercida por Washington para aprobar esas leyes había sido considerable. Según esta autora, existen notables paralelismos entre estas leyes, principalmente en países del Tercer Mundo, con la Ley Patriótica, en el sentido de que en todos los casos se expanden considerablemente los poderes coercitivos del Estado, se procura optimizar el intercambio de información entre las diferentes ramas y agencias del aparato represivo, y se establecen plazos más largos de detención para los sospechosos, a la vez que se endurecen las sentencias para quienes sean condenados[220]. En línea con lo anterior, un estupendo análisis de Stella Calloni sobre la Ley Patriótica promovida por la administración Bush afirma que "la lista de violaciones a los derechos humanos que escenifica la 'Patriot Act' es inmensa. No sólo significó poner bajo control y vigilancia –con impunidad total– a la población estadounidense, con posibilidad para los servicios de inteligencia de invadir la propiedad privada, anular las autonomías universitarias, permitir las cárceles secretas, los jueces sin rostro, la detención y desaparición por tiempo indeterminado de sospechosos, pasibles de ser interrogados con los métodos que sus captores crean necesarios. También autorizaba [...] mantener campos de concentración como los de Guantánamo, el secuestro de cualquier persona tanto en Estados Unidos como en todo el mundo, su traslado ilegal de un país a otro, sin

220 Ver su "Exporting the Patriot Act? Democracy and the 'war on terror' in the Third World" en *Third World Quarterly*, Vol. 28, Nº 5, 2007, pp. 1017-1032.

posibilidad de defensa"[221]. En ese mismo texto, Calloni observa que en marzo de 2005, ya bajo la presidencia de Néstor Kirchner, la Cámara de Diputados de la Argentina "aprobó dos leyes contra el terrorismo reclamada por Estados Unidos abriendo un camino oscuro, porque el conjunto de las normas pueden favorecer la instalación de formas dictatoriales o gobiernos de facto". La autora destaca con razón que la aprobación de esas leyes tuvo lugar bajo la fuerte presión de la Casa Blanca, que incluyó una gira por la región de Donald Rumsfeld, quien por entonces se desempeñaba como secretario de Defensa. Mediante la primera se habilitaba la aplicación en la Argentina de lo establecido por la Convención Interamericana contra el Terrorismo de la OEA, aprobada en Barbados en 2002. Por la segunda, se convalidaba el Convenio Internacional para la Represión de la Financiación del Terrorismo, votado por la ONU el 9 de diciembre de 1999. Pero, al igual que en el resto de América Latina, la aprobación de esas dos leyes no sació los apetitos del imperio. Como recuerda Emilio Marín, luego vino una tercera, y posteriormente una cuarta, aprobada prácticamente a libro cerrado y sin debate serio en diciembre de 2011[222]. Como concluye Calloni, con estas leyes –¡y las que todavía vendrán!– Washington diseña una estrategia similar a la que "se impuso durante el reinado de la Doctrina de Seguridad Nacional (de Estados Unidos) en el marco de la llamada 'Guerra Fría' y que sembró de dictaduras el continente"[223].

Por supuesto, lo que hemos descripto para la Argentina se aplica por igual, y a veces con rasgos aún más marcados, a la mayoría de los países de América Latina; Colombia, Chile y Perú, por ejemplo[224]. En todo caso, y retomando el hilo de nuestra argumentación, durante la segunda mitad de la primera década de este siglo la resistencia popular perdió buena parte de su impulso original, dando inicio a un ciclo de desmovilización y reflujo. No quiere esto decir que hubieran cesado las luchas, protestas y resistencias de los pueblos en contra de la renovada agresividad militar, económica y comercial del imperialismo. Pero aquellas carecían de la fuerza, la organicidad y la gravitación que exhibían apenas unos años antes. Vista en perspectiva, la segunda mitad de la primera década del siglo es una etapa de estancamiento, cuando no

221 Ver "El tablero de la intervención de Estados Unidos en América Latina", de Stella Calloni, 3 de noviembre de 2008, en <http://cetedo.org/leer.php/7137735>.

222 Ver "Por pedido de Washington, sale la cuarta ley antiterrorista", de Emilio Marín, en <www.laarena.com.ar/opinion-por_pedido_de_washington__sale_la_cuarta_ley_antiterrorista-68625-111.html>.

223 Stella Calloni , "El tablero", op. cit.

224 Al respecto, ver <http://ecomapuche.com/ecomapuche/index.php?option=com_content&view=article&id=153:redazione-adital&catid=43:noticias-espanol&Itemid=59>.

de abierto retroceso, de los movimientos en la mayoría de los países de la región. Sin embargo, ese ciclo fue de corta duración, porque las tentativas golpistas, fracasadas en Bolivia y Ecuador, desgraciadamente exitosa en Honduras y Paraguay, o desestabilizadoras, como las de Argentina a partir de 2008, junto con las tensiones originadas por la exacerbación de la crisis general del capitalismo en ese mismo año y –en algunos países de Sudamérica– la conmemoración del bicentenario de la independencia precipitaron el relanzamiento de la movilización política, la conflictividad social y el activismo de los movimientos sociales. Sin los bríos de antaño, tal vez, pero como indicación clara de que se estaba iniciando un nuevo período, en donde las grandes movilizaciones estudiantiles en Chile y Colombia y las luchas contra la megaminería a todo lo largo de la cordillera de los Andes tomarían decisivamente el papel de la vanguardia.

Estos indicios parecerían señalar que, en el 2012, estaríamos en la fase inicial de un nuevo ciclo ascendente, cuya duración, intensidad y consecuencias políticas es imposible por ahora de pronosticar. Pese a los recaudos que exige el asunto, podría decirse que la gran mayoría de estas recientes movilizaciones tienen un signo similar: son claramente opuestas al neoliberalismo y, en no pocos casos, también al capitalismo, lo cual es sumamente alentador. Esta tendencia es congruente con los resultados que periódicamente arrojan las encuestas de opinión pública en América Latina, y que demuestran que apenas poco más de un cuarto de la población se declara satisfecho con el funcionamiento de la economía de mercado, una cifra claramente minoritaria que, sin embargo, no mueve a ningún gobierno a convocar a un plebiscito para oír la voz del pueblo, tomar nota de su mandato y actuar en consecuencia[225].

No obstante –más allá del heroísmo tantas veces demostrado y de su abnegación militante–, se debe evitar el endiosamiento de los movimientos sociales o caer postrados ante su representatividad o

225 Ante la pregunta específica sobre cuán satisfecho se encuentra el entrevistado con el funcionamiento de la economía de mercado, las cifras de los que manifestaban estar "más bien satisfechos" o "muy satisfechos" fueron del 24% en 2002, 16% en 2003, 19% en 2004 y 27% en 2005. Ver "Informe 2005", de Latinobarómetro (Santiago: Latinobarómetro, 2005) pág. 63. Los redactores del Informe a lo largo del tiempo no llegaban a ocultar su decepción por tan baja legitimidad de la economía de mercado. En los últimos años la pregunta sencillamente fue eliminada, al paso que se mantuvo otra, sumamente dirigida e inductora de respuestas positivas por parte de los entrevistados, que con aparente neutralidad solicitaba su opinión acerca de la siguiente frase: "La economía de mercado es el único sistema con el que [país] puede llegar a ser desarrollado". Quienes estaban "muy de acuerdo" o "de acuerdo" (¡ante una pregunta tan sesgada e inductora como esa!) sumaban el 56% en la medición de 2011. Ver el "Informe 2011" (Santiago: Latinobarómetro, 2011) pág. 92.

democratismo interno. Los males que aquejan a muchos partidos de izquierda también los padecen los movimientos, si bien no de igual manera o con la misma intensidad. Pero allí también pueden encontrarse vicios tan perniciosos como el verticalismo, el burocratismo, el sectarismo, los personalismos, etcétera. Por eso no se trata de caer en una actitud maniquea, del tipo: movimientos sociales = lo bueno, lo noble, lo sano versus los partidos políticos = lo malo, lo innoble, la patología. Hoy es más que nunca necesario superar ese esquematismo y enfrentar la realidad sin vendas en los ojos.

Enseñanzas de la historia reciente

De acuerdo con lo que hemos señalado en reiteradas oportunidades, existen varias lecciones que se desprenden de este abrupto renacimiento de las insurgencias populares en América Latina. En primer lugar, la impostergable necesidad que tienen los partidos políticos, animados por su afán de consolidar un proyecto emancipatorio, de concebir e implementar una estrategia de poder que trascienda los estrechos límites de la mecánica electoral. La evidencia de estos años, y no sólo en América Latina, enseña que no se puede pretender transformar radicalmente un orden social estructuralmente injusto y predatorio con las solas armas disponibles en la escena electoral[226]. Subrayamos eso de "transformar radicalmente" porque no se debe olvidar que nuestra región es la que presenta la más injusta distribución de ingresos y riquezas del planeta. Por lo tanto, no será con medias tintas ni con políticas tibias como se resolverá esta situación. La burguesía, por otro lado, jamás obra con tal ingenuidad y nunca despliega una táctica única y, mucho menos, en un solo escenario de lucha como el electoral.

Por el contrario, su presencia en ese terreno se combina con otras iniciativas desplegadas en diferentes ámbitos institucionales: huelgas de inversiones, fuga de capitales, *lock-outs*, presiones sobre los dirigentes estatales, articulación con aliados internacionales que refuerzan su gravitación local, control de los medios de comunicación y, más generalmente, de los "aparatos ideológicos", mediante los cuales pueden lanzar efectivas "campañas de terror" para intimidar o atemorizar votantes, contubernios con las fuerzas armadas, cooptación de dirigentes populares, corrupción de funcionarios públicos y legisladores, *lobbies* de diverso

226 Sobre el tema de "cambiar el mundo" ver la propuesta de John Holloway, *¿Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder?* (Buenos Aires: Herramienta, 2002), y la que se encuentra en sus antípodas, en la obra de Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo* (Barcelona: Crítica, 2011). Hemos examinado este tema y criticado las tesis de Holloway en nuestro *Reflexiones sobre el poder, el Estado y la revolución* (Córdoba: Espartaco Córdoba, 2007).

tipo, movilización de masas; todo lo cual configura una estrategia integral de acumulación y conservación del poder que ni remotamente se circunscribe, como suele ocurrir con los partidos populares, a lo que pueda acontecer en la arena electoral. Es cierto que para desplegar una estrategia tan omnicomprensiva como esta se requiere de una serie de recursos –materiales, organizacionales y simbólicos– que ninguna fuerza popular tiene fácilmente a su disposición. Pero también es cierto que si los partidos de izquierda quieren cambiar el mundo, y no sólo dar un lastimero testimonio de su injusticia y perversión, tendrán que demostrar que son capaces de concebir y aplicar estrategias más integrales que combinen, junto con la electoral, otras tácticas y formas de lucha[227].

Este es precisamente el terreno en el cual los movimientos sociales han demostrado una creatividad superior a la exhibida por las organizaciones políticas. Los acontecimientos de los últimos años en la región enseñan que aquellos han adquirido una inédita capacidad para desalojar del poder a gobiernos antipopulares, soslayando los mecanismos establecidos constitucionalmente que, no por casualidad, se caracterizan por su fuerte prejuicio elitista y por un *ethos* que, a falta de mejor palabra, podríamos llamar como fuertemente "demofóbico", es decir, caracterizado por una intensa fobia al pueblo. Para la cultura política dominante en las así llamadas democracias latinoamericanas de clara inspiración liberal, la política es un asunto de elites y de instituciones, no de pueblos movilizados y de gentes en las calles, y la ciudadanía no debe inmiscuirse en las transacciones y componendas realizadas por los caballeros en cuyas manos descansa el gobierno. Por eso, la legitimidad de la democracia es tan baja en nuestros países. No es que, como algunos equivocadamente piensan, producto del atraso los latinoamericanos no valoremos la democracia. Lo que ocurre es que aquello que las clases dominantes y sus representantes políticos pretenden hacer pasar por democracia no es sino una perversa plutocracia, a la que designan con el nombre de democracia con la vana pretensión de ocultar que es un gobierno de los ricos, por los ricos y para los ricos[228].

227 El tema de las formas de lucha y las vías de la revolución es un clásico de la tradición marxista. En América Latina, Rodney Arismendi fue quien realizó un minucioso trabajo de exégesis del pensamiento de Marx, Engels y Lenin, y lo volcó en su *Lenin, la revolución y América Latina* (México DF: Grijalbo, 1974) pp. 95-262. Ver asimismo *La estrategia y táctica socialista: de Marx y Engels a Lenin*, de Theotonio dos Santos y Vania Bambirra (México DF: Era, 1980). Hemos abordado esta temática también en sendos estudios introductorios al *¿Qué hacer?*, de Vladimir I. Lenin (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2004) y *¿Reforma social o revolución?*, de Rosa Luxemburgo (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2010).

228 Sobre este particular consultar nuestro ya citado *Aristóteles en Macondo*. Sobre la baja legitimidad de las democracias realmente existentes en la región, no de la idea

Pero existe una segunda lección que también es preciso tener en cuenta y que nos enseña que esta activación saludable de las masas fracasó a la hora de construir una alternativa política propositiva, es decir, que no sólo fuera reactiva y pudiera derrocar a gobiernos antipopulares, sino que también condujera a la superación del neoliberalismo y la inauguración de una etapa posneoliberal. La insurgencia de las clases subalternas adoleció de un talón de Aquiles fatal que frustró esa posibilidad, resultante de la convergencia de tres fenómenos íntimamente relacionados: (a) la fragilidad organizativa; (b) la inmadurez de la conciencia política, y (c) el predominio absoluto del espontaneísmo como modo normal de intervención política.

(a) En efecto, la indiferencia suicida frente a los problemas de la organización popular, la conciencia y la estrategia y la táctica de lucha plantea numerosos interrogantes. Para los clásicos del marxismo –especialmente Lenin y Rosa Luxemburgo, más allá de sus diferencias–, el asunto de la organización era una cuestión política de extraordinaria importancia para el movimiento popular. El primero escribió más de una vez que la organización "es la única arma de que dispone el proletariado". Cabe preguntarse, entonces: ¿cuáles serían las formas organizativas más apropiadas que requiere la lucha popular en el contexto del capitalismo contemporáneo y en la coyuntura particular de cada uno de nuestros países? ¿Cómo se articulan esas formas entre sí, para potenciar la eficacia de los proyectos emancipadores? ¿Cuál es el papel que les cabe a los partidos, los sindicatos, la gran diversidad de movimientos sociales, asambleas populares, piquetes, "juntas de buen gobierno" zapatistas, u otras formas precolombinas –importantes en países como Bolivia, Ecuador y Perú– de organización como las que aún existen en el mundo andino? ¿Cómo asegurar que las reivindicaciones canalizadas por estas diversas estructuras organizativas se sinteticen en un proyecto global que les otorgue coherencia y eficacia? Obviamente, es imposible ofrecer una respuesta positiva desde la teoría. Lo que sí se puede afirmar, en cambio, es que el "culto a la espontaneidad" verificado en algunas situaciones nacionales, como la Argentina de las jornadas de diciembre de 2001 y su consigna "¡Que se vayan todos!", demostró ser de una previsible esterilidad. La fulminante irrupción de las masas, en la noche del 19 de diciembre, y los fieros combates escenificados, sobre todo, mas no exclusivamente, en la Ciudad de Buenos Aires y que tuvieron un costo de

democrática, ver también los sucesivos informes de Latinobarómetro. No es casual, por último, que publicaciones del *establishment* como *The Economist* y *The Atlantic* hayan comenzado a mostrar su preocupación por el vigor de las tendencias plutocráticas evidenciadas en los capitalismos democráticos en fechas recientes.

38 vidas precipitaron la renuncia del presidente De la Rúa. No obstante, poco tiempo después "las cosas volvieron a su lugar": se restableció casi intacto el sistema de dominación, obra que demostró la consumada habilidad para esa clase de tareas del por entonces presidente Eduardo A. Duhalde; la clase política, enterrada en las catacumbas durante los sucesos de diciembre, comenzó a ensayar un cauteloso retorno en los meses posteriores; y la política económica prosiguió su curso, con leves, muy leves modificaciones. La moderada y prolija gestión del ministro de Economía de Duhalde, Roberto Lavagna, es una prueba irrefutable de la continuidad del proyecto neoliberal, si bien con algunos retoques marginales. El resultado más perdurable de la insurgencia popular fue una reconfiguración del sistema de partidos, en la que la Unión Cívica Radical dejó de ser una fuerza nacional y quedó convertida en un partido político con presencia en unas pocas provincias, pero sin la menor posibilidad de volver a constituir por sí sola una opción política en el plano nacional; el Frente País Solidario (FREPASO), que de la mano de Carlos "Chacho" Álvarez había sido el principal artífice de la Alianza, desapareció de la escena política sin dejar rastros, y el peronismo se convirtió en una laxa confederación de caudillos regionales pero que, frente a la disgregación imperante, prevalece sin contrapesos en la política nacional. Esto es así en virtud de tres factores: primero, la enorme gravitación de la figura presidencial en un país hiperpresidencialista y de asfixiante centralismo como la Argentina; segundo, la capacidad del Ejecutivo nacional para –mediante variables combinaciones de persuasión y coerción, aceitadas por una discrecional utilización de los recursos del Tesoro– disciplinar a sus aliados y someter a sus enemigos; y finalmente, la persistencia de una vieja tradición peronista, el "verticalismo", que se traduce en un impulso irresistible a someterse al liderazgo del jefe, sin importar para nada el rumbo y la orientación de las políticas que lleve a cabo. Si Menem reconvierte al peronismo en un neoliberalismo plebeyo, la tradición del verticalismo le asegura la fidelidad de sus seguidores; si luego Cristina Fernández de Kirchner exalta las virtudes del neokeynesianismo, la respuesta será la misma. Esta configuración de factores le otorga al peronismo una ventaja prácticamente imbatible en las urnas. Por consiguiente, si antes de 2001 el sistema partidario argentino giraba en torno a la bipolaridad "peronismo-Alianza" y, antes aún, "peronismo-radicalismo", después de este año el sistema ha adquirido una fisonomía claramente unipolar que no es amenazada, hasta hoy al menos, ni por izquierda ni por derecha. Si la revuelta popular amagó por momentos hacer saltar por el aire al modelo neoliberal, con el paso del tiempo esa expectativa demostró ser totalmente ilusoria, porque los fundamentos profundos del neoliberalismo –incapacidad (o falta de voluntad) del Estado para regular los mercados, extranjerización de la economía, regresividad tributaria, hegemonía del

sector financiero, pobreza, desigualdad socioeconómica, vulnerabilidad externa, etcétera– mantienen su plena vigencia, algo que pretende ser negado por el "relato oficial", que vanamente trata de escamotearlos de la vista del público. Vale aquí la clásica observación de Lampedusa en *El gatopardo*: "Algo tiene que cambiar para que nada cambie"[229].

(b) En relación con el tema de la conciencia radical y emancipatoria, por no decir revolucionaria, el problema que se plantea es el de cómo lograr que los movimientos desarrollen un tipo de conciencia que les permita trascender los límites que les impone la inmediatez espontaneísta. No está de más recordar, una vez más, la vigencia del clásico *dictum* de Lenin, cuando afirmó que "sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria". Los estómagos más delicados pueden sustituir la palabra "revolucionaria" por otra menos indigesta, como "emancipatoria", pero la conclusión es la misma. Puede parecer demasiado iluminista pero no importa: en ausencia de tal teorización, difícilmente podrá haber prácticas de masas emancipatorias o revolucionarias. Sólo una teoría que diga y demuestre que otro mundo es posible persuadirá a las masas a actuar; ante la ausencia de una tal teoría la respuesta ha sido la resignación y la desesperanza.

Por supuesto, tampoco aquí existen respuestas rotundas por lo positivo. Si, como suele decirse, el mal llamado "modelo kautskiano" de la conciencia radical introducida presuntamente "desde afuera" por intelectuales revolucionarios profundamente imbricados en las luchas revolucionarias ha fracasado, ¿podría afirmarse que la estrategia gramsciana de construcción de contrahegemonía desde las trincheras mismas de la sociedad civil ha triunfado? Se trata, como puede verse, más que de certidumbres, de preocupaciones abiertas y grandes interrogantes, cuyo tratamiento es imprescindible a la hora de encarar un proyecto de refundación democrática. Este difícilmente podrá triunfar si es que antes no se prevalece en aquello que, siguiendo a Martí, Fidel ha dado en llamar "la batalla de ideas". En el crepúsculo de su corta vida, el primero había dicho que "de pensamiento es la guerra que se nos libra.

229 Sobre los elementos de continuidad del kirchnerismo con el modelo neoliberal, implantado por la dictadura genocida de 1976 y profundizado por el menemismo en la infausta década del noventa, ver mi "Néstor Kirchner y las desventuras del 'centro-izquierda' en la Argentina", cuya versión completa se encuentra en <http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/title/nestor-kirchner-desventuras-centro-izquierda-argentina/id/53239837.html>. Sobre la coyuntura, ver varias de mis notas, entre ellas, "Argentina, 2012: ¿qué hacer, y cuándo? Los desafíos de Cristina", "Cristina recargada: notas sobre las elecciones primarias en Argentina", "¡Harto de escuchar que 'hay que profundizar el modelo'!" y "Más sobre la exhortación a 'profundizar el modelo'", todos ellos en <www.atilioboron.com.ar>.

Ganémosla a fuerza de pensamiento". Toda la concepción gramsciana de la construcción de la contrahegemonía guarda un notable parentesco con las primeras intuiciones martianas. En efecto, ¿cómo hacer que las masas populares se lancen a la conquista del poder estatal sin estar previamente convencidas de que tal empresa es posible? Que, como en sus mejores momentos decía el Foro Social Mundial, otro mundo es posible, además de necesario. Convencidas, además de la importancia estratégica de la conquista del poder que, a juicio de todos los grandes revolucionarios –desde Marx y Engels hasta Fidel y el Che, pasando por Lenin, Rosa, Trotsky, Gramsci, Mao, Ho Chi Minh–, es el problema central de la revolución. Pero tal convencimiento no es automático ni fácilmente adquirible. Es por eso que pese al resonante fracaso de las fórmulas económicas del neoliberalismo –que ni hicieron crecer nuestras economías como cuando estas transitaban por los "rumbos equivocados" del estatismo y el dirigismo de los años de la posguerra, ni demostraron tener la menor capacidad de redistribuir la riqueza acumulada por las clases propietarias–, la persistencia del neoliberalismo encuentra uno de sus factores explicativos en la fenomenal victoria ideológica obtenida a partir de la década del ochenta del siglo pasado, cuyo impulso llega hasta nuestros días. Victoria en la crucial "batalla de ideas", que instaló en el imaginario popular la convicción de que el Estado es fuente de todo tipo de ineficiencias y corruptelas, que la empresa privada es la depositaria de las virtudes técnicas y morales, y que la mejor manera de garantizar el progreso económico es desmantelando al primero por la vía de las privatizaciones, la desregulación, la apertura comercial, la reducción del tamaño y funciones del Estado, y fortaleciendo, en cambio, los mercados, ámbitos privilegiados de la racionalidad económica y honestos e imparciales asignadores de ganancias y pérdidas. El papel de los grandes medios de comunicación, electrónicos e impresos, controlados casi absolutamente por los bloques dominantes de nuestros países, fue de fundamental importancia para consolidar la credibilidad del dogma neoliberal. Si a ello se le agrega la confusión existente en las filas de la izquierda, oscilando entre una reivindicación nostálgica y absolutamente acrítica del pasado y un derrotismo disfrazado de falso "realismo" que conducía a la resignación política frente a los embates de la globalización neoliberal, en el plano de la conciencia popular los resultados difícilmente podrían haber sido mejores.

(c) Por último, en relación con la cuestión de la estrategia y táctica, digamos que pese a la reconfiguración de los sujetos sociales –producto, entre otras cosas, de las transformaciones sufridas por las relaciones capitalistas de producción que pulverizaron y desorganizaron el campo popular a la vez que homogeneizaron y organizaron a las clases dominantes–, la adopción de una estrategia y una táctica

adecuadas sigue siendo un asunto de primordial importancia. Esta divergencia entre lo ocurrido a "los de arriba" y "los de abajo" puede sintetizarse, de manera muy esquemática, en la contraposición entre el Foro Social Mundial nacido en Porto Alegre y el Foro Económico Mundial que se reúne anualmente en Davos. Mientras que el primero exhibe toda la riqueza de las "diferencias" –de nacionalidades, género, etnias, lenguas, ocupaciones y profesiones, religiones, educación, ideologías políticas, formatos organizativos, etcétera, que constituyen el conglomerado popular mundial–, la reunión en la pequeña ciudad de los Alpes suizos hace de la uniformidad de posiciones y coherencia de perspectivas un culto cuidadosamente preservado. Y mientras en 2003 el Foro Social Mundial, por ejemplo, fue incapaz de pronunciarse formalmente condenando la inminente agresión que el imperialismo norteamericano perpetraría en Irak, so pretexto de que una declaración política de ese tipo convertiría al FSM en una nueva Internacional Comunista, con la indeleble marca del estalinismo en sus entrañas, la Cumbre de Davos seguía convocando a gobernantes de todo el mundo para "bajarles línea" y hacerles saber que los gigantescos oligopolios allí reunidos esperaban de su parte la continuación y profundización de las políticas del Consenso de Washington. Por último, mientras que el Foro Social Mundial rechazaba explícitamente cualquier tentativa de siquiera pensar en un modelo organizativo que potenciara la gravitación de los movimientos populares en el escenario internacional, o al menos una elemental coordinación de los numerosos frentes de lucha ¡contra los mismos enemigos: las transnacionales!, el Foro Económico Mundial de Davos perfeccionaba sus diagramas organizativos para reforzar aún más la gravitación de sus intereses a lo ancho y largo del planeta.

En otras palabras, en el campo de los movimientos sociales, las cuestiones de la estrategia y la táctica no gozan del favor de la época, pues son erróneamente percibidas como asuntos que sólo revisten interés para algo tan anacrónico, según sus intelectuales orgánicos, como los partidos políticos. Esto se percibe con toda nitidez en el plano teórico si se examina la obra de Hardt y Negri, *Imperio*, que supo tener un momento de gloria (afortunadamente efímero) hace algunos años atrás en las primeras versiones del Foro Social Mundial. En *Imperio*, los movimientos sociales son concebidos como expresiones infinitas de la multitud y esta, por su carácter descentrado, desterritorializado, molecular y nomádico, es radicalmente incompatible con cualquier planteamiento de estrategia y táctica. Para Hardt y Negri, tales preocupaciones corresponden a una forma de actuación política perteneciente a una época históricamente superada, la época de los Estados nacionales y las clases sociales. Por lo tanto, se hace un culto a la supuesta rebeldía de

las multitudes nómades, algo que debería ser sometido a cierta forma de corroboración práctica o empírica, y se abandona por completo toda preocupación por la organización, la estrategia y las tácticas de lucha, con los resultados previsibles. Algo similar acontece con la obra de John Holloway, que, además, nos invita a dejar de lado toda pretensión de conquistar el poder, de lo cual se desprende la superfluidad de cualquier discusión sobre estrategia y táctica encaminada a ese fin. Es preciso señalar que, a diferencia de Hardt y Negri, Holloway sigue siendo un crítico implacable del capitalismo y un férreo proponente de la sociedad comunista. Hemos criticado reiteradamente estas versiones contemporáneas del romanticismo político –que desembocan en la impotencia política, la resignación y la claudicación–, de modo que no insistiremos en ello aquí. Digamos simplemente que, contrariamente a estas teorizaciones de moda, el problema de la estrategia y la táctica de las clases subalternas está indisolublemente unido a las perspectivas de su propia emancipación, algo impensable al margen de una correcta estrategia encaminada hacia la conquista del poder. Esta no ocurrirá por una casualidad histórica, o como una concesión graciosa de las clases dominantes. Por lo tanto, se trata de una cuestión fundamental. Pero la victoria ideológica del neoliberalismo, que también se ha sentido en las filas de la intelectualidad de izquierda, ha suprimido todas estas cuestiones de la agenda de los partidos y movimientos interesados en la emancipación social, dando origen a una serie interminable de frustraciones[230].

[230] Sobre el tema de la estrategia y la táctica de las luchas populares hemos escrito un breve texto: "Strategy and Tactics in Popular Struggles in Latin America", en *Socialist Register 2013* (Londres: Merlin Press, 2012). Próximamente daremos a conocer la versión en castellano de este trabajo.

Capítulo 10
La cuestión geopolítica: ¿comienzos de una nueva época?

A los efectos de concluir este libro, conviene que volvamos a nuestro punto de partida, tomar nota del camino recorrido y recapitular a grandes rasgos qué fue lo que tratamos de demostrar. Comenzamos examinando un conjunto de rasgos que caracterizan la decadencia del imperio, cuyo centro, Estados Unidos, enfrenta inéditos desafíos. Ese país es el foco de una crisis estallada en sus entrañas, en Wall Street, que aún no ha sido resuelta pese a los fenomenales costos del "rescate" de los oligopolios, y cuyas reales implicaciones y consecuencias todavía no han salido plenamente a la luz del día. Los problemas estructurales en su economía, evidenciados en los déficits fiscal y comercial, parecerían ya haberse vuelto incontrolables. Su desorbitado endeudamiento público, que rebasa el volumen de su producto bruto, continúa creciendo de modo incontenible, lo que se plantea la pregunta, nada académica sino eminentemente práctica, de hasta cuándo podrá Estados Unidos seguir viviendo a costas del ahorro de los otros países. No sólo eso: se ha profundizado su vulnerabilidad externa ante su alta dependencia de suministros clave –especialmente petróleo y minerales estratégicos–, imprescindibles para mantener no sólo su superioridad militar, sino también su desaforado e irracional patrón de consumo, mientras que el debilitamiento del dólar es incontrastable y parecería no tener retorno.

El historiador Paul Kennedy sostuvo, en un sugestivo aunque breve artículo, que "quedaron atrás los tiempos en los que el 85% o más de las reservas de divisas internacionales consistían en billetes verdes; las estadísticas fluctúan enormemente, pero la cifra actual se aproxima más al 60%". De ahí que concluya que, pese a los problemas que enfrentan la Unión Europea y China, ya no resulta fantasioso imaginar un mundo en el que haya tres grandes monedas de reserva –el dólar,

el euro y el yuan–[231]. En relación con este punto se debe ponderar un hecho que, a nuestro entender, no ha sido adecuadamente integrado en muchos análisis: en el momento actual no sólo las reservas internacionales se están alejando del dólar, sino que también lo está haciendo el comercio mundial. Pocos meses atrás Raúl Zibechi publicó un artículo que aporta antecedentes muy importantes para calibrar los alcances de esta progresiva pérdida de gravitación del dólar en el comercio mundial y el papel que en este proceso juegan los países que constituyen el BRICS. Según este autor, en diciembre de 2011 "China y Japón acordaron eliminar gradualmente el dólar en los pagos mutuos para utilizar las monedas nacionales (yen y yuan) en el comercio bilateral. Más importante aún, Japón decidió comprar bonos chinos nominados en yuanes". Pero eso no es todo: China también estableció acuerdos similares con Rusia, Bielorrusia y Australia, todo lo cual redundará en un fortalecimiento de los lazos económicos entre esos países. Otra iniciativa de política económica apunta en la misma dirección: si en 2006 el 74% de sus reservas –más de 3,2 millones de millones de dólares– estaban denominadas en dólares, a partir de ese año comenzaron a descender lentamente, hasta caer, en 2011, al 54%. En síntesis: una creciente proporción del comercio mundial ya se efectúa al margen del dólar y apelando a otras monedas. Esquemas similares se han ensayado en América Latina, dentro del MERCOSUR –especialmente en las transacciones entre sus dos socios mayores, Brasil y Argentina–, y con el Sistema Unitario de Compensación Regional (SUCRE), en el marco de los países del ALBA[232].

El presidente Rafael Correa en más de una oportunidad ha dicho que la nuestra no es una "época de cambios, sino que vivimos en un

231 "¿Hemos entrado en una nueva era?", de Paul Kennedy, en *El País* (Madrid) 3 de noviembre de 2011, en <http://elpais.com/diario/2011/11/03/opinion/1320274813_850215.html>.

232 "Los BRICS y la caída de otro muro", de Raúl Zibechi, en <http://alainet.org/active/53794>. Ver también "Exigen los BRICS más influencia global" en *La Nación* (Buenos Aires) 15 de abril de 2011, en <www.lanacion.com.ar/1365640-exigen-los-bric-mas-influencia-global>. Se incluyen en el BRICS a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica. Estos países ya representan un 41% de la población del planeta, casi el 20% del PBI global, una proporción en ascenso del comercio mundial, y la mitad de la reservas en divisas y oro de la economía mundial. Queda para otra ocasión el examen de hasta qué punto el BRICS representa un bloque económico-político capaz de llevar adelante una estrategia concertada en ciertos temas fundamentales. Adelanto nuestra opinión negativa, lo cual, sin embargo, no significa negar la gravitación relativa que como grupo posee en el sistema internacional y la economía mundial. Más sobre el desplazamiento del dólar en la economía mundial en un cable de Russian TV: "China no paga con la misma moneda", en <http://actualidad.rt.com/economia/view/52753-se-echa-yuan-sorpresa-dolar-china-eeuu#.UEJskt7Ifg8.blogger> 1 de septiembre de 2012.

cambio de época". Antes, Eric Hobsbawm había ya planteado su original tesis acerca del "corto siglo XX": este habría comenzado con el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, para derrumbarse estrepitosamente junto al Muro de Berlín en 1989, con lo cual, ciertamente, empezó a cerrarse toda una época. La implosión de la Unión Soviética en 1991 fue el tiro de gracia que puso fin al siglo corto. Lo que siguió fueron casi dos décadas de incertidumbre en donde los ideólogos del imperialismo norteamericano anunciaron al mundo el amanecer de una nueva era unipolar que duraría cien años. Ya hemos hablado del *lobby* y *think tank* del Nuevo Siglo Americano y no volveremos a hacerlo ahora. Digamos, en cambio, que sus rosadas profecías no soportaron las duras réplicas de la historia y que el optimismo imperial se hizo trizas poco después. Ya en 2001 los atentados del 11-S demostrarían trágicamente que el corazón del sistema estaba lejos de ser inexpugnable[233]. A su vez, la presión que venía acumulando la caldera económica norteamericana comenzaría a emitir signos de inminente peligro en 2007, para culminar con un tremendo estallido al año siguiente y desencadenar la más grave crisis en la historia del capitalismo. Crisis, dicho sea al pasar, en la cual aún nos debatimos y de la que difícilmente podamos salir, a no ser apelando a fórmulas no capitalistas de gestión macroeconómica[234]. Por último, el fracaso de la guerra imperialista en Irak, de donde Estados Unidos se retiró sin haber logrado sus objetivos de apoderarse del petróleo iraquí, normalizar su explotación y garantizar su acceso exclusivo al mismo, unido al empantanamiento –y segura derrota– de sus fuerzas en Afganistán terminan por configurar un cuadro que justifica con creces la tesis de que hemos ingresado a una nueva etapa histórica.

En el ya mencionado artículo de Paul Kennedy, el autor señala cuatro indicadores de esta transición epocal: el primero es la irreversible erosión del dólar, símbolo idiosincrático del imperio, hoy desafiado por otras monedas como veíamos más arriba y, más importante, por inéditas realidades económicas, por lo tanto, políticas, como la irrupción de China como la segunda economía del planeta; segundo, la erosión y parálisis del proyecto europeo, carente de la visión y voluntad política requeridas, debilitado por el estallido de los antiguos

233 Esto, con independencia de si se trató de un atentado o de un "autoatentado", tesis que ha venido ganando terreno en los últimos años. El grupo Académicos por la Verdad del 9-11 tiene un sitio web en lengua castellana, con mucha información e interesantes enlaces con los cuales el lector hallará sorprendentes datos que avalan la tesis del autoatentado. Ver <www.argentina911truth.blogspot.com.ar/>.

234 Como se recordará, hemos abordado este tema en nuestro *Crisis civilizatoria y agonía del capitalismo. Diálogos con Fidel Castro*, op. cit.

Estados nacionales, que da origen a una ingobernable Unión Europea de 27 Estados (y a una "nueva Europa" de 45 países), y desgarrado por las insalvables contradicciones entre una pretendida moneda única, el euro, y la diversidad de políticas fiscales nacionales, como lo demuestran sobradamente los casos de Grecia y otros países; tercero, el incontenible ascenso económico pero también militar y político de China y, detrás, de toda Asia, produciendo un significativo desplazamiento del centro de gravedad de la economía y la política mundiales; el cuarto y último indicador es "la lenta, firme y creciente decrepitud de Naciones Unidas, en especial de su órgano más importante, el Consejo de Seguridad", prueba más que evidente del completo divorcio entre un "orden mundial" diseñado según la correlación de fuerzas y los actores existentes a la salida de la Segunda Guerra Mundial y la realidad contemporánea, en la cual tanto la primera como los segundos han variado considerablemente[235]. Sincronizar el "orden mundial" –concebido como el entramado de instituciones, normas legales y reglas del juego establecidos para organizar el flujo incesante de relaciones internacionales de todo tipo y de los más diversos actores– con el "sistema internacional" (es decir, con la miríada de vínculos que lo constituyen y sus múltiples jerarquías) será uno de los grandes desafíos de estos próximos años. Tarea tanto más difícil si se tiene en cuenta que en los últimos 20 años el "sistema internacional" experimentó tres significativas mutaciones: hasta 1991, implosión de la URSS mediante, era un orden bipolar basado en el equilibrio del terror atómico coagulado a la salida de la Segunda Guerra Mundial entre Estados Unidos y la Unión Soviética; entre 1991 y 2001, atentados del 11 de septiembre de ese año, el formato del sistema internacional fue claramente unipolar; y a partir de 2002, de modo acelerado, comienza la era del policentrismo, impulsado por un acelerado proceso de multipolarización económica y política que convive con el unipolarismo exclusivamente restringido al ámbito militar. Desde la conformación del sistema internacional de Estados nacionales, luego de la Paz de Westfalia de 1648, las mutaciones en el orden mundial se medían prácticamente en siglos. Ahora, tres significativas transformaciones se registraron en apenas dos décadas. De ahí la inédita volatilidad –y peligrosidad– de la situación actual.

La respuesta imperial ante la crisis del viejo orden mundial

No obstante, y retomando el análisis de la crítica situación del centro imperial, ante este significativo proceso de cambios la clase dominante estadounidense, aglutinada en torno al "complejo militar-industrial",

235 Paul Kennedy, "¿Hemos entrado ...", op. cit.

no ofreció hasta ahora la menor indicación de que esté dispuesta a sacrificar una mínima fracción de sus intereses y sus exorbitantes ganancias con tal de apartar al país de un rumbo que lo lleva hacia una crisis de incalculables proporciones. La actitud imperante es *business as usual*. La respuesta reaccionaria ante estas funestas tendencias se revela en dos planos. En lo internacional, por la acentuada militarización de la política exterior estadounidense y, de hecho, de las relaciones internacionales a lo largo y ancho del planeta, habida cuenta de la inigualable gravitación que Estados Unidos continúa ejerciendo a nivel global. El corolario de esta situación ha sido el endurecimiento de las políticas públicas exigidas por el imperio en sus neocolonias, protectorados y países formalmente independientes pero fuertemente condicionados por las directivas y presiones que se originan en Washington: programas de ajuste estructural, liberalizaciones, campañas para desestabilizar y reemplazar –mediante letales "golpes de mercado"– a gobiernos dignos y patrióticos con coaliciones derechistas y sumisas a los dictados del imperio, y la imposición de legislaciones antiterroristas son algunos de los rasgos que tipifican estos impactos internacionales de la militarización del imperio sobre los países de la periferia. En el plano propiamente doméstico, Estados Unidos ha sufrido un notable retroceso en materia económico-social, reconcentrando fenomenalmente la renta y la propiedad; en términos culturales, por el avance de expresiones políticas e ideológicas profundamente reaccionarias (desde el Tea Party hasta la abominación de la teoría evolucionista –considerada como una mera hipótesis sin sustento empírico– y su reemplazo por las "certezas" que se desprenden de la Biblia); y en lo político, por el endurecimiento de su gobernanza, introduciendo legislaciones y restricciones cada vez mayores al ejercicio y disfrute de los derechos civiles y las libertades democráticas[236].

Tal como lo señalamos anteriormente, la posición relativa de Estados Unidos en la economía-mundo, para usar la expresión de Immanuel Wallerstein, constituye una aberrante anomalía. Jamás antes en la historia de los imperios el centro imperial era a su vez el deudor de sus colonias (o neocolonias). Un vistazo a lo ocurrido en el pasado comprobaría que los centros imperiales (Roma, Madrid, Lisboa,

236 Temas estos que hemos examinado en un libro ya citado, *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por Estados Unidos*. Más recientemente, la American Civil Liberties Union denunciaba que cada día la Agencia Nacional de Seguridad (National Security Agency) "intercepta 1.700 millones de correos electrónicos, textos, llamadas telefónicas y todo tipo de comunicaciones electrónicas", lo que en virtud de la nueva legislación en la materia puede hacerse sin previa autorización de un juez y de manera absolutamente arbitraria e irresponsable. Ver <www.aclu.org/national-security/nsa-unchained-infographic>.

Amsterdam, París, Londres) eran invariablemente grandes acreedores de sus "provincias exteriores". No ocurre lo mismo con el imperio actual, cuyo centro no cesa de debilitarse al paso que se endeuda exponencialmente, lo que lo impulsa a preservar su predominio apelando cada vez más a la fuerza, si bien –y esta es una particularidad de este imperio, a diferencia de los que lo precedieron– combinada con un enorme esfuerzo desplegado en el campo de la lucha ideológica a través de su poderosa industria cultural. Cuando se inició esta parábola descendente, hace un cuarto de siglo, Wallerstein diagnosticó precozmente estas tendencias al decir que "los Estados Unidos han perdido su ventaja en el terreno productivo [...]; y su poderío político y militar ya no es el que era antes. Su capacidad para dictar sus condiciones a sus aliados (Europa y Japón), intimidar a sus enemigos y avasallar a los débiles se encuentra grandemente disminuida. Compárese, si no, la forma en que Estados Unidos intervino en la crisis de República Dominicana en 1965 con las enormes dificultades para intervenir en la guerra civil en El Salvador en los años ochenta"[237]. Para no hablar, agregaríamos nosotros, de la total impotencia del imperio para derrocar a los legítimos gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, y los elevados costos que tuvo que pagar para destituir a José Manuel "Mel" Zelaya en Honduras, un país que anteriormente la Casa Blanca dominaba a su antojo.

Ahora bien, la decadencia imperialista plantea serias amenazas a la humanidad porque, también a diferencia de casos anteriores, el hundimiento del centro imperial y del sistema en su conjunto ahora pone en peligro a la humanidad, a la propia supervivencia de nuestra especie. Se estima que existen alrededor de 20 mil ojivas nucleares en manos de ocho países (Estados Unidos, Rusia, Francia, Reino Unido, China, Israel, India y Pakistán), además de un número indeterminado de otras que quedaron en poder de mafias u organizaciones armadas de carácter privado al desintegrarse la Unión Soviética, o que fueron adquiridas en el vibrante mercado negro de armamentos en el cual participan todos los demás países. El peligro que entraña tan impresionante arsenal nuclear es un tema recurrente en las "Reflexiones" del comandante Fidel Castro Ruz, que alerta con sensatez sobre los riesgos sin precedentes que corre la supervivencia de la vida en el planeta Tierra. Se le atribuye a Albert Einstein haber dicho, poco después de Hiroshima y Nagasaki, que "no sé cómo será la Tercera Guerra Mundial, pero sí la Cuarta: se luchará con piedras y palos", ilustrando de este modo su convicción de que una nueva guerra mundial, con la tecnología disponible en aquella época –mucho menos letal que la

237 Immanuel Wallerstein, *The politics of the world-economy. The states, the movements and the civilizations* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984).

actual–, regresaría a la humanidad a la Edad de Piedra. Y eso, diría con su refinado humor negro el filósofo húngaro István Mészáros, "¡a la Edad de Piedra si tenemos suerte!"

La gravedad de la situación no pasa desapercibida para la clase dominante de Estados Unidos, y el tema del control de los bienes comunes sobresale claramente en la agenda. Tal como observa el historiador colombiano Renán Vega Cantor, algunos representantes políticos expresan con evidente nerviosismo su preocupación. Spencer Abraham, quien se desempeñó bajo el gobierno de George W. Bush como secretario de Energía, declaró que Estados Unidos "enfrenta una mayor crisis de suministro de energía durante las próximas dos décadas". Y advertía que, como consecuencia, "el fracaso para encarar este desafío amenazará la prosperidad económica de nuestra nación, comprometerá nuestra seguridad nacional y literalmente alterará la forma en que nosotros llevamos nuestras vidas". Representantes del *establishment* militar hicieron oír idénticas inquietudes: algunas de ellas fueron dadas a conocer ya en estas páginas, de modo que no las reiteraremos ahora aquí. Añadimos, eso sí, una declaración de Ralph Peters, un teniente coronel retirado del ejército de Estados Unidos y actual columnista de *New York Post*, quien ya en un artículo de 1997 advertía que "no habrá paz. En cualquier momento durante el resto de nuestras vidas habrá múltiples conflictos, bajo formas mutantes, en todo el globo. Los conflictos violentos dominarán los titulares de la prensa, pero las luchas culturales y económicas serán más constantes y, en última instancia, más decisivas. El rol de facto de las fuerzas armadas de Estados Unidos será hacer del mundo un lugar seguro para nuestra economía y abierto a nuestro asalto cultural. Con esos objetivos, mataremos a una considerable cantidad de gente". Una versión posterior de ese mismo artículo reconocía, en línea con los postulados del grupo del Nuevo Siglo Americano, que "el próximo siglo ciertamente será americano, pero también muy convulsionado. Estaremos envueltos en permanentes conflictos, la mayoría de ellos violentos". Y en un trabajo más reciente, de 2009, afirmaba que en la guerra sólo la victoria cuenta. Y que si no se puede ganar "con métodos limpios, hay que ganar apelando a los sucios", y que "aunque ahora pueda parecer impensable, las guerras futuras podrían requerir censura de prensa y, en caso extremo, ataques militares a la prensa partisana"[238].

238 Ver Renán Vega Cantor, "Crisis y contraofensiva imperialista...", op. cit. El artículo de 1997, titulado "Constant conflict", fue publicado en *Parameters*, una revista del Colegio de Guerra del Ejército de Estados Unidos. El titulado "Wishful thinking and indecisive wars" se publicó en *Journal of International Security Affairs*, Nº 16, primavera de 2009, una publicación del Instituto Judío de Asuntos de Seguridad Nacional, con sede en Washington. Por supuesto, hay quienes aseguran que estas opiniones

La cacería de los bienes comunes y América Latina

Ante esta situación, los países de América Latina adquieren una renovada importancia. Ya la tenían en el pasado, como lo recordamos al comienzo de este texto. Pero en la actual carrera hacia el control de los recursos, aquella se ha acrecentado aún más. La riqueza, principalmente de América del Sur, en materia energética (petróleo, gas, hidroelectricidad), en minerales estratégicos, en biodiversidad, en agua, en alimentos convierte a esta región en un imán irresistible para los apetitos del imperio. La emergencia de una nueva potencia económica global como China, que en pocos años no sólo está llamada a superar en tamaño el PBI de Estados Unidos, sino que lo cuadruplica en población, ha conmovido profundamente a la economía mundial. Sumados, los países del corazón del capitalismo avanzado (Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia y Gran Bretaña) apenas llegan a ser el 9,4% de la población del planeta. La irrupción de China en esta carrera por los recursos ha agregado en apenas veinte años un 19,5% más de potenciales demandantes, a los que es preciso añadir el 17,5% que añade la India, cuya participación en la cacería mundial de los bienes comunes será inexorable, como su creciente activismo internacional lo demuestra. Si bien no toda la población de estos dos países participa de esta febril corrida, no cabe duda de que esa será la tendencia dominante en los próximos años[239]. Ergo, si ya hoy no hay agua para todos (según un informe conjunto de FAO/UNICEF del año 2008, 884 millones de personas –¡tres veces la población de Estados Unidos!– no tienen acceso a agua potable), menos la habrá cuando millones y millones más necesiten acceder a ese vital elemento; si ya hoy no existen suficientes alimentos (porque una parte creciente de ellos se reorienta hacia la producción de agrocombustibles), menos lo habrá mañana; si ya hoy el petróleo es preciso extraerlo de campos cada vez más lejanos o profundos (o como recordaba Fidel en su conversación con los intelectuales en febrero de

no reflejan sino la patológica idiosincrasia de su autor. Sin embargo, reproducen con claridad una actitud que nos atrevemos a decir es mayoritaria en el *establishment* militar norteamericano, la derecha estadounidense y, por supuesto, los principales beneficiarios de los pingües negocios del complejo militar-industrial. Sobre el tema de la contraofensiva, ver asimismo el penetrante ensayo de Narciso Isa Conde, *Los halcones atacan. Estrategia de EU en el siglo XXI y alternativa revolucionaria* (Santo Domingo: Tropical, 2002).

239 Suponiendo que apenas un tercio de la población total de China e India acceda al patrón de consumo estadounidense eso significa incorporar a la carrera por los (escasos y finitos) bienes públicos del planeta a unos 800 millones de personas, es decir, una población mayor que la de toda Europa (cuya incorporación al modelo de consumo norteamericano se produjo a lo largo de un siglo) o más de dos veces la población de Estados Unidos. ¡Y todo en apenas una generación!

2012, Washington tiene planes de contingencia para hacer que Arabia Saudita extraiga hasta 20 millones de barriles por día, indiferente ante lo que ocurra con ese país cuando sus pozos se sequen), peor será la situación en las próximas décadas cuando el petróleo se agote. Máxime cuando la industria cultural del capitalismo, y más específicamente la publicidad, impulsa a grandes masas de la población al consumo indiscriminado e irresponsable de toda clase de productos, con el consiguiente despilfarro de recursos naturales.

Tal como señalamos antes, la "carga ecológica" que soporta el planeta Tierra ya ha sido sobrepasada. Se necesita más de uno, pero no lo tenemos. De ahí las ominosas resonancias del diagnóstico de Elmar Altvater:

> Las otrora ingentes reservas de petróleo barato, "convencional" están agotándose, el punto de inflexión (*peak oil*) de los combustibles fósiles ya fue alcanzado. Con una demanda creciente y una oferta en baja [...] muchos países se ven obligados a recurrir de nuevo a las reservas de carbón cuya combustión produce mayor efecto invernadero que el gas o el petróleo. [...] El crudo tradicional ya es reemplazado por arenas alquitranadas, lodos bentoníticos, alquitranes y también por el combustible que se obtiene de costosas perforaciones en el mar. La combustión de estos derivados emite mucho más gases tóxicos que los hidrocarburos convencionales[240].

La conclusión a la que llega este autor es que el agotamiento de un régimen de energía fósil, o de una matriz energética, plantea obstáculos insalvables a las nociones tradicionales de progreso y desarrollo. A su juicio, existen dos ejemplos recientes que respaldan su aserto: el derrame de petróleo en el Golfo de México y la explosión de los reactores nucleares de Fukushima. Según Altvater, ambas adversidades "demostraron de manera dramática que la combinación de energía fósil y energía nuclear ha llegado a una etapa terminal"[241].

Para resumir: la matriz energética de la "civilización" capitalista (para llamarla de alguna manera)[242] basada en la energía fósil ha entrado en una irreversible pendiente declinante y los sustitutos disponibles en el momento no sólo tienen un mayor impacto contaminante, sino que el daño que inmediatamente provocan al medio ambiente es aún

240 Elmar Altvater, *Los límites del capitalismo*, op. cit.

241 Elmar Altvater, *Los límites del capitalismo*, op. cit.

242 Interrogado por un periodista acerca de qué pensaba sobre la civilización occidental, Mahatma Gandhi respondió, con un dejo de ironía: "Podría ser una buena idea".

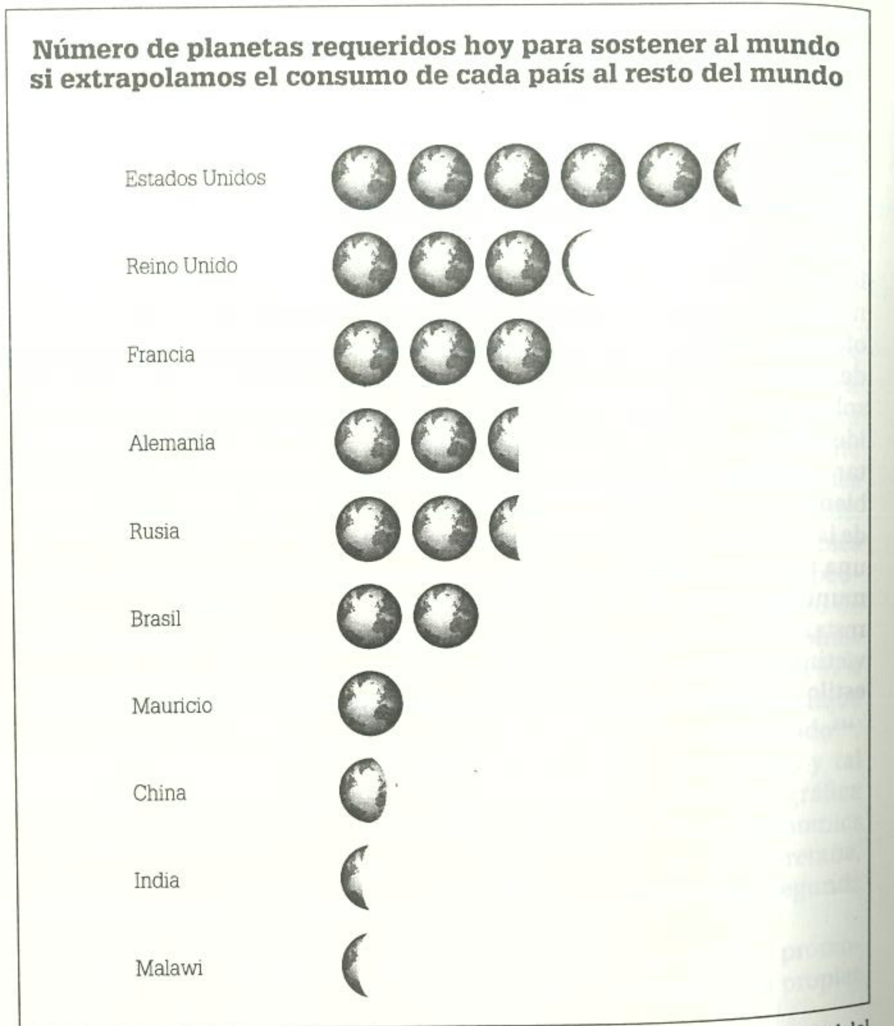
más grave[243]. El mundo no resiste otro siglo de depredación ambiental como el que conocimos en los últimos cien años. Hace pocos meses, el periódico británico *The Guardian* publicó una nota sobre los "seis recursos naturales más demandados por los 7 mil millones de habitantes del planeta". Su respuesta fue la siguiente: en primer lugar, el agua, sin la cual no hay vida. Pero en diversos estudios la FAO viene advirtiendo que "para 2025, 1.800 millones de personas vivirán en países o regiones padeciendo escasez absoluta de agua". Segundo, petróleo: las predicciones más optimistas (por ejemplo, las que subestiman la expansión de la demanda) aseguran que no duraría más allá de 2056. Otros pronósticos acortan significativamente este plazo. Tercero, gas natural, que se agotaría alrededor del año 2070. Cuarto, fosfatos, esenciales para acelerar el crecimiento de las plantas y, por ende, para alimentar a la creciente población mundial. Se produce principalmente en tres países: Estados Unidos, China y Marruecos. Las estimaciones sobre la duración de las reservas probadas oscilan entre 50 y 100 años. Quinto: carbón, que es la reserva más grande entre los combustibles fósiles. Podría durar 188 años, pero ocasionando un devastador empeoramiento del "efecto invernadero". Sexto, tierras raras, un conjunto de 17 minerales de uso muy extendido, desde superimanes en turbinas para la aviación hasta circuitos electrónicos. El problema es que el 97% de las reservas probadas de tierras raras se encuentra en China, aunque podría haber más en otros países, lo que aún no ha sido confirmado[244].

Que el mundo no resiste más otro siglo de capitalismo, y tal vez menos, cincuenta años, lo prueba concluyentemente la gráfica que insertamos a continuación. Elaborada por la New Economics Foundation, un tanque de pensamiento progresista de Gran Bretaña, demuestra inequívocamente los límites de la ya mencionada "segunda contradicción del capitalismo".

La generalización universal del *American way of life*, promocionada mundialmente por la industria de la publicidad y las propias agencias de los Estados capitalistas, desafía la más elemental aritmética de los recursos y conduce a la humanidad a un abismo. Si el nivel de consumo de los Estados Unidos se generalizase a toda la población del globo necesitaríamos cinco planetas y un cuarto para disponer de las materias primas, minerales, combustibles y alimentos requeridos para sustentarlo. Si lo que se generalizara fuera el patrón dominante en el Reino Unido o Francia, necesitaríamos tres planetas, dos para el caso de Brasil, y así sucesivamente. Mientras, el modelo de consumo de la India podría generalizarse sin grandes problemas, pues para sostenerlo sólo necesitaríamos algo menos de la mitad de los recursos que ofrece la Madre Tierra. En otras palabras, este irresoluble desequilibrio demuestra la inviabilidad del capitalismo como sistema mundial. Para sobrevivir se requiere instituir un sistema –mezcla de manipulación ideológica, masivos lavados de cerebro y un formidable aparato militar– que haga posible que los ricos sobreexploten y se apropien de los bienes comunes, de los cuales habrá que privar a la inmensa mayoría de la población del planeta, comenzando por el agua. Esto se traduce en una infame ley de hierro: para que aquel 20% más rico de la población mundial continúe consumiendo como lo hace será preciso que el 80% restante sobreviva al borde de la indigencia, siendo frustrados testigos y víctimas de intensas campañas publicitarias que los incitan a imitar un estilo de vida y consumir bienes que jamás podrán estar a su alcance.

243 El especialista Michael Klare advierte que en la medida en que se continúe la temeraria búsqueda de "energía extrema" –petróleo, gas natural, carbón y uranio extraídos de áreas inseguras desde el punto de vista geológico, ambiental y político– habrá que estar preparados para admitir la ocurrencia de un número creciente de catástrofes como la ocasionada por British Petroleum en el Golfo de México. En su artículo menciona cuatro posibles, no inexorables pero sí dotadas de un alto grado de probabilidad, una de las cuales podría escenificarse en los yacimientos submarinos de petróleo de Brasil. Ver su "BP-style Extreme energy nightmares to come: four scenarios for the next energy mega-disaster", 22 de junio de 2010, en <www.tomdispatch.com/blog/175264/michael_klare_the_coming_era_of_energy_disasters>.

244 Ver <www.guardian.co.uk/environment/blog/2011/oct/31/six-natural-resources-population?intcmp=122>.



Fuente: Wim Dierckxsens (comp.) *Siglo XXI: crisis de una civilización* (Quito: Editorial del IAEN, 2011) pág. 102.

Dados estos antecedentes, la lucha por apropiarse de los bienes comunes que ofrece el planeta se tornará cada vez más feroz. Y América Latina, especialmente Sudamérica, por sus enormes riquezas, se encuentra en el medio de ese combate. Los estrategas del imperio lo saben muy bien, pero ¿también lo saben nuestros gobiernos y nuestros pueblos?[245].

245 Un ejercicio interesante sería ver nuevamente el film *Blade Runner*, película basada en una obra escrita en 1968 que propone una distopía estremecedora, cuyo telón de

Hablábamos antes de la decadencia imperial. Recordemos que en su fase de descomposición, los imperios se tornan más agresivos y brutales. Lejos de aceptar resignadamente su ocaso, imponen crueles escarmientos a los pueblos que luchan por emanciparse del yugo imperial y arremeten con más violencia en el saqueo de los bienes comunes. Esta agresividad se potencia cuando, simultáneamente, emergen otros centros internacionales de poder que, con sus intereses, ponen en cuestión sino su predominio global al menos su pasada apropiación de los recursos que necesitan para su mantenimiento. Por eso resulta inevitable volver a hablar de China. Si la recuperación europea y japonesa luego de la Segunda Guerra Mundial pudo realizarse a la sombra del predominio norteamericano y en función de sus intereses, muy distinta es la historia de China. Esta no sólo pareciera estar pudiendo amortiguar (no neutralizar, sino amortiguar) el impacto de la crisis –movilizando su inmenso mercado interno y gracias a las políticas realizadas para fortalecerlo, precisamente en prevención de un *shock* de la economía mundial–, sino que agrega un elemento que complica aún más al ya de por sí enrevesado tablero geopolítico mundial. En pocos años más, China será la primera economía del mundo pero atribulada por una serie de problemas de difícil solución que conmoverán la escena internacional: tiene serios déficits alimentarios, energéticos, de materias primas y de agua, todo lo cual posee en exceso América del Sur y en cierta medida África. Esto explica la creciente presencia del país asiático en Nuestra América, toda vez que el crecimiento futuro de China se encuentra trabado por aquellas falencias, algo que su enorme inversión en ciencia y tecnología, así como el impetuoso desarrollo de su sistema universitario (¡China contempla la creación de varias centenas de nuevas universidades en los próximos años!), no alcanza a compensar.

De ahí la importancia de América Latina: una región que si se desarrolla y tiene éxito en su proceso de integración económica y política, se convertiría, con su PBI combinado cercano a los 6 billones (6 millones de millones) de dólares, en la cuarta economía del planeta, luego de la Unión Europea, Estados Unidos y China, y superior a Japón, Alemania e India. Como decíamos más arriba, esto coloca a nuestra región en una situación muy especial, convertida en un coto de caza fragorosamente disputado en un sistema internacional sometido a profundas mutaciones y en donde la carrera hacia los recursos materiales

fondo es el agotamiento del petróleo. Escenificada en Los Ángeles en el año 2019, la práctica desaparición de ese combustible da origen a truculentas batallas y a las mayores atrocidades.

es cada vez más vertiginosa[246]. Del cuadro que hemos presentado: declinación relativa de Estados Unidos, estancamiento en Europa y Japón, recuperación del protagonismo de Rusia en la arena mundial, creciente gravitación de países como la India, Indonesia, Sudáfrica y Brasil, y, sobre todo, el incontenible ascenso económico y, por consecuencia, también político de China retratan un panorama caracterizado por una muy significativa redistribución del poder mundial que, como recuerda la historia, jamás transcurrió pacíficamente.

¿Transición hegemónica o fin del sistema hegemónico?

Para calibrar los alcances de este proceso habría que recordar que se trata de una transformación más profunda que la que aconteció, en las primeras décadas del siglo XX, con el desplazamiento del Reino Unido como potencia integradora del sistema imperialista y su reemplazo por Estados Unidos. Serían varios los factores que diferenciarían un caso del otro. Mencionemos apenas que el ascenso norteamericano y la hegemonía de Estados Unidos se produjeron a expensas de un aliado incondicional como el Reino Unido, con el cual compartía una tradición política, una identidad cultural y una postura común frente al resto del mundo. China, la nación más favorecida por la redistribución del poder mundial, no comparte con Estados Unidos ninguno de aquellos atributos. Es más, si con el declinar de su hegemonía el Reino Unido pudo transformarse en un socio menor del nuevo hegemón norteamericano, China es su rival y, en el lenguaje de algunos estrategas del Pentágono, el enemigo a derrotar. Sería temerario minimizar estas diferencias esgrimiendo el argumento, poco convincente, de que "China es hoy tan capitalista como Estados Unidos", lo que superficialmente parecería ser cierto pero que vistas las cosas en profundidad se convierte en algo mucho más problemático.

Sin embargo, estas comparaciones carecen de sentido una vez que se toma nota de un rasgo decisivo que tipifica la presente recomposición del poder mundial, a saber: el hegemonismo como la forma política global del sistema imperialista ha tocado a su fin, habiendo sido sustituido por un delicado e inestable equilibrio de fuerzas entre una potencia declinante pero aún sumamente poderosa –Estados Unidos– y varias en alza –China y los países arriba mencionados–,

246 Con la incorporación de Venezuela al MERCOSUR el producto bruto combinado de los países que lo integran equivale a unos 3,4 millones de millones de dólares, lo que convierte a este acuerdo comercial en la quinta economía del mundo, detrás de Estados Unidos, China, Japón y Alemania. Datos tomados del *World Factbook* (Washington DC: CIA, 2012).

pero sin que ninguna de ellas esté en condiciones de ocupar el trono que Washington dejaría vacante, entre otras cosas porque ese trono, el ápice de un sistema hegemónico, ha desaparecido en la medida en que también lo hizo el sistema sobre el cual se asentaba. Estados Unidos, claro está, sigue prevaleciendo en el sistema internacional, pero lo hace más por la fuerza y la coacción (económica, financiera, política, militar) que por su hegemonía. Parafraseando la clásica formulación de Antonio Gramsci, podríamos decir que el predominio norteamericano descansa cada vez más en las amenazas proferidas –a veces aparatosamente, otras con mayor discreción– por Washington que en su capacidad de dirección y en el reconocimiento que supo gozar otrora de su papel como "vanguardia" de las energías mundiales. Pero, y esto es lo decisivo, aquel predominio tropieza ahora con formidables obstáculos y debe ser negociado paso a paso, situación que antes era inimaginable habida cuenta de la abrumadora hegemonía que Estados Unidos ejercía a partir de su superioridad económica, financiera, política, militar e ideológica. Ni China ni ningún otro país puede reeditar la excepcional –si bien transitoria– combinación de factores de poder que Estados Unidos concentró en sus manos desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Y esto por un cúmulo de razones, pero principalmente porque el sistema internacional se ha reconfigurado siguiendo un patrón más coherente con el que rigió buena parte de su historia desde el Renacimiento, el llamado "concierto de naciones", un frágil y cambiante equilibrio en donde el *primus inter pares* disponía de algunas prerrogativas, pero muy lejos de poder imponer su voluntad sin efectuar significativas concesiones a los demás "concertantes". Tal como hemos demostrado en otros trabajos, la "hegemonía" es una configuración excepcional –rara y de corta duración– en la historia del sistema internacional de "Estados-nación", que arranca desde la Paz de Westfalia en 1648. El declivio, inexorable y cada vez más acelerado, de la hegemonía estadounidense así lo comprueba[247]. Por lo tanto, estamos

247 Examinamos este asunto en un texto de mediados de la década del noventa: "Towards a post-hegemonic age. The end of Pax Americana?" en *Security Dialogue*, Vol. 25, Nº 2, 1 de junio de 1994, pág. 211, en <www.deepdyve.com/lp/sage/towards-a-post-hegemonic-age-the-end-of-pax-americana-D5YwplqFpL>. Algunos de esos temas fueron retomados, casi una década después, en "Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional", Ponencia de cierre de la XXI Asamblea General de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), que tuvo lugar en La Habana, del 27 al 31 de octubre de 2003. El trabajo se encuentra en *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, de Atilio A. Boron (comp.) (Buenos Aires: CLACSO, 2004) pp. 133-155. Ver asimismo un par de textos recientes que aportan a la mejor comprensión de la decadencia imperial: Chalmers Johnson, *Dismantling the empire. America's last best hope* (Nueva York: Metropolitan Books, 2010) y Morris Berman, *Why America failed. The roots of imperial decline* (Hoboken: John Wiley & Sons, 2012).

en presencia de un cuadro global en donde la decadencia estadounidense se combina con la descomposición del sistema hegemónico desde el cual Washington ejercía su supremacía. Ergo, vacancia hegemónica sin remplazo del hegemón porque ese lugar ya no existe.

En la sesión inaugural del Centro de Estudios Estratégicos de la Defensa de la UNASUR, que tuvo lugar en Buenos Aires a finales de mayo de 2011, el analista de relaciones internacionales Juan Gabriel Tokatlian planteó con claridad las dos principales dimensiones de este proceso de redistribución del poder en el plano internacional, en parte coincidente con las tesis de Paul Kennedy. En primer lugar, un desplazamiento desde Occidente a Oriente; en segundo lugar, desde el Norte hacia el Sur. De su análisis se desprendía la convicción de que el desplazamiento del centro de gravedad del sistema internacional hacia Oriente tenía como dato alentador el hecho de que, al menos en los últimos 150 años, esa región del planeta había demostrado ser menos belicosa que Occidente, si bien esto debe ser relativizado. El avance de los países del sur, no obstante, tiene menos relieve que la transición que tuvo lugar en la dimensión Oriente-Occidente: ni Brasil ni India, para tomar los casos más ilustrativos, han logrado hasta ahora gravitar decisivamente en el tablero geopolítico mundial. Su radio de acción ha sido eminentemente regional y cuando alguno de ellos trató de incursionar más allá de sus espacios "naturales" –como Brasil, procurando mediar junto a Turquía en el controvertido tema del programa nuclear iraní–, fue rápidamente desairado por la reacción imperial[248].

Claro está que estos desplazamientos no están exentos de problemas: para comenzar, porque la historia de las hegemonías internacionales –asunto que Immanuel Wallerstein ha estudiado con sumo detalle– estuvo siempre signada por guerras. La transición de la hegemonía holandesa a la española, de esta a la británica y, posteriormente, a la norteamericana transcurrió en medio de cruentos enfrentamientos, y no existen razones para suponer que esta vez, en un mundo frenéticamente lanzado a la cacería de recursos naturales, las cosas se desenvolverán siguiendo las reglas de los que algunos liberales del siglo XVIII llamaban "el dulce comercio", eficaz y civilizado sustituto de la barbarie bélica. En segundo lugar, porque el desplazamiento del péndulo del sistema internacional hacia el mundo asiático, y principalmente hacia China, lo instala en una región signada por múltiples rivalidades, de muy hondas raíces históricas, que con creciente fuerza se agitan en el continente asiático y que podrían eclosionar en cualquier momento. Tercero, porque Asia es un continente, además, que cuenta con varias naciones que disponen de significativos arsenales nucleares, cuyo efectivo control por parte de las autoridades es, por lo menos en el caso de Pakistán, dudoso. El conjunto de estas circunstancias no permite augurar una transición pacífica y tranquila hacia un nuevo orden mundial post-hegemónico, es decir, carente de un árbitro inapelable como en su tiempo lo fue Estados Unidos. Lo más probable serán las guerras, la inestabilidad política y las tensiones internacionales. Este es, conviene recordarlo, también el diagnóstico de los expertos militares de Estados Unidos, aunque no sean muchos los que como Ralph Peters se atrevan a decirlo explícitamente.

Pese a este complejo conjunto de condiciones, el papel de Estados Unidos seguirá siendo crucial. Antes que nada porque es el garante último del capitalismo global y de todas las clases dominantes del mundo que, enfrentadas ante cualquier tipo de amenaza, interna o externa, buscan la protección del gendarme imperial[249]. Las contradicciones alimentadas por la lógica capitalista hacen que el sistema pase a depender cada vez más de la aplicación de la violencia, tanto para preservar el orden interno en las atribuladas metrópolis imperiales (recordar la forma en que fueron reprimidas las manifestaciones de los "indignados" y los "okupas" en Europa y Estados Unidos pocos meses atrás) como para garantizar el saqueo de los países de la periferia, cuyas fuerzas populares están cada vez menos dispuestas a soportar las exacciones del imperio. Y aquí aparece otra de las aberraciones del sistema: no sólo porque tiene un centro debilitado económica y financieramente, como ya vimos, sino también porque el avance de un vigoroso y creciente multipolarismo económico y el policentrismo político, impensables hasta hace diez o quince años, coexisten con un grado de unipolarismo militar que no tiene precedentes en la historia de la humanidad[250]. Y América Latina es una presa especialmente

248 Se debe agregar a lo anterior que Brasil, pese a su creciente importancia internacional, no pudo neutralizar la agresiva política estadounidense de rodear su rico territorio con bases militares allí dispuestas para, cuando llegue el momento oportuno, abalanzarse sobre la Amazonía.

249 Este tema es desarrollado in extenso por Claudio Katz, *Bajo el imperio del capital*, op. cit., cap. 3.

250 Conviene aquí introducir una breve aclaración: el multipolarismo actual poco tiene que ver con el que existió, por ejemplo, a lo largo del siglo XVIII y la primera parte del XIX. Allí los actores casi exclusivos eran los Estados (aunque la Iglesia desempeñaba en algunos países un papel muy importante y en menor medida también lo hacía la masonería). En la actualidad, como recuerda Richard Haass con preocupación, "hay muchos más centros de poder, y muchos de estos polos no son Estados-nación. De hecho, una de las características fundamentales del sistema internacional contemporáneo es que los Estados-nación han perdido el monopolio del poder y, en algunos casos, incluso su superioridad. Los Estados están siendo desafiados desde arriba, por organizaciones regionales y globales; desde abajo, por milicias; y por los costados,

atractiva, por ser la zona inmediata de protección militar del centro imperial. Razón por la cual, y esto lo hemos venido diciendo desde hace ya mucho tiempo, si Washington impuso *manu militari* la reforma agraria para destruir las oligarquías latifundistas en Japón y Corea del Sur, simultáneamente organizaba y financiaba a un ejército mercenario para que invadiera y derrocara al presidente Jacobo Arbenz porque estaba impulsando… ¡una moderada reforma agraria en Guatemala! Lo expresamos muchas veces pero conviene reiterarlo aquí: en la retaguardia del imperio, como tantas veces lo recordó el Che, no existe lugar siquiera para un reformismo moderado, y a cualquier proceso de este tipo se le responde con el baño de sangre de la contrarrevolución.

Estas constataciones, producto no de una elucubración teórica, sino de las sobrias enseñanzas de la historia, tropezaron en los últimos tiempos con las ilusorias expectativas despertadas por el acceso a la presidencia imperial de Barack Obama, tema que hemos analizado extensamente en *El lado oscuro del imperio*. En efecto, en las últimas páginas de ese libro afirmábamos que la expansión de las bases y del gasto militar, lejos de haberse atenuado con el reemplazo de Bush por Obama, se acentuó, y que la reactivación de la amenazante IV Flota –preparada para navegar en las "aguas azules" de los océanos, las "verdes" de los litorales, y las "marrones" de los ríos interiores– no fue revertida por quien ostenta, para eterno deshonor del Parlamento noruego, un título de Premio Nobel de la Paz. Y si en los últimos años la "embajada" había participado activamente en distintos golpes de Estado de la región (Haití desde el triunfo de Aristide, Venezuela en 2002) o en tentativas frustradas, como la de secesión y golpe de estado en Bolivia de 2008, con Obama y ya no con Bush en la Oficina Oval se perpetra otro en Honduras, esta vez exitoso y bendecido rápidamente por Washington. Al año siguiente, otra tentativa, esta vez frustrada, estuvo a punto de derrocar al presidente Rafael Correa en Ecuador, también con el beneplácito de Estados Unidos que, a través de su subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Arturo Valenzuela, minimizó el incidente caracterizándolo como un simple episodio de

por una diversidad de ONG y corporaciones. El poder ahora se encuentra en muchas manos y en muchos sitios". No concordamos con el tono y lo categórico de su análisis porque obnubila la visión de que en el multipolarismo actual existen notables concentraciones de poder militar, económico y comunicacional en manos de un puñado de naciones, sobre todo, aunque no exclusivamente, en Estados Unidos. Pero vale la pena tomar en cuenta su comentario por provenir de un destacadísimo miembro del *establishment* político y diplomático estadounidense, que refleja la visión del mundo de la clase dominante imperial: Haass es actualmente director del influyente Council of Foreign Relations. Ver su "La edad de la no polaridad: qué seguirá a la dominación de Estados Unidos" en *Foreign Affairs en Español*, mayo-junio de 2008.

"indisciplina policial"[251]. Todo esto no hizo otra cosa que ratificar nuestro radical pesimismo acerca de los cambios que se podían esperar de la nueva administración estadounidense[252]. Por otra parte, fue Obama quien firmó el acuerdo con Álvaro Uribe que facilita a las fuerzas armadas de Estados Unidos la utilización de por lo menos siete nuevas bases militares en Colombia, acción que representa un atropello a la soberanía de ese país y una grave amenaza para toda la región, sólo posible gracias a la incondicional sumisión del gobierno de Uribe a los dictados del imperio. Y ha sido Obama quien ante el asesinato de Osama bin Laden declaró que "se había hecho justicia", afirmación que, si es insólita en labios de una persona común y corriente, se convierte en algo repugnante cuando el que la emite es un Premio Nobel de la Paz. Y fue la secretaria de Estado de Obama, Hillary Clinton, quien estalló en carcajadas al enterarse del linchamiento de Muammar el Gadaffi. Episodios, todos estos, que hablan de la irresistible vocación imperial de apuntalar un mundo que se desploma a cualquier precio y pisotear todos los escrúpulos morales que sean necesarios[253].

En el marco de esta transición de un imperialismo basado en un sistema internacional regido por una constelación hegemónica, con un hegemón indiscutido e inapelable, a otro sustentado en el multilateralismo y el concierto entre las naciones, la cuestión de la IV Flota es de fundamental importancia. ¿Por qué? Porque en función de los cambios ocurridos en la doctrina militar de Estados Unidos, que obedecen a una atenta lectura sobre las modificaciones ocurridas en el plano internacional, la marina de guerra ha sido promovida al rango de arma principal de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Y esto es así porque es la única que asegura la proyección global del músculo militar

251 Refutando la versión de Valenzuela y su jefa, Hillary Clinton, la misión de la ONU que investigó los hechos ocurridos en septiembre de 2010 en Ecuador determinó que los mismos fueron "un intento de desestabilización política". Oscar Fernández, quien encabezó un grupo de expertos de Naciones Unidas que llegó a Ecuador tras un pedido del presidente Rafael Correa al secretario general de la organización, Ban Ki-moon, sostuvo que el evento fue "un intento de desestabilización y una amenaza al orden constitucional y democrático" de esta nación sudamericana. En otras palabras, un intento golpe de estado. Ver <www.infonews.com/2012/01/21/mundo-7576-ecuador-la-onu-dice-que-fue-un-intento-de-golpe.php>.

252 A punto de ingresar este libro a la imprenta se produjo el "golpe institucional" que derrocó al presidente Fernando Lugo, del Paraguay, en un proceso en donde los intereses de algunas grandes transnacionales norteamericanas y de la propia "embajada" fueron más que evidentes. Sobre esto ver los varios artículos dedicados al tema en <www.atilioboron.com.ar>.

253 Bien distinta fue la reacción de Obama y Hillary Clinton cuando se enteraron del asesinato de Christopher Stevens, embajador estadounidense en Libia y otros tres diplomáticos destacados en ese país. El que a hierro mata…

de Estados Unidos requerido para proteger sus intereses en el escenario mundial. En momentos en que se intensifica la disputa por bienes comunes crecientemente inaccesibles o de costosa extracción, bienes dispersos por toda la superficie del planeta, el control de los mares y de las líneas marítimas de transporte retoma su condición prioritaria, tal como ocurrió en la historia de viejos imperios coloniales como España, Portugal e Inglaterra. Como observa Michael Klare en un trabajo reciente, la concentración del foco de atención militar en la región Asia-Pacífico y, especialmente, en el Mar de la China hizo que Washington reconfigure sus fuerzas reduciendo las tropas de tierra y aumentando el presupuesto y el personal de la armada. Los estrategas militares norteamericanos estiman que una tarea esencial de esa fuerza será contrarrestar las estrategias de "antiacceso" y de "zona de exclusión" que pudieran tratar de imponer sus enemigos potenciales para impedir el flujo de los suministros que necesita Estados Unidos. ¿Antiacceso a dónde, prohibición en dónde? La respuesta es inequívoca: allí donde existan recursos que Estados Unidos considere imprescindibles para su seguridad nacional o para preservar el estilo (norte)americano de vida. Esa es la misión que deberá cumplir la IV Flota en aguas de América Latina y el Caribe[254].

De lo anteriormente expuesto se desprende una conclusión: desde los tiempos de William McKinley (1896-1901) –el presidente que le arrebató a los patriotas cubanos la derrota y posterior expulsión del colonialismo español en la isla mediante una tramposa operación urdida en 1898, que, más tarde, en una fraudulenta interpretación histórica, sería conocida como la Guerra Hispano-Americana– hasta nuestros días, el imperialismo norteamericano no hizo sino acentuar su dominio sobre esta parte del mundo[255]. Pasaron presidentes demócratas y republicanos; estudiosos, cultos y políglotas como Wilson, Franklin D. Roosevelt o Kennedy, o ignorantes, semianalfabetos y rústicos como Reagan o Bush Jr.; civiles casi todos ellos o militares como Eisenhower; "progresistas" en política nacional (*liberals*, en la jerga estadounidense) como Kennedy, los dos Roosevelt (Theodore y Franklin D.), Carter o Clinton; o conservadores como los Bush, padre e hijo, Truman y el propio Eisenhower; honestos como Wilson o bandidos como Nixon. Pero todos, sin excepción, trabajaron arduamente para someter a Latinoamérica y expandir los límites del imperio norteamericano a lo largo y a lo ancho del orbe[256].

254 Ver "China es el enemigo", de Michael Klare, en *Le Monde diplomatique*, Nº 153, marzo de 2012, pp. 22-23, y F. William Engdahl, "China en la mira del Pentágono", Frankfurt, 6 de septiembre de 2012, en <www.voltairenet.org/_F-William-Engdahl_?lang=es>.

255 Se debe recordar que el 6 de septiembre de 1901 McKinley sufrió un atentado cometido por el militante anarquista norteamericano León Czolgosz, hijo de inmigrantes polacos. McKinley falleció una semana después a causa de los disparos recibidos. Arrestado y llevado a la justicia, el proceso en contra de Czolgosz apenas insumió ocho horas, desde la siempre compleja selección del jurado hasta el dictado de la sentencia, que lo condenó a morir en la silla eléctrica. Todo un récord que hace honor a aquello de que la justicia lenta no es justicia pero, en su extraordinaria rapidez ¿no se parece esta "justicia" a un linchamiento?

Estados Unidos: de la república al imperio

Ahora bien, ¿cómo explicar la persistencia de las criminales políticas del imperialismo, más allá de los cambios producidos en los ocupantes de la Oficina Oval? La tesis fundamental planteada en *El lado oscuro del imperio* es que, detrás de los transitorios personajes que se instalan en la Casa Blanca, existe un "gobierno permanente" consolidado a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial y que, con el transcurso del tiempo, ha adquirido una casi total independencia respecto de los avatares y fluctuaciones que caracterizan la escena electoral, además de haber neutralizado por completo la voluntad popular. Es ese gobierno el que, desde las sombras y a través de una densa cadena de mediaciones y echando mano a numerosos agentes y estructuras organizacionales, establece las principales directivas y orientaciones de política a ser implementadas tanto dentro como fuera de Estados Unidos, en la república y, simultáneamente, en el imperio. Por eso los datos idiosincrásicos relativos al ocupante de la Casa Blanca tienen escasa importancia. En todo caso, podemos decir que, cuando este amaga con distanciarse de las políticas establecidas por los poderes fácticos permanentes –que el presidente Dwight Eisenhower denominó "el complejo militar-industrial"–, se ingresa en una zona de inestabilidad y de conflictos que puede, en algunos casos, culminar con el asesinato del presidente, tal como ocurrió con John F. Kennedy, o con la completa neutralización de la iniciativa considerada inaceptable y su responsable condenado a una especie de limbo político, algo que Bill Clinton sufrió en carne propia cuando naufragaron sus intentos de reformar el sistema de salud durante los primeros meses de su administración. No muy distinta fue la suerte corrida por James Carter, aplastado por la reacción neoconservadora encolumnada detrás de Ronald Reagan, furiosamente opuesta a su política de derechos humanos y la devolución del Canal de Panamá. Y lo mismo ha ocurrido en nuestros días con los muy tímidos intentos de reforma financiera y del sistema

256 Un aporte esclarecedor sobre este tema, desde una visión centrada en la dinámica interna de Estados Unidos, la ofrece Howard Zinn en *A people's history of the United States* (Nueva York: Harper and Row, 1980).

de salud propuestos por Barack Obama, que terminaron introduciendo algunos cambios meramente cosméticos pero completamente alejados del fondo de los problemas[257].

Desde el punto de vista de la interpretación teórica global, la historia estadounidense en el siglo XX es la historia de una transición desde la república al imperio. Se trata, como se recordará, de un viejo tema que suscitó numerosos escritos a partir de la experiencia de Roma, pionera en este tipo de mutaciones y en donde ya pudo advertirse cómo esta transición ponía en crisis las instituciones fundamentales de la república. En otras palabras, el imperio no sólo no las precisaba sino que las debilitaba casi hasta su práctica extinción. La tradición filosófico-política considera ese pasaje también como un tránsito que conlleva la degeneración de los usos y las costumbres prevalecientes en los tiempos de la república y en los más diversos ámbitos de la vida social. Es por eso que en *El Príncipe* Maquiavelo bucea en las profundidades de la república y no del imperio romano en su búsqueda de la *virtú* necesaria para que las dispersas comunidades italianas del Renacimiento puedan expulsar a los bárbaros que las tienen sojuzgadas y realizarse plenamente como nación.

Un atento observador de este tránsito es un teólogo protestante norteamericano, Jim Garrison, quien en un libro dedicado al tema constata que la mayor parte del planeta considera a los Estados Unidos no más como un líder global sino como un poder canalla o rufián (*rogue power*). Fundada como una república democrática e igualitaria, dice Garrison (aunque en esto se equivoca, porque en su fundación no aspiraba a ser ni lo uno ni lo otro, como lo demuestran los múltiples recaudos constitucionales contra la eventual "dictadura de la mayoría", la participación de la plebe en la vida política y la persistencia del esclavismo y la segregación racial hasta mediados del siglo XX), con el paso del tiempo se convirtió en un formidable imperio global. Si antes Estados Unidos representaba a la libertad, concluye este autor, hoy representa

257 En el caso de la política exterior y, especialmente, del golpe de estado en Honduras, esta disonancia entre las políticas impulsadas por el "gobierno permanente" y aquellas promovidas por la Casa Blanca se puso claramente de manifiesto. Ver el artículo "¿Quién manda en la política exterior de Obama?", de Mark Weisbrot, en ALAI, *América Latina en Movimiento*, 21 de julio de 2009, en <http://alainet.org/active/31844>. Este autor señala correctamente las flagrantes contradicciones entre las declaraciones de Obama –quien dijo que lo que había ocurrido en Honduras era un golpe de estado– y las de su secretaria de Estado, Hillary Clinton, que calificó al hecho como una legítima sucesión institucional ante la violación de la ley por parte del presidente José Manuel "Mel" Zelaya. A los pocos días, la línea política adoptada por Washington puso en evidencia que la postura que había prevalecido era la de la secretaria de Estado, totalmente alineada con el "complejo militar-industrial", y no la del presidente, un transitorio inquilino de la Casa Blanca.

al poder[258]. Tal como advirtieron los editorialistas de *The Nation*, si se piensa, junto con Charles Krauthammer y toda la tribu conservadora, que con el fin de la Guerra Fría se concretó la tan esperada bendición de un mundo unipolar dominado por una superpotencia, sin rivales que puedan enfrentar su dominio en cada rincón del planeta, y si, además, alguien se deleita al contemplar que ese nuevo Leviatán es el propio país, entonces las reglas de la república se convierten en algo venenoso que debe ser cuidadosamente neutralizado. Lo que sigue, según este razonamiento, es toda la panoplia de campañas de cambio de régimen, descontrolados ejércitos mercenarios y secretos, operaciones encubiertas, centros de tortura en el exterior, escalofriante crecimiento del gasto militar, asesinatos políticos y guerras conducidas por robots y drones, todo lo cual exige archivar definitivamente cualquier forma de deliberación democrática o supervisión parlamentaria[259].

En el plano doméstico, el tránsito de república a imperio tiene connotaciones eminentemente antidemocráticas, algunas de las cuales ya fueron señaladas en este libro. Entre otras, la de suprimir, o reducir significativamente, la distancia entre las supuestas "alternativas" políticas corporizadas en los partidos Demócrata y Republicano. Esta tan celebrada (especialmente por los politólogos latinoamericanistas) confluencia en el centro del espectro político significa, en palabras llanas, que donde se suponía debía haber alguna elección no hay elección porque las opciones que se ofrecen al electorado representan básicamente lo mismo. Cuando a Noam Chomsky le preguntaron acerca de la política exterior de Barack Obama se limitó a expresar que era "una continuación de las mismas políticas [de su predecesor]".

258 Ver su *America as empire: Global leader or Rogue power* (San Francisco: Berrett-Koehler, 2004).

259 "Empire or republic" en *The Nation*, 18-25 de julio de 2011, en <www.thenation.com/article/161732/empire-or-republic>. El artículo de Krauthammer al que se refieren los editorialistas es al ya citado "The Unipolar moment". Otro de los más ardientes defensores de esta tesis es Robert Kagan, autor de un provocador –y por momentos insolente– texto traducido como *Poder y debilidad: Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, op. cit. Huelga aclarar que la literatura sobre esta fatídica transición de república a imperio es enorme, pero no es este el lugar para proceder a su minucioso examen. La extensa producción de Noam Chomsky y Howard Zinn son referencias imprescindibles sobre estos temas. Agreguemos tan solo la brillante obra de Sheldon Wolin, *Democracia Sociedad Anónima* (Buenos Aires: Katz Editores, 2009). Quien precozmente advirtió este tránsito fue José Martí. Ver, por ejemplo, la colección de breves ensayos sobre el tema reunidos en *América para la humanidad* (La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2001) y que cuenta además con un enjundioso epílogo a cargo de Fidel Castro Ruz. Ver, asimismo, el sugerente estudio de Rodrigo Quesada Monge, *El legado de la guerra hispano-antillano-norteamericana* (San José: EUNED, 2001).

Según el lingüista norteamericano, en fechas recientes Condoleezza Rice "escribió un artículo en el cual predijo que 'la política exterior de la administración de Obama sería como la segunda administración Bush [...]. No hay indicación alguna de que Obama va a cambiar estas políticas. De hecho en algunas instancias él ha tomado una posición más agresiva, como con Afganistán y Pakistán'"[260]. Otros analistas hablan inclusive de un "tercer turno" de Bush o de las grandes similitudes que existen entre los dos mandatarios. De hecho, es altamente significativo que Barack Obama haya anunciado que Washington se sumaría a las criminales operaciones militares lanzadas por el Reino Unido y Francia bajo el paraguas de la OTAN en contra del régimen libio mientras se hallaba de visita en Brasil. Fue una forma de manifestar su absoluto desprecio por nuestra región, y un desplante para con su anfitriona, la presidente Dilma Rousseff, al mejor estilo de lo que hubiera hecho George W. Bush Jr.

Esto significa que Obama, como cualquier otro ocupante de la Casa Blanca, posee un escaso (si algún) control sobre las distintas agencias que componen el aparato estatal norteamericano. Rafael Correa lo dejó claramente establecido cuando afirmó: "Yo confío en Obama, creo es un buen hombre, pero creo que no controla los Estados Unidos, ni que conozca lo que haga el Pentágono, o la CIA"[261]. Agregaríamos nosotros: tampoco parece controlar lo que hace el Departamento de Estado ni las políticas que impulsan su embajador y el personal militar destacados en Tegucigalpa, para volver al ejemplo que motivaba la reflexión del presidente Correa.

La sedición de los militares hondureños, que no es de ninguna manera casual, marcó, según nuestro entender, el comienzo de la segunda etapa de la contraofensiva imperial, cuya señal de largada fue la movilización de la IV Flota en abril de 2008. Los oficiales de aquel país fueron alumnos predilectos de la tenebrosa Escuela de las Américas desde los años setenta, cuando Honduras se convirtió en una impresionante plataforma contrarrevolucionaria de Estados Unidos desde la cual se desestabilizó al gobierno sandinista en Nicaragua, se apoyó el accionar de los "contra" y se logró frustrar la casi segura derrota del ejército salvadoreño a manos del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Esos mismos militares, teledirigidos desde

260 Ver la entrevista de Miguel Vera a Noam Chomsky titulada "La política exterior de Obama será como la segunda administración Bush" en *Rebelión*, 11 de agosto de 2009.

261 Declaraciones formuladas el 21 de julio de 2009 a la Radio Marejada de la ciudad de Manta. Ver <http://newsgroups.derkeiler.com/Archive/Soc/soc.culture.cuba/2009-07/msg00745.html>.

la base norteamericana de Soto Cano (ex Palmerola), son los que en un operativo comando secuestraron al presidente legítimo de Honduras y, previa escala en esa guarnición militar, lo desterraron del país.

El vigor del antiimperialismo

El golpe en esa nación centroamericana puso fin a las ilusiones, acunadas por muchos, que sostenían que el imperialismo había cambiado y que la rapiña desenfrenada de los recursos naturales y los métodos brutales de dominación eran cosa del pasado. Quienes así piensan se olvidan del activo rol que Washington jugó en el golpe militar venezolano de abril de 2002, y del no menos protagónico papel desempeñado en el *lock-out* petrolero de finales de ese mismo año también en Venezuela; o subestiman (o ignoran) lo que hicieron diversas agencias del gobierno norteamericano junto con ONG de ese país, supuestamente independientes, para desestabilizar la Revolución Bolivariana o el gobierno de Evo Morales y provocar la secesión de la Media Luna Oriental; o desconocen el modo en que se está fomentando el renacimiento del separatismo del Guayas, en Ecuador, y el apoyo a la intentona golpista de 2010, para no hablar de la incesante campaña mundial de mentiras y calumnias lanzada en contra de Hugo Chávez Frías. Se olvidan también de la desorbitada expansión de las bases militares que rodean con un cinturón de hierro toda la región; de la imposición –ante gobiernos que consienten en resignar soberanía– de una legislación "antiterrorista" diseñada para reprimir y desactivar la protesta social; de la tremenda ofensiva mediática internacional, concertada hasta en sus mínimos detalles, y que convirtió a los grandes oligopolios mediáticos de la región en los "estados mayores" de una derecha política cada vez menos gravitante sin la ayuda de aquellos.

Los señalamientos precedentes hablan con elocuencia de la virulencia de la contraofensiva norteamericana pero, también y dialécticamente, de la fortaleza de las resistencias sociales que se oponen a sus designios[262]. Nada sería más pernicioso en la coyuntura actual que

262 Un dato que conviene recordar: Cuba no sólo resistió –y resiste– el criminal bloqueo impuesto por el imperio y combate la flagrante injusticia cometida contra "Los 5" luchadores antiterroristas enviados a la cárcel y con escandalosas sentencias precisamente por eso, por luchar contra el terrorismo apañado, promovido y financiado por Washington, sino que también pasa a la ofensiva combatiendo la presencia de Estados Unidos en América Latina con médicos, enfermeros, dentistas, entrenadores deportistas y educadores, y, cuando fue necesario, también con las armas, como ocurrió en Angola. Hoy cualquier analista sabe que de no haber mediado la intervención cubana en Angola, el *apartheid* sudafricano, sostenido durante décadas por Estados Unidos y los colonialistas europeos, seguiría gobernando en Sudáfrica. Le cabe a

la aceptación de una cierta opinión que concibe a los Estados Unidos como una potencia inexpugnable e invencible. Si bien su poderío sigue siendo formidable, no es menos cierto que, como señaláramos más arriba, varias de sus iniciativas fueron frustradas por la tenaz resistencia que opusieron los pueblos de la región. Sus aventuras golpistas en Venezuela fueron desbaratadas, al igual que sus planes sediciosos en Bolivia y Ecuador. Washington vetó, pero sin éxito, la realización de ejercicios navales conjuntos entre las armadas de Rusia y Venezuela en el Mar Caribe, que muchos estrategas de Estados Unidos conciben como un lago o un "mar interior". Esto era impensable hace apenas diez años, pero hoy es una realidad. El rechazo al ALCA, impulsado por una multitudinaria movilización continental, se inscribe en esta misma línea, así como la creciente inoperancia de las "Cumbres" de las Américas lanzadas en 1994, cuando otro era el clima que imperaba y Bill Clinton ponía en marcha el dispositivo que supuestamente finalizaría con la aprobación del ALCA, culminando así el proceso de anexión económica y política de América Latina y el Caribe al imperio. Una tras otras las Cumbres terminaron en un revés para Washington: la de Trinidad-Tobago, en 2009, reincorporó a Cuba al sistema interamericano pese al veto estadounidense. Y la más reciente, con 32 jefes de Estado que declararon que era la última reunión que se haría sin Cuba y que exigieron el fin del criminal bloqueo que el imperio impuso a la isla rebelde. Adicionalmente habría que agregar otra derrota, que no por haberse producido en el seno de una institución moribunda como la OEA deja de tener importancia. En 2005 y contra la militante preferencia de Estados Unidos, los países de la región eligieron como nuevo secretario general a José Miguel Insulza, quien había sido prominente funcionario del gobierno de Salvador Allende en su Chile natal y, posteriormente, de distintos gobiernos de la Concertación. Insulza fue, en la historia de la OEA, el primer secretario general electo contrariando la voluntad de Washington. En otro orden de cosas, Estados Unidos no pudo impedir el cierre de la base de Manta, en Ecuador; frustrar la política de liberación de rehenes de las FARC en Colombia, y escarmentar a Evo Morales por haber expulsado de Bolivia al embajador norteamericano (y consuetudinario golpista y secesionista, "inventor" de Kosovo en los Balcanes) Philip Goldberg. Tampoco pudo impedir la creación de la UNASUR y su Consejo de Defensa Suramericano, y la formación, en febrero de 2010, de la CELAC, cuya primera Cumbre se celebró en Caracas en diciembre de 2011. En suma: la resistencia de los pueblos

Cuba el inmenso honor de haber contribuido decisivamente a acabar con esa lacra de la humanidad. Por lo tanto, no sólo se ha resistido: también se han creado nuevas opciones y, en diversos escenarios, se le han infligido serias derrotas al imperio.

–y de algunos gobiernos– ha sido formidable y ha cosechado no pocos éxitos. Algunos logros, ya referidos en este libro, se dieron en la esfera económica, frustrando la aplicación de políticas neoliberales como las privatizaciones. Otros, como los que acabamos de mencionar, erigiendo obstáculos a la política de dominación del imperio.

Una clase dominante que secuestró a la democracia[263]

Lo anterior abre algunos interrogantes sobre el papel del Ejecutivo norteamericano en la formulación de la política exterior de Estados Unidos y, sobre todo, de los factores reales de poder que operan en la escena política de la superpotencia. Que el poder del "gobierno permanente" de Estados Unidos no radica tan sólo en su control sobre la Casa Blanca y la administración federal lo prueban numerosas investigaciones sobre el rol de los principales *lobbies* norteamericanos en el proceso legislativo de los Estados Unidos. Un trabajo reciente de Greg Gordon demuestra que los diversos planes establecidos en Estados Unidos para reactivar la economía devastada por la nueva crisis general del capitalismo fueron concebidos e impuestos al Congreso por quienes resultaron sus principales beneficiarios. Senadores y representantes responsables de supervisar la economía de Estados Unidos han recibido donativos en el orden de millones de dólares de las principales empresas de Wall Street. Según consigna Gordon, desde 2001, ocho de las compañías más debilitadas por la crisis han donado nada menos que 64,2 millones de dólares a los candidatos del Congreso, a los candidatos presidenciales y a los partidos Republicano y Demócrata. Senadores como Barack Obama y el derrotado candidato presidencial de los republicanos John McCain recibieron entre los dos un total de 3,1 millones de dólares de esas empresas, entre las que sobresalen bancos de inversión como Bear Stearns, Goldman Sachs, Lehman Brothers, Merrill Lynch y Morgan Stanley; la principal compañía de seguros del mundo, la American International Group (AIG); y los gigantes hipotecarios Fannie Mae y Freddie Mac. Ni lerdos ni perezosos, los miembros del Comité del Senado sobre Actividades Bancarias, Vivienda y Asuntos Urbanos, del Comité de Finanzas del Senado y del Comité de Servicios Financieros de la Cámara de Representantes recibieron donativos de campaña por valor de 5,2 millones de dólares de los principales beneficiarios del "operativo rescate" acordado por Bush con Obama en el ciclo electoral 2007-2008. Prosigue ese informe diciendo que "el presidente Obama recogió por lo menos 4,3 millones de estas compañías

263 Fue el dramaturgo norteamericano Gore Vidal quien dijo una frase que inspira este título: "En Estados Unidos, los mercados secuestraron a la democracia".

para su campaña presidencial. Casi todos los miembros del Comité de Servicios Financieros de la Cámara de Representantes, que en febrero de 2009 supervisaron en audiencias públicas cómo serían gastados los 700 mil millones de dólares del TARP aprobado con urgencia, recibieron contribuciones asociadas a estas corporaciones financieras durante el ciclo de elecciones de 2008"[264].

En línea con lo anterior, un informe sobre las fortunas de los "representantes del pueblo" en el Congreso de Estados Unidos arroja resultados escandalosos: "La mediana de la fortuna de los senadores era de 1.700.000 dólares en 2006, el año más reciente para el cual existen informaciones disponibles, y el 58% de los miembros del Senado podrían ser considerados millonarios. En la Cámara de Representantes la mediana de la fortuna de sus miembros era de 675 mil dólares, con 44% de sus integrantes siendo poseedores de activos estimados en por lo menos 1 millón de dólares. Por contraste, sólo el 1% de todos los adultos norteamericanos son propietarios de activos de 1 millón de dólares o más en ese mismo año"[265]. En ese mismo informe se establece que 151 miembros del Congreso, es decir, poco menos de un tercio del total, poseen acciones en grandes empresas vinculadas con la defensa (y receptoras de multimillonarios contratos de parte del gobierno federal) por montos que oscilan entre 78 y 195 millones de dólares. Se trata de compañías, recuerda el informe, que sólo en el año 2006 habían sido beneficiadas con acuerdos gubernamentales (¡aprobados por el Congreso!) por valor de 275 mil millones de dólares o, si se prefiere, a razón de 755 millones de dólares por día. Quienes votan afirmativamente son, a su vez, algunos de sus principales accionistas. Por ejemplo: el senador John Kerry junto con muchos demócratas exigía en aquellos años la retirada de las tropas de Estados Unidos en Irak, pero al mismo tiempo poseía acciones en algunas empresas del sector defensa cuyo monto se estimaba entre

264 Ver "Cómo el Congreso de Estados Unidos se ha vendido a Wall Street", de Greg Gordon, en Red Voltaire (California) 14 de enero de 2011. Además, en fechas recientes, la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos emitió una sentencia fundamental (motivada por el caso Citizens United versus Federal Election Commission, 558 us 50, del año 2010), según la cual se prohíbe al gobierno imponer cualquier clase de restricción al financiamiento que empresas, sindicatos y otras organizaciones podrían hacer a un candidato en épocas de campaña electoral, dado que, según la Corte, tal restricción violaría la Primera Enmienda constitucional que garantiza la libertad de palabra. Resultado: la elección la ganará el candidato que reciba mayor cantidad de dinero. Lo que algunos norteamericanos llaman, con evidente sarcasmo, "la democracia del dólar".

265 Ver "Congress has wealth to weather economic downturn", en <www.opensecrets.org/news/2008/03/congress-has-wealth-to-weather.html>.

un mínimo de 28,9 y un máximo de 38,2 millones de dólares. En esos mismos años, embolsó utilidades de al menos 2,6 millones de dólares. Esto es *democracy American style!*[266].

Podríamos seguir con otros ejemplos, en donde los "desinteresados donantes" son otras grandes ramas de la economía y del mundo de las finanzas. Con sus sobornos legales (porque no son otra cosa) y sus extorsiones, la burguesía imperial tiene en sus manos los destinos de Estados Unidos, ante lo cual las elecciones y la pseudocompetencia electoral no son sino rituales vacíos, espectáculos hollywoodenses desprovistos de toda eficacia práctica. Vale aquí también la célebre sentencia del *El gatopardo*: "Algo tiene que cambiar para que nada cambie". Cambian los personajes, puede cambiar en algo el discurso y la retórica. Pero el fondo de la política, su matriz fundamental, permanece inalterada, inmune ante cualquier impulso popular proveniente del electorado.

266 Ver "Strategic Assets", de Lindsay Renick Mayer, en Center for Responsive Politics, en <www.opensecrets.org/news/2008/04/strategic-assets.html>. Debemos a una nota de Juan Gelman, "Cuestión de pesos", en *Página/12* (Buenos Aires) 13 de abril de 2006, el haber llamado la atención sobre el informe del Center for Responsive Politics.

Epílogo

Ha llegado el momento de poner punto final a este escrito. A lo largo de sus páginas confiamos en que nuestros lectores hayan encontrado no sólo una interpretación sobre el crucial papel que América Latina y el Caribe juegan en el diseño geopolítico del imperialismo. Aspiramos también a que el material documental y la evidencia empírica aportada pueda ser de utilidad para afrontar los combates ideológicos y políticos que deben librar las fuerzas políticas y sociales empeñadas en conquistar nuestra segunda y definitiva independencia. Si hemos insistido en concentrar nuestro estudio en un lado de la ecuación: el imperialismo y sus políticas, fue porque consideramos que el conocimiento detallado y minucioso del enemigo es condición necesaria para poder enfrentarlo exitosamente. Pese a ello no hemos omitido el análisis –necesariamente más acotado– de las resistencias populares que se oponen a sus planes. El vigor del antiimperialismo en Nuestra América es bien conocido y tiene raíces profundas, que se remontan a las primeras décadas del siglo XIX. Simón Bolívar es una referencia insoslayable, punto de partida de una tradición política que encuentra en los nombres de Martí, Mella, Sandino, Ponce, Mariátegui y, ya en nuestro tiempo, Fidel y el Che los grandes hitos de una corriente que llega hasta hoy y que se corporiza en las figuras de Raúl Castro, Chávez, Correa y Evo Morales. No por casualidad América Latina y el Caribe es la región del mundo en donde la resistencia al imperialismo norteamericano ha sido más prolongada y tenaz. De ahí que la inapelable rigurosidad de los hechos históricos le confiera a nuestra región el carácter de vanguardia de las luchas antiimperialistas a nivel mundial.

No obstante, resistir es una cosa y doblegar es otra. Para ello, el conocimiento del imperialismo, de Estados Unidos como centro imperial del sistema y de la sociedad, la economía y la cultura norteamericanas son elementos indispensables de cualquier estrategia emancipatoria. En el marco de esta nueva y más profunda crisis económica integral en que se encuentra sumido el capitalismo a escala global,

la exuberancia de bienes comunes de que dispone Nuestra América suscita la insaciable voracidad del imperio, algo que numerosos observadores de la vida económica de la región dieron en llamar "la maldición de la abundancia". Por tanto, la lucha de nuestros pueblos por la autodeterminación nacional y la construcción de una genuina democracia será ardua y prolongada. Pero tal como lo recordara el comandante Fidel Castro Ruz en su reunión con los intelectuales el 10 de febrero de 2012, "aunque nos dijeran que al mundo le quedan pocas semanas de vida nuestro deber sería luchar, seguir luchando hasta el fin"[267]. Sabemos que los imperialistas jamás se darán por vencidos, pues su derrota no sólo sería política sino que también haría sonar las campanadas de la muerte para un "modelo civilizatorio" basado en la explotación de miles de millones de hombres y mujeres de todo el mundo; en el derroche y el despilfarro irresponsable de los bienes comunes y en la criminal agresión a la naturaleza que, como lo recordaba Fidel, amenaza con destruir las condiciones que hicieron posible la aparición de la especie humana sobre la Tierra. Defenderán sus conquistas y sus privilegios con uñas y dientes, y nada los detendrá; cualquier crimen, atrocidad o acto de barbarie será justificado apelando a los gastados pretextos y las racionalizaciones tradicionales: la defensa de la libertad, la democracia, la justicia, los derechos humanos. Excusas que ocultan lo esencial y es que detrás de esta máquina de destrucción y muerte en manos del Pentágono, la más letal en la historia de la humanidad, se oculta la supremacía de la ganancia del capital por encima de cualquier otro principio o valor. El "complejo militar-industrial", el corazón de la burguesía imperial, late al ritmo de sus negocios. Pocos textos pueden sintetizar con mayor nitidez el espíritu de esa clase, y el de sus representantes políticos, que aquel magnífico pasaje del *Manifiesto Comunista* cuando señala que la burguesía "ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. [...] En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal"[268]. Esta explotación, agregaríamos, se ha tornado hoy mucho más "abierta, descarada, directa y brutal", habiendo llegado a extremos inconcebibles para los jóvenes redactores del *Manifiesto*. Si el retrato que ese venerable texto trazó a mediados del siglo XIX era correcto, lo es hoy en muchísimo mayor

267 Las intervenciones de Fidel y los intelectuales han sido recogidas en un libro titulado *Nuestro deber es luchar*, en <www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2012/03/nuestro-deber-es-luchar-internet1.pdf>.

268 Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras Escogidas en dos tomos* (Moscú: Editorial Progreso 1966) Tomo I, pág. 22.

grado. Fue el propio Marx quien, veinte años más tarde, completaría la semblanza ética de la clase burguesa con unas líneas que no podrían ser más elocuentes para interpretar la crisis actual del capitalismo y las fuentes más profundas de la rapiña imperialista que se abate sobre América Latina y el Caribe. Decía en su magna obra que "al capital le horroriza la ausencia de beneficio. Cuando siente un beneficio razonable, se enorgullece. Al 20%, se entusiasma. Al 50% es temerario. Al 100% arrasa todas las leyes humanas y al 300%, no se detiene ante ningún crimen"[269]. Efectivamente, tal como lo recuerda Marx, la necesidad de apropiarse de nuestras riquezas y las perspectivas de las fabulosas superganancias que se obtienen de su explotación harán que el imperialismo no se detenga ante ningún crimen.

En la hora actual debemos estar preparados para enfrentar lo que algunos especialistas llaman "el escenario del peor caso" (*worst case scenario*). Si este finalmente no se concreta, tanto mejor. Pero la larga historia de las atrocidades y tropelías perpetrada por Estados Unidos; su absoluto desprecio por la legalidad internacional y los derechos humanos; sus cárceles secretas, sus vuelos no registrados, sus asesinatos selectivos y sus manuales de torturas legalizados por el Congreso y la Casa Blanca; sus financiamientos a cuanto grupo, terrorista o no, se oponga a los gobiernos democráticos y progresistas de la región; el mantenimiento del criminal bloqueo a Cuba y la injusta e ilegal detención de "Los 5", confinados en las mazmorras del imperio por luchar contra el terrorismo; las infames cárceles de Guantánamo y Abu Ghraib; el permanente acoso a la Revolución Bolivariana, a la Revolución Ciudadana en Ecuador, al gobierno de Evo Morales en Bolivia y los interminables chantajes y extorsiones sobre los demás gobiernos de la región; y la fenomenal expansión de sus bases militares en América Latina y el Caribe, amén de la reactivada IV Flota; todo presagia el desencadenamiento de una brutal contraofensiva que no habrá escrúpulo moral capaz de detenerlo. Como decíamos anteriormente en este libro, sólo se está esperando el momento oportuno para poner esa infernal maquinaria de destrucción y muerte en movimiento. Nadie despliega un dispositivo militar tan importante como el que hoy agobia a Nuestra América si no tiene la intención de, llegado el momento, utilizarlo.

Dentro de Estados Unidos hay condiciones que favorecen el desenlace bélico. Ya señalamos las necesidades materiales y los imperativos de la mal llamada "seguridad nacional". Pero hay más. Si –hipocresías aparte– la burguesía imperial y el "gobierno permanente" de Estados Unidos no tienen el menor respeto por la religión, disuelta en las gélidas aguas del análisis "costo-beneficio", gran parte de sus

269 Karl Marx, *El Capital*, op. cit., Tomo I, Vol. 3, pp. 950-951.

representantes políticos y sectores mayoritarios de la sociedad norteamericana creen a pie juntillas en lo que dijera George Bush: "Dios me ordenó que invadiera Irak y Afganistán para acabar con sus tiranías". Palabras que, a comienzos de este año fueron reiteradas por el candidato republicano a la presidencia, Mitt Romney cuando revelara nada menos que "Dios creó a los Estados Unidos para liderar al mundo". Variantes, todas ellas, de la doctrina del Destino Manifiesto que, entre otras cosas, legitimó el robo de un 55% del territorio mexicano en la guerra de 1846-1848. La misma doctrina amparó ideológicamente la expansión colonial por el Caribe (Cuba y Puerto Rico) y en el Pacífico (Filipinas). Esta absurda justificación teológica se articula muy bien con las exigencias materiales del "modo americano de vida" y las doctrinas geopolíticas de la "guerra infinita". En *El Capital* Marx observa que la generalización de las relaciones sociales capitalistas hizo que la ley del valor adquiriese la "solidez de una creencia popular". Gramsci continúa este razonamiento y en sus *Cuadernos* concluye que "la granítica solidez fanática de las 'creencias populares' [...] poseen la misma energía que las 'fuerzas materiales'". Esto es lo que, a nuestro juicio, ha ocurrido con la doctrina del Destino Manifiesto y la noción de Estados Unidos como pueblo elegido por Dios. Para comprender este notable proceso involutivo es necesario reconocer que Estados Unidos es una sociedad manipulada como ninguna otra por una perversa industria cultural, uno de cuyos más funestos logros –según lo reporta la cadena noticiosa ABC News– es que un 70% de los norteamericanos creen que el Demonio es un ser real, cifra que en algunos países europeos oscila apenas en torno al 5%. Es obvio que para los planes de dominación mundial del imperialismo una configuración de creencias tan primitivas como estas ("Destino Manifiesto, pueblo elegido por Dios, el Demonio como un ser real y concreto) son elementos que facilitan enormemente la belicosidad imperial: si un adversario es "satanizado" y si un país parece sumido en el desorden, regido por un régimen denunciado como despótico e injusto, la respuesta instintiva de gran parte de la población será acompañar al gobierno en sus intentos de reparar el daño y expulsar a los agentes del mal mediante cruentas operaciones guerreristas[270].

El análisis efectuado en los capítulos anteriores unido a estas últimas reflexiones demuestran que, al igual que en las novelas policiales, para investigar un crimen es preciso identificar los móviles, el arma y el autor. Si bien esta comparación no es demasiado alentadora y reconozco que puede intranquilizar a nuestros lectores, lo cierto es que el imperialismo es la personificación más acabada y tenebrosa

270 Ver el programa de la ABC dedicado al tema en <http://abcnews.go.com/Nightline/video/part-satan-exist-7185499>.

del crimen, y caben en su análisis las reglas señaladas anteriormente. Hay un motivo: el saqueo de los recursos que existen en Nuestra América, una región absolutamente estratégica para el mantenimiento del "modo americano de vida" y la seguridad nacional de Estados Unidos; está el arma homicida: la IV Flota y las bases militares dispersas a lo largo y a lo ancho de la región en un número apabullante y que sólo esperan el momento oportuno para lanzarse con todo su potencial a apropiarse de nuestras riquezas; y está el autor del crimen: la burguesía imperial y el Estado que la representa, Estados Unidos, que dispone de los instrumentos para perpetrar el crimen y de la justificación –política, económica y hasta religiosa– para suscitar el consenso de su población.

Se vienen tiempos muy duros para nuestros pueblos. América Latina y el Caribe, regiones de suprema importancia estratégica para el imperio, serán aquellas donde su belicosidad se despliegue de manera más brutal. Aquí se han venido librando sus primeros combates y también se librará el último, el final y decisivo. Los primeros, porque los imperialistas pueden resignarse a perder África, Asia, inclusive Europa, pero jamás América Latina. En estas tierras descargarán todo su infernal aparato militar sobre quienes se opongan a sus designios o sean percibidos como planteando los más elementales cuestionamientos a su opresión. El último combate porque, destruidas sus bases de sustentación en otras regiones del mundo, buscarán refugio en nuestros países, haciéndose fuertes en la insularidad americana que, supuestamente, pondría al imperio a salvo de cualquier incursión terrestre de fuerzas enemigas extracontinentales. Por eso tanto Fidel como el Che hablan de Nuestra América como la retaguardia estratégica de Estados Unidos, algo que jamás hay que olvidar. La lucha debe continuar sin pausa alguna, y los preparativos para futuros enfrentamientos no deben demorarse ni un segundo más. Sabemos por nuestra experiencia histórica que los imperios decadentes se vuelven más sanguinarios. Así lo recuerda una de las estrofas –suprimidas de la versión oficial por el gobierno de Marcelo T. de Alvear en 1924– del Himno Nacional Argentino, escrito en 1813 por Vicente López y Planes a instancias de la Asamblea del Año XIII, cuando decía de los ejércitos españoles:

¿No los veis sobre México y Quito
arrojarse con saña tenaz,
y cuál lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto y llanto y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?

Esos versos retrataban con precisión la fiereza y brutalidad de la represalia de los colonialistas sobre las incipientes naciones libres de América del Sur. Nada hace pensar que la actual contraofensiva del imperialismo norteamericano sobre nuestros pueblos vaya a prescindir de los métodos brutales denunciados por la vibrante poesía de López y Planes. Más bien, todo lo contrario. Nos espera una cruenta lucha que se librará en varios frentes: el político, el militar, el económico y también el ideológico. La "batalla de ideas" es uno de los teatros donde se escenifica esa lucha. No es el único, pero es tremendamente importante. Con este libro hemos querido aportar una modesta contribución a esa lucha. Ojalá que hayamos sido lo suficientemente útiles y persuasivos en esta empresa.

Apéndice

Discurso pronunciado en Río de Janeiro por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, 12 de junio de 1992[1]

Sr. Presidente de Brasil, Fernando Collor de Mello.

Sr. Secretario General de Naciones Unidas, Butros Ghali.

Excelencias.

Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre.

Ahora tomamos conciencia de este problema cuando casi es tarde para impedirlo.

Es necesario señalar que las sociedades de consumo son las responsables fundamentales de la atroz destrucción del medio ambiente. Ellas nacieron de las antiguas metrópolis coloniales y de políticas imperiales que, a su vez, engendraron el atraso y la pobreza que hoy azotan a la inmensa mayoría de la humanidad. Con sólo el 20% de la población mundial, ellas consumen las dos terceras partes de los metales y las tres cuartas partes de la energía que se produce en el mundo. Han envenenado los mares y ríos, han contaminado el aire, han debilitado y perforado la capa de ozono, han saturado la atmósfera de gases que alteran las condiciones climáticas con efectos catastróficos que ya empezamos a padecer.

Los bosques desaparecen, los desiertos se extienden, miles de millones de toneladas de tierra fértil van a parar cada año al mar. Numerosas especies se extinguen. La presión poblacional y la pobreza conducen a esfuerzos desesperados para sobrevivir aun a costa de la naturaleza. No es posible culpar de esto a los países del Tercer Mundo, colonias ayer, naciones explotadas y saqueadas hoy, por un orden económico mundial injusto.

1 Versión taquigráfica, Consejo de Estado.

La solución no puede ser impedir el desarrollo a los que más lo necesitan. Lo real es que todo lo que contribuya hoy al subdesarrollo y la pobreza constituye una violación flagrante de la ecología. Decenas de millones de hombres, mujeres y niños mueren cada año en el Tercer Mundo a consecuencia de esto, más que en cada una de las dos guerras mundiales. El intercambio desigual, el proteccionismo y la deuda externa agreden la ecología y propician la destrucción del medio ambiente.

Si se quiere salvar a la humanidad de esa autodestrucción, hay que distribuir mejor las riquezas y tecnologías disponibles en el planeta. Menos lujo y menos despilfarro en unos pocos países para que haya menos pobreza y menos hambre en gran parte de la Tierra. No más transferencias al Tercer Mundo de estilos de vida y hábitos de consumo que arruinan el medio ambiente. Hágase más racional la vida humana. Aplíquese un orden económico internacional justo. Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre.

Cuando las supuestas amenazas del comunismo han desaparecido y no quedan ya pretextos para guerras frías, carreras armamentistas y gastos militares, ¿qué es lo que impide dedicar de inmediato esos recursos a promover el desarrollo del Tercer Mundo y combatir la amenaza de destrucción ecológica del planeta?

Cesen los egoísmos, cesen los hegemonismos, cesen la insensibilidad, la irresponsabilidad y el engaño. Mañana será demasiado tarde para hacer lo que debimos haber hecho hace mucho tiempo.

Gracias.

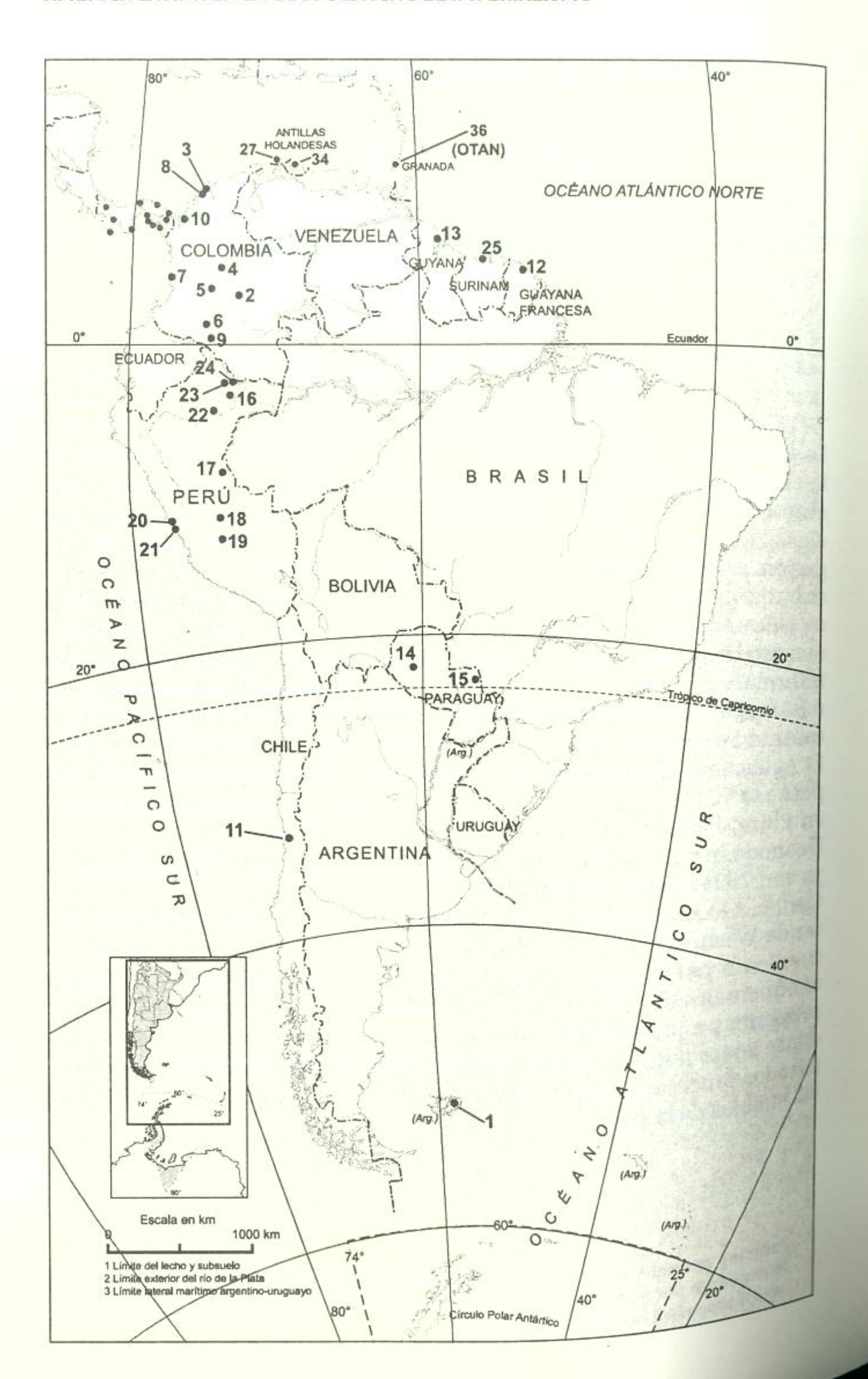
(Ovación)

Bases militares extranjeras en América Latina y el Caribe

Un recuento provisorio y una amenaza infinita

Los dos mapas que se incluyen a continuación fueron elaborados por la escritora y periodista Telma Luzzani, quien muy amablemente nos autorizó –junto con la Editorial Debate, que publicara su obra *Territorios vigilados*– su reproducción en nuestro libro. En su exhaustiva investigación, enviada para su publicación en julio de 2012, Luzzani consignaba la existencia de 72 bases militares estadounidenses instaladas en Nuestra América. Sin embargo, al momento de enviar a la imprenta nuestro libro se habían instalado cuatro nuevas bases. Tal como me lo informara Rina Bertaccini, quien en el MOPASSOL dirige un proyecto de monitoreo y seguimiento permanente de las bases militares extranjeras en América Latina, tres nuevas se instalaron en Honduras en Mocorón, El Aguacate y Puerto Castilla. A estas hay que agregar un harto sospechoso "Centro de Operaciones de Emergencia Regional", instalado en Piura, Perú, justo sobre la frontera con la República del Ecuador[1]. De modo que en el momento en que este manuscrito entra a imprenta ya son 76 las bases norteamericanas operando en Latinoamérica y el Caribe. A lo anterior habría que agregar otras formas de presencia militar de Washington en la región: ejercicios conjuntos, cursos de adiestramiento para fuerzas armadas y, sobre todo, policiales, reuniones continentales de altos mandos y toda una maraña de redes, contactos, programas e instituciones que proyectan el poder militar estadounidense sobre nuestros países, todo lo cual entraña un enorme peligro para los procesos emancipatorios en curso y las aspiraciones de todos los pueblos de la región.

1 Para una permanente actualización del tema se recomienda visitar el sitio web del Movimiento por la Paz, la Soberanía y la Solidaridad entre los Pueblos (MOPASSOL): <www.mopassol.com.ar>.



Argentina

1. *Malvinas*: Monte Agradable, isla Soledad.

Colombia

2. *Apiay*: base aérea Luis Fernando Gómez Niño, ubicada en las inmediaciones de la ciudad de Villavicencio, Departamento de Meta.
3. *Malambo*: base aérea Alberto Pauwels Rodríguez, localizada cerca del municipio de Malambo, Departamento del Atlántico, 700 km al norte de Bogotá, vecina a la ciudad de Barranquilla.
4. *Palanquero*: base aérea Capitán Germán Olano, en el municipio de Puerto Salgar, Departamento de Cundinamarca, 190 km al norte de Bogotá.
5. *Tolemaida*: base aérea José Inocencio Chincá, en Melgar, Departamento de Tolima, en el centro del país, 100 kilómetros al sur de Bogotá.
6. *Larandia*: base militar conjunta del Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada, a la que también tienen acceso la Policía Nacional. Se encuentra en el Departamento de Caquetá.
7. *Bahía Málaga*: base naval que aloja parte de la Fuerza Naval del Pacífico. Está ubicada a 20 km de Buenaventura en la costa de ese océano, en un punto equidistante entre Ecuador y Panamá.
8. *Cartagena*: base naval que aloja parte de la Fuerza Naval del Caribe. Estaba ubicada cerca de esa histórica ciudad pero fue trasladada a la isla Tierrabomba.
9. *Tres Esquinas*: base aérea Capitán Ernesto Esguerra Cubides, ubicada en el municipio de Solano, Departamento de Caquetá, cerca de la confluencia de los ríos Orteguaza y Caquetá.
10. *Puerto de Turbo*: ubicada en el Departamento de Antioquia, sobre el Atlántico, y muy próximo a la frontera con Panamá.

Chile

11. *Fuerte Aguayo*: en Concón, cerca de Valparaíso. El Comando Sur de Estados Unidos construyó en esta base instalaciones para "ejecutar operaciones de mantención de la paz o de estabilidad civil" de los Cascos Azules.

Guayana Francesa

12. *Kourou*: base aeroespacial francesa a 60 km al noroeste de Cayena (OTAN).

Guyana

13. Base para el lanzamiento de cohetes y satélites en Esequibo (territorio en conflicto disputado por Venezuela), construida por la empresa Beal Aerospace Technologies.

Paraguay

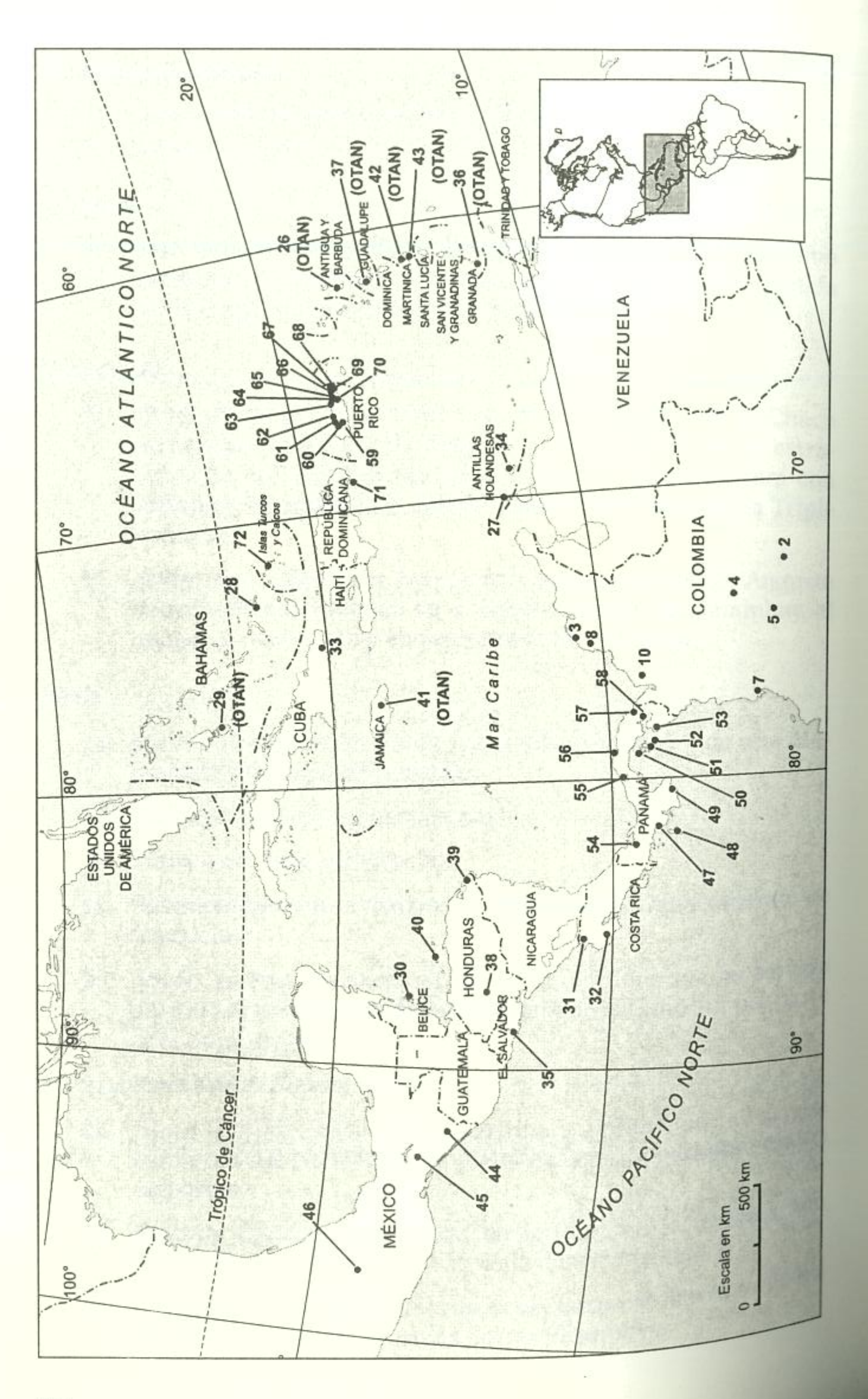
14. *Mariscal Estigarribia*: base Luis María Argaña, en el Chaco paraguayo, a 525 km de Asunción. Su localización es estratégica en el Cono Sur por estar a 200 km de la frontera con Bolivia y Argentina, y a 320 de Brasil, muy cerca de la Triple Frontera.
15. *Pedro Juan Caballero*: Aeropuerto Internacional Dr. Augusto Roberto Fuster, ubicado en el Departamento de Amambay, al noreste de Asunción y en zona limítrofe con Brasil.

Perú

16. *Iquitos* (Amazonas) y *Santa Lucía* (Alto Huallaga), de esta última falta información reciente.
17. *Pucallpa*: en Ucayali (Amazonas).
18. *Mazamari*: base del Ejército.
19. *Palmapampa*: en el distrito de Ayahuanco, Departamento de Ayacucho.
20. *Ancón*: puerto marítimo en el norte de Lima que ha servido para el adiestramiento de fuerzas de todo el Cono Sur por parte del Comando Sur.
21. *Puerto de El Callao*.
22. *Santa Clotilde*: base naval próxima a Iquitos, en la margen izquierda del río Nanay, en plena Amazonia peruana, región de Loreto.
23. *Teniente Clavero*: base naval en Iquitos, en la frontera con Colombia. Comprende una serie de destacamentos.
24. *El Estrecho*: base naval ubicada en el distrito de San Antonio del Estrecho, en Iquitos, a orillas del río Putumayo.

Surinam

25. El Pentágono estableció una base para probar nuevos vehículos militares desarrollados por la General Dynamics Combat System.



Antigua y Barbuda

26. Base militar ubicada a 8 km de la capital Saint John's. Pertenece a la Comunidad Británica de Naciones (OTAN).

Aruba

27. *Reina Beatrix*: Estados Unidos tiene un Sitio de Operaciones de Avanzada (FOL) ubicado en esta isla caribeña, cuyo territorio de ultramar pertenece a Holanda.

Bahamas

28. *Mayaguana Army Airfield*: base militar ubicada en Mayaguana.
29. *Isla Andros*: base aeronaval donde se encuentra el Centro de Pruebas y Evaluación Submarina del Atlántico (AUTEC), utilizado para probar nuevas armas de guerra.

Belice

30. *Calabash Caye*: espacio para entrenamiento de efectivos de Gran Bretaña (OTAN). El 23 de marzo de 2010 se inauguró allí un FOL de Estados Unidos.

Costa Rica

31. *Liberia*: a 280 km de San José, sobre el océano Pacífico. Hay una estación de radar.
32. *Caldera*: según el diario *La Nación* de ese país, el Comando Sur estaría construyendo una base naval en la localidad de Caldera, provincia de Puntarenas, donde funcionaría una escuela naval para el adiestramiento de oficiales.

Cuba

33. *Guantánamo*: centro de detención, interrogación y tortura.

Curaçao

34. *Hato Rey*: FOL con idénticas condiciones que el de Aruba.

El Salvador

35. *Comalapa*: ubicada a 34 km al sureste de la capital San Salvador, sobre la costa del Pacífico y cercana al Aeropuerto Internacional.

Granada

36. Isla ubicada al sureste del mar Caribe que pertenece a la Comunidad Británica de Naciones. Esta base tiene una estación de radar (OTAN).

Guadalupe

37. Territorio de ultramar de Francia. Allí se encuentran por lo menos dos bases de la OTAN.

Guatemala

No hay información sobre bases militares extranjeras pero está incluida en el Plan Mérida de combate militar contra las drogas.

Haití

El país se encuentra militarizado por Francia y Estados Unidos. Después del terremoto de enero de 2010, fue ocupado por las fuerzas de la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH) que componen varios países, entre ellos, Argentina.

Honduras

38. *Soto Cano*: ubicada en Palmerola, opera la Fuerza de Tarea Conjunta Bravo del Comando Sur.
39. *Puerto Lempira*: acuerdo para instalar un FOL (no confirmado oficialmente). La base estaría instalada sobre la laguna Caratasca, Departamento Gracias a Dios, territorio de la Mosquitia. El puerto ubicado sobre el Atlántico está pegado a la frontera con Nicaragua.
40. *Guanaja*: ubicado en el Departamento Islas de la Bahía, en el Caribe hondureño.

Jamaica

41. Pertenece a la Comunidad Británica de Naciones. Tiene una estación de radar y una base aérea de la OTAN.

Martinica

Territorio de ultramar de Francia, posee por lo menos dos bases:

42. *Fort Saint Louis*: base francesa (OTAN) responsable de la Fuerza Aérea y Naval para el mar Caribe, situada en la capital Fort de France. Allí se encuentra el Ejército francés, incluyendo el 33° Regimiento de Infantería y la Marina de Guerra.
43. *Pointe des Sables*: estación de radar (OTAN).

México

44. *Chicomuselo*: base militar en el Estado de Chiapas, en la frontera con Guatemala.
45. *Jiquipilas*: ubicada en el Estado de Chiapas.
46. *Las Encinas*: ubicada en San Salvador de Chachapa, al oriente de la capital del Estado de Puebla. Este lugar, destinado para reserva ecológica, será en adelante una reserva militar.

Panamá

Sobre el Pacífico:

47. *Quebrada de Piedra*: ubicada en la provincia de Chiriquí.
48. *Isla de Coiba*: se encuentra en la provincia de Veraguas.
49. *Mensabé*: se ubica en el distrito Las Tablas, en la provincia Los Santos.
50. *Isla de Chapera.*
51. *Punta Coco*: ubicada en el archipiélago Las Perlas.
52. *Isla Galera.*
53. *Bahía o Puerto Piña*: base naval en la provincia de Darién.

Sobre el Caribe:

54. *Rambala*: en la provincia de Bocas del Toro.
55. *Fort Sherman*: en Colón.
56. *El Porvenir*: base aeronaval en Kuna Yala.
57. *Puerto Obaldía*: en Kuna Yala.
58. *San Vicente*: en Metetí, provincia de Darién, cercana a la frontera con Colombia.

Puerto Rico

Estados Unidos lo considera su territorio.

59. *Lajas*: en este municipio la Fuerza Aérea de Estados Unidos cuenta con un sitio de radar (Lajas Radar Site) y la presencia del Departamento de Seguridad Interna.

60. *Aguada*: municipio que conecta con la costa atlántica. Allí la Marina de Guerra cuenta con sistema de control submarino.
61. *Borinquén*: en el municipio de Aguadilla, en el aeropuerto Rafael Hernández, hacia el océano Atlántico, la Marina de Guerra de Estados Unidos estableció un FOL.
62. *Isabela*: en este municipio la Fuerza Aérea de Estados Unidos cuenta con un centro de investigación (Ramey Solar Observatory Research Site) y la Marina, con un centro transmisor (Naval Radio Transmiting Facility).
63. *Sabana Seca*: en el municipio de Toa Baja, hacia el océano Atlántico, la Marina de Guerra tiene las instalaciones conocidas como Naval Radio Facility.
64. *Fuerte Buchanan*: en la capital San Juan se encuentra la policía militar adscrita al Departamento de la Defensa (conocida como DODEP).
65. *El Yunque*: radares de la Marina de Guerra.
66. *Naguabo*: en la localidad Cabeza de Perro de este municipio la Marina de Guerra de Estados Unidos posee un FOL.
67. *Roosevelt Roads*: en esta antigua fortaleza militar del municipio de Ceiba se encuentran las instalaciones del NAVACT (actividad naval).
68. *Isla Piñero*: en las cercanías de lo que fue Roosevelt Roads, la Marina de Guerra de Estados Unidos tiene un FOL.
69. *Vieques*: la Marina de Guerra de Estados Unidos cuenta con un transmisor del Radar Relocalizable Más Allá del Horizonte (ROTHR), cuyo cuerpo receptor se ubica en el Fuerte Allen, localizado en el municipio de Juana Díaz. También cuenta con instalaciones electrónicas localizadas en Monte Pirata, en la porción occidental de la isla.
70. *Salinas*: en este municipio orientado hacia el mar Caribe, la Marina de Guerra de Estados Unidos tiene instalado el Salinas Receiver Site.

República Dominicana

71. Base militar de la isla Saona.

Turcos y Caicos

72. *Base de Operaciones para el Apoyo de Esfuerzos Internacionales* (*OPBAT*): fuerza combinada de guardacostas y la DEA.

Las disputas sociopolíticas por los bienes comunes de la naturaleza: características, significación y desafíos en la construcción de Nuestra América[1]

José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati[2]

Los conflictos sociales alrededor de los bienes comunes de la naturaleza –aquellos bautizados por el pensamiento económico tradicional como "recursos naturales"– no han dejado de crecer en número y significación en Nuestra América latina y caribeña de las últimas décadas. Diversas y, a veces, contradictorias, expresándose en terrenos variados de la acción colectiva o respecto de bienes comunes distintos, estas disputas han ganando una progresiva visibilidad y relevancia tanto a nivel nacional como regional. Desde el ciclo de las resistencias al neoliberalismo y las políticas imperiales iniciado a mediados de los años noventa hasta los conflictos sobre el rumbo de los procesos de cambio y las alternativas "posneoliberales" de la última década, estas luchas han supuesto también intensos procesos de radicalización y movilización social, así como la emergencia de significativos movimientos sociales y de espacios de articulación y coordinación continental y global.

En esta dirección, por ejemplo, la lucha contra la expansión de la minería a cielo abierto en Perú dio nacimiento a la Confederación Nacional de Comunidades del Perú Afectadas por la Minería (CONACAMI) en 1999, expresión de un movimiento indígena campesino que confluyó a su vez en la fundación de la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (CAOI) en 2006. Por otro lado, los cuestionamientos a la expansión del agronegocio y el nuevo latifundio motivó la aparición de nuevos movimientos campesinos –los Sin Tierra–, entre los que se destacan el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en

1 Este artículo presenta una versión reducida elaborada sobre la base de dos clases virtuales preparadas para el curso sobre Geopolítica de América Latina dictado en el Campus Virtual del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED).

2 Grupo de Estudios sobre América Latina y el Caribe (GEAL).

1985 en Brasil y la fundación de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) en 1994.

Incluso los conflictos por los bienes comunes se convirtieron en puntos de articulación sociopolítica nacional (rural-urbano) de los cuestionamientos al régimen neoliberal, como graficó la experiencia boliviana con el ciclo que va de la llamada "Guerra del Agua" de Cochabamba (2000) a la "Guerra del Gas" (2003), y la agenda de octubre que orientó el proceso de luchas y cambios en el primer mandato de Evo Morales (2006-2010). En igual sentido, la reforma petrolera impulsada por el gobierno de Hugo Chávez fue uno de los motivos del golpe de estado fallido de 2002 y uno de los centros de la disputa social –particularmente en relación con la empresa petrolera estatal PDVSA– en el período de confrontación social que le siguió.

Asimismo, la conflictividad social por los bienes comunes siguió teniendo un peso creciente en aquellos países donde, resultado de movilizaciones y cuestionamientos sociales, acontecieron cambios políticos gubernamentales que, con distinta intensidad, se alejaron de las recetas de la ortodoxia neoliberal de los noventa. En esta dirección apunta, por ejemplo, el crecimiento de los conflictos rurales en la Amazonía brasileña o las luchas contra la megaminería en Argentina; y también la ascendente contraposición entre la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y el gobierno de Rafael Correa alrededor de las políticas adoptadas en relación con la minería, los hidrocarburos y el agua.

Finalmente, en el plano internacional, el reciente ciclo de incremento de los precios de los alimentos (2010-2011) ha despertado intensas revueltas sociopolíticas en África del Norte y el Medio Oriente, que iniciaron una serie de cambios que auguran rediseñar el mapa geopolítico de la región, mientras los efectos de la crisis climática –resultado de la emisión de los llamados "gases invernadero"–, que ya se dejan sentir sobre pueblos y territorios, ha convocado a una de las campañas internacionales de movimientos sociales más significativas de los últimos años.

En todos estos terrenos, y ciertamente en otros más, la disputa por el uso de los bienes comunes de la naturaleza se transformó en punto clave de las resistencias, de la crisis y de las alternativas enarboladas frente al capitalismo neoliberal.

Esta contribución tiene por objeto presentar, alrededor de cinco puntos, algunos señalamientos sobre las razones estructurales que dan cuenta de la relevancia política de estas disputas y los procesos en los cuales estas se inscriben, así como referir a las características de los movimientos populares que emergen de los mismos y los distintos proyectos de salida que se plantean ante la crisis de legitimidad del neoliberalismo en relación con los bienes naturales. Por último,

concluimos con una reflexión acerca de las formas particulares que adopta la gobernabilidad del modelo extractivista bajo los proyectos neodesarrollistas, para cerrar con una breve exposición de las alternativas y desafíos que afrontan los movimientos sociales en Nuestra América. Veamos.

Las plagas de la mundialización neoliberal: desposesión, recolonización y catástrofe ambiental

Los pueblos de la América latina y caribeña habitan un territorio en el que crecen el 22% de los bosques y el 40% de la biodiversidad del globo; casi un tercio de las reservas mundiales de cobre, bauxita y plata son parte de sus riquezas, y guarda en sus entrañas el 27% del carbón, el 24% del petróleo, el 8% del gas y el 5% del uranio –sin contar las nuevas reservas en exploración–; alberga uno de los mayores depósitos de litio y niobio a nivel mundial y sus cuencas acuíferas contienen el 35% de la potencia hidroenergética global[3]. Esta significativa disposición de estos bienes naturales ha sido considerada muchas veces como una verdadera maldición por las lógicas del pillaje imperial que despierta. Sin embargo, lejos de implicar una condena de la naturaleza, es importante comenzar reconociendo que ello resulta de las características propias del capitalismo y, en la historia próxima, de las particularidades de su fase neoliberal y de la división internacional del trabajo promovida y construida a lo largo de las últimas cuatro décadas.

Habitualmente, los cambios impulsados por este nuevo ciclo de mundialización capitalista se refieren a los procesos de financiarización o de valorización financiera. Pero otro aspecto de esta mundialización, menos promocionado, es el papel cumplido por la llamada "acumulación por desposesión"[4]; es decir, por aquel proceso de acumulación de capital basado en la apropiación privada de bienes o recursos que se encontraban hasta ese momento, por lo menos relativamente, fuera del mercado; o lo que es lo mismo, que no eran o no habían sido transformados en mercancías. Esta acumulación por desposesión refiere, de este modo, al proceso de apropiación privada –en gran medida transnacional– tanto de los llamados "bienes comunes sociales" (por ejemplo, las empresas y servicios que fueron transformados en públicos-estatales, especialmente desde mediados

3 Ver "Movimientos sociales y recursos naturales en América Latina: resistencias al neoliberalismo, configuración de alternativas" de José Seoane, publicado en la revista del *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VI, Nº 17, mayo-agosto de 2005.

4 Ver *El nuevo imperialismo* de David Harvey (Madrid: Akal, 2004).

del siglo XX) como de los denominados "bienes comunes de la naturaleza" (el agua, la tierra, el territorio, la biodiversidad, los hidrocarburos y minerales, la atmósfera). Si las contrarreformas neoliberales de primera generación supusieron la privatización de buena parte de los primeros bajo las recomendaciones del Consenso de Washington de principios de los noventa, las siguientes generaciones de políticas neoliberales profundizaron la mercantilización de los segundos bajo el nuevo "Consenso de las *commodities*". De esta manera, la acumulación por desposesión –en el marco de procesos más amplios de desestatización de la regulación social, desdemocratización y desnacionalización– implicó una combinación de políticas públicas, reformas legislativas y cambios institucionales, impulsados por la ofensiva de las grandes corporaciones, las asociaciones empresarias y los organismos internacionales, que supuso, en definitiva, el uso creciente de la violencia estatal-legal y paraestatal-ilegal. Un multiforme proceso dirigido a garantizar: (a) la efectiva desposesión de estos bienes a las sociedades, pueblos y comunidades que hasta entonces eran sus usufructuarios o cuidadores; (b) su transformación en mercancía al permitir su explotación capitalista; (c) formas intensivas –en la mayoría de los casos, con control transnacional– y orientadas a la exportación de las mercancías obtenidas para su comercio en el mercado mundial. Es este proceso en toda su amplitud el que recibe el nombre de "saqueo".

En el marco de la mundialización neoliberal, este saqueo tomó la forma de un proyecto de recolonización de la periferia. En particular en nuestra región, bajo la renovada aplicación de las Doctrinas Monroe y del Destino Manifiesto[5], las elites estadounidenses defendieron en la competencia interimperialista el derecho al control sobre todo el continente y sus recursos. Así, a poco de cumplirse el bicentenario de los procesos independentistas en muchos de nuestros países, la fase del capitalismo neoliberal amenazaba –y amenaza aún– con transformar la subordinación económica al mercado mundial en control político y militar de los territorios de Nuestra América. En ello el ALCA y los Tratados de Libre Comercio cristalizaron en el terreno económico lo que una nueva estructura de acuerdos y despliegue castrense lo hacía en el terreno militar

5 En la historia larga son las dos doctrinas que han guiado la política de las clases dominantes estadounidenses hacia América Latina. La doctrina del Destino Manifiesto, cuyo origen es contemporáneo a la llamada Doctrina Monroe pero que fue revitalizada y profundizada desde finales del siglo XIX, parte de sustentar que el destino de los Estados Unidos es expandirse por toda América. Algo de esto fue referido anteriormente al hablar de las doctrinas elaboradas por la fundación del Nuevo Siglo Americano.

y los pactos de las Cumbres de las Américas lo hacen en el plano político. Pero este proceso de recolonización imperial y reorganización de las soberanías de los Estados-nación no sólo supuso estos acuerdos interestatales de integración, sino también un conjunto de iniciativas promovidas por corporaciones, ONG, *think tanks* y organismos internacionales que, sea bajo las banderas de la defensa del patrimonio de la humanidad o de la racionalidad empresaria, buscaron asegurar el control político de los territorios donde se encuentran dichos bienes naturales. Una larga lista, entre las que se cuentan proyectos tales como el Corredor Biológico Mesoamericano (CBM), los acuerdos de protección internacional del Amazonas y del Acuífero Guaraní hasta la promoción de una mentada "República de la Soja" en el corazón de América del Sur.

Por último, la fase neoliberal exasperó también los procesos de deterioro ambiental propios del capitalismo, cuyo aspecto más publicitado es el de la contaminación. Así, la devastación de los territorios donde se realiza la primera etapa de la acumulación por desposesión (por ejemplo, con la contaminación o monopolización de las fuentes de aguas y la consecuente destrucción de la economía campesina y comunal) se sumó al incremento de los efectos contaminantes del conjunto de las actividades económicas, resultado de los procesos de desregulación y privatización, hasta alcanzar las dimensiones de la amenaza de una catástrofe ecológica de proporciones mundiales con la llamada "crisis climática" resultante de la contaminación de la atmósfera y el quiebre de la capacidad de sobrecarga y procesamiento ambiental del planeta.

De esta manera, la particular configuración del neoliberalismo capitalista en América Latina aparece cristalizada, especialmente en las últimas décadas, bajo la expansión de esta lógica social de desposesión, saqueo, catástrofe ambiental y recolonización de los territorios.

Corporaciones vs. movimientos sociales: luchas contra la mercantilización del territorio y la vida

Las luchas contra estos procesos de despojo y devastación ambiental se han expresado, entre otras dimensiones, en un conjunto de prácticas colectivas, demandas y programáticas orientadas hacia la desmercantilización de los bienes en disputa que han tomado diferentes formas según los contextos. De distintas maneras, este horizonte aparece de

modo reiterado en las luchas que tienen como centro al agua[6], la tierra y el territorio[7], la biodiversidad[8], los minerales[9], los hidrocarburos[10], y la vida-ambiente en general (ver en las notas al pie de página el significado particular de las luchas en relación con cada uno de estos bienes naturales).

De este modo, la propia noción de bienes comunes ha sido adoptada en los últimos años por los movimientos sociales, para contraponerla a la de recursos naturales, acuñada por la economía clásica y generalizada por la modernidad capitalista, y se encuentra actualmente en proceso de popularización y debate. En el mismo sentido, la visión capitalista de la naturaleza ha sido confrontada y reformulada desde las referencias a la Madre Tierra y la Pacha Mama. En similar

6 En sus variados aspectos, entre ellos: (a) por el acceso al agua para la agricultura campesina y las comunidades locales y contra la contaminación de estas cuencas hídricas; (b) por el acceso al servicio de agua corriente en el mundo urbano y los cuestionamientos a la calidad y tarifas; (c) contra las represas y emprendimientos hidroeléctricos; (d) contra la apropiación y comercio del agua (hidropiratería), y (e) por la preservación de las fuentes estructurales de agua (glaciares, acuíferos subterráneos, etcétera).

7 Principalmente la lucha contra el agronegocio que motoriza la expansión de la frontera agraria, el desplazamiento de las poblaciones originarias y el deterioro ambiental del territorio (con el uso masivo de agrotóxicos, introducción de organismos genéticamente modificados, y pérdida de la diversidad biológica, el equilibrio ambiental y el deterioro de los suelos). En esta disputa se mezclan tanto los cuestionamientos al cultivo industrial de la soja transgénica como al de los bosques artificiales para la producción de celulosa, lo que ha sido llamado la lucha contra los "desiertos verdes".

8 La defensa de la biodiversidad ha adoptado históricamente dos direcciones diferentes. Por un lado, frente a la devastación ambiental que implica el desarrollo de las actividades industrial-extractivas ya mencionadas. Pero, por otro, también se han cuestionado los proyectos e iniciativas orientados a la apropiación y mercantilización de la biodiversidad, y de su conocimiento y uso tradicional por las comunidades locales, generalmente presentados bajo el interés científico o protectivo del medio ambiente, y que son llamados habitualmente de bioprospección o, desde la perspectiva de los movimientos sociales, de biopiratería.

9 La dinámica de la megaminería bajo la fase neoliberal capitalista se ha caracterizado por la expansión de la explotación minera a cielo abierto de gravosos impactos sobre el ambiente y voraz consumidora de agua y energía, y la disputa por el control de las fuentes de los nuevos minerales vinculados con los nuevos desarrollos productivo-tecnológicos.

10 El anunciado agotamiento de las fuentes energéticas de la matriz productiva actualmente hegemónica (petróleo y gas) ha implicado la valorización de depósitos no explotados y la intensificación de la explotación de los existentes, así como la búsqueda de nuevas reservas. En este caso, el proceso de mercantilización estuvo muy asociado a la privatización de las empresas públicas que, originarias de la fase capitalista de la segunda mitad del siglo xx, habían presidido la estatización-nacionalización de estos recursos.

dirección, la lucha por la tierra ha ido mutando en los últimos años en lucha por el territorio. Así también las nociones de desarrollo, progreso y crecimiento económico han sido rebatidas desde la revalorización de nociones como "buen vivir" o *sumak kawsay*. Alrededor de todas estas cuestiones, sea que se expresen en el orden de la construcción colectiva como de los horizontes de acción y de transformación, aparece reflejado en realidad una creciente impugnación a la oposición entre sociedad y naturaleza, consolidada bajo la modernidad capitalista, y a la racionalización de la relación entre ambos términos bajo las ideas de la explotación económica y el afán de lucro de la primera sobre la segunda. En los cuestionamientos a esta dualidad y a las prácticas que legitima y promueve, se entremezclan las cosmovisiones de los movimientos indígenas, de los movimientos ecologistas-ambientalistas, de la nueva izquierda "ecosocialista" y de la propia experiencia popular del despojo y la destrucción de la vida.

Por otra parte, esta lucha contra la mercantilización se expresó también en las resistencias a las políticas de privatización y liberalización económica, en una serie que une los conflictos frente a la privatización de empresas y servicios públicos de la década del noventa con los luchas actuales, donde adquieren mayor relevancia las resistencias a la mercantilización de los territorio y sus riquezas. En esta dirección, los conflictos locales frente al despojo se tradujeron también en el plano nacional e internacional en el reclamo por el reconocimiento del carácter público-común de estos bienes, expresado muchas veces bajo la consagración legislativa de su uso y acceso como derecho humano. Estas luchas por la desmercantilización también supusieron una programática orientada no sólo a la reconstrucción del control público-estatal de estos bienes (por ejemplo, con la mentada nacionalización), sino también a la búsqueda de nuevas formas de gestión de la autoridad pública que expresara la crítica a la matriz liberal colonial del Estado y su concepción de la democracia.

De esta manera, estos procesos de lucha y organización popular implicaron, de manera creciente, una intensa experimentación de organización comunitaria y de democracia participativa. Por ejemplo, en el caso de la lucha contra la megaminería a cielo abierto, la iniciativa desarrollada en la ciudad de Tambogrande, Perú, donde tuvo lugar en 2002 el primer referendo comunal a nivel regional sobre un proyecto minero propagó su ejemplo hacia el sur y el norte del continente. Así, en la ciudad argentina de Esquel en 2003 se realizó una consulta similar y, unos años después (2005), la experiencia se repitió en el municipio guatemalteco de Sipakapa, abriendo un proceso que lleva al día de hoy más de 25 consultas similares en dicho país. Por otra parte, el masivo rechazo a estos emprendimientos hizo que corporaciones y gobiernos procuraran restringir, prohibir o manipular estas consultas, aun

cuando las mismas se amparen en el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), de 1989[11].

Además de estas características, las luchas en defensa de los bienes comunes de la naturaleza se han destacado también por la construcción de convergencias más amplias en el ámbito nacional, regional e internacional, orientadas a intercambiar información y unificar acciones frente a similares corporaciones transnacionales o problemáticas. Una intensa construcción en esta dirección ha tenido lugar en Nuestra América, que se cristalizó en el surgimiento en los últimos años de diferentes coordinaciones y movimientos nacionales[12], y redes[13] y foros[14] regionales y continentales.

Sin duda, la radicalidad de las acciones emprendidas por las poblaciones afectadas por estos emprendimientos (por ejemplo: los bloqueos de las rutas de acceso, los sabotajes o las tomas de las instalaciones de las compañías) y las iniciativas de construcción de redes a nivel nacional e internacional resultan una respuesta frente a una relación de fuerzas extremadamente asimétrica, representada por poderosas corporaciones transnacionales o sectores que tienen un peso sustancial en la estructura económica local y del país donde se encuentran.

Desde el otro lado, estas corporaciones empresarias invierten ingentes recursos en el desarrollo de "estrategias de gobernabilidad social" que, con distintas modalidades –incluso bajo los llamados programas de responsabilidad social empresaria–, se orientan a garantizar el control y neutralización política de las poblaciones locales que habitan los territorios donde se asientan, así como de la opinión pública y los movimientos populares a nivel más general. Una parte de estos esfuerzos está orientada a promover y consolidar su influencia e intervención sobre la definición de las políticas públicas y las estructuras de la autoridad público-estatal a nivel local, regional y nacional (gobiernos, legislativos, justicia, burocracia). Con iguales objetivos, desarrollan una política de construcción de hegemonía en la búsqueda

11 De este modo, por ejemplo, en Argentina las corporaciones megamineras han logrado invalidar diferentes consultas locales e incluso bloquear la aplicación de la legislación nacional (como acontece hoy con la recientemente sancionada Ley de Protección de Glaciares), gracias a la complicidad de gobiernos y la justicia de las provincias mineras.

12 Además de los ya mencionados, por ejemplo, la Unión de Asambleas Ciudadanas surgida en Argentina en 2006, que reúne decenas de asambleas ambientales locales (contra las mineras, las pasteras, las represas, etcétera), así como otras organizaciones sociales y políticas.

13 Por ejemplo, entre tantas, la Red Latinoamericana contra Represas y por los Ríos, sus Comunidades y el Agua.

14 Por ejemplo, el Foro Mesoamericano y el Foro Social Américas.

de promover corrientes de opinión favorables a las actividades extractivistas intensivas, que suele abrevar en las bondades generales del progreso y el desarrollo y los beneficios particulares en términos de empleo y crecimiento económico. En este terreno, ciertamente tiene un papel importante el financiamiento de centros de investigación y universidades públicas y privadas, que permite tanto la "colonización" de la producción científica y de la opinión de los "expertos" como el control de los estudios de impacto ambiental y socioeconómico que, en general, son indispensables para la habilitación legal requerida para la puesta en marcha de estos emprendimientos. Tales iniciativas se complementan con los aportes empresarios al desarrollo local, moderna forma de la beneficencia bautizada hoy como "responsabilidad social". En este somero menú de las estrategias corporativas no está ausente el recurso a la violencia, sea bajo el uso de la coerción estatal o bajo el empleo de grupos ilegales o con una combinación de ambos. A manera de ejemplo, valga mencionar que la minera británico-sudafricana AngloGold Ashanti ha sido responsabilizada por el asesinato de líderes comunitarios y el uso de paramilitares en Colombia, donde desarrolla el emprendimiento La Colosa, así como la corporación brasileña La Vale –antigua gran empresa estatal privatizada durante el gobierno de Fernando H. Cardoso– ha sido acusada por utilizar personal armado encapuchado para proteger sus instalaciones en Cajamarca (Perú) y promover, con el auspicio del gobierno nacional, la formación de grupos de seguridad entre la población, a quienes suministra armamentos y apoyo económico[15].

Los proyectos de salida a la crisis del neoliberalismo y la centralidad de las disputas por los bienes comunes de la naturaleza

Las luchas sociales desplegadas en Nuestra América desde mediados de los años noventa, de la mano de la emergencia de significativos movimientos sociales, condensaron un nuevo ciclo de conflictividad y resistencia sociopolítica al régimen neoliberal en el continente. Sin embargo, no fue sino su combinación con los efectos de la recesión económica que se proyectó, a partir de 1999, sobre casi toda la región la condición de posibilidad para el inicio de un nuevo período de la confrontación social marcado por la crisis de legitimidad del neoliberalismo. El quiebre de la hegemonía neoliberal capitalista abrió paso así a un panorama latinoamericano mucho más heterogéneo signado por

15 Ver el *Dossiê dos impactos e violáceos da Vale no mundo*, I Encontro Internacional dos Atingidos pela Vela (Río de Janeiro, 2010).

los diferentes proyectos que encarnaron en los países de la región las distintas salidas a esta crisis del modelo neoliberal.

En parte de nuestra región, debe recordarse, las fuerzas conservadoras derrotaron o neutralizaron las aspiraciones de cambio y se impuso la continuidad del recetario neoliberal ahora bajo renovadas características. Bautizado como "neoliberalismo armado", este proyecto supuso la profundización de la matriz extractiva exportadora bajo control transnacional y de los procesos de recolonización político-económicos[16], y buscó en la recreación del estado de naturaleza hobbesiano nuevas legitimidades para promover un proceso de militarización de las relaciones sociales orientado a criminalizar y conducir la vida y la acción de las clases y sectores subalternos, en particular de aquellos más castigados por la intensificación del patrón de acumulación en curso. Ejemplo de ello es el gobierno fraudulento de Felipe Calderón en México y su "exitosa guerra contra el narcotráfico", que desencadenó un círculo de violencia y militarización creciente con un saldo de más de 30 mil muertos en casi cuatro años, y la pública promoción estadounidense de un Plan Colombia para este país; aunque, claro, su modelo más consagrado a nivel internacional siga siendo el régimen colombiano.

En otros casos emergió un proyecto de corte "neodesarrollista": afirmado como orientación hegemónica en las experiencias de

16 El más claro ejemplo del alcance de dicho proceso de recolonización resulta la firma y puesta en vigencia de Tratados de Libre Comercio entre diferentes países y regiones de América Latina y el Caribe y los Estados Unidos entre 2003 y 2009 que, sumados al TLCAN que integra México, abarcan a Colombia, Costa Rica, Chile, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, República Dominicana, Panamá y Perú, y que en su conjunto representan casi el 45% del PBI total de la región, según datos de 2009. Ver "Anuario estadístico de América Latina y el Caribe", de CEPAL (2009), disponible en <www.eclac.org/cgi-in/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/6/38406/P38406.xml&xsl=/deype/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xslt>. Este proceso de recolonización comprende también la profundización de la intervención estadounidense en el control militar-policial de los territorios donde se realiza la explotación-exportación de estos bienes comunes, viabilizado, entre otros dispositivos, a través del creciente despliegue de fuerzas, asesores y nuevas doctrinas militares y de seguridad. Haití es un caso paradigmático en relación con ello. El país caribeño se encuentra ocupado militarmente desde 2004 por la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH, por sus siglas en francés), conformada por tropas de varios países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, entre otros). El proceso de militarización de la sociedad haitiana estuvo marcado así por la participación de la MINUSTAH en acciones represivas contra protestas populares. Luego del trágico terremoto que asoló a dicho país en enero de 2010, Estados Unidos aprovechó la desesperante situación y envió también tropas regulares cuya presencia ha sido legitimada bajo el pretexto de la "ayuda humanitaria". La presencia militar estadounidense y latinoamericana contrasta con la ayuda internacional brindada por Cuba, que se materializa a través de la presencia de médicos y profesionales cubanos en Haití.

Argentina y Brasil, el mismo se caracterizó por reconstruir cierta intervención estatal en la regulación socioeconómica. Ello no implicaba cuestionar o revertir el peso de la acumulación por desposesión ni el proceso de primarización de la economía y la inserción fundamental en el mercado mundial. Por el contrario, estos aspectos del régimen socioeconómico incluso, en algunos casos, se profundizaron. Pero sí suponía la apropiación público-estatal de parte de las rentas extraordinarias devenidas de la explotación de los bienes naturales para promover y sostener otras actividades económicas (sector industrial, obras de infraestructura) y una nueva generación de políticas sociales compensatorias. Este proyecto ambicionaba también una mejor inserción internacional en el marco de la mundialización capitalista, y en lo interno, aspiraba a la restitución del monopolio de la política al Estado y las mediaciones partidarias de la democracia representativa.

Por otra parte, un tercer proyecto se delineó en el escenario sociopolítico regional. Conocido bajo las referencias al "socialismo del siglo XXI" o al "socialismo comunitario", nos remite a un proyecto popular de cambio social que bien puede visualizarse en los trazos de las experiencias venezolana, boliviana y, hasta cierto punto, ecuatoriana, pero que está presente, con mayor o menor fuerza, en todos nuestros países, aunque su cristalización es a la vez menos y más abarcativa que un gobierno, unas políticas públicas o un Estado, en la medida en que su fuerza reside en la praxis de los sectores subalternos, y su horizonte, en la transformación de la matriz societal. Este proyecto, en su sentido más transformador, implicó un proceso de nacionalización de las principales actividades vinculadas con la explotación de los bienes naturales (e incluso de otros sectores económicos considerados como estratégicos), que ofreció la base fundamental de los recursos para sostener las políticas de redistribución del ingreso y la riqueza. Ello fue acompañado también por iniciativas orientadas a cuestionar la matriz liberal-colonial del Estado-nación bajo las banderas de la democracia participativa y los objetivos de una democratización radical de la vida social.

Estos tres proyectos que delinearon las salidas a la crisis de legitimidad del neoliberalismo entre 2005 y 2009 comparten un elemento en común: se sostienen en gran medida con base en la explotación y exportación de bienes comunes de la naturaleza; claro que uno lo hace en beneficio casi exclusivo del capital transnacional y sus asociados, otro apelando a mayor regulación pública y a la apropiación estatal de una parte de la renta extraordinaria, y el tercero promoviendo la propiedad pública de los mismos y un proceso de redistribución del ingreso y la riqueza. También se diferencian en las iniciativas que promueven en el plano internacional; mientras el primero se inscribe en la expansión del librecomercio y sus acuerdos con la tríada

imperial[17] y el segundo ha estimulado la ampliación del MERCOSUR, el tercero ha dado vida al ALBA[18], y la combinación de los esfuerzos de estos dos últimos fructificó en la puesta en marcha de la UNASUR y, posteriormente, de la Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe (CELAC).

En este sentido, la delimitación de estos tres proyectos y de quien detenta la hegemonía de los procesos sociopolíticos a nivel nacional facilita la comprensión y el análisis de los diferentes escenarios, fuerzas y programáticas que aparecen desplegadas alrededor de los conflictos por los bienes comunes de la naturaleza a lo largo y ancho del continente.

La construcción de las legitimidades del modelo extractivista: la cuestión social justifica el costo ambiental

Por último, en relación con estas experiencias, queremos proponer una reflexión sobre las formas que adopta la construcción de la gobernabilidad del modelo extractivo exportador que hemos señalado en las líneas precedentes. En particular, nos referimos a las estrategias de legitimación que se despliegan respecto de dicho modelo en el marco de los proyectos neodesarrollistas y que se hacen visibles en la discursividad reproducida por gobiernos, funcionarios, intelectuales, expertos y periodistas, como así también en los espacios de la militancia social que acompañan dichas experiencias.

En este sentido, el proyecto del "desarrollo" en la región enfatiza la centralidad que tienen el "crecimiento económico", las políticas sociales y la creación de empleo para asegurar la superación de los efectos de la concentración del ingreso impuesta por el neoliberalismo. Estas metas son privilegiadas para la superación de la aguda situación social heredada y, en términos más generales, de la situación de "subdesarrollo". El aprovechamiento de las ventajas "naturales" comparativas del capitalismo latinoamericano en la favorable coyuntura internacional es un elemento central de este enfoque. En la retórica neodesarrollista, las consideraciones de tipo ambiental quedan de esta forma subsumidas en la prioridad asignada al fortalecimiento de un modelo que, como ya señalamos, asume la forma de una inusitada intervención

17 Nos referimos a los tres centros del capitalismo desarrollado que conforman la habitualmente llamada tríada; es decir, los Estados Unidos, la Unión Europea y las potencias asiáticas (anteriormente Japón y actualmente China).

18 Su propuesta de una integración basada en la reciprocidad, la complementariedad y la cooperación, que no se restringe al intercambio de bienes ni a los acuerdos interestatales, se constituyó en la experiencia de integración más avanzada de un proyecto de transformación social y construcción de Nuestra América.

destructiva de las fuerzas del capital sobre la naturaleza. El "sacrificio" de los bienes naturales y del ambiente en pos de un crecimiento económico, que parece sentar las bases indispensables para el mejoramiento de las condiciones de vida, tiende a primar sobre cualquier otra consideración. Ciertamente, la capacidad de interpelación social de este enfoque encuentra su explicación en las devastadoras consecuencias de las políticas neoliberales de los noventa en términos de empobrecimiento, desempleo y desocupación de millones de latinoamericanas y latinoamericanos. En esta perspectiva, la posibilidad experimentada por vastas franjas de los sectores populares de un mejoramiento de las condiciones de vida, aun si este es relativo y limitado, no debe subestimarse desde la defensa cerrada de un "ambientalismo" abstracto. Sin embargo, es preciso subrayar que se trata de una falsa dicotomía: lo "social" y lo "ambiental" no son excluyentes. El riesgo de consagrar esta dualidad como una "ley de hierro" del desarrollo capitalista actual es altísimo. La experiencia en curso demuestra que la apropiación de los beneficios resultantes de la creciente depredación ambiental está concentrada en pocas manos. En este sentido, el actual ciclo económico de depredación de bienes naturales no ha modificado la matriz de acumulación neoliberal, más bien la resignifica y actualiza en una nueva coyuntura histórica provocando nuevos problemas sociales, ambientales, políticos y culturales que agudizan las lógicas de desposesión.

Estos señalamientos deben servir para relativizar una visión optimista respecto de las capacidades del "neodesarrollismo" para resolver efectivamente la "cuestión social", que también ha sabido ganar predicamento entre organizaciones sindicales del mundo urbano industrial. Es preciso entender que no existe una resolución de la "cuestión social" escindida de la "cuestión ambiental" en la medida en que las dos dimensiones son constitutivas de la experiencia secular del actual patrón de poder mundial. Ambas estuvieron históricamente vinculadas y continúan estándolo hoy más que nunca. La comprensión de ello es decisiva en la posibilidad de promover convergencias solidarias entre los llamados mundos "rural" y "urbano", que interpelen radicalmente el modelo societal de consumo y de producción organizado en torno a la rentabilidad del capital. La superación de la falsa dicotomía entre "lo social" y "lo ambiental" no es un ejercicio de especulación intelectual. Su realización efectiva se inscribe en la experiencia histórica concreta de las luchas, los debates y las acciones de los oprimidos y explotados de Nuestra América latina y caribeña. El "buen vivir" formulado desde las luchas y resistencias de las comunidades indígenas andinas es en este sentido una importante contribución al debate sobre esta dicotomía. Volveremos sobre esta cuestión más adelante.

Si bien estos señalamientos remiten particularmente a lo acontecido en los países del Cono Sur, su consideración resulta importante

también para analizar las experiencias andinas de transformación estatal en Bolivia, Venezuela y particularmente en Ecuador, donde los proyectos de cambio están tensionados por la evolución de la coyuntura regional e internacional y donde bajo las banderas del "socialismo del siglo XXI" o "socialismo comunitario" se propuso avanzar en el sentido de la descolonización política, social, económica y cultural. En este sentido, hay que recordar que estos procesos de transformación social y estatal se inscribieron, en mayor o menor medida según los casos, en ciclos de intensa movilización popular y debate político. En estas dinámicas tuvieron lugar iniciativas de nacionalización y/o renegociación de contratos en sectores vinculados con la explotación de bienes naturales. Estas y otras medidas supusieron un mejoramiento y democratización de las condiciones de vida de amplios sectores sociales, toda vez que permitieron un incremento de la renta estatal que fue reorientada al financiamiento de importantes políticas sociales de carácter universal. El incipiente andar de estos procesos, que en los tres casos mencionados permitieron aprobar reformas constitucionales que consagraron, en el caso de Bolivia y Ecuador, el carácter plurinacional de estos Estados y los derechos de la Pacha Mama, se enfrentó sin embargo a partir de 2008 con el cambio de la coyuntura internacional marcado por el inicio de un nuevo ciclo de la crisis capitalista.

Como ya señalamos, las presiones sistémicas que la crisis actual descarga sobre el llamado Tercer Mundo se expresan en América Latina en el marco de las estrategias que pretenden intensificar los procesos de mercantilización de la vida y ejercer un control militar creciente sobre los territorios nacionales. Estas dinámicas se ciernen como verdaderas amenazas ante la necesaria profundización de la transformación social en dichos países[19]. En este sentido, la fallida tentativa de golpe de estado contra Rafael Correa en 2010 puso de manifiesto de forma brutal la pretensión de fracciones dominantes locales y de los centros imperiales de poder de poner límite a cualquier orientación en esta dirección y de desmontar las conquistas populares obtenidas en los últimos años. La profundización de algunas políticas públicas en relación con la gestión de los "recursos naturales" promovidas por el gobierno de la coalición Alianza País tiende a reforzar, sin embargo, este modelo extractivo –sin alterar sustancialmente el peso del sector privado– y a acrecentar así el enfrentamiento con organizaciones indígenas de dicho país, en particular la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE). De manera similar a lo ocurrido en el caso de la aprobada ley de minería en 2008 o de la ley de aguas en 2009, también la política de explotación

19 Ver *Recolonización, bienes comunes de la naturaleza y alternativas desde los pueblos* de José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati (Río de Janeiro: IBASE, 2010).

petrolera supuso –y supone– tensión y conflicto reiterados del gobierno con las comunidades originarias y el movimiento indígena. La prolongación y agudización de este enfrentamiento como consecuencia de la equívoca posición asumida por la confederación indígena durante la tentativa destituyente son un obstáculo de riesgosas consecuencias para las perspectivas de democratización y cambio social en Ecuador.

Por otra parte, el ciclo de transformaciones abierto en Bolivia con la elección de Evo Morales en 2005 encuentra dos momentos que por su significación simbólica marcaron el ciclo de intensas disputas protagonizado por el "bloque popular" en pos de la transformación social. El 1 de mayo de 2006 el presidente Morales firmó el decreto de nacionalización que avanzaba respecto de las medidas adoptadas en el último tramo del gobierno anterior. Este proceso implicó además la recuperación, en 2008, de la mayoría accionaria estatal en las petroleras "capitalizadas" –privatizadas de forma parcial– en los noventa[20]. La derrota en 2008 de la estrategia destituyente callejera impulsada por las elites de la llamada región de la Media Luna boliviana tras el abortado levantamiento que culminó en la Masacre de Pando cerró, al menos provisoriamente, la situación de "empate catastrófico" entre las clases y bloques sociales. A partir de ese momento, parece haberse abierto un nuevo período que estuvo condicionado por los efectos regionales de la crisis internacional. Esta situación trasladó al seno de la propia coalición gobernante algunas de las tensiones y disputas en torno a la orientación de las políticas públicas como respuesta a la crisis. Conscientes de la dimensión ambiental y climática de la misma y frente a la necesidad de construir una alternativa popular a las propuesta esgrimidas por las potencias imperiales en relación con la cuestión del cambio climático, el gobierno boliviano y numerosos movimientos sociales de ese país organizaron, en abril de 2010 en Cochabamba, la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra, para construir estrategias e iniciativas "desde abajo" para influir en el curso de las negociaciones de la Cumbre de Cambio Climático organizada por las Naciones Unidas. Dicho encuentro, que contó con una importante participación de movimientos latinoamericanos y de otros continentes, selló un acuerdo de las organizaciones participantes con la perspectiva de promover un movimiento internacional contra los responsables de la crisis climática y por alternativas efectivas frente a la misma que contempla, entre otras cuestiones, el impulso a referéndums y consultas sobre la cuestión.

La evolución de la situación nacional marcada por los efectos de la crisis en el país andino llevó, no obstante, al presidente Evo Morales

20 Seoane, Taddei y Algranati, *Recolonización...*, op. cit.

a fines de 2010 a anunciar el aumento de los combustibles debido a la decisión de eliminar los subsidios estatales. Este incremento fue justificado con el argumento del perjuicio causado por el contrabando de carburantes a la economía nacional y promovía el aumento del precio de los combustibles en un 80%. Rápidamente la decisión presidencial se reveló como altamente antipopular. Las protestas, movilizaciones y bloqueos de ruta protagonizados por distintas organizaciones sociales e indígenas pusieron de manifiesto la amplitud del repudio popular y obligaron al presidente boliviano a dar marcha atrás con la medida. Esta rectificación del rumbo gubernamental exigida por los propios movimientos comprometidos en el proceso de cambio manifiesta la capacidad aún existente en las organizaciones populares para incidir en el rumbo de las decisiones gubernamentales y la respuesta permeable del gobierno a la opinión popular. Sin embargo, el anuncio realizado no permitió revertir, en gran parte, el incremento de los precios de productos alimenticios y de otros insumos de consumo popular provocado tras la tentativa del "gasolinazo". Posteriormente, en enero de 2011 el propio presidente Morales anunció la promoción de una nueva Ley Minera para Bolivia que pretende dinamizar el proceso de industrialización y redefinir al mismo tiempo los porcentajes de las utilidades que las empresas privadas del sector deberán reinvertir en dicho país. Distintos sectores sindicales y organizaciones indígenas y campesinas, como el Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (CONAMAQ), la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB), la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) y la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia Bartolina Sisa (CNMCIOB-BS), alertaron sobre el riesgo de que dicha ley fuera exclusivamente discutida con las empresas mineras y cooperativas, y formularon la necesidad de que la misma recogiera la visión de las naciones originarias y contemplara los derechos colectivos de las comunidades.

La evolución reciente de las experiencias de "cambio constituyente" en la región andina permite vislumbrar así las disyuntivas y tensiones que enfrentan estos procesos como resultado de los efectos de la crisis capitalista y la tendencia a trasladar sus "costos" hacia la periferia del sistema-mundo. Esta situación es una amenaza para la profundización de los procesos de cambio. Ante este contexto, el debate y la acción en torno a la construcción de nuevas alternativas societales asumen unas particulares relevancia y urgencia. Los pueblos y comunidades indígenas y campesinas contribuyen a este debate y construcción desde su experiencia histórica. La propuesta del "buen vivir" o *sumak kawsay* es en este sentido un aporte a la necesaria reflexión sobre los horizontes emancipatorios y de liberación. La idea del "buen vivir" se funda en una aguda crítica al concepto y a las políticas de desarrollo, asociados con el "mal vivir" del presente, a la concepción productivista del capitalismo y a su afán de acumulación de riquezas como fundamento de la experiencia humana. La recuperación de las cosmovisiones indígenas y el respeto a la Pacha Mama como fuente de defensa de la vida son cuestiones fundantes de esta idea, lo que no implica postular una "defensa romántica" y ahistórica de las experiencias organizativas y de las culturas indígenas. Por el contrario, la necesidad de vivir en armonía con la "naturaleza" enfatiza el desafío de construir formas colectivas y solidarias de organización societal que reflejen la complejidad y diversidad de la experiencia social y de la propia transformación del mundo indígena y campesino como resultado de su inscripción en los procesos de socialización contemporáneos. Asume que la descolonización en un marco intercultural implica necesariamente aceptar la complejidad y diversidad de voces, proyectos y lugares producidos por la reacción social frente a los núcleos de desigualdad existentes. Recupera la experiencia de autogobierno comunitario y la concepción de pluralismo económico, y defiende el reconocimiento de la plurinacionalidad como principio fundante de nuevas y necesarias formas de organización política de los territorios de Nuestra América. Estas y otras cuestiones conforman los nudos problemáticos y del "buen vivir" que es entendido y postulado no como programática ya resuelta sino como un proceso abierto, diverso y en construcción en la lucha contra la desmercantilización de la vida.

Bienes comunes naturales y proyectos populares: presente y futuro de las alternativas emancipadoras

Si el ciclo de crecimiento económico desplegado en la región a partir de 2003 acentuó dramáticamente las consecuencias de la acumulación por desposesión de los bienes naturales, el estallido y la evolución de la crisis económica internacional a partir de fines de 2008 abrieron un nuevo escenario que, por lo menos inicialmente, fue aprovechado con mejor suerte por las fuerzas conservadoras. La amenaza de la crisis pareció favorecer en algunos casos las opciones más sistémicas; la profundización de la explotación intensiva de los bienes de la naturaleza creció en predicamento ante la incertidumbre; y el crecimiento de los precios de algunas *commodities* (particularmente los alimentos) fomentó la opción exportadora y la fuerza de estas fracciones económicas.

En este contexto, Nuestra América afrontó una ofensiva restauradora promovida por los poderes imperiales y por las fracciones y fuerzas más retrógradas del bloque dominante y las elites políticas en el ámbito nacional de la que no era ajeno el control de estos bienes. En esta dirección, el golpe de estado en Honduras de mediados de 2009 resultó una señal indudable del relanzamiento de la iniciativa estadounidense en

el continente orientada a neutralizar y abatir los procesos de cambio en curso y reconquistar el control sobre un territorio que considera su área de influencia natural, ahora bajo la nueva legitimidad que ostentaba la presidencia de Obama.

En contrapartida, los caminos de la construcción de un proyecto popular de cambio social están también estrechamente vinculados con las alternativas en relación con el uso y gestión de los bienes comunes de la naturaleza. Y similar cuestión se plantea en el plano internacional, en la batalla contra los verdaderos responsables del cambio climático que está modificando, a golpes de catástrofes e inclemencias, la vida en el planeta y amenazándola con su extinción. Entonces, la consigna adoptada recientemente por muchos de los movimientos y organizaciones que se movilizan por una efectiva respuesta ante la crisis climática se nos vuelve tan propia: "Cambiemos el capitalismo, no el clima".

Ciertamente, los movimientos sociales y los pueblos de Nuestra América y del mundo afrontan la magnitud de una crisis que en sus diferentes aspectos (económico, ambiental, alimentario, energético, de guerra y militarización, etcétera) tiene la profundidad de una crisis civilizatoria. No es sólo el horizonte lejano de las luchas, sino también y especialmente la interpelación urgente de la coyuntura. Hace casi cuatro décadas, Eduardo Galeano popularizó la imagen de América Latina con sus venas abiertas, hoy trágicamente esas venas están siendo sangradas aún más profusamente, y una "sociedad con fines de lucro" de poderosos y canallas, locales y extranjeros, se enriquece a sus costillas. Pero en las disputas por los bienes comunes de la naturaleza también se tejen las resistencias, las alternativas y los sueños de nuestros pueblos. Enarbolan las programáticas y los horizontes emancipatorios surgidos, discutidos, explorados en estas últimas décadas de luchas y organización de los movimientos sociales y populares, de las clases y grupos subalternos. Ofician de brújula estratégica frente a los desafíos que se abren hacia adelante.

Cartografía, colonialismo, imperialismo

Un libro como este no podría darse por terminado sin examinar, siquiera someramente, una cuestión que, pese a no estar situada en el centro de nuestras preocupaciones, es de capital importancia: la cartografía, es decir, "el arte de trazar mapas o cartas geográficas", tal como lo define el diccionario de la lengua española de Julio Casares. Se trata, ¿qué duda cabe?, de un arte de gran trascendencia no sólo por su utilidad práctica en la vida económica y social, sino también en la administración general del Estado y, sobre todo, en las cuestiones de índole militar. No obstante, algo sobre lo cual no se insiste lo suficiente es el papel de la cartografía también como vehículo mediante el cual una clase dominante proyecta su visión del mundo, graficando y promoviendo, en términos claros y sencillos, una cosmovisión que tiene que ver con localizaciones geográficas, tamaños, distancias, vecindades y lejanías pero, particularmente, con el poder y la dominación en el plano internacional y la "clasificación" de los pueblos y naciones sometidas al poder imperial.

En un brillante trabajo escrito a comienzos de la década del noventa, Boaventura de Sousa Santos advertía sobre la gran importancia de la cartografía y confiaba –como el autor de estas líneas– en "despertar en ustedes el interés por el mundo fascinante de los mapas", entendidos como manifestaciones de las relaciones de dominación existentes en el plano internacional[1]. Pese a que el sentido común le adjudica a los mapas la cualidad de ser un fiel reflejo de la realidad, lo cierto es que, como sostiene el sociólogo y jurista portugués, aquellos no dejan de ser representaciones distorsionadas de la realidad. La referencia al famoso cuento de Jorge Luis Borges sobre la obsesión del

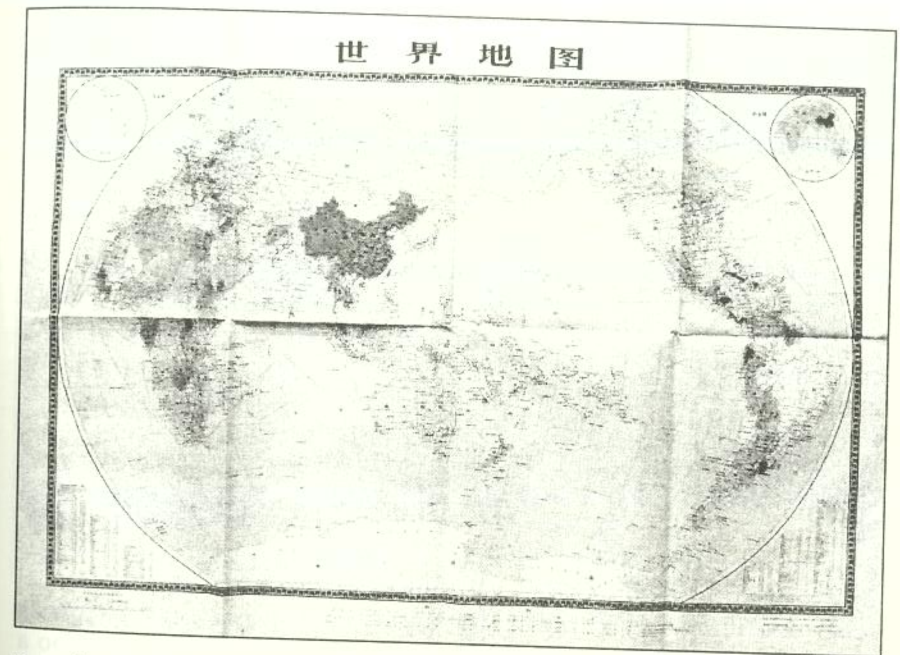
1 Ver su "Una cartografía simbólica de las representaciones sociales", en *Nueva Sociedad*, Nº 116, noviembre-diciembre de 1991. Boaventura hace referencia a "Museo", cuento de Jorge Luis Borges incluido en *El Hacedor*, publicado en 1960.

emperador por construir un mapa que fuera la exacta reproducción de su imperio es introducida tanto por De Sousa Santos como por otro autor contemporáneo, Franz Hinkelammert, en un libro que se llama, no por casualidad, *El mapa del emperador*. En él este autor afirma que un mapa, "para ser tal, necesita ser relativo"[2]. De lo contrario, como ocurrió con el mapa elaborado por los diligentes cartógrafos del emperador, su extensión sería idéntica a la del imperio y terminaría, como en el cuento de Borges, abandonado por inútil. Asumida esta insalvable limitación de cualquier mapa, De Sousa Santos sostiene que su inevitable distorsión se produce a través de tres mecanismos principales: la escala, la proyección y la simbolización. La escala fija la proporción que existe entre las distancias de la realidad y las que figuran en su representación cartográfica. Cuanto mayor sea la escala tanto mayor será el nivel de detalle y de información que podrá ofrecer el mapa. Fiel a una de las leyes de la dialéctica, en este caso la cantidad se convierte en calidad. La proyección es el segundo mecanismo distorsivo de los mapas, toda vez que se trata de representar en un planisferio las superficies curvadas de la esfera terrestre. Como señalan los cartógrafos críticos, no hay mapas perfectos porque no hay solución plenamente satisfactoria a este desafío. Pero existen algunos mapas que, como veremos más adelante, son mucho menos perfectos que los demás. De Sousa Santos observa con razón que las distorsiones de la proyección (sus formas y sus grados) no son impredecibles, sino que obedecen a un patrón y a reglas muy precisas. Por otra parte, cualesquiera que hayan sido los criterios utilizados para la proyección, todos los mapas tienen un centro, un "lugar" desde el que se ordena el mundo: Roma, Jerusalén, La Meca, Greenwich, Washington, Beijing, etcétera. Los planisferios chinos, por ejemplo, colocan a la China en el lugar central del mapa, con lo que Estados Unidos y el continente americano quedan situados en el Oriente, al paso que Europa pasa a ser una península de la masa terrestre euroasiática situada en el extremo de Occidente. Todo esto revela la extrema relatividad del "sentido común" y hasta del léxico especializado que utilizan expertos, académicos y políticos en nuestros días, al menos en esta porción del mundo autodenominada "Occidental", que no parece ser consciente de lo cuestionable de esta clase de calificaciones. En la misma línea, ¿por qué suponer que el hecho de que el meridiano cero pase por la pequeña localidad de Greenwich sea simplemente una cuestión técnica y no un reflejo del papel de Inglaterra en una determinada fase de constitución del sistema internacional? ¿Acaso esa arbitraria decisión no "ordena" el mundo, dividiéndolo en

2 Ver *El mapa del emperador*, de Franz Hinkelammert (San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1986).

dos hemisferios e instalando subrepticiamente a Inglaterra en el centro del escenario mundial como si fuera un hecho de la naturaleza?[3].

Como puede verse en el mapa que exhibimos a continuación, elaborado en China, los criterios de "Oriente" y "Occidente" cambian completamente de sentido.



Por último, la simbolización sería el tercer elemento distorsivo de los mapas: estos deben tener señales gráficas para identificar las características de la realidad espacial en cuestión. No es lo mismo un mapa político, en donde simplemente se identifiquen los límites nacionales (o provinciales, interdepartamentales en mapas de un país), que otro en donde se haga lo mismo con las actividades económicas predominantes, la concentración urbana y otras variables de este tipo.

De lo anterior se desprende que las distorsiones mencionadas (escala, proyección, simbología) no son cuestiones meramente técnicas,

3 La localización del meridiano cero en Greenwich –suburbio localizado al sudeste de Londres, donde se encuentra un Observatorio Real– fue el resultado de una Conferencia Internacional reunida en Washington en 1884 y a la cual asistieron representantes de 25 países. Francia se abstuvo de votar la resolución y por varias décadas mantuvo en sus mapas al meridiano cero pasando por París. Si la hegemonía del sistema internacional hubiese estado en manos de Alemania, el meridiano cero habría pasado por Berlín. ¡No hay nada natural en todo esto, mucho menos un "hecho" de la geografía!

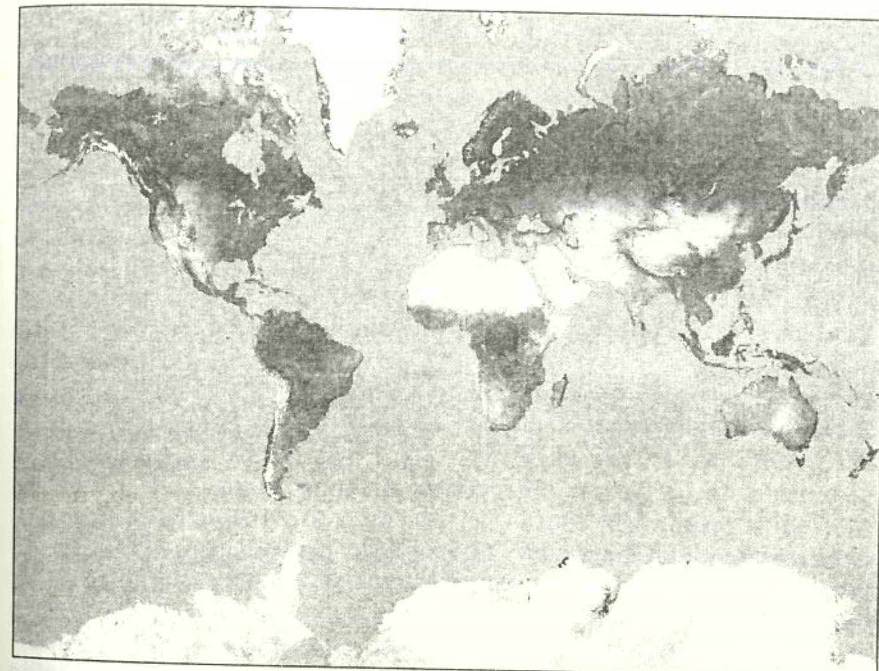
sino que obedecen a decisiones esencialmente políticas e ideológicas vinculadas con el ejercicio del poder. Por algo la confección de los mapas está rigurosamente controlada por los gobiernos, y casi siempre en manos de agencias u oficinas pertenecientes a las fuerzas armadas. Los mapas son una cuestión de Estado. Tal como asegura J. Brian Harley, "monarcas, ministros, instituciones estatales, la Iglesia, todos han iniciado programas de mapeo para fines particulares. En la sociedad occidental moderna, los mapas rápidamente se volvieron cruciales para la conservación del poder del Estado (para sus fronteras, comercio, administración interna, control de población y fuerza militar). El Estado conserva su conocimiento celosamente, los mapas han sido universalmente censurados, mantenidos en secreto y falsificados"[4]. En relación con esto último, la falsificación de los mapas fue uno de los más eficaces recursos utilizados por la Unión Soviética para desorientar a los invasores nazis. A mediados de 1988, el jefe de los cartógrafos de ese país reveló que desde los años treinta, bajo Stalin, la URSS había premeditadamente falsificado todos los mapas públicos, desplazando ríos y rutas, distorsionando límites y omitiendo datos de relieve a los efectos de dificultar ataques de fuerzas enemigas, bombardeos de ciudades y operaciones de inteligencia llevadas a cabo por fuerzas enemigas[5].

El descubrimiento de América y la expansión de la navegación a partir del comienzo del siglo XVI requirieron la elaboración de nuevos y mejores mapas, capaces de servir de confiables guías para la navegación oceánica y de reflejar con precisión un mundo que todavía el saber dominante de la época, férreamente controlado por la Iglesia en Europa, se resistía a concebirlo como una esfera celeste. Le cupo a Gerardus Mercator el mérito de haber resuelto este problema, creando un planisferio basado en una proyección cilíndrica del planeta que fue de gran utilidad para los navegantes y que aún se emplea en nuestros días. Su mapa vio la luz pública en 1569 y, desde ese entonces y a pesar de sus distorsiones, es "la representación" establecida de nuestro planeta, con su configuración socialmente aceptada de distancias, países y regiones. Cuando se piensa en la imagen del mundo, lo que viene a nuestros ojos es el mapa creado por Mercator. La abrumadora mayoría de los planisferios en circulación, y que se encuentran en libros de

4 J. Brian Harley, "Hacia una deconstrucción del mapa", en *La nueva naturaleza de los mapas* (México DF: Fondo de Cultura Económica, 2005) pp. 185-207.

5 Ver "Soviet aide admits maps were faked for 50 years", de Bill Keller, en *The New York Times*, 3 de septiembre de 1988, en <www.nytimes.com/1988/09/03/world/soviet-aide-admits-maps-were-faked-for-50-years.html?pagewanted=all&src=pm> y "Faked Russian maps gave the Germans fits", una carta de lectores publicada el 11 de septiembre de 1988 en el mismo diario, en <www.nytimes.com/1988/09/11/opinion/l-faked-russian-maps-gave-the-germans-fits-923888.html>.

texto, manuales especializados, atlas y mapas de todo tipo, continúan basándose en la proyección del brillante cartógrafo flamenco, que es la que se inserta a continuación.

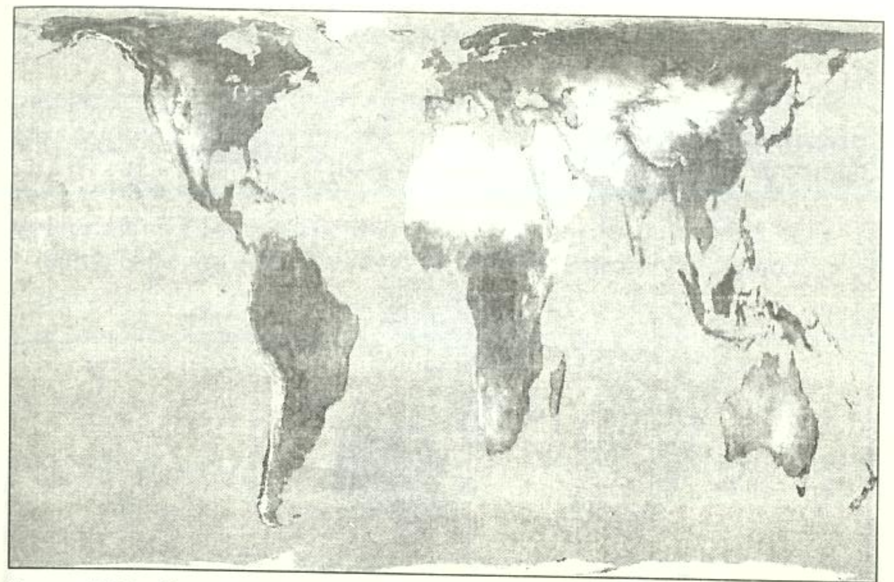


Fuente: Wikipedia.

Ahora bien, ¿por qué cuestionar este mapa? Técnicamente adolece de varios defectos que no viene al caso examinar aquí, salvo dos, que nos importan por sus claras implicaciones políticas. Primero, la proyección de Mercator acrecienta el tamaño de los territorios situados en las cercanías a los polos del planeta, a la vez que disminuye el de aquellos que se encuentran próximos al ecuador. Segundo, la línea ecuatorial que divide en mitades idénticas la esfera terrestre contiene en su hemisferio norte una masa terrestre muy superior a la que aparece en el hemisferio meridional. Podríamos agregar además, pero esto ya nos llevaría demasiado lejos dado los limitados objetivos de este breve texto, que también existe un acto de arbitrariedad (de la cual no están exentos otros mapas alternativos) al colocar al norte en el sector superior del mapa, cuando sería igualmente razonable situarlo en la parte inferior.

Pero más allá de estas críticas, aparecidas en fechas recientes, el mapa de Mercator transitó durante cuatro siglos sin que haya sido seriamente impugnado. Surgido en –y altamente funcional a– la Edad de los Descubrimientos, como suele llamarse a gran parte del siglo

XVI, el mapa proyectaba la imagen de un mundo nor-atlántico de enormes proporciones situado por encima de un conjunto de países y pueblos atrasados poblando territorios comparativamente mucho más pequeños. Era una proyección ideal para ratificar en el terreno de la geografía y del "sentido común" la existencia de pueblos colonizadores y pueblos colonizados, de naciones que estaban "arriba" y de otras que quedaban "abajo". Pero en 1974, apenas cinco años después del cuarto centenario de su creación, un historiador, cineasta y ensayista alemán, Arno Peters, conmovió a la academia y a la opinión pública interesada al presentar un mapa con una nueva proyección que tenía la virtud de preservar la homogeneidad de los tamaños de países y regiones con independencia de su localización en el globo terráqueo. Como decíamos más arriba, con la proyección de Mercator los tamaños de las áreas aumentaban a medida que se acercaban a los polos, cosa que no ocurre con la proyección de Peters, que preserva la equivalencia de las superficies cualquiera que sea su localización en el globo terráqueo. Esta concepción tenía un importante precedente, oscurecido por el "pensamiento único" dominante en este tema: la propuesta de un pastor protestante escocés, James Gall, quien en 1855 había presentado en una reunión de la Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia, en Glasgow, una proyección semejante a la que más de un siglo después exhibiría Peters. Un dato revelador de las resistencias que despertó aquella concepción, crítica de la ortodoxia mercatoriana, en los círculos dominantes de la época es que la ponencia de Gall sólo sería publicada en el *Scottish Geographical Magazine* ¡treinta años más tarde, en 1885! Pero si en la mitad del siglo XIX, durante el apogeo del colonialismo, las clases dominantes y los mandarines del sistema enquistados en sus universidades y medios de comunicación pudieron acallar la herejía cartográfica del pastor escocés, un siglo después, procesos de descolonización mediante y en el nuevo clima ideológico abierto con las insurrecciones globales de 1968 y las luchas antiimperialistas en África, Asia y América Latina, el anuncio de Peters tuvo un enorme impacto. Las grandes movilizaciones mundiales y las luchas de liberación nacional en auge desde el fin de la Segunda Guerra Mundial que reclamaban la construcción de un mundo mejor encontraron en el mapa de Gall-Peters, o simplemente en el mapa de Peters, un arma de formidable importancia para las batallas que debían librar en el terreno ideológico: una imagen del planeta que, a diferencia de la convencional, reflejaba el enorme potencial de los pueblos sometidos a siglos de expoliación colonial y que redimensionaba, reduciéndolos a sus justas proporciones, los territorios de las potencias colonialistas agigantadas por la proyección de Mercator.



Fuente: Wikipedia.

Si bien Peters no pudo ser ninguneado como el clérigo Gall, la aceptación de su nuevo mapa fue un proceso en extremo laborioso y conflictivo. Presentado con su simbología y referencias en alemán en 1974, debieron transcurrir nueve años antes que su mapa viera la luz, en 1983, en la lengua del imperio, el inglés. Y tal cosa ocurrió en medio de una impresionante contraofensiva de los custodios del saber establecido, que consideraron como "política" o "demagógica" la propuesta de Peters, ¡al paso que juzgaban como puramente técnica y privada de toda implicación política la proyección de Mercator! Pese a ello, el nuevo mapa fue ganando importantes adeptos, especialmente en algunas agencias de las Naciones Unidas (como la UNESCO, el PNUD, la UNICEF, etcétera) y organizaciones internacionales no gubernamentales de ayuda a los pueblos del Tercer Mundo, como OXFAM y muchas otras, hasta alcanzar una enorme difusión en nuestros días.

Peters fue un personaje notable, un pensador radical que sostuvo cosas tales como que "el eurocentrismo comienza en los mapas". O que "siempre son los países del Tercer Mundo [...] los países de los anteriores pueblos colonizados, de los pueblos no-blancos, quienes son secundarios en el mapa de Mercator". Su mapa, continuó diciendo, "es la expresión de la europeización del mundo, de la época de dominación mundial del hombre blanco, de la explotación colonial del planeta por parte de una minoría de pueblos blancos, dominantes, bien armados, técnicamente superiores y brutales". Y concluyó afirmando que "esa época no ha de eternizarse mediante

la insistencia en la imagen geográfica mundial creada por esa minoría y perteneciente a ella"[6].

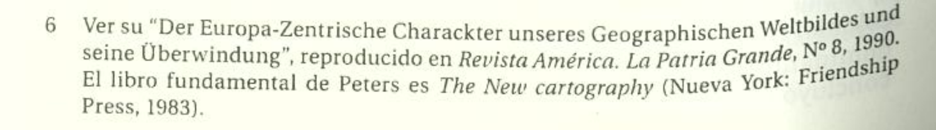
El sesgo colonialista e imperialista de los mapas tradicionales, inspirados en la proyección Mercator, resulta evidente a simple vista cuando se examinan las siguientes imágenes.

a. El fenomenal sobredimensionamiento del tamaño de Europa en comparación con Sudamérica, cuya superficie es casi el doble.

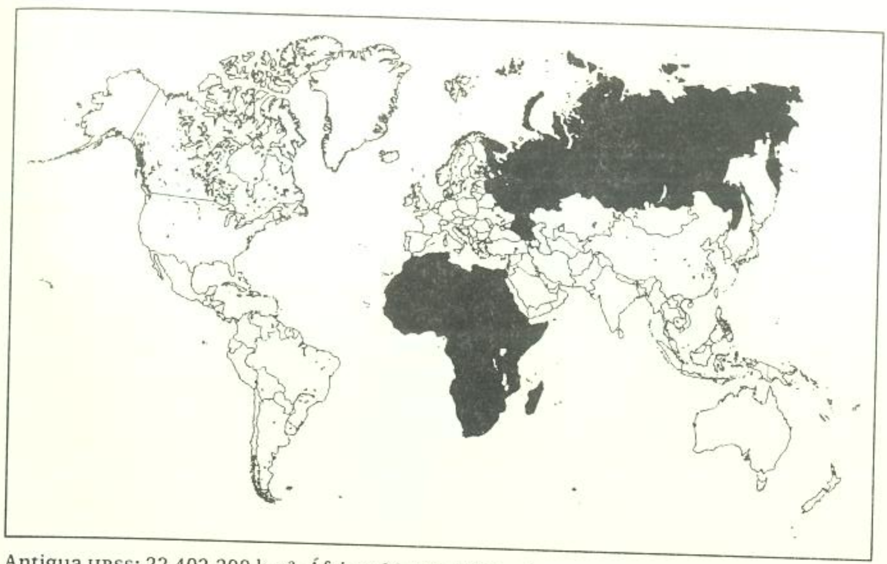


Europa: 10.530.751 km²; América del Sur: 17.870.218 km².

b. La Unión Soviética, convenientemente agigantada –de especial importancia en la época de la Guerra Fría– ante una África empequeñecida escandalosamente pese a que su territorio es mayor que el de la URSS.

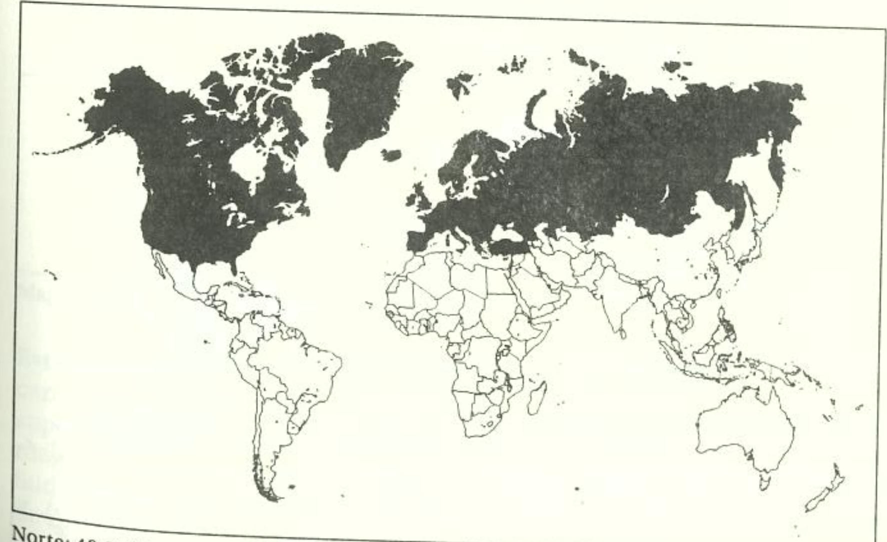


6 Ver su "Der Europa-Zentrische Charackter unseres Geographischen Weltbildes und seine Überwindung", reproducido en *Revista América. La Patria Grande*, Nº 8, 1990. El libro fundamental de Peters es *The New cartography* (Nueva York: Friendship Press, 1983).



Antigua URSS: 22.402.200 km²; África: 30.272.922 km².

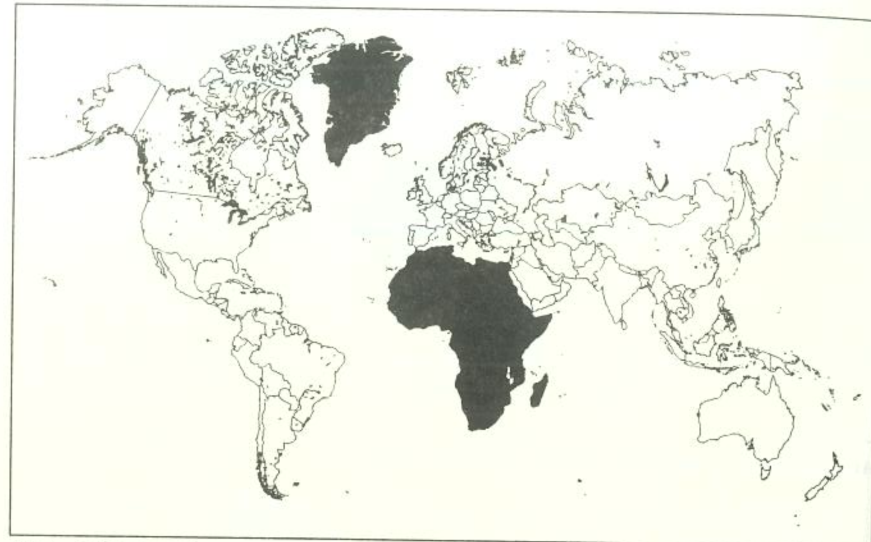
c. El Norte comparado con el Sur, que se ve como si fuera mayor en el mapa, aunque su área es casi exactamente la mitad. Una representación gráfica insanablemente mentirosa pero ideológicamente importantísima para el imperialismo.



Norte: 48.900.000 km²; Sur: 99.900.000 km².

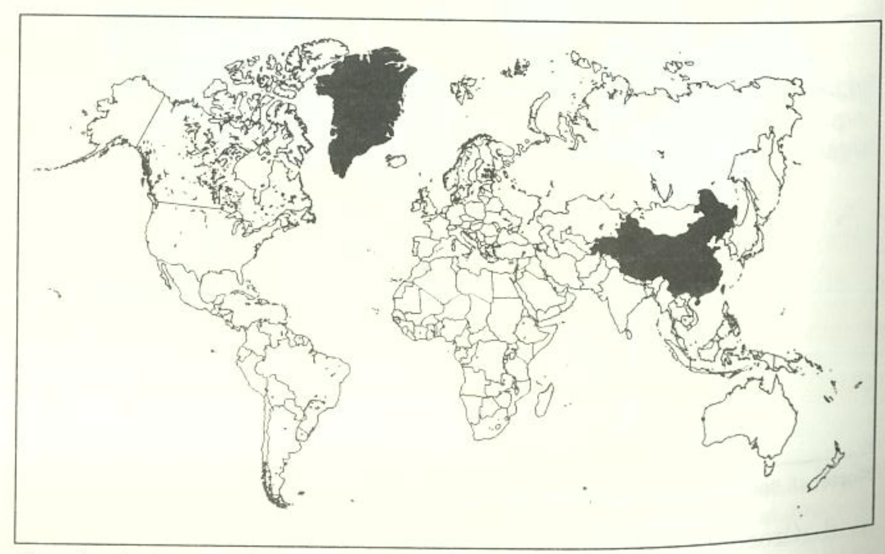
d. Groenlandia comparada con África, otro ejemplo del persistente menosprecio de este continente y de la simétrica sobrevalorización de un territorio administrado por Dinamarca. ¡Se debe

notar que África tiene un territorio diez veces más grande que Groenlandia!



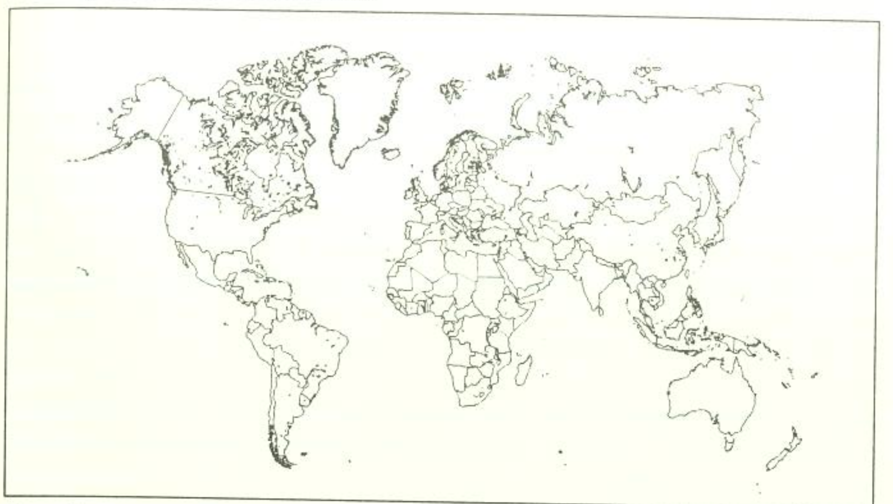
África: 30.272.922 km²; Groenlandia: 3.071.990 km².

e. Groenlandia comparada con China se ve mucho mayor, pero en realidad no llega a tener siquiera la tercera parte de la superficie territorial del gigante asiático.

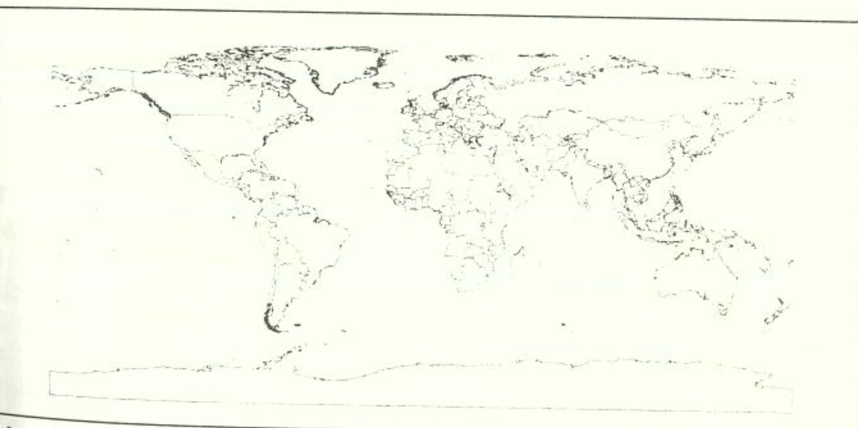


Groenlandia: 3.071.990 km²; China: 9.582.900 km².

f. ¿Dos mundos distintos?



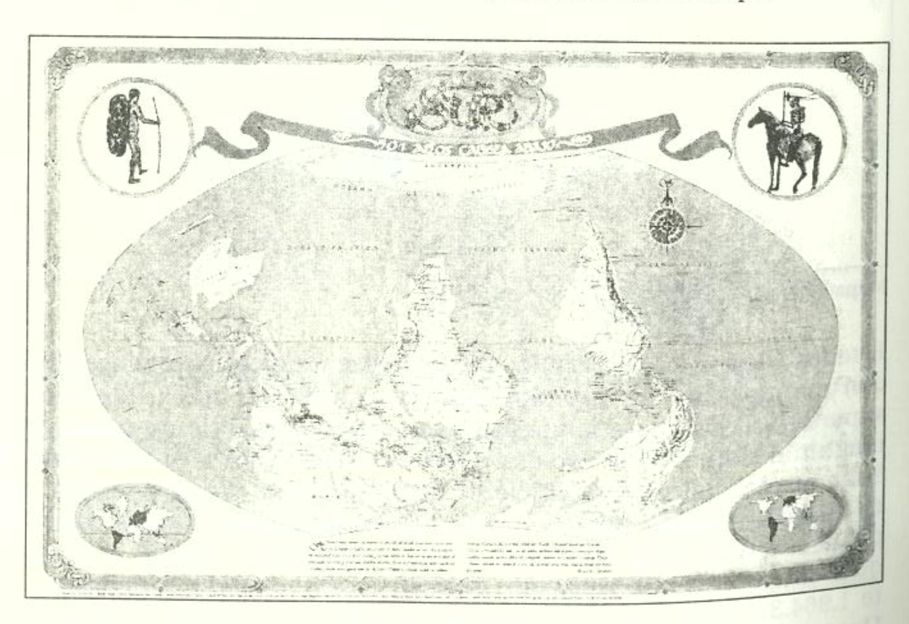
Mapa Mercator



Mapa Peters

Estados Unidos, con 9.826.675 km², aparece en el mapa de Mercator con una superficie (incluyendo Alaska, naturalmente) más de dos veces superior a Brasil, pese a que este tiene un territorio de un orden de magnitud similar al de Estados Unidos: 8.514.877 km². Por otra parte, Sudamérica, con una superficie de 17.870.210 km², casi el doble de la de Estados Unidos, aparece como significativamente menor (especialmente si se toma en cuenta, como corresponde, Alaska), a la vez que México, con casi 2 millones de kilómetros cuadrados (exactamente 1.964.375 km², una cifra equivalente a la quinta parte de Estados Unidos), casi desaparece del mapa en la proyección Mercator. África,

aplastada por Europa, en el mapa y en su historia, revela en cambio toda su verdadera dimensión en la proyección de Peters. La India, con poco más de 3 millones de kilómetros cuadrados, es insignificante en el mapa tradicional, no sólo si se la compara con Groenlandia, que tiene casi la misma superficie, sino con la superficie aparente del Reino Unido, su amo colonial, que con sus 243.610 km² tiene un área que no llega a ser la décima parte de la India. Sin duda, la representación cartográfica "oficial", basada en la proyección de Mercator, es la fiel expresión del sistema imperialista. El mapa de Peters, en cambio, al ser "área-equivalente", pone de relieve la superficie real de cada uno de los países y continentes, y respalda con los datos duros de la geografía el clamor de los pueblos del Tercer Mundo en pos de la justicia, la igualdad y la autodeterminación nacional. En momentos en que, como demostramos en este libro, el imperialismo repotencia sus políticas de control territorial y saqueo y exacerba su proyecto de desposesión de las inmensas riquezas que alberga en Nuestra América, contar con un mapamundi que refleje exactamente las dimensiones de nuestros territorios constituye un instrumento de lucha política y militar de enorme utilidad práctica. Pero no nos quedemos ahí. Después de todo, ¿por qué no animarse a mirar el mundo de otra manera, como lo ilustra la siguiente imagen? Aun manteniendo la proyección de Mercator, el sistema internacional luce distinto, y los poderes hegemónicos del Norte más débiles cuando se los sitúa en la parte inferior del mapa.



Agradecimientos

Una obra como esta es invariablemente el resultado de un esfuerzo colectivo. Un escritor, cualquiera que sea el género que cultive –poesía, ensayo o novela– siempre es el vocero de muchas voces que en el momento de plasmar el escrito se llaman a silencio. Tanto más en un ensayo como el que el lector ahora tiene en sus manos, producto de numerosas conferencias, clases, mesas redondas, entrevistas radiofónicas o televisivas en donde los interlocutores, ya sea con sus preguntas, disensos o afirmaciones aportaron una masa de conocimientos que fue decisiva a la hora de desarrollar el argumento central de este libro y la evidencia empírica que lo sustenta.

Dado lo anterior sería una empresa condenada al fracaso tratar de agradecer a todas y cada una de esas multitudinarias voces silentes. No obstante, y asumiendo el riesgo de incurrir en algún involuntario e injusto olvido, hay algunos nombres que no puedo dejar de mencionar. Por ejemplo, a mis amigos y colegas del periodismo: Santiago O'Donnell y Mercedes López San Miguel, quienes desde la sección Internacionales de *Página/12* estimularon mi interés por una problemática como la geopolítica, siempre mirada con recelo por la izquierda por razones que expondremos más adelante. La misma deuda tengo con Pedro Brieger y con quien durante mucho tiempo fuera su compañera de equipo en *Visión 7 Internacional*: Hinde Pomeraniec, así como con su sucesora en ese programa, Telma Luzzani, quien además me permitió utilizar sus magníficos mapas de las bases militares de Estados Unidos y la OTAN en Nuestra América que incorporamos en el Apéndice de este libro. A ella y a la casa editorial Debate, que publicara su magnífico *Territorios vigilados*, mi más sincero agradecimiento. Mi gratitud también con los amigos de Ediciones Luxemburg, y en especial a Ivana Brighenti, Marcelo F. Rodríguez y Miguel Santángelo por su colaboración en las distintas tareas que permiten que un manuscrito se convierta en un bello libro. La misma gratitud cabe expresar para con la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires

en el marco de cuyo proyecto UBACYT se hizo posible la investigación que hoy sometemos a la consideración pública; y para el CONICET, que al incorporarme hace ya muchos años como investigador científico me permitió dedicarme al estudio con una sistematicidad que hubiera sido imposible sin su apoyo. Rina Bertaccini, Mónica Bruckmann, Elsa Bruzzone, Ana Esther Ceceña, Miguel Montserrat, Robinson Salazar y Luis Suárez Salazar fueron a lo largo de los años permanentes fuentes de consulta e información sobre un tema acerca del cual mis conocimientos eran apenas rudimentarios. Mis colaboradores en el PLED –el Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales del Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini"– Pablo Balcedo, Florencia Gosparini y Sonia Winer dieron muestras de una enorme paciencia y generosidad en momentos en que parecía que la interminable redacción de este libro estaba destinada a convertirse en una versión contemporánea –y desesperante, para ellos– del mito de Sísifo. El riesgo no dependía tanto de algún incurable núcleo obsesivo del autor de estas líneas como del interminable torrente de novedades, informaciones y elaboraciones teóricas que día a día aportaban nuevos antecedentes o interpretaciones sobre el inestable equilibrio geopolítico mundial, señal inequívoca de que la dominación imperialista había entrado en una fase de profundas convulsiones que hacían muy difícil decidir el momento en el cual podía ponerse punto final a la investigación. Similar deuda de gratitud guardo para con Andrea Vlahusic, quien no sólo es mi colega sino también mi compañera, con la cual conversé a diario de todos los temas tratados en este libro a lo largo de los últimos dos años y quien en no pocas ocasiones aportó interesantes sugerencias o materiales documentales. Adolfo Pérez Esquivel y su saludable empecinamiento en denunciar los criminales planes del imperialismo y Noam Chomsky, apropiadamente caracterizado como el Bartolomé de las Casas de nuestro tiempo por Roberto Fernández Retamar, contribuyeron decisivamente a educarme en los complejos y a menudo subterráneos meandros de la geopolítica del imperio. Mis agradecimientos son también extensivos a Alí Rodríguez, actual Secretario General de la UNASUR, quien en sucesivas conversaciones tuvo la amabilidad de compartir algo de su riquísima experiencia práctica en estos asuntos. La misma gratitud guardo para con Harry Tamayo Villegas, más conocido como "Pombo", el inseparable compañero de Fidel y del Che en Sierra Maestra y en las campañas del combatiente heroico en el Congo y Bolivia, quien en pocas horas de conversación pudo transmitirme un acervo de sabiduría sobre temas militares y geopolíticos que difícilmente podría haber asimilado con la lectura de centenares de libros.

Un párrafo aparte, finalmente, para manifestar mi más profundo agradecimiento por lo mucho que pude aprender sobre los temas centrales examinados en este libro gracias a varias conversaciones

sostenidas con los Comandantes Fidel Castro Ruz y Hugo Chávez Frías en los últimos años. Esta inmerecida fortuna que me ha tocado en suerte me convenció de la necesidad de estudiar a fondo la geopolítica del imperialismo y, a la vez, de la íntima conexión existente entre la ciencia militar y el arte de la revolución, algo que ya había sido sagazmente advertido por Friedrich Engels en su tiempo y luego de él por Karl Marx y, más tarde, por V.I. Lenin y Antonio Gramsci. Sin embargo, esta relación se fue desdibujando con el paso del tiempo, tal vez por obra de eso que Perry Anderson denominara "el marxismo occidental", una re-elaboración filosófica, por momentos esotérica, de la tradición marxista que luego fue impugnada por una crítica, brotada desde dentro de esta tradición, pero caracterizada por un erróneo sesgo economicista. Fidel, como el gran estratega de las luchas por la segunda y definitiva independencia de Nuestra América, supo sintetizar en su pensamiento y en su praxis revolucionarias estos hilos dispersos del legado marxista articulando en un solo núcleo su componente filosófico y humanista, sus principios económicos y sus concepciones político-militares, reinstalando en el pensamiento crítico latinoamericano las candentes cuestiones de la estrategia y las tácticas de la revolución y también de la contrarrevolución, ya que el enemigo imperialista jamás renunciará a su proyecto de dominación mundial. Un proyecto que, huelga aclararlo, se resume en sus doctrinas geopolíticas y en las prácticas político-militares que de ellas se desprenden. Lo mismo cabe decir del Comandante Hugo Chávez Frías, el gran mariscal de la derrota del ALCA en Mar del Plata, quien supo asimilar como nadie las enseñanzas de Fidel. Gracias a su desbordante protagonismo, el líder bolivariano no solamente reinstaló, rompiendo una inercia de casi veinte años, la cuestión y la actualidad del socialismo en América Latina sino que también ha venido ejerciendo una ejemplar pedagogía para sensibilizar a las fuerzas sociales antimperialistas acerca de la importancia y complejidad de la problemática geopolítica dentro de la cual nuestros pueblos libran las batallas por su emancipación. Una vez más, muchísimas gracias a todas y todos, exceptuados como están, por supuesto, de los errores e imprecisiones que podrían subsistir en este libro a pesar de su muy valiosa y desinteresada colaboración.

Buenos Aires, 24 de septiembre de 2012